

**Cuentos**  
**Volumen II**

**Por**

**Edgar Allan Poe**

***Free*editorial** 

## LA QUINTA DE LANDOR

### (PARA FORMAR PAREJA CON «LA POSESIÓN DE ARNHEIM»)

Durante una excursión a pie que hice el verano último por uno o dos de los condados ribereños de Nueva York, me encontré, al declinar el día, algo desconcertado respecto a la ruta a seguir. La tierra era harto ondulante, y mi camino, desde hacía una hora, serpenteaba y serpenteaba tan intrincado en su esfuerzo por mantenerse dentro de los valles, que no sabía ya en qué dirección se enclavaba el lindo pueblo de B\*\*\*, donde había yo decidido detenerme para pasar la noche. Apenas había brillado el sol —hablando con propiedad— durante el día, desagradablemente caluroso. Una niebla humosa, parecida a la del verano indio, envolvía todas las cosas y aumentaba, por supuesto, mi incertidumbre. No es que me inquietase mucho el lance. Si no llegaba al pueblo antes de ponerse el sol o antes de oscurecer, era más que posible que apareciese pronto una pequeña granja holandesa, o algo por el estilo, aunque, en realidad, las cercanías (quizá por ser éstas más pintorescas que fértiles) estuvieran despobladas a grandes trechos. En último caso, con mi mochila por almohada y mi podenco de centinela, vivaquear al aire libre era precisamente la cosa que más podría divertirme. Vagué, por tanto, bien a mis anchas —confiando mi escopeta a Ponto—, hasta que al fin, cuando me dedicaba a comprobar si alguno de los numerosos pequeños claros que se abrían aquí y allá eran efectivos senderos, uno de ellos me condujo a una indudable carretera pública. No cabía equivocación. Se hacían de todo punto visibles los rastros de unas ruedas ligeras, y aunque los altos arbustos y la maleza, con exceso crecida, se entrecruzaran en lo alto, no había obstáculo alguno abajo ni aun para el paso de una carreta de las montañas de Virginia, el vehículo más ambicioso en su clase que conozco. Sin embargo, aquella carretera, excepto en lo de estar abierta a través del bosque —si el de bosque no es un nombre demasiado importante para tan escasa reunión de árboles— y excepto en las señales evidentes de las rodadas, no tenía el menor parecido con ninguna de las que había yo visto antes. Las rodadas de que hablo eran sólo apenas perceptibles, habiendo sido marcadas sobre una superficie compacta, aunque suavemente mojada y más semejante al terciopelo verde de Génova que a ninguna otra cosa. Era césped, sin duda, pero un césped como rara vez lo vemos fuera de Inglaterra, tan corto, tan espeso, tan liso y de un color tan intenso. Ni un solo obstáculo existía en la rodada, ni siquiera un trozo de leña o una ramita seca. Las piedras que antes obstruían la vía habían sido colocadas con cuidado —no tiradas— a lo largo de las cunetas, como para marcar sus límites en la zanja con una especie de precisión totalmente pintoresca, semiexacta y semidescuidada. Ramos de flores silvestres crecían en libertad,

con exuberancia en los espacios intermedios.

Por mi parte ignoraba qué inferir de todo aquello, naturalmente. Había allí arte, sin duda, lo cual no me sorprendía, ya que todas las carreteras, en sentido ordinario, son obras de arte; no puedo decir que causara mucho asombro el simple exceso de arte manifestado: cuanto parecía haber sido hecho aquí, podía hacerse con los «recursos» naturales (como se dice en los libros sobre el paisaje de jardinería), con muy poco trabajo y gasto. No; no era la cantidad, sino el carácter del arte lo que me impulsó a tomar asiento sobre una de aquellas piedras floridas, para contemplar por un lado y por otro, durante media hora o más, con pasmada admiración, aquella avenida de aspecto mágico. Había algo que se iba evidenciando mejor a medida que yo miraba: un artista, y uno de los de ojos más delicados con respecto a la forma, había dirigido todos aquellos arreglos. Había puesto el mayor esmero en conservar un justo medio entre la elegancia y la gracia por una parte, y lo pintoresco, en el verdadero sentido del término italiano, por otra. Había allí pocas líneas rectas, e interrumpidas con frecuencia. El mismo efecto de curva o de color aparecía habitualmente duplicado, aunque rara vez; mas desde cualquier punto de vista, por doquiera se hallaba la variedad en la uniformidad. Era una pieza de «composición» en la que el gusto del crítico más descontentadizo hubiera indicado apenas una enmienda.

Al entrar en aquella carretera torcí a la derecha, y al levantarme continué en la misma dirección. El camino era tan sinuoso, que en ningún momento pude seguir su curso más de dos o tres pasos hacia delante. Su carácter no sufría ningún cambio material.

Ahora sonó gratamente en mis oídos un murmullo de agua, y pocos instantes después, cuando torcía yo por la carretera más bruscamente que antes, divisé una especie de casa situada al pie de una suave pendiente enfrentito de mí. No podía ver nada con claridad a causa de la niebla que ocupaba todo el pequeño valle de abajo. Se levantó una leve brisa, empero, cuando iba el sol a ponerse, y mientras yo permanecía en pie sobre la cumbre de la ladera, la niebla se disipó en espirales por grados, y flotó sobre el paisaje.

Cuando éste se halló por entero ante mi vista —así, gradualmente, tal como lo describo: trozo a trozo, aquí un árbol, allí un resplandor de agua y de nuevo allá el remate de una chimenea—, no pude impedirme de imaginar que el conjunto era una de esas ingeniosas ilusiones que se exhiben con el nombre de «cuadros desvanecientes».

Entretanto, durante el rato que había tardado la niebla en desaparecer, el sol se había puesto detrás de las suaves colinas, y desde allí, como si hubiera hecho un ligero paso de balancé hacia el sur, volvió a mostrarse de lleno ante mi vista, refulgiendo con un brillo purpúreo a través de una grieta que se abrió

en el valle desde el oeste. Así, repentinamente —como al conjuro de una varita mágica—, el valle entero y cada cosa con él se hicieron brillantemente visibles.

El propio coup d'œil, cuando el sol se deslizó en la posición que he descrito, me impresionó mucho más que cuando, de niño, asistía yo a la escena final de algún espectáculo teatral bien ideado, o algún melodrama. Nada faltaba, ni siquiera la monstruosidad del color, pues la luz del sol brotaba de la grieta, toda teñida de naranja y de púrpura, mientras el intenso verde del césped en el valle se reflejaba más o menos sobre todos los objetos desde la cortina de vapor que seguía cerniéndose en lo alto, como si le costase trabajo abandonar en definitiva un cuadro tan encantadoramente bello.

El vallecillo, en el cual escudriñaba yo así por debajo de aquel dosel de niebla, no tenía más de cuatrocientas yardas de largo, en tanto que su anchura variaba de cincuenta a ciento cincuenta, o quizá hasta doscientas. Era más estrecho en su extremidad norte y se ensanchaba al avanzar hacia el sur, pero sin mucha regularidad exacta. La parte más amplia era de unas noventa yardas en el extremo sur. Las laderas que circundaban el valle no hubieran podido ser llamadas con propiedad colinas, salvo por el lado norte. Allí se elevaba un reborde escarpado de granito a una altura de unos noventa pies, y como ya he dicho, no tenía el valle en aquel punto más de cincuenta pies de ancho; pero, cuando el visitante avanzaba desde aquel risco hacia el sur, encontraba a su derecha y a su izquierda declives menos altos, menos abruptos, menos rocosos. Todo, en una palabra, iba inclinándose y suavizándose hacia el sur, y aun así, el valle entero estaba rodeado de lomas más o menos elevadas, excepto en dos puntos. Ya he hablado de uno de ellos. Se hallaba muy hacia el norte y el oeste, allí donde el sol poniente, como he descrito antes, se abría camino en el anfiteatro a través de una recortada grieta natural abierta en el terraplén granítico; esta grieta tendría diez yardas de anchura en su parte más amplia, hasta donde la mirada podía penetrar. Parecía ascender como una calzada natural hacia los escondrijos de las montañas y de las selvas inexploradas. La otra abertura estaba situada directamente en el extremo sur del valle. Allí las laderas no eran en general más que suaves inclinaciones, extendiéndose de este a oeste y en una extensión aproximada de ciento cincuenta yardas. A la mitad de aquel espacio había una depresión cuyo nivel era el ordinario del suelo del valle. En lo tocante a vegetación, así como respecto a las demás cosas, el paisaje descendía y se suavizaba hacia el sur. Al norte, sobre el precipicio escabroso, a unos pasos del borde, se alzaban los magníficos troncos de los nogales americanos, nogales negros y castaños, entremezclados con algunos robles, y las recias ramas laterales, proyectadas por los nogales principales, se extendían sobre el borde del risco. Avanzando hacia el sur, el explorador veía al principio la misma clase de árboles, pero cada vez menos elevados y con menos carácter de Salvator; luego divisaba el

olmo apacible, al que sucedían el sasafrás y el curbaril, y después el suave tilo, el ciclamor, la catalpa, el arce, seguidos de unas variedades cada vez más graciosas y modestas. Toda la superficie de la ladera sur estaba cubierta sólo de arbustos silvestres, salvo algún sauce plateado o algún álamo blanco. En el fondo del valle mismo (pues debe recordarse que la vegetación mencionada hasta aquí crecía únicamente sobre las rocas o las laderas de las colinas) se veían tres árboles aislados. Uno era un olmo de buena altura y exquisita forma. Se alzaba vigilando la puerta sur del valle. Otro era un nogal americano mucho más grueso que el olmo, aunque los dos eran muy hermosos: parecía estar encargado de custodiar la entrada del noroeste, surgiendo de un grupo de rocas en la propia boca del barranco, proyectando su gracioso cuerpo en un ángulo de casi cuarenta y cinco grados. Sin embargo, a unas treinta yardas al este de dicho árbol se alzaba la gloria del valle y sin disputa el árbol más magnífico que había yo visto nunca, a excepción acaso de los cipreses del Itchiatuckanee. Era un tulípero de triple tronco —el *Liriodendron Tulipiferum*—, del orden natural de los magnolios. Sus tres troncos se separaban del tronco padre a tres pies, aproximadamente, del suelo, y apartándose de manera muy leve y gradual no estaban espaciados más de cuatro pies en el punto donde el tronco más ancho se extendía en follaje, es decir, a una altura como de ochenta pies. La altura total del tronco principal era de ciento veinte pies. Nada puede superar en belleza la forma y el color verde lustroso, intenso, de las hojas del tulípero. En el caso presente tendrían esas hojas sus buenas ocho pulgadas de ancho, pero su gloria quedaba eclipsada en absoluto por el fastuoso esplendor de la profusa floración. ¡Figuraos, en tupido ramillete, un millón de los mayores y más resplandecientes tulipanes! Sólo así podrá el lector hacerse una idea del cuadro que quisiera describirle. Y añádase a ello la gracia firme de los puros y finamente veteados troncos como columnas, el más grueso de los cuales tenía cuatro pies de diámetro, a veinte de la tierra. Los innumerables ramos de flores, mezclándose con los de otros árboles apenas menos bellos, aunque muchísimo menos majestuosos, llenaban el valle de aromas más exquisitos que los perfumes de Arabia.

El suelo general del anfiteatro era de césped, de la misma clase que el que había yo encontrado en la carretera, y si acaso, de más deliciosa suavidad aún, más espeso, aterciopelado y milagrosamente verde. Era difícil concebir cómo se había podido alcanzar toda aquella belleza.

He hablado ya de dos aberturas en el valle. De la situada al noroeste partía un arroyuelo que descendía a lo largo del barranco, con un suave murmullo y una ligera espuma, hasta estrellarse contra el grupo de rocas junto a las cuales se alzaba el nogal americano aislado. Allí, después de circundar el árbol, se dirigía un poco hacia el nordeste, dejando el tulípero a unos veinte pies al sur, y no teniendo otra alteración en su curso hasta llegar cerca de la mitad del camino entre los linderos este y oeste del valle. En aquel punto, después de

una serie de revueltas, torcía en ángulo recto y seguía por lo general en dirección sur, serpenteando a veces, hasta desembocar al fin en un pequeño lago de forma irregular (aunque toscamente ovalada) que se extendía refulgente cerca del extremo inferior del valle. Este pequeño lago tenía tal vez un centenar de yardas de diámetro en su parte más ancha. Ningún cristal hubiera podido ser más límpido que sus aguas. Su fondo, que se veía con claridad, estaba formado todo él con guijarros de una fulgurante blancura. Sus orillas, revestidas de ese césped esmeralda ya descrito, redondeadas más bien que cortadas en terraplén, se hundían en el claro cielo de debajo; y tan claro era aquel cielo, y reflejaba a veces tan a la perfección todos los objetos de encima, que era muy difícil determinar dónde terminaba la efectiva orilla y dónde comenzaba la reflejada. Las truchas, y otras variedades de peces de que aquella laguna parecía materialmente repleta, tenían todo el aspecto de verdaderos peces voladores. Era casi imposible creer que no estuviesen suspendidos por entero en el aire. Una ligera canoa de abedul que reposaba, plácida, sobre el agua, reflejaba en ella sus fibras más pequeñas con una fidelidad no superada por el espejo más a conciencia bruñido. Una islita grata y risueña, con sus flores en plena lozanía —en la que había el espacio suficiente para contener una casita pintoresca, semejante a una pajarera— se elevaba sobre el lago no lejos de la orilla norte, con la cual estaba unida por medio de un puente que, aunque muy primitivo, parecía inconcebiblemente ligero. Estaba formado por una sola tabla ancha y gruesa de madera de tulípero. Tenía ésta cuarenta pies de larga, y abarcaba el espacio entre orilla y orilla con un arco reducido, pero perceptible, que prevenía toda oscilación. Del extremo sur del lago salía una continuación del arroyuelo que, después de serpentear treinta yardas quizá, pasaba al cabo por la «depresión» (ya descrita) en la mitad de la pendiente sur, y cayendo por un escarpado precipicio de un centenar de pies, se abría su tortuoso e inadvertido camino hacia el Hudson.

El lago tenía en algunos sitios treinta pies de profundidad; pero el arroyuelo rara vez pasaba de los tres, y su mayor anchura era de ocho, aproximadamente. Su fondo y orillas eran como las de la laguna, y si existía un defecto que se le pudiera achacar desde el punto de vista de lo pintoresco, era su excesiva limpieza.

La extensión del verde césped estaba realizada aquí y allá por algún brillante arbusto, tal como la hortensia, la bola de nieve común o la siringa aromática, o más a menudo, por un grupo de geranios de numerosas variedades en magnífica floración. Crecían estos últimos en tiestos cuidadosamente sepultados en la tierra, de modo a darles la apariencia de plantas indígenas. Además de todo ello, moteaba de un modo exquisito con sus ovejas el terciopelo del césped un rebaño considerable que vagaba por el valle en compañía de tres gamos domesticados y de un gran número de patos de brillante plumaje. Un enorme mastín parecía estar vigilando a todos

aquellos animales, sin excepción.

A lo largo de las colinas del este y del oeste —donde, hacia la parte superior del anfiteatro, eran más o menos escarpados los linderos— crecía la hiedra en gran profusión, de tal modo, que sólo podía vislumbrarse algún trecho de la desnuda roca. De igual manera, el precipicio del norte estaba casi por entero revestido de viñas de una rara exuberancia; algunas brotaban del suelo en la base de la roca, y otras, de los bordes de la superficie.

La ligera elevación que formaba el lindero inferior de aquel pequeño dominio estaba coronada por un muro de piedra lisa, de una altura suficiente para impedir que los gamos se escaparan. No se observaba ninguna clase de barrera por otra parte, pues en ninguna otra parte era necesario un cercado artificial: si alguna oveja perdida, por ejemplo, hubiese intentado salir del valle por el barranco, habría encontrado interrumpido su avance, después de unas cuantas yardas, por el saliente escarpado de la roca desde donde se desplomaba la cascada que atrajo al principio mi atención cuando me acerqué a la finca. En resumen, las únicas entradas o salidas se hacían por una puerta que ocupaba un paso rocoso en la carretera, a algunas yardas por debajo del punto en el cual me había detenido para reconocer el paisaje.

Como ya he descrito, el arroyo serpenteaba con mucha irregularidad a lo largo de todo su curso. Sus dos direcciones generales, conforme he dicho, eran al principio de oeste a este, y luego de norte a sur. En la revuelta, la corriente huía hacia atrás, haciendo una curva casi circular, de modo a formar una península que era muy parecida a una isla, y que encerraba la sexta parte de un acre. Sobre aquella península se elevaba una casa habitable, y al decir que aquella casa, como la terraza infernal que vio Vathek, «était d'une architecture inconnue dans les annales de la terre», quiero dar a entender simplemente que su taut ensemble me impresionó por el más agudo sentimiento de novedad y de limpieza —en una palabra, de poesía— (pues me sería difícil emplear otros términos que éstos precisamente, para dar una definición más rigurosa de poesía en abstracto), y no quiero decir en modo alguno que se distinguiese bajo ningún aspecto sólo por poseer un carácter outré.

En realidad, nada podía ser más sencillo, más sin pretensiones en absoluto que aquella quinta. Su maravilloso efecto consistía por completo en su artística disposición que era como la de un cuadro. Hubiese yo podido imaginar, mientras la miraba, que algún eminente paisajista la había construido con su pincel.

El punto de vista desde donde había yo contemplado el valle al principio no era ni por asomo, aunque se acercara, el mejor para examinar la casa. La describiré, por tanto, tal como la vi después, situándome sobre el muro de piedra en el extremo sur del anfiteatro.

El edificio principal tenía veinticuatro pies de largo y dieciséis de ancho, o cosa así, y de seguro, no más. Su altura total, desde el suelo hasta el ápice del tejado, no excedía de dieciocho pies. Al extremo oeste de aquella construcción se unía otra, una tercera parte menor en todas sus proporciones: la línea de su fachada retrocedía unas dos yardas de la fachada de la mayor, y la línea de su tejado, estaba, naturalmente, mucho más baja que la del tejado contiguo. Haciendo ángulo recto con aquellos edificios, y más atrás del principal —no con exactitud en la mitad— se extendía un tercer cuerpo, muy pequeño, y en general, una tercera parte menor que el ala oeste. Los tejados de los dos mayores eran muy inclinados, describiendo desde la parhilara una larga curva cóncava y superando en cuatro pies los muros de la fachada, de modo a formar los tejados de dos galerías. Estos tejados últimos no necesitaban, por supuesto, soportes; pero como tenían el aire de necesitarlos, unos ligeros y muy bien pulidos pilares habían sido adaptados a ellos sólo en las esquinas. El tejado del ala norte era simple prolongación de una parte del tejado principal. Entre el edificio mayor y el ala oeste se elevaba una altísima y muy esbelta chimenea cuadrada de consistentes ladrillos holandeses, negros y rojos, alternados; la coronaba una ligera cornisa de ladrillos salientes. Sobre los caballetes se proyectaban los tejados también mucho: en el edificio principal el saliente era de unos cuatro pies hacia el este y de dos hacia el oeste. La puerta principal no estaba colocada con simetría en el cuerpo principal del edificio, pues se hallaba un poco al este, con las dos ventanas al oeste. Estas últimas no bajaban hasta el suelo, sino que eran mucho más largas y estrechas que de costumbre, tenían unas sencillas hojas parecidas a puertas y unos cristales en forma de rombos, pero muy anchos. La puerta misma era de vidrieras en su mitad superior, también de cristales en forma de rombos, con una hoja movable que la protegía durante la noche. La puerta del ala oeste estaba colocada en el muro lateral y tenía una sola ventana orientada hacia el sur. El ala norte no tenía puerta exterior, y también sólo una ventana hacia el este.

El muro que sostenía el caballete oriental estaba realzado por una escalera (con balaustrada) que lo cruzaba en diagonal, con la subida hacia el sur. Bajo el techado del ancho alero saliente, aquellos escalones daban acceso a una puerta que conducía a las buhardillas, o más bien al desván, pues aquella parte no estaba iluminada más que por una sola ventana orientada hacia el norte, y parecía haber sido destinada a cuarto almacén.

Las piazzas del cuerpo principal y del ala oeste no estaban soladas, como es costumbre; pero ante las puertas y las ventanas, anchas losas de granito llanas e irregulares se encajaban en el delicioso césped, proporcionando en todo tiempo un cómodo piso. Excelentes pasos de la misma materia —no muy bien ajustados, sino que dejaban entre las piedras frecuentes espacios por los que salía el aterciopelado césped— conducían, aquí y allá, desde la casa, a una fuente de cristal, que manaba unos cinco pasos más lejos, a la carretera o a uno

o dos pabellones situados al norte, más allá del arroyo, y completamente ocultos por algunos curbariles y catalpas.

A no más de seis pasos de la puerta principal de la quinta, se alzaba el tronco muerto de un fantástico peral, tan revestido desde la copa al pie por magníficas flores de bignonia, que exigía un minucioso examen el determinar qué especie de fenómeno podía ser aquello. De las diversas ramas de aquel árbol colgaban jaulas con diferentes clases de pájaros. En una, amplio cilindro de mimbre con un anillo en el remate, retozaba un sinsonte; en otra, una oropéndola; en una tercera, el descarado gorrión de los arrozales, mientras tres o cuatro prisiones más delicadas resonaban agudamente con el canto de los canarios.

Los pilares de la piazza estaban enguirnaldados de jazmín y de madreelva, en tanto que del ángulo formado por el cuerpo principal y su ala oeste, enfrente, brotaba una parra de una exuberancia sin igual.

Despreciando toda contención, había trepado primero hasta el tejado inferior y luego hacia el superior, y a lo largo del borde de este último seguía retorciéndose, lanzando sus zarcillos a derecha y a izquierda, hasta alcanzar el caballete del este, dejándose caer y arrastrándose sobre la escalera.

Toda la vivienda, con sus alas, estaba construida, conforme a la vieja moda holandesa, con alfarjías anchas y no redondeadas en los cantos. Este material posee la peculiaridad de dar a las casas el aspecto de ser más anchas en la base que en el remate, a la manera de la arquitectura egipcia, y en el caso presente, aquel efecto sumamente pintoresco estaba ayudado por numerosos tiestos de flores que circundaban casi la base de los edificios.

Las alfarjías estaban pintadas de un gris oscuro, y un artista puede imaginar sin esfuerzo hasta qué punto se fundía aquel tono neutro a maravilla con el verde vivo de las hojas de los tulíperos que sombreaban parcialmente la quinta.

Desde el sitio próximo al muro de piedra, como he descrito ya, se veían los edificios con gran facilidad —pues el ángulo sudeste se proyectaba hacia delante—; de modo que la mirada captaba enseguida la totalidad de las dos fachadas con el pintoresco caballete del este, y al mismo tiempo tenía la plural visión del ala norte, de una parte de un lindo tejado del invernadero, y casi de la mitad de un ligero puente que se arqueaba sobre el arroyo en la proximidad de los edificios principales.

No permanecí mucho tiempo sobre la cumbre de la colina, aunque sí el suficiente para contemplar por completo el paisaje a mis pies. Era evidente que me había apartado de la carretera del pueblo, y tenía así una buena disculpa de viajero para abrir la puerta frente a mí y preguntar mi camino, en

todo caso; por lo cual, sin más rodeos, avancé.

Después de franquear la puerta, la carretera parecía extenderse sobre un reborde natural que iba descendiendo a lo largo de la pared noroeste de las rocas. Me condujo al pie del precipicio norte, y luego al puente, y bordeando el caballete del este, a la puerta de la fachada. En mi marcha observé que no se podían ver los pabellones.

Cuando torcía la esquina del caballete, el mastín saltó hacia mí, silenciosamente amenazador, con los ojos y todo el aspecto de un tigre. Le alargué mi mano, sin embargo, en prueba de amistad, y no he conocido nunca perro más sensible a aquel llamamiento hecho a su cortesía. No sólo cerró su boca y meneó su rabo, sino que me ofreció de veras su pata, después de haber extendido también sus afabilidades a Ponto.

Como no vi campanilla alguna, golpeé con mi bastón sobre la puerta, que estaba entornada. Inmediatamente avanzó una figura hacia el umbral, una joven de unos veintiocho años de edad, delgada o más bien ligera, y de una estatura superior a la mediana. Cuando se acercaba con cierta modesta decisión, con su paso de todo punto indescriptible, me dije a mí mismo: «He encontrado, de seguro, la perfección de lo natural, en oposición a la gracia artificial». La segunda impresión que me hizo, aun siendo la más viva de las dos, fue una impresión de entusiasmo. No había penetrado nunca en el fondo de mi corazón hasta entonces una impresión novelesca tan intensa, si es que puede llamarse así, o de tal espiritualidad como la que brillaba en sus ojos muy hundidos. No sé cómo sucede esto; pero esa peculiar expresión de ojos que a veces se apodera de los labios es el hechizo más poderoso, si no el único, que capta mi atención hacia una mujer. «Novelesca», con tal que mis lectores comprendan a fondo lo que quisiera encerrar en esa palabra; «novelesca» y «femenina» me parecen términos recíprocos, y, después de todo, lo que el hombre ama verdaderamente en la mujer es su «femineidad». Los ojos de Annie (oí que alguien, desde el interior, la llamaba su «¡querida Annie!») eran de un «gris espiritual»; su cabello, de un castaño claro: esto fue todo lo que tuve tiempo de observar de ella.

Ante su muy cortés invitación, entré, pasando primero por un vestíbulo bastante espacioso. Habiendo venido especialmente para observar, noté que a mi derecha, al entrar, había una ventana parecida a las de la fachada de la casa; a la izquierda, una puerta conduciendo a la estancia principal, mientras enfrente de mí otra puerta abierta me permitió ver una pequeña habitación, del mismo tamaño que el vestíbulo, arreglada para gabinete de trabajo y con una ancha ventana saliente que daba al norte.

Al pasar a la sala de confianza, me encontré con mister Landor, que tal era su nombre, como supe después; se mostraba afable, incluso cordial en sus

maneras; pero precisamente en aquel momento estaba yo más atento a observar el decorado de la casa, que tanto me había interesado, que el aspecto personal del morador.

El ala norte, lo vi entonces, era un dormitorio; su puerta abierta conducía a la sala de confianza. Al oeste de esta puerta se veía una ventana sencilla que miraba al arroyo. En el extremo oeste de esta sala de confianza había una chimenea y una puerta que daba acceso al ala oeste, donde, al parecer, se encontraba la cocina.

No puede haber nada más rigurosamente sencillo que el mobiliario de la sala de confianza. Cubría el suelo una alfombra de nudo de excelente tejido, con un fondo blanco sembrado de figuritas verdes, circulares. Las cortinas de las ventanas eran de muselina de chaconada blanca, bastante anchas, y cayendo en pliegues paralelos hasta el suelo, hasta el mismo suelo. Los muros estaban tendidos con un papel francés de gran finura, de fondo plateado, que tenía una tira de un verde pálido corriendo en zigzag sobre él. Lo realzaban en toda su superficie no más de tres exquisitas litografías de Lulien à trois crayons, colgadas en la pared, sin marcos. Uno de estos dibujos representaba una escena de riqueza o más bien de voluptuosidad oriental; otra era una «escena de carnaval» de un brío incomparable; el tercero era una cabeza de mujer griega, un rostro tan divinamente bello, y, sin embargo, con una expresión de vaguedad tan provocativa como nunca había atraído mi atención.

Los muebles más importantes consistían en una mesa redonda, unas cuantas sillas (incluyendo entre ellas una mecedora) y un sofá, o más bien un canapé de madera de arce lisa, pintada de un blanco crema, con un ligero fileteado verde, y el asiento de bejuco. Las sillas y la mesa «hacían juego»; pero las formas de todas habían sido, evidentemente, trazadas por el mismo cerebro que planeó el trazado de «los terrenos»: imposible concebir nada más gracioso.

Sobre una mesa había unos cuantos libros; un ancho y cuadrado frasco de cristal contenía algún nuevo perfume; una lámpara lisa, de vidrio esmerilado, astral (no solar), con una pantalla italiana, y un búcaro grande lleno de flores espléndidamente lozanas. En realidad, las flores, de magníficos colores, formaban el solo decorado de la estancia. La chimenea estaba casi repleta por un florero con brillantes geranios. Sobre una rinconera triangular, colocada en cada esquina de la habitación, había también un florero semejante, que sólo se diferenciaba de los otros en su delicioso contenido. Uno o dos bouquets más pequeños adornaban la repisa de la chimenea, y unas violetas recién cogidas se apiñaban sobre las ventanas abiertas.

Este trabajo no tiene otro objeto que dar con detalle una descripción de la residencia de mister Landor tal como la encontré.

## EL INFUNDIO DEL GLOBO

¡Asombrosas noticias «vía» Norfolk! ¡El Atlántico atravesado en tres días! ¡Triunfo señalado de la máquina voladora de mister Monck Mason! ¡Llegada a la isla Sullivan, cerca de Charleston, S. C., de los señores Mason, Roberto Holland, Henson, Harrison Ainsworth y otros cuatro, en el globo dirigible Victoria, después de una travesía de setenta y cinco horas desde un continente al otro! ¡Todos los detalles del viaje!

El siguiente jeu d'esprit con el anterior encabezamiento en magníficos titulares, bien intercalado de signos de admiración, fue publicado primeramente como un hecho auténtico en el diario New-York Sun, y en él cumplió del todo el propósito de proporcionar un alimento indigesto a los curiosos durante las pocas horas de intervalo entre dos correos de Charleston. La rebatiña por conseguir el «único periódico que traía las noticias» fue algo que supera lo más prodigioso; y en realidad, si —como algunos afirman— el Victoria «no ha» realizado por completo el viaje registrado, sería difícil indicar una razón por la cual no pueda haberlo realizado.

¡El gran problema ha quedado resuelto al fin! El aire, lo mismo que la tierra y el océano, ha sido dominado por la ciencia, y llegará a ser para la Humanidad una vulgar y cómoda vía de comunicación. ¡El Atlántico acaba de ser atravesado en un globo! Y esto sin demasiadas dificultades, sin gran peligro aparente, con una máquina regida por completo, ¡y en el inconcebible tiempo brevísimo de setenta y cinco horas, de orilla a orilla! Gracias a la actividad de un corresponsal en Charleston, S. C., estamos en disposición de proporcionar al público un relato detallado del más extraordinario viaje que se haya realizado desde el sábado 6 del corriente, a las once de la mañana, hasta las dos de la tarde del martes 9 del corriente, por sir Everard Bringhurst y los señores Osborne, un sobrino de lord Bentinck, Monck Mason y Roberto Holland, los famosos aeronautas; Harrison Ainsworth, autor de Jack Seppard, etcétera; Henson, el inventor de la última y fracasada máquina voladora, y dos marineros del Woolwich; en total, ocho personas. Los detalles que se dan a continuación pueden ser considerados como auténticos y seguros bajo todos los aspectos, puesto que, con alguna leve excepción, han sido copiados al pie de la letra de los diarios reunidos de los señores Monck Mason y Harrison Ainsworth, a cuya cortesía debe también nuestro corresponsal mucha información verbal relativa al globo mismo, a su construcción y a otros temas de interés. La única alteración en el manuscrito recibido ha sido hecha con intención de dar al relato apresurado de nuestro corresponsal, el señor Forsyth, una forma coherente e inteligible.

## EL GLOBO

Dos fracasos señalados y recientes —los del señor Henson y sir Jorge Cayley— habían rebajado mucho el interés público con respecto a la navegación aérea. El proyecto del señor Henson (al principio fue considerado muy factible por todos los hombres de ciencia) se basaba sobre el principio de un plano inclinado, lanzado desde una altura por una fuerza extrínseca aplicada y continuada por la rotación de unas aspas parecidas en su forma y número a las de un molino. Pero en todos los experimentos efectuados con modelos de la Adelaide Gallery resultó que el movimiento de dichas aspas no sólo no hacía avanzar la máquina, sino que impedía realmente su vuelo. La única fuerza propulsora que mostró nunca fue el simple impulso adquirido en el descenso por el plano inclinado, y ese impulso arrastraba la máquina más lejos cuando las aspas estaban en reposo que cuando estaban en movimiento, hecho que demostraba lo suficiente su inutilidad, y a falta del poder propulsor, que era asimismo el sustentador, el aparato entero debía forzosamente descender. Estas consideraciones indujeron a sir Jorge Cayley a pensar sólo en adaptar un propulsor a una máquina que tuviese en sí misma un poder independiente de sustentación; en una palabra, a un globo. La idea, sin embargo, no era nueva u original por parte de sir Jorge más que en lo que se refería al modo de aplicarla en la práctica. Exhibió él un modelo de su invención en la Institución Politécnica. El principio propulsor o fuerza motriz era en éste también aplicado a unas superficies no continuas o aspas, puestas en rotación. Estas aspas eran cuatro; pero resultaron de todo punto impotentes para mover el globo o para ayudarlo en su fuerza ascensional. El proyecto entero supuso, por tanto, un fracaso rotundo.

En esta coyuntura fue cuando el señor Monck Mason (cuyo viaje desde Dover hasta Weilburg en el globo Nassau excitó tan gran interés en 1837) concibió la idea de emplear el principio del tornillo de Arquímedes al proyecto de la propulsión en el aire, atribuyendo justamente al fracaso de los planos del señor Henson y de sir Jorge Cayley a la no continuidad de la superficie de las aspas independientes. Realizó su primer ensayo público en Willi's Room; pero más tarde trasladó su modelo a la Adelaide Gallery.

Como el globo de sir Jorge Cayley, el suyo era un elipsoide. Medía trece pies y seis pulgadas de largo, y seis pies ocho pulgadas de alto. Contenía trescientos veinte pies cúbicos, aproximadamente, de gas, que, si era hidrógeno puro, podían soportar veintiuna libras recién inflado el globo, antes de que el gas tuviera tiempo de alterarse o de escapar. El peso de la máquina entera y del aparato era de diecisiete libras, dejando, pues, alrededor de cuatro libras de ahorro. Debajo del centro del globo llevaba una armadura de madera ligera, de unos nueve pies de largo, sujeta al globo mismo por una red de clase corriente. De esa armadura iba suspendida una cesta o barquilla de mimbre.

El tornillo consiste en un eje de tubo de cobre hueco, de dieciocho pulgadas de largo, a través del cual, sobre una semiespiral inclinada en un ángulo de quince grados, pasan una serie de radios de alambre de acero, de dos pies de largo, y que sobresalen así un pie por cada lado. Estos radios están conectados en sus extremidades exteriores con dos tiras de alambre aplastado, formando así el conjunto la armadura del tornillo, que está completado por un tejido de seda engrasada, cortada en triángulos y tensa de manera a presentar una superficie bastante uniforme. En cada final de sus ejes este tornillo está soportado por unos tubos de cobre que bajan desde el aro. En las puntas inferiores de esos tubos hay unos orificios en los cuales giran los pivotes del eje. Del final del eje, que está junto a la barquilla, sale una flecha de acero que une el tornillo con el piñón de una pieza de muelle mecánico fija en la barquilla. Al actuar ese muelle, el tornillo es obligado a girar con gran rapidez, transmitiendo un movimiento progresivo al conjunto. Por medio del timón puede girar con facilidad en todas direcciones. El muelle es de una gran potencia en comparación con sus dimensiones, siendo capaz de levantar cuarenta y cinco libras sobre un cilindro de cuatro pulgadas de diámetro, después de la primera revolución, y aumentando gradualmente a medida que funciona. Pesaba, en total, ocho libras y seis onzas. El timón era una armadura ligera de caña forrada de seda, confeccionado a semejanza de una raqueta, de tres pies de largo, poco más o menos, y de un pie de anchura máxima. Su peso era de unas dos onzas. Podía girar en plano, y dirigirse de arriba abajo, lo mismo que a derecha o a izquierda, permitiendo así al aeronauta transportar la resistencia del aire que debía en una posición inclinada engendrar a su paso, a cualquier lado sobre el cual quisiera actuar, determinando de ese modo para el globo la dirección opuesta.

Este modelo (que por falta de tiempo hemos descrito forzosamente de un modo imperfecto) fue puesto en movimiento en la Adelaide Gallery, donde realizó una velocidad de cinco millas por hora, aunque, y resulta doloroso decirlo, despertó muy poco interés en comparación con la anterior y complicada máquina del señor Henson; tan decidido está el mundo a despreciar toda cosa que se presenta con un aire de sencillez. Para realizar el gran desiderátum de la navegación aérea, se suponía en general que debía aplicarse de un modo excesivamente complicado algún profundo principio de dinámica.

No obstante, el señor Mason estaba tan satisfecho del reciente éxito de su invención, que decidió construir desde luego, si era posible, un globo de una capacidad suficiente para comprobar el problema en un viaje de alguna extensión, siendo su primitivo proyecto cruzar el canal de la Mancha, como lo había efectuado antes en el globo Nassau. Para llevar a cabo su plan, solicitó y obtuvo la ayuda de sir Everard Brighthurst y del señor Osborne, dos caballeros famosos por sus conocimientos científicos y en especial por el interés que

habían demostrado por los progresos de la aeronáutica. El proyecto, por deseo del señor Osborne, fue ocultado con gran secreto al público; las únicas personas a quienes se confió aquél fueron las empeñadas en la construcción de la máquina, que se efectuaba (bajo la inspección de sir Everard Brighthurst y de los señores Mason, Holland y Osborne) en la morada de este último, próxima a Penstruthal, en el País de Gales. El señor Henson, acompañado de su amigo el señor Ainsworth, fue admitido a examinar en privado el globo, el sábado último, cuando esos dos señores adoptaron las disposiciones finales para que fuese él incluido en la aventura. No sabemos por qué razones los dos marineros formaron también parte de la expedición; pero dentro de uno o dos días podremos dar a nuestros lectores detalles minuciosos respecto a ese extraordinario viaje.

El globo está hecho de seda, barnizada con caucho líquido. Es de amplias dimensiones, conteniendo más de 40.000 pies cúbicos de gas; pero como el gas de hulla ha sido empleado en lugar del hidrógeno, más expansivo e inadecuado, la potencia sustentadora de la máquina, hinchado por completo el globo e inmediatamente después de haberlo sido, no llega a 2.500 libras. El gas de hulla no es sólo mucho menos costoso, sino que puede encontrarse y manejarse con mayor facilidad.

Debemos al señor Charles Green la utilización de ese gas en los procedimientos usuales de la aeronáutica. Antes de su descubrimiento, el procedimiento para hinchar un globo era no sólo excesivamente costoso, sino inseguro. Se perdían con frecuencia dos y hasta tres días en esfuerzos inútiles para proporcionarse el suficiente hidrógeno con que inflarlo, y con ese gas se producía una gran tendencia a los escapes, a causa de su extremada sutileza y de su afinidad con la atmósfera circundante. Un globo lo bastante perfecto para retener su contenido de gas hulla sin alterar su calidad ni su cantidad durante seis meses, no podría conservar una cantidad igual de hidrógeno con igual pureza durante seis semanas.

Estimando la fuerza sustentadora de dos mil quinientas libras, y los pesos reunidos de los ocupantes sólo en mil doscientas, aproximadamente, restaba un exceso de mil trescientas, de las que mil doscientas quedaban consumidas por el lastre, dispuesto en sacos de diferentes tamaños con sus respectivos pesos marcados sobre cada uno, y por el cordaje, los barómetros, telescopios, barriles conteniendo provisiones para una quincena, recipientes para el agua, capas, sacos de noche y otros varios objetos indispensables, incluyendo una cafetera ideada para calentar café por medio de cal en polvo, para evitar en absoluto encender fuego, si no se juzgaba prudente hacerlo así. Todos esos artículos, a excepción del lastre y de unas cuantas menudencias, van colgados del aro de arriba. La barquilla es más pequeña y leve, en proporción, que la colgada en el modelo. Está hecha de un mimbre ligero, y es de una resistencia

maravillosa para una máquina tan frágil. Tiene unos cuatro pies de hondo. El timón es mucho más grande, en proporción, que el del modelo, y el tornillo es notablemente menor. El globo está, además, provisto de un rezón a modo de pequeña ancla, y de una cuerda de arrastre; esta última es de la más indispensable utilidad. Son aquí necesarias unas cuantas palabras explicativas para aquellos de nuestros lectores que no estén versados en los detalles de la aeronáutica.

Tan pronto como el globo se despegaba de la tierra, quedaba sometido a la influencia de muchas circunstancias que tienden a crear una diferencia en su peso, aumentando así o disminuyendo su fuerza ascensional. Por ejemplo, puede haber una acumulación de rocío sobre la seda, capaz de llegar hasta algunos centenares de libras; hay que arrojar entonces lastre, pues si no el aparato desciende. Arrojado este lastre, y al hacer un sol despejado que evapore el rocío, y al mismo tiempo que aumente la fuerza de expansión del gas dentro de la seda, el conjunto volverá a elevarse enseguida. Para moderar esa ascensión, el único recurso es (o más bien era hasta la invención de la cuerda de arrastre por el señor Green) dejar escapar gas por la válvula; pero la pérdida de gas significa una pérdida proporcional en la fuerza ascensional; de tal modo, que en un período de tiempo relativamente breve el globo mejor construido tendría por necesidad que agotar todos sus recursos y caer a tierra. Éste era el gran obstáculo en los viajes largos.

La cuerda de arrastre remedia la dificultad del modo más sencillo que puede imaginarse. Es simplemente una cuerda muy larga que se deja arrastrar desde la barquilla, y cuyo efecto consiste en impedir que el globo cambie de nivel en un grado sensible. Si, por ejemplo, hay una acumulación de humedad sobre la seda, y el aparato comienza a descender, por consiguiente, no hay necesidad de arrojar lastre para remediar el aumento de peso, pues esto se remedia, o se contrarresta, en una proporción precisa, depositando sobre la tierra exactamente tanto longitud de cuerda como sea necesario. Si, por el contrario, determinadas circunstancias producen una ligereza excesiva y una ascensión precipitada, esa ligereza quedará al punto neutralizada por el peso adicional de la cuerda que se recoge, subiéndola desde tierra. Así el globo no puede subir o bajar más que dentro de muy pequeños límites, y sus recursos de gas y lastre permanecen casi intactos. Cuando se pasa por encima de una extensión de agua, se hace necesario emplear barrilitos de cobre o de madera llenos de un lastre líquido más ligero que el agua. Flotan éstos y hacen el oficio de una cuerda sobre el suelo. Otro oficio muy importante de la cuerda de arrastre es señalar la dirección del globo. La cuerda draga, por decirlo así, ya sea sobre tierra o ya sea sobre el mar, cuando el globo está en libertad. Este último, por consiguiente, cuantas veces marcha se adelanta; así, una estimación realizada con el compás de las posiciones relativas de los dos objetos indicará siempre la dirección. De igual manera, el ángulo formado por

la cuerda con el eje vertical de la máquina indica la velocidad. Cuando no hay ángulo —en otros términos, cuando la cuerda desciende perpendicular—, es que la máquina toda está fija; pero cuanto más abierto es el ángulo, es decir, cuanto más está el globo en adelante sobre el extremo de la cuerda, mayor es la velocidad, y a la inversa.

Como el proyecto de los viajeros, al principio, era cruzar el canal de la Mancha y descender lo más cerca de París que fuera posible, habían tomado la precaución de proveerse de pasaportes visados para todas las partes del continente, especificando el carácter de la expedición, como en el caso del viaje en el Nassau, lo cual aseguraba a los intrépidos aventureros una dispensa de las usuales formalidades oficinescas; pero unos sucesos inesperados hicieron superfluos los pasaportes. La operación de hinchar el globo comenzó muy tranquilamente en la mañana del sábado, 6 del corriente, al amanecer, en el gran patio de Wheal-Vor House, residencia del señor Osborne, a una milla, o cosa así, de Penstruthal, en Gales del Norte; y a las once y siete minutos, estando todo dispuesto para la partida, fue soltado el globo, y se elevó suave, pero constantemente, en una dirección casi sur. No se hizo uso, durante la primera media hora, del tornillo ni del timón. Nos servimos ahora del diario, tal como ha sido transcrito por el señor Forsyth conforme a los manuscritos reunidos de los señores Monck Mason y Ainsworth. El cuerpo de este diario, según lo reproducimos, está escrito de mano del señor Mason, y se le ha añadido un post-scriptum o apéndice del señor Ainsworth, quien tiene en preparación y dará a conocer muy pronto al público un informe más minucioso del viaje, y, sin duda alguna, de un interés emocionante.

## EL DIARIO

Sábado, 6 de abril

Todos los preparativos que pudieran considerarse como un obstáculo han sido realizados esta noche: hemos comenzado a hinchar el globo esta mañana al amanecer; pero, a causa de una niebla espesa que cargaba de agua los pliegues de la seda y la hacía poco manejable, no nos hemos elevado antes de las once, aproximadamente. Entonces largamos todo con un gran entusiasmo y nos elevamos con suavidad, aunque sin interrupción, merced a una grata brisa del norte, que nos llevó en dirección del canal de la Mancha. Encontramos la fuerza ascensional más fuerte de lo que habíamos esperado, y como subíamos lo bastante alto para dominar todas las escolleras y estar sometidos a la acción más cercana de los rayos solares, nuestra ascensión se hacía cada vez más rápida. Sin embargo, deseaba yo no perder gas desde el comienzo de nuestra tentativa, y decidí que había que elevarse por el momento. Recogimos hacia nosotros nuestra cuerda de arrastre; pero, aun después de haberla retirado por completo de tierra, seguimos ascendiendo muy deprisa. El globo marchaba con una seguridad singular y ofrecía un magnífico aspecto; unos diez minutos

después de nuestra partida, el barómetro señalaba una altura de quince mil pies.

El tiempo era muy hermoso, y el aspecto de la campiña a nuestros pies — uno de los más románticos desde todos los puntos de vista— era entonces sublime en particular. Las quebradas numerosas y profundas presentaban la apariencia de lagos, causa de los densos vapores que las llenaban, y las alturas y las rocas situadas al sudeste, amontonadas en un inextricable caos, se asemejan en un todo a las ciudades gigantescas de la mitología oriental. Nos acercábamos rápidamente a las montañas hacia el sur; pero nuestra elevación era más que suficiente para permitirnos franquearlas con toda seguridad. En unos minutos, planeábamos por encima de ellas a maravilla, y al señor Ainsworth, así como a los marineros, les chocó su apariencia poco elevada, vistas así desde la barquilla, y es que una gran altura en globo tiene por resultado reducir las desigualdades de la superficie situada debajo, a un nivel casi unido. A las once y media, cuando seguíamos siempre una dirección sur, o poco menos, divisamos por primera vez el canal de Bristol, y quince minutos después, la línea de la rompiente de la costa estaba debajo de nosotros y marchábamos favorablemente sobre el mar. Decidimos entonces soltar el gas requerido para que nuestra cuerda de arrastre se deslizara sobre el agua con las boyas sujetas a ella. Lo cual quedó hecho en un minuto comenzando nosotros a descender poco a poco. Al cabo de unos veinte minutos, nuestra primera boya tocó, y al zambullirse la segunda, permanecimos a una altura fija. Estábamos todos muy inquietos por comprobar la eficacia del timón y el tornillo, y nos dispusimos a utilizarlos sin tardanza, a fin de determinar mejor aún nuestra ruta hacia el este, poniendo proa hacia París. Por medio del timón, efectuamos en un instante el cambio necesario de dirección, y nuestra ruta se halló casi en ángulo recto con el viento; después pusimos en movimiento el muelle del tornillo, y nos sentimos encantados al ver que nos llevaba dócilmente en el sentido deseado. En este momento lanzamos nueve veces un «¡viva!» muy fuerte y arrojamos al mar una botella que contenía una tira de pergamino con una breve reseña del principio del invento. A pesar de todo, no habíamos acabado apenas de manifestar nuestro triunfo, cuando sobrevino un accidente imprevisto que era como para desanimarnos. La varilla de acero que unía el muelle con el propulsor quedó de repente desplazada por el extremo que terminaba en la barquilla (fue el efecto de la inclinación de la barquilla, de resultas de algún movimiento de uno de los marineros que iban con nosotros), y en un instante, se encontró suspendida y bailando fuera de nuestro alcance, lejos del pivote del eje del tornillo. Mientras nos esforzábamos por atraparla, y toda nuestra atención estaba absorbida en ello, nos encontramos envueltos en una violenta corriente de aire del este, que nos llevó con una fuerza rápida y creciente del lado del Atlántico.

Nos encontramos empujados hacia el mar a una velocidad que no era,

seguramente, menor de cincuenta o sesenta millas por hora, hasta el punto de que alcanzamos el cabo Clear, a cuarenta millas hacia el norte, antes de haber podido sujetar la varilla de acero y de tener tiempo de pensar en virar. Fue entonces cuando el señor Ainsworth hizo una proposición extraordinaria, pero que, a mi juicio, no era en modo alguno irrazonable ni quimérica, en la cual fue enseguida animado por el señor Holland; a saber: que podíamos aprovechar la fuerte brisa que nos empujaba, e intentar, en vez de dirigirnos a París, alcanzar la costa de Norteamérica. Después de una ligera reflexión, presté gustoso mi asentimiento a aquella removedora proposición que, cosa extraña de decir, no encontró objeciones más que en los dos marineros.

Sin embargo, como estábamos en mayoría, vencimos sus recelos, y mantuvimos con resolución nuestra ruta. Nos dirigimos rectos hacia el oeste; pero como el arrastre de las boyas representaba un obstáculo material para la marcha, y dominábamos lo bastante el globo, ya fuera para subir, ya para descender, arrojamos primero cincuenta libras de lastre y por medio de una manivela recogimos del mar toda la cuerda. Comprobamos inmediatamente el efecto de esta maniobra por un prodigioso aumento de velocidad, y cuando la brisa refrescaba, avanzamos con una rapidez casi inconcebible; la cuerda de arrastre se extendía detrás de la barquilla como la estela de un navío. Es inútil decir que nos bastó un espacio de tiempo muy corto para perder de vista la costa. Pasamos por encima de innumerables barcos de guerra de todas clases, algunos de los cuales iban a barlovento; pero la mayor parte estaban anclados. Causamos entre sus tripulaciones el mayor entusiasmo, entusiasmo saboreado en grande por nosotros mismos, y en especial por nuestros dos hombres que, ahora bajo la influencia de algunas copitas de ginebra, parecían ya decididos a abandonar todos los temores y escrúpulos. Varios barcos dispararon el cañonazo de señal, y todos nos saludaron con fuertes «¡vivas!», que oíamos con una claridad sorprendente entre la agitación de gorras y pañuelos. Marchamos así todo el día, sin incidente material alguno, y cuando las primeras sombras se amontonaban a nuestro alrededor, hicimos una estima aproximada de la distancia recorrida. No podía ser menor de quinientas millas, acaso mayor. Durante todo este tiempo el propulsor funcionó, y sin duda alguna, ayudó de una manera positiva nuestra marcha. Cuando el sol se puso, la brisa refrescó, transformándose en una verdadera borrasca. Debajo de nosotros el océano era perfectamente visible a causa de su fosforescencia. El viento sopló del este toda la noche, y nos dio los más brillantes presagios de éxito. Sufrimos no poco con el frío, y la humedad de la atmósfera nos resultaba muy penosa; pero el sitio libre en la barquilla era bastante amplio para permitirnos tendernos, y gracias a nuestras capas y a algunas mantas, salimos del paso todo lo mejor posible.

Post-scriptum (Por el señor Ainsworth). —Las últimas nueve horas han sido, indiscutiblemente, las más emocionantes de mi vida. No puedo concebir

nada más exaltador que el extraño peligro y la novedad de una aventura como ésta. ¡Quiera Dios concedernos el triunfo! No pido el triunfo por la simple salvación de mi insignificante persona, sino por amor a la ciencia humana y por la grandeza del triunfo. Y al fin y al cabo, la hazaña resulta tan a todas luces factible, que mi único asombro es que los hombres hayan tenido escrúpulos en intentarla antes. Con que un simple ventarrón como el que nos favorece ahora, con que un torbellino tempestuoso así empuje un globo durante cuatro o cinco días (esos vientos duran a menudo más tiempo), el viajero será fácilmente transportado, en ese lapso, de una orilla a la otra. Con un ventarrón semejante, el vasto Atlántico se convierte en un simple lago. Me impresiona más, sobre todo ahora, el supremo silencio que reina en el mar debajo de nosotros, no obstante su agitación, que cualquier otro fenómeno que tenga lugar al presente. Las aguas no lanzan ningún clamor hacia los cielos. El inmenso océano llameante se agita y se atormenta sin quejas. Las olas montañosas sugieren la idea de innumerables demonios gigantescos y mudos forcejeando en una impotente agonía. Durante una noche como es ésta para mí, un hombre vive —vive un siglo entero de vida ordinaria—, y no cedería yo este arrebatado deleite por un siglo entero de esa existencia ordinaria.

Domingo 7

(Manuscrito del señor Mason)

Esta mañana hacia las diez, el ventarrón se ha calmado, convirtiéndose en una brisa de ocho o nueve nudos (para un barco en el mar), y nos ha hecho recorrer acaso treinta millas por hora o más. Sin embargo, había cambiado mucho hacia el norte, y ahora, al ponerse el sol, nos dirigimos al oeste, debido principalmente al tornillo y al timón, que responden a nuestro propósito de un modo admirable. Considero el proyecto como de todo punto satisfactorio, y la navegación aérea, fácil en todas direcciones (de no ser con un viento contrario por completo), como un problema resuelto. No hubiéramos podido hacer frente al fuerte viento de ayer; pero, al elevarnos, habríamos podido librarnos de su influencia, en caso necesario. Contra una suave brisa persistente, estoy convencido de que podríamos avanzar con el propulsor. Hoy a mediodía nos hemos elevado a una altura de casi veinticinco mil pies, soltando lastre. No hemos intentado buscar una corriente más directa; pero no hemos encontrado ninguna tan favorable como esta que nos empuja ahora. Tenemos gas abundante para cruzar esa pequeña laguna, aunque hubiese de durar el viaje tres semanas. No siento el más leve temor en cuanto al resultado. Las dificultades han sido extrañamente exageradas y falsamente interpretadas. Puedo escoger mi corriente, y aunque tuviese todas las corrientes en contra mía, podría seguir a satisfacción la marcha con el propulsor. No hemos tenido incidentes dignos de registrarse. La noche se anuncia hermosa.

P. S. (Por el señor Ainsworth). —Tengo poco que anotar, excepto el hecho

(que ha sido para mí una sorpresa completa) de que, a una altura igual a la del Cotopaxi, no he sentido ni un frío intenso ni dolor de cabeza, ni dificultad para respirar; tampoco los han sentido los señores Mason, Holland ni sir Everard. El señor Osborne se ha quejado de opresión en el pecho, pero le ha desaparecido pronto. Hemos volado a una gran velocidad durante el día, y debemos de estar a menos de la mitad de la travesía del Atlántico. Hemos pasado sobre unos veinte o treinta barcos de diferentes clases, y todos parecían asombrados con deleite. Cruzar el océano en un globo no es tan difícil, después de todo. *Omne ignotum pro magnifico*. —Nota: a una altura de veinticinco mil pies, el cielo aparece casi negro, y las estrellas son bien visibles, mientras que el mar, no parece convexo (como podría suponerse), sino absoluta e inequívocamente cóncavo.

Lunes 8

(Manuscrito del señor Mason)

Esta mañana hemos sufrido de nuevo una pequeña perturbación por la varilla del propulsor, que deberá ser rehecha totalmente, por temor a un serio accidente; me refiero a la varilla de acero y no a las aspas. Estas últimas no pueden mejorarse. El viento ha soplado todo el día constante y fuerte del nordeste: hasta tal punto la Fortuna parece decidida a favorecernos. Al ir a amanecer, nos sentimos todos un tanto alarmados por algunos ruidos raros y algunas sacudidas en el globo, acompañados de la aparente y rápida parada de toda la máquina. Estos fenómenos estaban ocasionados por la expansión del gas, debido a un aumento de calor en la atmósfera y al consiguiente desmenuzamiento de las menudas partículas de hielo que se habían incrustado en la red durante la noche. Hemos arrojado varias botellas a los barcos que teníamos debajo. Una de ellas, según hemos visto, ha sido recogida por un buque grande: al parecer, uno de los que sirven la línea de Nueva York. Nos hemos esforzado por divisar su nombre, pero no estamos seguros de haberlo logrado. El señor Osborne, con el telescopio, ha leído algo parecido a Atalanta. Son ahora las doce de la noche y seguimos casi hacia el oeste con una marcha rápida. El mar está singularmente fosforescente.

P. S. (Por el señor Ainsworth). —Son ahora las dos de la mañana. Hay casi calma, por lo que pueda juzgar; pero es muy difícil determinar este punto, dado que nos movemos tan en absoluto con el aire. No he dormido desde que salí de Wheal-Vor; pero no puedo seguir así más, y voy a echar un sueño. No podemos estar lejos de la costa americana.

Martes 9

(Manuscrito del señor Ainsworth)

Una de la tarde. Tenemos a la vista la costa baja de Carolina del Sur. El

gran problema está resuelto. ¡Hemos atravesado el Atlántico —entera y fácilmente— en un globo! ¡Alabado sea Dios! ¿Quién dirá que exista cosa alguna imposible en el futuro?

Aquí termina el diario. Algunos detalles sobre el descenso han sido comunicados por el señor Ainsworth al señor Forsyth. Había casi una calma chicha cuando los viajeros llegaron a la vista de la costa, que fue desde luego reconocida por los dos marineros y por el señor Osborne. Este caballero tenía algunas amistades en el fuerte Moultrie, por lo cual se decidió acto seguido descender en sus cercanías. El globo fue llevado hasta la playa (había marea baja, y la arena dura, lisa, se adaptaba admirablemente al descenso), y echada la pequeña ancla, prendió con toda firmeza al instante. Los habitantes de la isla y del fuerte se apiñaban, claro está, para ver el globo; pero sólo con muchas dificultades podían prestar crédito al viaje realizado, la travesía del Atlántico. El ancla prendió en definitiva a las dos de la tarde en punto; por tanto, el viaje entero había sido efectuado en setenta y cinco horas, o más bien en algo menos, contando de orilla a orilla. No ocurrió ningún accidente grave. No hubo que temer ningún peligro verdadero en todo ese tiempo. El globo fue desinflado y sujeto sin apuros, y cuando fueron enviados desde Charleston los manuscritos de donde se toma este relato, los tripulantes se hallaban aún en el fuerte Moultrie. Se desconocen sus propósitos ulteriores; pero podemos prometer con toda seguridad a nuestros lectores alguna información adicional, bien para el lunes o en el transcurso del próximo día, lo más tarde.

Ésta es, innegablemente, la más estupenda, la más interesante y la más importante empresa que haya sido realizada o intentada nunca por unos hombres. Inútil sería por ahora pensar en determinar qué magníficos resultados puede traer como consecuencia.

## **BERENICE**

El infortunio es múltiple. La desdicha sobre la tierra, multiforme. Dominando el vasto horizonte cual el arco iris, son sus matices tan varios como los de ese arco, tan claros también, e incluso tan íntimamente mezclados. ¡Dominando el vasto horizonte cual el arco iris! ¿Cómo he podido obtener de la belleza un tipo de fealdad? ¿Cómo del pacto de paz, un dolor semejante? Pero lo mismo que en la ética el mal es una consecuencia del bien, así, en la realidad, de la alegría nace la pena, bien porque el recuerdo de la felicidad pasada forme la angustia de hoy, bien porque las angustias que son tengan su origen en los éxtasis que pueden haber sido.

Mi nombre de pila es Egeo; no mencionaré mi apellido familiar. Sin

embargo, no hay torreones en la comarca más ilustres que los de mi triste y vetusta casa solariega. Nuestro linaje ha sido llamado raza de visionarios; y en muchos detalles notables —en el carácter de la mansión familiar, en los frescos del salón principal, en los tapices de los dormitorios, en los cincelados de algunos pilares de la armería, pero más especialmente en la galería de cuadros antiguos, en el estilo de la biblioteca, y por último, en la particularísima naturaleza del contenido de esa biblioteca— hay más que suficientes pruebas para justificar esa creencia.

El recuerdo de mis primeros años va unido a esa sala y a esos volúmenes, de los cuales no diré nada más. Allí murió mi madre. Allí nació. Pero sería ocioso decir que no he vivido antes, que el alma no tiene una existencia anterior. ¿Lo niega usted? No discutamos ese tema. Convencido yo mismo, no intento convencer. Allí hay, no obstante, un recuerdo de formas aéreas, de ojos espirituales y pensativos, de sonidos musicales, aunque tristes; un recuerdo que no quiere irse; un recuerdo parecido a una sombra, vago, invariable, indefinido, incierto, y como una sombra también, me veo en la imposibilidad de deshacerme de ella mientras exista el sol de mi razón.

En esa estancia nació. Despertando así de la larga noche que parecía ser, pero que no era, la nada, para caer enseguida en las verdaderas regiones de un país de hadas, en un palacio fantástico, en los extraños dominios del pensamiento y de la erudición monásticos, no es raro que haya mirado a mi alrededor con ojos espantados y ardientes, que haya malgastado mi infancia ante los libros y disipado mi juventud en sueños; pero lo que es singular, al pasar los años y cuando el mediodía de la virilidad me encontró aún en la casa de mis padres, lo que es maravilloso es ese estancamiento que cayó sobre las fuentes de mi vida, maravilloso ese total trastrocamiento que tuvo lugar en el carácter de mis más vulgares pensamientos. Las realidades del mundo me afectaban como visiones, y sólo como visiones, mientras que las ideas desenfrenadas de la comarca soñadora llegaban a ser, en cambio, no el alimento de mi existencia diaria, sino realmente mi entera y única existencia.

Berenice y yo éramos primos, y crecimos juntos en mi casa solariega. Aun así, crecimos muy diferentes: yo, mísero de salud y sepultado en la tristeza; ella, ágil, graciosa y desbordante de energía. Para ella era el vagar por la ladera de la colina; para mí, los estudios del claustro. Yo, viviendo dentro de mi propio corazón, y entregado en cuerpo y alma a la más intensa y penosa meditación; ella, vagando despreocupada por la vida, sin pensar en las sombras de su camino o en el vuelo callado de las horas con plumaje de cuervo. ¡Berenice! Grito su nombre —¡Berenice!—, y en las ruinas vetustas de mi memoria se agitan mil recuerdos tumultuosos a ese sonido. ¡Ah, su imagen está viva ante mí ahora, como en los primeros días de su luminoso ardor y de su alegría! ¡Oh, magnífica, y con todo, fantástica belleza! ¡Oh,

sílfide entre los arbustos de Arnheim! ¡Oh, náyade entre sus fuentes! Y luego, luego todo es misterio y terror, y una historia que no puede contarse. Una dolencia, una fatal dolencia cayó sobre su persona como el simún; y hasta cuando yo la contemplaba, el espíritu de transformación pesaba sobre ella, penetrando su espíritu, sus hábitos, su carácter, y de la manera más sutil y terrible, ¡perturbaba incluso la identidad de su persona! ¡Ay, el destructor venía y se iba! Y la víctima, ¿dónde está? No la conocía, o al menos, ¡no la conocía ya como Berenice!

Entre la numerosa serie de enfermedades acarreadas por aquella fatal y primera, que provocaron una revolución de un género tan terrible en el ser moral y físico de mi prima, hay que mencionar la de naturaleza más penosa y tenaz: una especie de epilepsia que terminaba con frecuencia en catalepsia, una catalepsia muy parecida a la muerte real, y de la que despertaba ella en muchos casos con un brusco sobresalto. Al mismo tiempo mi propia enfermedad —pues me han dicho que no puedo llamarla de otro modo—, mi propia enfermedad aumentaba rápidamente, tomando, por último, el carácter de una monomanía, de una forma nueva y extraordinaria, cobrando a cada hora, a cada minuto mayor energía, y adquiriendo al cabo sobre mí el más incomprensible ascendiente. Esta monomanía, si he de usar este término, consistía en una irritabilidad morbosa de esas facultades del espíritu que la ciencia metafísica denomina atentas. Es más que probable que no sea yo comprendido; pero temo de veras que no haya manera posible de dar a la mayoría de los lectores una idea adecuada de esa nerviosa intensidad de interés con la cual, en mi caso, la facultad de meditación (para no emplear términos técnicos) se ocupaba y se sumía en la contemplación de los objetos más vulgares del universo.

Meditar infatigablemente durante largas horas, con mi atención fija en algún frívolo dibujo sobre el margen o en el texto de un libro; permanecer absorto la mayor parte de un día de verano en una curiosa sombra cayendo oblicuamente sobre el tapiz o sobre el suelo; olvidarme de mí mismo durante una noche entera, espionando la firme llama de una lámpara; soñar toda una jornada con el perfume de una flor; repetir monótonamente alguna palabra vulgar, hasta que el sonido, a causa de las frecuentes repeticiones, cesara de ofrecer una idea cualquiera a la mente; perder todo sentido de movimiento o de existencia física por medio de una absoluta inmovilidad corporal, larga y persistentemente mantenida: tales eran algunas de las más comunes y de las menos perniciosas fantasías promovidas por el estado de mis facultades mentales, que no son, por supuesto, únicas, pero que desafían en verdad todo género de análisis o explicación.

A pesar de todo, no quiero ser mal interpretado. La anormal, grave y morbosa atención así excitada por objetos frívolos en su propia naturaleza no

debe confundirse en el carácter con esa tendencia meditativa común a toda la humanidad, y a la que se entregan en particular las personas de imaginación ardiente. Era no sólo, como de primera intención podría suponerse, un estado extremo o una exageración de tal tendencia, sino originaria y esencialmente preciso y distinto. En uno de esos casos el soñador o imaginativo, al interesarse por un objeto en general no frívolo, de modo insensible pierde de vista ese objeto en un desierto de deducciones y sugerencias que de allí surgen, hasta que al término de uno de esos sueños diarios con frecuencia henchido de voluptuosidad, encuentra el incitamentum o causa primera de sus meditaciones, por entero desvanecido y olvidado. En mi caso, el objeto primario era invariablemente frívolo, aunque revistiendo, a través del medio de mi visión perturbada, una importancia reflejada e irreal. Hacía yo pocas deducciones, si es que hacía alguna, y esas pocas volvían con obstinación al objeto principal como a un centro. Las meditaciones no eran nunca placenteras; y al final del ensueño, la causa primera, lejos de estar apartada de la vista, había alcanzado ese interés sobrenaturalmente exagerado que era el rasgo característico de mi enfermedad. En una palabra, la facultad espiritual más ejercitada con preferencia era en mí, como he dicho antes, la de la atención, y es, en el soñador diario la especulativa.

Mis libros en aquella época, si no servían en realidad para irritar aquel trastorno, participaban, como debe comprenderse, ampliamente, por su naturaleza imaginativa e inconexa, en las cualidades características del propio mal. Recuerdo bien, entre otros, el tratado de noble italiano Coelius Secundus Curio De Amplitudine Beati Regn Dei, la gran obra de San Agustín La Ciudad de Dios y el De Carne Christi, de Tertuliano, cuya paradójica sentencia: «Mortuus est De filius; credibile est quia ineptum est; et sepultus resurrexit; certum est quia imposible est», absorbió íntegro mi tiempo durante muchas semanas de laboriosa e infructuosa investigación.

Parecerá así que, alterada en su equilibrio por cosas triviales, mi razón mostrara semejanza con esa roca oceánica de que habla Tolomeo Hephestion, que resistía de firme los ataques de la violencia humana y al más fiero furor de las aguas y de los vientos, temblando únicamente al simple toque de la flor llamada asfódelo. Y aunque a un pensador de poca fijeza le pueda parecer fuera de duda que la alteración producida por su desdichada dolencia en la condición moral de Berenice me proporcionase muchos motivos para el ejercicio de esa intensa y anormal meditación cuya naturaleza me ha costado cierto trabajo explicar, no ocurría así en ningún caso. Durante los intervalos lúcidos de mi dolencia, me causaba su desgracia una pena real, y aquella ruina total de su bella y dulce vida conmovía hondamente mi corazón, sin que dejara yo de reflexionar, muchas veces con amargura en las maravillosas vías por las cuales había podido producirse tan de súbito una revolución tan extraña. Pero aquellas reflexiones no participaban de la idiosincrasia de mi dolencia, y eran

tales como se le hubiesen ocurrido, en circunstancias semejantes, a la masa ordinaria de la humanidad. Fiel a su propio carácter, mi enfermedad se manifestaba en los menos importantes, pero más pavorosos cambios que tenían lugar en el estado físico de Berenice, en la singular y aterradora deformación de su identidad personal.

Al correr los días más brillantes de su incomparable belleza, con toda seguridad, no la había yo amado nunca. En la extraña anomalía de mi existencia, mis sentimientos no me han venido jamás del corazón, y mis pasiones han venido siempre de mi espíritu. A través del gris de las madrugadas, en las sombras entrecruzadas de la selva al mediodía, y en el silencio de mi biblioteca por la noche, voló ella ante mis ojos, y la vi, no como la Berenice de un sueño, no como un ser de la Tierra, tangible, sino como la abstracción de un ser semejante; no como una cosa que admirar, sino que analizar; no como un objeto de ensueño, sino como tema de una especulación tan abstrusa cual inconexa. Y ahora, ahora me estremecía en su presencia y palidecía cuando se acercaba; pero, aunque lamentando amargamente su decaído y triste estado, recordaba yo que me había amado largo tiempo, y en un mal momento le hablé de matrimonio.

Se acercaba por fin la época de nuestras nupcias cuando una tarde de invierno, uno de esos días intempestivamente cálidos, tranquilos y brumosos que son como la nodriza de la bella Alcione, me senté (creyéndome solo) en el gabinete interior de la biblioteca. Pero al levantar los ojos vi a Berenice en pie ante mí.

¿Fue mi imaginación excitada, o la influencia brumosa de la atmósfera, o el incierto crepúsculo de la estancia, o el ropaje gris que envolvía su figura lo que hizo tan vacilante y vago su contorno? No podría decirlo. Acaso había nacido durante su enfermedad. No habló ella una palabra; y yo por nada del mundo hubiera pronunciado una sílaba. Un estremecimiento helado recorrió mi persona; me oprimió una sensación de insufrible ansiedad; una devoradora curiosidad invadió mi alma, y echándome hacia atrás en el sillón, permanecí durante un rato sin respirar, inmóvil, con los ojos clavados en su figura. ¡Ay! Era excesiva su demacración, y ni un solo vestigio de su ser primero se escondía en ninguna línea de aquel contorno.

No era sino una sombra de lo que había sido. Por fin cayeron sobre su rostro mis ardientes miradas. Su frente era alta, muy pálida, y singularmente plácida; los cabellos en otro tiempo de un negro azabache, la recubrían en parte, tapando las sienas hundidas con innumerables rizos, ahora de un vivo dorado, y cuyo carácter fantástico desentonaba de un modo violento con la predominante melancolía de su rostro. Los ojos carecían de vida y de brillo, y, en apariencia, de pupilas; sin querer, aparté las mías de su fijeza vidriosa para contemplar sus delgados y arrugados labios. Se separaron, y en una sonrisa de

un especial significado, aparecieron lentamente ante mi vista los dientes de la cambiada Berenice. ¡Pluguiera a Dios que no los hubiese contemplado nunca, o que, al verlos, hubiera muerto yo!

Me sobrecogió el ruido de una puerta que se cerraba, y al levantar los ojos vi que mi prima había salido de la estancia. Pero de la estancia agitada de mi cerebro no había salido, ¡ay!, ni siquiera salir el blanco y triste espectro de aquellos dientes. No había ni una mancha sobre su superficie, ni una sombra sobre su esmalte, ni una mella en su hilera que en aquel breve lapso de su sonrisa no se haya grabado en mi memoria. Los vi ahora más inequívocamente que los había contemplado antes. ¡Los dientes, los dientes! Estaban allí, allá y en todas partes, visibles y palpables ante mí, largos, estrechos y excesivamente blancos, con los pálidos labios arrugados enmarcándolos, como en el verdadero momento de su primero y terrible desarrollo.

Entonces sobrevino la furia plena de mi monomanía, y luché en vano contra su extraña e irresistible influencia. En los objetos multiplicados del mundo exterior no tenía yo pensamientos más que para los dientes. Sentía por ellos un deseo frenético. Todos los demás temas y todos los intereses quedaron absorbidos en su sola contemplación. Ellos, sólo ellos estaban presentes a mi mirada mental, y su sola individualidad se convirtió en la esencia de mi vida espiritual. Los veía bajo todas las luces; les daba vueltas en todos sentidos; estudiaba sus características; me preocupaban sus particularidades; meditaba sobre su conformación; reflexionaba sobre la alteración de su naturaleza; me estremecía atribuyéndoles con la imaginación una facultad de sensación y de sensibilidad, e incluso, sin ayuda de los labios, una capacidad de expresión moral. Se ha dicho bien de mademoiselle Sallé que «tous ses pas étaient des sentiments», y de Berenice creía yo aún más seriamente que tous ses dents étaient des idées. Des idées! ¡Ah, he aquí el pensamiento idiota que me ha perdido! Des idées! ¡Ah, por eso los codiciaba yo tan locamente! Sentía que sólo su posesión podía darme el sosiego y hacerme recobrar la razón.

Y cayó la noche así sobre mí, y entonces vinieron las tinieblas, y se detuvieron, y se disiparon, y despuntó el nuevo día, y la bruma de una segunda noche se amontonó ahora a mi alrededor, y aún seguía yo sentado, inmóvil en aquella estancia solitaria, y todavía el fantasma de los dientes mantenía su terrible ascendiente, hasta el punto de que, con la más viva y horrenda claridad, flotaba en torno, entre las luces y las sombras cambiantes de la habitación. Al cabo irrumpió en medio de mis sueños un grito de horror y de congoja, y a él, después de una pausa, sucedió un ruido de voces agitadas, mezcladas con muchos sordos gemidos de dolor o de pena. Me levanté de mi asiento, y abriendo del todo una de las puertas de la biblioteca, vi rígida en la antecámara a una doncella, deshecha en llanto, que me dijo que Berenice ¡ya no existía! Había sufrido un ataque de epilepsia en las primeras horas de la

mañana; y ahora, al caer la noche, estaba la tumba dispuesta para su ocupante, y hechos todos los preparativos para el entierro.

Me encontré de nuevo sentado en la biblioteca y solo. Parecíame que acababa de despertarme de un confuso y agitado sueño. Vi que era ahora medianoche, y me di perfecta cuenta de que, al ponerse el sol, sería enterrada Berenice. Pero no he conservado de lo sucedido una comprensión real ni bien definida. Sin embargo, mi memoria estaba llena de horror, horror más terrible aún por ser vago, terror más terrible en su ambigüedad. Era una página espantosa del libro de mi vida, escrita toda con recuerdos oscuros, atroces e ininteligibles.

Me esforcé por descifrarlos, aunque en vano; de cuando en cuando, parecido al espíritu de un sonido muerto, diríase que retumbaba en mis oídos el grito agudo y penetrante de una voz de mujer. Había yo realizado un acto — ¿cuál?—. Me dirigía a mí mismo la pregunta en voz alta, y los ecos de la habitación me musitaban: «¿Qué has hecho?».

Sobre la mesa, a mi lado, ardía la lámpara y cerca había una cajita. No poseía un carácter notable, y la había visto antes muchas veces, pues pertenecía al médico de la familia; pero ¿cómo había venido a parar aquí, sobre mi mesa, y por qué me estremecía al mirarla? Eran, éstas, cosas de poca monta, y mis ojos al final cayeron sobre las páginas abiertas de un libro, y sobre una frase subrayada. Eran las palabras singulares, pero sencillas, del poeta Ebn Zaiat: «Dicebant mihi sodales, si sepulchrum amiae visitarem, curas meas aliquantulum fore levatas». ¿Por qué al leerlas cuidadosamente se me erizaron los cabellos y mi sangre se heló en mis venas?

Dieron un golpecito en la puerta de la biblioteca, y pálido como un habitante de la tumba, entró un criado de puntillas. Sus ojos estaban trastornados de terror, y me habló con una voz trémula, ronca y muy baja. ¿Qué me dijo? Oí algunas palabras entrecortadas. Me habló de un grito espantoso que había turbado el silencio de la noche, de una reunión de toda la servidumbre de la casa, de su búsqueda en dirección de aquel sonido; luego, el tono de su voz se hizo espeluznantemente claro cuando me habló de una tumba violada, de un cuerpo desfigurado, sin la mortaja, pero respirando y palpitando aún, ¡vivo todavía!

Señaló mis ropas; estaban manchadas de barro y de sangre coagulada. Sin hablar, me cogió con suavidad de la mano: tenía señales de uñas humanas. Dirigió mi atención hacia un objeto apoyado contra la pared. Lo miré durante unos minutos: era una azada. Lanzando un grito salté hacia la mesa, y agarré la caja que había sobre ella. Pero no tuve fuerza para abrirla, y en mi temblor se me escurrió de las manos, cayó pesadamente y se hizo pedazos. De ella, con un ruido tintineante, se escaparon algunos instrumentos de cirugía dental,

mezclados con treinta y dos piecitas blancas, parecidas al marfil, que se esparcieron por el suelo aquí y allá. Eran ¡los dientes de Berenice que le había arrancado yo en su tumba!

## **CUATRO BESTIAS EN UNA (EL HOMBRE CAMELLO PARDAL)**

Antiochus Epiphanes está considerado generalmente como el Gog del profeta Ezequiel. Este honor, debe, sin embargo, ser atribuido más bien a Cambises, el hijo de Ciro. Y, en realidad, el carácter del monarca sirio no necesita de ningún embellecimiento adventicio. Su elevación al trono, o, mejor dicho, su usurpación de la soberanía, ciento setenta y un años antes de la venida de Cristo; su tentativa de saqueo del templo de Diana en Éfeso; su implacable hostilidad contra los judíos; la violación del Santo de los Santos, y su muerte miserable en Taba, después de un reinado tumultuoso de once años, son circunstancias de un tipo sobresaliente, y, por tanto, más notables para los historiadores de su tiempo que las impías, cobardes, crueles, necias y caprichosas hazañas que hay que añadir a la suma total de su vida privada y de su reputación.

Supongamos, amable lector, que estamos ahora en el año del mundo tres mil ochocientos treinta, e imaginemos por unos minutos que nos encontramos en la más grutesca morada del hombre, en la notable ciudad de Antioquía. Es cierto que había en Siria y otras comarcas dieciséis ciudades de ese nombre, además de ésta a que más especialmente aludo. Pero la nuestra es la que se llamaba Antioquía Epidaphne, a causa de su proximidad al pueblecito de Dafne, donde se elevaba un templo consagrado a esta divinidad. Fue edificado (aunque sobre ello exista alguna discusión) por Seleucus Nicanor, el primer rey del país después de Alejandro el Grande, en memoria de su padre, Antíoco, y llegó a ser enseguida la sede de la monarquía siria. En los tiempos florecientes del Imperio romano era la residencia ordinaria del prefecto de las provincias orientales; y muchos de los emperadores de la ciudad reina (entre los que pueden mencionarse, especialmente, a Verus y a Valens) pasaron allí la mayor parte de su tiempo. Pero advierto que hemos llegado a la ciudad misma. Subamos sobre esa muralla y dejemos caer nuestros ojos sobre la ciudad y las tierras comarcanas.

—¿Cuál es ese ancho y rápido río que se abre camino, con innumerables cascadas, por las montañas selváticas, y finalmente entre la maraña de los edificios?

—Es el Orontes, y es la única agua que se divisa, a excepción del Mediterráneo, que se extiende, como un amplio espejo, doce millas aproximadamente, hacia el sur. Todos han visto el Mediterráneo; pero permitidme decir que pocos han podido echar un vistazo a Antioquía. Pocos, quiero decir, pocos son los que, como usted y yo, han gozado al mismo tiempo de los beneficios de una educación moderna. Por eso deje de mirar el mar y dirija toda su atención a la masa de casas que se extiende debajo de nosotros. Recordará que estamos ahora en el año del mundo tres mil ochocientos treinta. Si fuese más tarde (por ejemplo, si fuese el año de Nuestro Señor mil ochocientos cuarenta y cinco) nos veríamos privados de este espectáculo extraordinario. En el siglo diecinueve, Antioquía está (es decir, Antioquía estará) en un lamentable estado de ruina. Habrá sido en ese tiempo totalmente destruida en tres épocas diferentes por tres terremotos. A decir verdad, lo poco que quedará de la primitiva, se encontrará en un estado tan desolado y ruinoso, que el patriarca trasladará su residencia a Damasco. Está bien. Veo que aprovecha usted mi consejo y que dedica la mayor parte de su tiempo a reconocer los lugares para

... alegrar vuestros ojos

con los recuerdos y las cosas famosas

que más renombre dan a esta ciudad...

Le pido perdón; había olvidado que Shakespeare no florecerá antes de mil setecientos cincuenta años. Pero el aspecto de Epidaphne, ¿no justifica ese nombre de grotesco que le he dado?

—Está bien fortificada; y, en este respecto, debe tanto a la naturaleza como al arte.

—Eso es muy cierto.

—Hay una cantidad prodigiosa de imponentes palacios.

—Los hay.

—Y sus templos suntuosos y magníficos pueden ser comparados con los más prestigiosos de la antigüedad.

—Debo reconocerlo. Hay, no obstante, una infinidad de casuchas de barro y de chozas abominables. Observamos una profusión de inmundicias en todos los albañales, y a no ser por las humaredas que todo lo dominan del incienso idólatra, no cabe duda de que encontraríamos allí un intolerable hedor. ¿Ha visto usted nunca unas calles tan insoportablemente estrechas o unas casas tan milagrosamente altas? ¡Qué oscuridad dejan sus sombras sobre el suelo! Está bien que las lámparas colgantes de esas interminables columnatas permanezcan encendidas durante todo el día; en otro caso, tendríamos aquí las

tinieblas de Egipto en la época de su desolación.

—¡Es por cierto un extraño lugar! ¿Qué significa aquel singular edificio? ¡Mire! ¡Domina todos los demás y se extiende hacia el este del que creo es el palacio real!

—Es el nuevo templo del Sol, a quien adoran en Siria bajo el nombre de Elah Gabalah. Más adelante, un emperador romano muy famoso instituirá ese culto en Roma, y de él tomará su sobrenombre, Heliogábalo. Me atrevo a afirmarle que le agradecería echar una ojeada a esa divinidad. No necesita usted mirar al cielo; su Sol no está allí; al menos, el Sol adorado por los sirios: Esa deidad se encuentra en el interior de ese edificio. Es adorada bajo la forma de un ancho pilar de piedra cuya punta termina en un cono o pirámide, con la cual se simboliza el fuego o pyr.

—¡Escuche! ¡Mire! ¿Quiénes pueden ser esos seres ridículos, semidesnudos, con las caras pintadas, que vociferan y gesticulan ante la chusma?

—Unos cuantos pocos son saltimbanquis. Otros pertenecen más particularmente a la raza de los filósofos. La mayoría, empero, sobre todo los que tratan al populacho a palos, son los principales cortesanos del palacio, ejecutando, como es su deber, alguna laudable chuscada del rey.

—Pero ¿qué hay allí? ¡Cielos! ¡La ciudad hormiguea de bestias feroces! ¡Qué terrible espectáculo! ¡Qué peligrosa singularidad!

—Terrible es, si usted quiere, aunque nada peligrosa. Cada animal, si se digna tomarse la molestia de observar, va siguiendo, muy tranquilo, a su amo. Unos cuantos, en efecto, son conducidos con una cuerda alrededor del cuello; pero son en particular las especies más pequeñas o más tímidas. El león, el tigre y el leopardo marchan completamente sueltos. Han sido domados sin dificultad para su presente profesión, y siguen a sus respectivos amos en calidad de valets de chambre. Verdad es que hay casos en que la Naturaleza afirma su violado dominio; pero un heraldo devorado, o un toro sagrado estrangulado, son detalles de muy poco monta para ser mencionados en Epidaphne.

—Pero ¿qué tumulto extraordinario oigo? ¡Seguramente es un alboroto, incluso para Antioquía! Eso indica alguna conmoción, de un interés inusitado.

—Sí, indudablemente. El rey habrá ordenado algún nuevo espectáculo, alguna exhibición de gladiadores en el hipódromo, o quizá la matanza de los prisioneros escitas, o el incendio de su nuevo palacio, o la demolición de un hermoso templo, acaso una hoguera con algunos judíos. El griterío aumenta. Suben hacia los cielos estallidos de risa. Desgarran el aire instrumentos de viento y el clamor de un millón de gargantas. Bajemos, por amor al regocijo, y

veamos qué pasa. Por aquí, ¡cuidado! Estamos ahora en la calle principal, la llamada calle de Timarchus. El mar de gente viene a ese lado, y nos será difícil remontar la corriente. Se esparce por la avenida de Hércules, que arranca directa del palacio; por eso, muy probablemente, vendrá el rey entre los alborotadores. Sí, oigo los gritos del heraldo proclamando su llegada con la pomposa fraseología del Oriente. Podremos echar un vistazo a su persona cuando pase ante el templo de Ashimah. Cobijémonos en el vestíbulo del santuario; estará él aquí pronto. Entretanto, examinemos esa imagen. ¿Qué es? ¡Oh! Es el dios Ashimah en persona. Verá usted cómo no es ni un cordero, ni una cabra, ni un sátiro; no tiene tampoco mucho parecido con el Pan de los arcadios. Y, no obstante, esas apariencias han sido (le pido perdón), serán atribuidas por los eruditos de las edades futuras al Ashimah de los sirios. Póngase las gafas y dígame qué es. ¿De qué se trata?

—¡Bendito sea Dios! ¡Es un mono!

—Ciertamente, un mandril; pero no es en absoluto una deidad. Su nombre es una derivación del griego simia (¡qué grandes necios son los arqueólogos!). Pero ¡mire! Mire cómo se escabulle aquel pilluelo andrajoso. ¿Adónde va? ¿Qué chilla? ¿Qué es lo que dice? ¡Oh! Dice que el rey llega en triunfo, que lleva su vestimenta de ceremonia, que viene ahora mismo de decapitar con sus propias manos ¡un millar de prisioneros israelitas encadenados! ¡Por esta hazaña el granuja le eleva hasta los cielos! ¡Atención! Aquí llega un tropel de gentes de una clase parecida. Han compuesto un himno en latín sobre la valentía del rey, y lo cantan mientras marchan:

Mille, mille, mille,  
mille, mille, mille,  
decollavimus, unus homo!  
Mille, mille, mille, mille, decollavimus!  
Mille, mille, mille,  
vivat qui mille mille occidit!  
Tantum vini habet nemo  
quantum sanguinis effudit.

Lo cual puede ser parafraseado de este modo:

Mil, mil, mil,  
mil, mil, mil,  
¡con un guerrero, hemos decapitado nosotros!  
¡Mil, mil, mil, mil, hemos decapitado!

Mil, mil, mil.

¡Viva quien mil mató!

¡Que nos ha dado una vendimia de sangre  
mayor que todo el vino que produce la Siria!

—¿Oye usted ese tronar de trompetas?

—¡Sí, llega el rey! ¡Mire! ¡El pueblo está anhelante de admiración y levanta los ojos al cielo, reverente! ¡Llega, ha llegado! ¡Ahí está!

—¿Quién? ¿Dónde? ¿El rey? No le veo; le digo que no le veo.

—Debe usted de estar ciego.

—Es muy posible. Pero no veo nada más que una multitud de idiotas y de locos que se afanan en prosternarse juntos ante el gigantesco camello pardal y pugnan por aplicar un beso sobre la pezuña del animal. ¡Mire! La bestia acaba precisamente de cocear a uno de la chusma, y a otro, y a otro, y a otro. Realmente, no puedo dejar de admirar a ese animal por el excelente uso que hace de sus patas.

—¡Una chusma! Pero ¡si son los nobles y libres ciudadanos de Epidaphne! ¿La bestia dice usted? Ande con cuidado de que no le oigan. ¿No ve que ese animal tiene un rostro de hombre? ¡Sí, mi querido señor, ese camello pardal no es otro que Antíoco Epiphanes, Antíoco el Ilustre, rey de Siria, y el más poderoso de todos los autócratas del Oriente! Verdad es que él se titula a veces Antíoco Epimanes, Antíoco el Loco; pero eso obedece a que no toda la gente resulta capaz de apreciar sus méritos. Es también cierto que está por el momento oculto en la piel de una bestia, y que desempeña lo mejor que puede el papel de un camello pardal; pero lo hace para mantener mejor su dignidad de rey. Además, el monarca es de una estatura gigantesca, y su vestimenta, por tanto, no le sienta mal ni le viene demasiado grande. Podemos, con todo, suponer que él no se la hubiera puesto más que en una ocasión de un fausto especial. Y reconocerá usted que lo es la matanza de un millar de judíos. ¡Con qué suprema dignidad marcha el monarca sobre sus cuatro patas! Como ve usted, le levantan la cola sus dos principales concubinas, Elina y Argelais; y su aspecto total sería atractivo hasta lo infinito si no fuese por sus ojos protuberantes que están a punto de salirse de la cabeza, y por el extraño color de su faz, que se convierte en algo indescriptible a causa de la cantidad de vino que ha ingerido. Sigámosle al hipódromo, adonde se dirige, y oigamos el canto triunfal que él mismo inicia:

¿Quién es rey sino Epiphanes?

Decid, ¿lo sabéis?

¿Quién es rey sino Epiphanes?

¡Bravo, bravo!

No hay más que un Epiphanes;

no, no hay ningún otro.

Así, pues, derribad los templos

¡y apagad el sol!

»¡Bien y vigorosamente cantado! El populacho le saluda como Príncipe de los Poetas, Gloria del Oriente, Deleite del Universo, y, en fin, como el Más Notable de los Camellos Pardales. Le hacen repetir su expansión, y, ¿lo oye?, comienza de nuevo a cantar. Cuando llegue al hipódromo, le pondrán la corona poética, vaticinio de su victoria en los próximos Olímpicos.

—Pero, ¡buen Júpiter!, ¿qué sucede en la multitud a nuestra espalda?

—¿A nuestra espalda ha dicho usted? ¡Oh, ah! Ya lo veo. Amigo mío, ha hecho usted bien en hablar a tiempo. Pongámonos a salvo lo antes posible. ¡Aquí! Refugiémonos bajo el arco de ese acueducto y le explicaré enseguida el origen de esa agitación. Ha ocurrido lo que yo había anticipado. El singular aspecto del camello pardal con cabeza de hombre ha ofendido, al parecer, las ideas de decoro mantenidas en general por los animales salvajes domesticados en la ciudad. Ello ha originado un motín, y como es habitual en tales ocasiones, todos los esfuerzos humanos serán inútiles para contener a la chusma. Varios sirios han sido devorados ya; pero el criterio general de los patriotas de cuatro patas es, según parece, comerse al camello pardal. El Príncipe de los Poetas, por tanto, se ha levantado sobre sus patas traseras para defender su vida. Sus cortesanos le han dejado en la estacada, y sus concubinas han seguido tan excelente ejemplo. ¡Deleite del Universo, estás en mal trance! ¡Gloria del Oriente, corres peligro de ser comido! Conque no mires tan lastimosamente tu cola; sin duda, se arrastrará por el lodo, y eso no tiene remedio. No mires hacia atrás, hacia su inevitable degradación, pero recobra tu valor, emplea tus patas con vigor ¡y escabúllete hacia el hipódromo! Recuerda que eres Antíoco Epiphanes, ¡Antíoco el Ilustre! ¡Y también Príncipe de los Poetas, Gloria del Oriente, Deleite del Universo y el Más Notable de los Camellos Pardales! ¡Cielos, qué potencia de velocidad despliegas! ¡Qué seguridad de patas desarrollas! ¡Corre, Príncipe! ¡Bravo, Epiphanes! ¡Bien lo haces, Camello Pardal! ¡Glorioso Antíoco! ¡Corre, salta, vuela! ¡Como un proyectil de catapulta se acerca al hipódromo! ¡Sal, grita, ya está allí! Bien hiciste, pues, ¡oh Gloria del Oriente!, que he de haber tardado un segundo más en llegar a las puertas del anfiteatro, no habría osezno en Epidaphne que no hubiese roído tu osamenta. Salgamos, ¡marchémonos!, pues nuestros oídos modernos no son capaces de soportar el enorme estruendo que

va a iniciarse para celebrar la fuga del rey. ¡Escuche! Ha comenzado ya. ¡Mire! Toda la ciudad está revuelta.

—¡Es, con seguridad, la más populosa ciudad del Oriente! ¡Qué mezcolanza de gentes! ¡Qué revoltijo de todas las clases y de todas las edades! ¡Qué multiplicidad de sectas y de naciones! ¡Qué variedad de trajes! ¡Qué Babel de lenguas! ¡Qué gritos de animales! ¡Qué resonar de instrumentos! ¡Qué cuadrilla de filósofos!

—¡Vámonos!

—Espere un momento. Veo gran alboroto en el hipódromo. ¿Qué significa eso? Le ruego que me lo explique.

—¿Eso? ¡Oh, nada! Los nobles y libres ciudadanos de Epidaphne, al sentirse, como ellos mismos declaran, muy satisfechos de la lealtad, valentía, sabiduría y divinidad de su rey, y habiendo sido, además, testigos presenciales de su reciente agilidad sobrehumana, creen que no hacen más que cumplir con su deber ciñendo a sus sienes (además de la poética) la corona de la victoria en la carrera a pie, una corona que es evidente que deberá obtener en la celebración de la próxima Olimpíada, y que, por tanto, le otorgan de antemano.

## EL HOMBRE DE LA MULTITUD

Se ha dicho muy bien de cierto libro alemán que «er lasst sich nich lesen» (que no se deja leer). Hay secretos que no admiten ser descubiertos. Unos hombres mueren en sus lechos por la noche estrujando las manos de espectrales confesores y mirándolos lastimosamente en los ojos; mueren con desesperación en el corazón y convulsiones en la garganta, a causa del horror de los misterios que no permiten ser revelados. De cuando en cuando, ¡ay!, la conciencia humana soporta una carga de tan pesado horror, que no puede desprenderse de ella más que en la tumba. Y por eso queda sin divulgar la esencia de todo crimen.

No hace mucho tiempo, a la caída de una tarde de otoño, me hallaba yo sentado ante la amplia ventana saliente del café D\*\*\*, en Londres. Durante algunos meses había estado enfermo; pero ahora me encontraba en plena convalecencia, y al recuperar mis fuerzas, me sentía en una de esas felices disposiciones de ánimo que son precisamente lo contrario del ennui; disposiciones de la más aguda apetencia, cuando desaparece la película de la visión mental, y el intelecto, electrizado, supera su condición diaria, en tan alto grado como la ardiente y a la par cándida razón de Leibnitz supera la loca y

endeble retórica de Georgias. El mero hecho de respirar era un gozo, y ello me producía un positivo placer e incluso muchas fuentes de legítimo dolor. Cada cosa me inspiraba un tranquilo, pero inquisitivo interés. Con un cigarrillo en la boca y un periódico sobre las rodillas, me había divertido durante la mayor parte de la tarde, unas veces en examinar los anuncios, otras en observar la mezclada concurrencia del salón, y otras en contemplar la calle a través de los cristales empañados por el humo.

Esa calle es una de las principales vías de la ciudad, y había estado invadida por la multitud durante todo el día. Pero, al oscurecer, aumentó el gentío por momentos, y cuando encendieron los faroles, dos densas y continuas oleadas de gente pasaban frente a la puerta. No me había yo encontrado nunca antes en una situación semejante a la de aquel momento especial del anochecer, y el tumultuoso océano de cabezas humanas me llenaba, por eso, de una emoción deliciosa y nueva. Al cabo no puse la menor atención en las cosas que ocurrían en el local, y permanecí absorto en la contemplación de la escena de fuera.

Al principio tomaron mis observaciones un giro abstracto y general. Miraba a los transeúntes por masas, y mi pensamiento no los consideraba más que en sus relaciones conjuntas. Pronto, empero, pasé a los detalles y examiné con minucioso interés las innumerables variedades de figura, indumentaria, aire, andares, cara y expresión fisonómica.

La mayor parte de los que pasaban tenían un porte presuroso, como adecuado a los negocios, y parecían preocupados únicamente de abrirse camino entre la multitud. Fruncían las cejas y movían los ojos rápidamente; cuando eran empujados por otros transeúntes no mostraban síntomas de impaciencia, sino que se arreglaban las ropas y se aceleraban. Otros, en mayor número aún, eran de movimientos inquietos; tenían las caras enrojecidas, hablaban y gesticulaban para sí mismos, como si se sintiesen solos a causa del amontonamiento de gentes a su alrededor. Cuando eran detenidos en su marcha, aquellos seres cesaban de pronto de murmurar, pero redoblaban sus gestos y esperaban, con una sonrisa, ausente y excesiva, el paso de las personas que les obstruían el suyo. Si los empujaban, se disculpaban, efusivos, con los autores del empujón, y parecían llenas de azoramiento. Estas dos amplias clases de gentes que acabo de mencionar no tenían ningún rasgo característico de veras. Sus ropas pertenecían a ese género que incluyo en la categoría de decente. Eran, sin duda, caballeros, comerciantes, abogados, artesanos, agiotistas, los eupátridas y el vulgo de la sociedad, hombres ociosos y hombres activamente dedicados a asuntos personales, que regían negocios bajo su propia responsabilidad. No atraían mucho mi atención.

El grupo de los empleados era de los más evidentes, y en él distinguía yo dos divisiones notables. Había los pequeños empleados de casas de relumbrón:

unos jóvenes gentlemen de ajustadas levitas, botas relucientes, pelo lustroso, y bocas arrogantes. Dejando a un lado cierta gallardía en su porte, que podría ser denominada de despacho a falta de una palabra mejor, el carácter de aquellas personas parecía ser un facsímil exacto de lo que había constituido la perfección del bon ton doce o dieciocho meses antes. Exhibían la gracia de desecho de la clase media, y esto, creo yo, implica la mejor definición de su clase.

La división de los altos empleados de casas sólidas, o de los steady old fellows (o compañeros firmes y antiguos) era imposible de confundir. Se los reconocía por sus levitas y pantalones negros o marrones de hechura cómoda, por sus corbatas y chalecos blancos, por su calzado holgado y de sólida apariencia, con medias gruesas o botines. Tenían todos la cabeza ligeramente calva, y las orejas rectas, utilizadas hacía largo tiempo para sostener la pluma, habían adquirido un singular hábito de separación en su punta. Observé que se quitaban o se ponían sus sombreros con ambas manos, y que llevaban relojes con cortas cadenas de oro de un modelo sólido y antiguo. Tenían la afectación de la respetabilidad, si es que puede existir realmente una afectación tan honorable.

A varios de esos individuos de arrogante aspecto, los reconocí pronto como pertenecientes a la raza de los rateros elegantes, que infesta todas las grandes ciudades. Vigilé a aquella clase media con verdadera curiosidad, y me resultó difícil imaginar cómo podrían ser confundidos con unos gentlemen por los propios gentlemen. Los puños de sus camisas, que asomaban demasiado, y su aire de excesiva franqueza los traicionaba enseguida.

Los tahúres —que descubrí en gran cantidad— eran todavía más fáciles de reconocer. Llevaban toda clase de trajes, desde el del arrojado tramposo camorrista, con chaleco de terciopelo, corbata de fantasía, cadena dorada y botones de filigrana, hasta el de pastor protestante, de tan escrupulosa sencillez, que nada podía ser menos propenso a la sospecha. Todos, sin embargo, se distinguían por cierto color moreno de su curtido cutis, por un apagamiento vaporoso del ojo, y por la palidez de sus estrechos labios. Había, además, otros dos rasgos, por los cuales podía yo siempre descubrirlos: el tono bajo y cauteloso en la conversación, y un más que ordinario estiramiento del pulgar hasta formar ángulo recto con los demás dedos. Muy a menudo, en compañía de aquellos pícaros, he observado una clase de hombres algo diferentes en su vestimenta, pero que eran pájaros del mismo plumaje. Se los puede definir como caballeros que viven de su ingenio. Parecen dividirse para devorar al público en dos batallones: el de los dandis y el de los militares. En la primera clase los rasgos característicos son cabellos largos y sonrisas, y en la segunda, levitas halduras y ceño.

Descendiendo en la escala de lo que se llama nobleza, encontré temas de

meditación más sombríos y profundos. Vi judíos buhoneros con ojos centelleantes de halcón en rostros cuyos otros rasgos mostraban no más una expresión de abyecta humildad; porfiados mendigos profesionales empujando a pobres de mejor calaña a quienes sólo la desesperación había arrojado en público a la noche para implorar la caridad; débiles y lívidos inválidos a quienes tenía asidos con mano firme la muerte y que se retorcían y se tambaleaban entre la multitud, mirando, suplicantes, a todas las caras, como en busca de algún fortuito consuelo, de alguna esperanza perdida; modestas muchachas que volvían de una larga y prolongada labor hacia un triste hogar, y retrocedían más llorosas que indignadas ante las miradas de los rufianes cuyo contacto directo no podían evitar, a pesar suyo; rameras de todas las clases y de todas las edades, la inequívoca belleza en el primor de su feminidad, que hacía recordar la estatua de Luciano, cuya superficie era de mármol de Paros, y cuyo interior estaba lleno de inmundicias; la leprosa harapienta, repugnante y completamente decaída; la arrugada y pintarrajeada bruja, cargada de joyas, haciendo un último esfuerzo hacia la juventud; la adolescente pura, de formas sin acusar, pero entregada ya, por una larga camaradería, a las horrendas coqueterías de su comercio y ardiendo con frenética ambición por verse colocada al nivel de sus mayores en el vicio; innumerables e indescriptibles borrachos —algunos, andrajosos y llenos de remiendos, tambaleándose, desarticulados, con caras tumefactas y ojos empañados; otros, vistiendo ropas enteras, aunque sucias, con una fanfarronería un tanto vacilante, gruesos labios sensuales y caras rubicundas de franca apariencia; otros, vestidos con telas que en otro tiempo fueron buenas y que aun ahora estaban cepilladas con esmero—; hombres que andaban con un aire más firme y flexible de lo natural, pero cuyos rostros estaban espantosamente pálidos, cuyos ojos eran atrocemente feroces e inyectados, y que, mientras avanzaban a grandes pasos entre la multitud, agarraban con trémulos dedos todos los objetos que encontraban a su alcance; y junto a ellos, pasteleros, recaderos, cargadores de carbón, deshollinadores, tocadores de organillo, domadores de monos, vendedores de canciones, que entonaban otros mientras ellos las vendían; artesanos harapientos y obreros extenuados de todas clases, desbordantes de una ruidosa y desordenada viveza que irritaba el oído con sus discordancias y aportaba una sensación dolorosa a los ojos.

Conforme se hacía más profunda la noche, se hacía también más hondo mi interés por la escena, pues no sólo se alteraba el carácter general de la multitud (sus rasgos más nobles desaparecían con la retirada gradual de la parte más tranquila de la gente, y los groseros se ponían más de relieve a medida que la última hora sacaba a cada especie infamante de su guarida), sino que los rayos de los faroles, débiles al principio en su lucha con el día agonizante, recobraban al cabo su ascendiente y proyectaban sobre todas las cosas una luz

incierta y deslumbradora. Todo estaba oscuro, y sin embargo, brillante, como ese ébano al cual se ha comparado el estilo de Tertuliano.

Los extraños efectos de la luz me obligaron a examinar las caras de los individuos; y aunque la rapidez con que pasaba aquel mundo luminoso ante la ventana me impidieran lanzar más de una ojeada sobre cada rostro, parecíame que, dado mi peculiar estado mental, podía con frecuencia leer en el breve intervalo de una ojeada la historia de largos años.

Con la frente pegada al cristal, estaba yo así dedicado a escudriñar la multitud, cuando de repente apareció ante mi vista una cara (que era la de un viejo decrepito, de unos sesenta y cinco o setenta años), una cara que enseguida atrajo y absorbió mi atención, a causa de la absoluta idiosincrasia de su expresión. No había yo visto nunca antes nada ni remotamente parecido a aquella expresión. Recuerdo bien que mi primer pensamiento, al verla, fue que Retzch, de haberla observado, la hubiera preferido con mucho para sus encarnaciones pictóricas del demonio. Cuando intentaba, durante el breve instante de mi primer vistazo, efectuar algún análisis del sentimiento transmitido, noté surgir, confusas y paradójicas, en mi espíritu unas ideas de amplia potencia mental, de cautela, de ruindad, de avaricia, de frialdad, de maldad, de sed sanguinaria, de triunfo, de alegría, de excesivo terror, de intensa y suprema desesperación. Me sentí singularmente despierto, sobrecogido, fascinado.

«¡Qué extraña historia —me dije a mí mismo— está escrita en ese pecho!» Tuve entonces un vehemente deseo de no perder de vista a aquel hombre, de saber más de él. Me puse de prisa el gabán, y cogiendo mi sombrero y mi bastón, me abrí camino por la calle y me lancé entre la multitud en la dirección que le había visto tomar, pues había desaparecido ya. Con cierta dificultad conseguí al fin divisarle, me aproximé y le seguí de cerca, aunque con precaución para no atraer su atención.

Tenía ahora una buena oportunidad de examinar su persona. Era de pequeña estatura, muy delgado y muy débil en apariencia. Sus ropas, en general, estaban sucias y harapientas; pero como pasaba de cuando en cuando bajo la fuerte claridad de un farol, observé que su ropa blanca, aunque manchada era de buena clase, y si no me engañó mi vista, a través de un desgarrón del roquelaure abrochado hasta la barbilla y adquirido en una prendería, sin duda, en que se envolvía, entreví el refulgir de un brillante y de un puñal. Estas observaciones avivaron mi curiosidad, y decidí seguir al desconocido a donde fuera.

Era ya noche cerrada, y sobre la ciudad caía una niebla densa y húmeda que acabó en una lluvia copiosa y continua. Este cambio de tiempo tuvo un efecto raro sobre la multitud, que se agitó toda ella con una nueva conmoción

y quedó oculta por un mundo de paraguas. La ondulación, los empujones y el zumbido crecieron diez veces más. Por mi parte, no me fijé mucho en la lluvia, pues tenía aún en las venas una antigua fiebre en acecho, que hacía que la humedad me resultase un tanto peligrosamente grata. Anudé un pañuelo alrededor de mi cuello y me mantuve firme. Durante una media hora el viejo se abrió camino con dificultad por la calle, y yo anduve casi pisándole los talones para no perderle de vista. Como no volvió nunca la cabeza, no me vio. Luego torció por una calle transversal que, aun estando llena de gente, no se hallaba tan atestada como la principal de la que acababa él de venir. Aquí tuvo lugar un visible cambio en su actitud. Caminó mucho más despacio y con menos decisión que antes, vacilando mucho. Cruzó y volvió a cruzar la vía, sin finalidad aparente, y la multitud era tan espesa que a cada uno de estos movimientos me veía obligado a seguirle más de cerca. Era una calle estrecha y larga, y su paseo se prolongó casi una hora, durante la cual fueron disminuyendo los transeúntes hasta reducirse a la cantidad que se ve de ordinario a las doce del día en Broadway, cerca del parque; hasta tal punto es grande la diferencia entre la población londinense y la de la ciudad americana más populosa. Un segundo giro nos llevó a una plaza brillantemente iluminada y desbordante de vida. Reapareció la primera actitud del desconocido. Su mentón se hundió sobre su pecho, mientras sus ojos giraron con viveza bajo sus cejas fruncidas en todos sentidos hacia cuantos le rodeaban. Apresuró el paso con regularidad e insistencia. Me sorprendió, no obstante, cuando hubo dado vuelta a la plaza, que retrocediese sobre sus pasos. Y me asombró aún más verle repetir el mismo paseo varias veces, estando a punto de que me descubriera al girar sobre sus talones con un movimiento repentino.

En aquel ejercicio consumió otra hora, al final de la cual fuimos menos obstaculizados por los transeúntes que al principio. Caía con fuerza la lluvia, refrescaba el aire, y la gente se retiraba a sus casas. Con un gesto de impaciencia, el errabundo se adentró por una calle oscura, relativamente solitaria. A lo largo de ella corrió un cuarto de milla o cosa así con una agilidad que no hubiera yo imaginado en un hombre de tanta edad, costándome mucho trabajo seguirle. En pocos minutos desembocamos en un amplio y bullicioso ferial, de cuya topografía parecía bien enterado el desconocido, quien volvió a adoptar su aparente actitud primitiva, abriéndose camino aquí y allá entre el gentío de compradores y vendedores.

Durante la hora y media, aproximadamente, que pasamos en aquel lugar, necesité mucha cautela para no perderle de vista sin atraer su atención. Por fortuna, llevaba yo chanclos de caucho, y podía moverme en un perfecto silencio. No se dio cuenta ni por un solo momento de que yo le espiaba. Entraba tienda por tienda, no preguntaba el precio de nada, ni decía una palabra, y examinaba todos los objetos con una mirada fija y ausente. Estaba yo ahora asombrado por completo de su conducta, y adopté la firme resolución

de no separarme de aquel hombre hasta haber satisfecho de alguna manera mi curiosidad con respecto a él.

Un reloj de sonora campanada dio las once y todo el público se marchó del mercado acto seguido. Un tendero, al bajar el cierre, dio un codazo al viejo, y en el mismo momento vi que recorría su cuerpo un estremecimiento. Se precipitó en la calle, miró a su alrededor durante un instante, y luego huyó con una increíble velocidad por las numerosas y tortuosas callejuelas desiertas, hasta que desembocamos de nuevo en la gran vía de donde habíamos partido, la calle donde estaba el café D\*\*\*. Sin embargo, no tenía ya el mismo aspecto. Seguía estando brillantemente iluminada por el gas; pero caía furiosa la lluvia y se veían pocos transeúntes. El desconocido palideció. Dio unos pasos, pensativo, por la avenida antes populosa; luego, con un fuerte suspiro, torció en dirección del río, y adentrándose en una amplia diversidad de calles apartadas, llegó, por último, ante uno de los principales teatros. Estaban cerrándolo, y el público salía apiñado por las puertas. Vi al viejo abrir la boca como para respirar cuando se metió entre el gentío; pero me pareció que la intensa angustia de su cara se había calmado en cierto modo. Volvió a hundir la cabeza en su pecho, y apareció tal como le había visto la primera vez. Observé que se dirigía ahora hacia el mismo lado que el público, aun cuando, en suma, no podía yo comprender la rara obstinación de sus actos.

Mientras él avanzaba, se iba desperdigando la gente, y se repitieron su malestar y vacilaciones. Durante un rato siguió de cerca a un grupo de diez o doce alborotadores; pero poco a poco, uno por uno, se fueron separando, hasta quedar reducidos sólo a tres, en una calleja estrecha y lóbrega, escasamente frecuentada. El desconocido hizo un alto, y durante un momento, pareció absorto en sus pensamientos; luego, con una agitación muy marcada, siguió con rapidez una calle que nos condujo a las afueras de la ciudad, por sitios muy diferentes de los que habíamos cruzado antes. Era el barrio más hediondo de Londres, donde todas las cosas ostentan la marca de la miseria más deplorable y del crimen más desenfrenado. A la luz débil de un farol casual veíanse casas de madera altas, antiguas, carcomidas, tambaleantes, en direcciones tan diversas y caprichosas, que apenas se divisaba entre ellas la apariencia de un paso. Los adoquines estaban esparcidos al azar, sacados de sus huecos por la profusa hierba tenaz. Horribles inmundicias se pudrían en las alcantarillas cegadas. Toda la atmósfera rebosaba desolación. No obstante, mientras avanzábamos, se reavivaron los ruidos de la vida humana con firmeza gradual, y por último, nutridos grupos de la chusma más malvada se movieron vacilantes aquí y allá. Palparon de nuevo los ánimos del viejo, como una lámpara que está pronta a extinguirse. Una vez más se precipitó hacia delante con elástico paso. De repente volvimos una esquina, ardió ante nuestra vista una fulgurante luz, y nos encontramos ante uno de los enormes templos suburbanos de la Intemperancia, uno de los palacios del demonio

Ginebra.

Ahora era ya casi el alba; pero aún se apretujaba un tropel de miserables borrachos por dentro y por fuera de la fastuosa puerta. Casi con un grito de alegría se abrió paso el viejo entre ellos, readquirió enseguida su primitivo porte, y se puso a pasear arriba y abajo, sin objeto apreciable. No llevaba mucho tiempo dedicado a esta tarea, cuando un fuerte empujón hacia las puertas reveló que el dueño iba a cerrarlas por la hora. Lo que observé entonces en la cara del ser singular a quien espiaba yo tan tenazmente fue algo más intenso que la desesperación. Sin embargo, no vaciló en su carrera; pero con una energía loca, volvió sobre sus pasos de pronto hacia el corazón del poderoso Londres. Huyó largo rato con suma rapidez mientras yo le seguía con aturrido asombro, resuelto a no abandonar una investigación por la que sentía un interés de todo punto absorbente. Salió el sol mientras seguíamos marchando, y cuando hubimos llegado otra vez al más atestado centro comercial de la populosa ciudad, la calle del café D\*\*\*, presentaba ésta un aspecto de bullicio y de actividad humana casi igual al que había yo presenciado en la noche anterior. Y allí, entre la confusión que aumentaba por momentos, persistí en mi persecución del desconocido. Pero, como de costumbre, él andaba de un lado para otro, y durante todo el día no salió del torbellino de aquella calle. Y cuando las sombras de la segunda noche iban llegando, me sentí mortalmente cansado, y deteniéndome bien de frente al errabundo, le miré con decisión a la cara. No reparó en mí, y reanudó su solemne paseo, en tanto que yo, dejando de seguirle, permanecí absorto en aquella contemplación.

—Este viejo —dije por fin— es el tipo y el genio del crimen profundo. Se niega a estar solo. Es el hombre de la multitud. Sería inútil seguirle, pues no lograría saber más de él ni de sus actos. El peor corazón del mundo es un libro más repelente que el Hortulus Animae y quizá una de las grandes mercedes de Dios sea que er lasst sich nicht lesen, que no se deja leer.

## ELEONORA

Provengo de una estirpe que se ha distinguido por el vigor de su fantasía y el ardor de su pasión. Los hombres me han llamado loco; pero no está esclarecida la cuestión de si la locura es o no es lo sublime de la inteligencia, de si buena parte de lo que es glorioso —todo lo que es profundo— no surge de una dolencia del pensamiento, de unos modos del espíritu exaltado a expensas del intelecto general. Los que sueñan de día tienen conocimiento de muchas cosas que escapan a los que sueñan únicamente de noche. En sus

grises visiones captan vislumbres de la eternidad y se estremecen, al despertarse, viendo que han estado al borde del gran secreto. A retazos aprenden algo de la sabiduría del bien, y más aún de la del mal. Penetran, no obstante, sin timón ni brújula, en el vasto océano de la «luz inefable» y de nuevo, como los aventureros del geógrafo Nubio *agressi sunt mare tenebrarum, quid in eo esset exploraturi*.

Digamos entonces que estoy loco. Reconozco, al menos, que hay dos condiciones distintas en mi existencia espiritual: la condición de razón lúcida, sin discusión, perteneciente al recuerdo de los sucesos que han formado la primera época de mi vida, y una condición de sombra y de duda, relacionada con el presente y con el recuerdo de lo que constituye la segunda gran época de mi existencia. Por tanto, lo que diga yo del primer período, creedlo; y a lo que pueda relatar del último tiempo, dadle crédito sólo hasta donde os parezca justo, o dudad de él por entero; o si no podéis dudar, representad el papel de Edipo con su enigma.

La que yo amé en mi juventud, y de quien trazo ahora tranquila y claramente estos recuerdos, era la hija única de la única hermana de mi padre, fallecida hace largo tiempo. Eleonora era el nombre de mi prima. Habíamos vivido juntos, bajo un sol tropical, en el Valle de la Hierba Policroma. Jamás un paso sin guía había penetrado hasta ese valle, pues se extendía a lo lejos entre una cadena de montañas gigantescas que se elevaban y dominaban todo el contorno, cerrando a la luz del sol sus más deliciosos recovecos. Ningún sendero estaba hollado en sus cercanías, y para llegar a nuestro hogar feliz se requería apartar con fuerza el follaje de miles de árboles selváticos, y aplastar la gloria de muchos millones de fragantes flores. Así vivíamos, completamente solitarios, sin conocer nada del mundo más que aquel valle, yo, mi prima y su madre.

Desde las regiones oscuras al otro lado de las montañas situadas en el extremo superior de nuestro cercado dominio, serpenteaba un estrecho y profundo río, más brillante que todo, excepto los ojos de Eleonora, y retorciéndose aquí y allá en numerosos meandros, se escapaba al fin por un desfiladero tenebroso a través de las montañas aún más oscuras que aquellas de donde había salido. Lo llamábamos el «Río del Silencio», pues parecía poseer una influencia apaciguadora en su curso. Ningún murmullo se elevaba de su lecho, y se paseaba por todas partes tan suavemente, que los granos de arena, parecidos a perlas, que nos agradaba contemplar en la profundidad de su seno, no se movían en absoluto, sino que reposaban en una dicha inmóvil, cada cual en su antiguo sitio primitivo y refulgiendo con un brillo eterno.

La orilla del río y de muchos riachuelos deslumbradores que por diferentes caminos se deslizaban hacia su lecho; todo el espacio que se extendía desde esa orilla hasta el fondo de guijos a través de las profundidades transparentes;

todas esas partes, digo, así como toda la superficie del valle, hasta las montañas que lo rodeaban, estaban tapizadas de una hierba verde tierna, densa, corta, perfectamente igual y perfumada de vainilla, pero tan bien estrellada, en toda su extensión, de ranúnculos amarillos, de margaritas blancas, de violetas purpúreas y de asfódelos de un rojo rubí que su maravillosa belleza hablaba a nuestros corazones, con acentos refulgentes, del amor y de la gloria de Dios.

Y luego, aquí y allá, entre aquellas hierbas brotaban en macizos, como explosiones de sueños, árboles fantásticos, cuyos troncos grandes y delgados no se mantenían rectos, sino que se inclinaban graciosamente hacia la luz que visitaba a mediodía el centro del valle. Su corteza estaba moteada por el vivo brillo alternado del ébano y de la plata, más satinada que todo, excepto las mejillas de Eleonora; de tal modo que, en el verde brillante de las anchas hojas que se extendían desde sus copas en largas líneas temblorosas, jugueteando con los céfiros, hubiera podido tomárselos por monstruosas serpientes de Siria que rendían homenaje al Sol, su soberano.

Durante quince años, Eleonora y yo, cogidos de la mano, vagamos por aquel valle antes de que penetrara el amor en nuestros corazones. Fue una noche, al final del tercer lustro de su vida y del cuarto de la mía, estando sentados, encadenados en un mutuo abrazo, bajo los árboles serpentinos, y contemplando nuestra imagen en las aguas del río del Silencio. No pronunciamos palabra alguna durante el final de aquel delicioso día, y hasta por la mañana eran nuestras palabras trémulas y raras. Habíamos sacado al dios Eros de aquellas ondas y sentíamos ahora que había inflamado en nosotros las almas ardientes de nuestros antepasados. Las pasiones que durante siglos habían distinguido nuestra estirpe se precipitaron, numerosas, con las fantasías que la habían hecho igualmente célebre, y todas juntas soplaron una deliciosa beatitud sobre el Valle de la Hierba Policroma. Se apoderó de todas las cosas un cambio. Flores extrañas, brillantes, estrelladas, se precipitaron de los árboles donde no se había dejado ver aún ninguna flor. Las tonalidades del verde tapiz se hicieron más intensas; una por una se retiraron las blancas margaritas, y en su lugar brotaron diez asfódelos de un rojo rubí. Y estalló por todas partes la vida en nuestros senderos, pues el largo flamenco, que no conocíamos todavía, con todos los alegres pájaros de colores ardientes, desplegó su plumaje rojo ante nosotros; peces de plata y de oro poblaron el río, de cuyo seno salió poco a poco un murmullo que llegó a henchirse, por último, en una melodía acusadora, más divina que la del arpa de Eolo, más dulce que todo, excepto la voz de Eleonora. Y entonces una nube voluminosa, que habíamos acechado largo tiempo en las regiones de Héspero, emergió de ellas, chorreante toda de rojo y de oro, e instalándose apaciblemente encima de nosotros, descendió cada vez más baja, hasta que descansaron sus bordes sobre los picos de las montañas, transformando su oscuridad en magnificencia y encerrándonos, como para la eternidad, en una

magnífica prisi3n de esplendor y de gloria.

Tenía Eleonora la belleza de los serafines, pues era una doncella sin artificio e inocente como la breve vida que había pasado entre las flores. Ninguna astucia encubría el fervor del amor que animaba su corazón, y escrutaba ella conmigo los más íntimos repliegues de éste, mientras vagábamos juntos por el Valle de la Hierba Policroma y hablábamos de los poderosos cambios que se habían manifestado recientemente.

Por fin, habiéndome un día hablado, deshecha en lágrimas, de la cruel transformaci3n postrera que aguarda a la pobre Humanidad, no soñó desde entonces más que con aquel tema doloroso, mezclándolo en todos nuestros coloquios, de igual modo que en las canciones del bardo de Schiraz se presentan las mismas imágenes obstinadamente en cada variaci3n importante de la frase.

Había ella visto que estaba el dedo de la Muerte sobre su seno, y que, como la efímera, no había madurado perfectamente en belleza más que para morir; pero para ella todos los terrores de la tumba estaban contenidos en un pensamiento único, que me reveló un día, al anochecer, a orillas del río del Silencio. La afligía pensar que, después de haberla enterrado en el Valle de la Hierba Policroma, abandonaría yo para siempre aquellos felices retiros, y que trasladaría mi amor, que ahora era tan apasionadamente suyo por entero, hacia alguna joven mundana, frívola y vulgar. Y de cuando en cuando me arrojaba con precipitaci3n a los pies de Eleonora y le ofrecía jurar ante ella y ante el Cielo que no contraería nunca matrimonio con una hija de la Tierra, que no sería, en modo alguno infiel a su amada memoria ni al recuerdo del ferviente afecto que ella me consagraba. E invoqué al Todopoderoso Regulador del Universo, como testigo de la piadosa solemnidad de mi voto. Y la maldici3n con que les supliqué que me aniquilasen Él y ella —ella una santa del Paraíso—, si llegaba a ser perjuro, implicaba un castigo de un horror tan prodigioso, que no puedo confiarlo al papel. Y ante mis palabras brillaron los ojos brillantes de Eleonora con un fulgor más vivo, y suspiró como si su pecho se sintiese aliviado de un peso mortal, y tembló y lloró muy amargamente; pero aceptó mi juramento (pues ¿qué era ella sino una niña?), y mi juramento hizo más suave su lecho de muerte. Y pocos días después, al morir apaciblemente, me decía que a causa de lo que yo había hecho por el reposo de su alma, velaría por mí con esa misma alma, y que, si le estaba permitido vendría a hacerse visible a mí durante las horas de la noche; pero que, si semejante cosa sobrepasaba los privilegios de las almas en el Paraíso, ella sabría, al menos, darme frecuentes signos de su presencia, suspirando por encima de mí en las brisas de la noche o llenando el aire que yo respirase con el perfume tomado del incensario de los ángeles. Y con estas palabras en los labios, exhaló su inocente vida, marcando así el final de la primera época de la mía.

Hasta aquí he hablado fielmente. Pero cuando paso esta barrera formada en la ruta del tiempo por la muerte de mi bien amada, y avanzo por el segundo período de mi existencia, siento que se adensa una nube sobre mi cerebro, y yo mismo pongo en duda la perfecta cordura de mi memoria. Pero dejadme continuar. Los años se arrastraron pesadamente uno por uno, y seguí habitando en el Valle de la Hierba Policroma. Sin embargo, había tenido lugar allí un segundo cambio en todas las cosas. Las flores estrelladas se hundieron en el tronco de los árboles y no reaparecieron más. Las tonalidades del verde tapiz se apagaron, uno por uno fenecieron los asfódelos de un rojo rubí, y en su lugar brotaron por decenas las oscuras violetas, semejantes a pupilas, que se convulsionaban dolorosamente, rebosantes siempre de lágrimas de rocío. Y se alejó de nuestros senderos la Vida, pues el largo flamenco no desplegó ya su plumaje rojo ante nosotros, sino que levantó el vuelo tristemente del valle hacia las montañas con todos los alegres pájaros de colores ardientes que habían acompañado su llegada. Y los peces de plata y de oro huyeron nadando por el desfiladero hacia el extremo inferior de nuestro dominio, y no volvieron a embellecer nunca más el delicioso río. Y aquella música acariciadora, que era más dulce que el arpa de Eolo y, que todo, excepto la voz de Eleonora, murió poco a poco en murmullos que iban debilitándose insensiblemente, hasta que el arroyo recobró todo él la solemnidad de su silencio original. Y luego, al cabo, se elevó la voluminosa nube, y abandonando las crestas de las montañas a sus antiguas tinieblas, cayó de nuevo en las regiones de Héspero, y se llevó lejos del Valle de la Hierba Policroma el espectáculo infinito de su púrpura y de su magnificencia.

Entretanto, Eleonora no había olvidado sus promesas, pues oía yo los sonidos del balanceo de los incensarios de los ángeles; y flotaban siempre, siempre, por el valle vaharadas de un perfume sagrado, y en las horas de soledad, cuando mi corazón latía con pesadez, los vientos que bañaban mi frente llegaban hasta mí cargados de quedos suspiros; y llenaban con frecuencia el aire nocturno rumores confusos; y una vez —¡oh, una sola vez! — fui despertado de mi sueño, comparable al sueño de la muerte, por la presión de unos labios inmateriales sobre los míos.

Pero a pesar de esto, el vacío de mi corazón se negaba a ser colmado. Ansiaba el amor que lo había henchido antes hasta hacerlo rebosar. Por último, me resultó el valle doloroso, lleno de los recuerdos de Eleonora, y lo abandoné para siempre por las vanidades y los turbulentos triunfos del mundo.

Me encontré en una ciudad extranjera, donde todas las cosas servían para borrar del recuerdo los dulces sueños que soñé tanto tiempo en el Valle de la Hierba Policroma. Las pompas y faustos de una corte soberbia, y el loco clamor de las armas, y la belleza radiante de las mujeres, trastornaban y embriagaban mi cerebro. Aun así, mi alma había permanecido fiel a sus

juramentos, y seguía Eleonora dándome signos de su presencia en las silenciosas horas de la noche. De repente cesaron aquellas manifestaciones, y el mundo se tornó oscuro ante mis ojos, y me sentí aterrado por los ardientes pensamientos que se apoderaban de mí, por las terribles tentaciones que me asediaban. Porque vino de alguna distante, muy distante y desconocida comarca, a la alegre corte del rey a quien yo servía una doncella cuya belleza rindió enseguida todo mi corazón desleal, ante cuyo estrado me postré sin lucha, con la más ardiente y la más abyecta idolatría de amor. ¿Qué era realmente mi pasión por la joven del valle, comparada con el fervor, el delirio y el éxtasis arrebatador de adoración con que difundía yo mi alma toda en lágrimas a los pies de la etérea Ermengarda? ¡Oh, cuán fúlgida era la seráfica Ermengarda! Y esta idea no dejaba espacio para ninguna otra. ¡Oh, cuán divina era la angelical Ermengarda! Y cuando me sumía en las profundidades de sus ojos memorables sólo pensaba en ellos y en ella.

Me casé con ella, sin temor a la maldición que había yo invocado; pero no recibí la visita de su amargura. Y una vez —sólo una vez en el silencio de la noche— llegaron hasta mí, a través de mi ventana, los quedos suspiros que me habían abandonado, y se modularon unidos a una dulce y familiar voz que decía:

—¡Duerme en paz! Pues reina y gobierna el Espíritu del Amor, y al acoger en tu apasionado corazón a la que se llama Ermengarda, quedas relevado, por razones que te serán dadas a conocer en el Cielo, de tus votos para con Eleonora.

## EL PODER DE LAS PALABRAS

OINOS. —¡Perdona, Agathos, la flaqueza de un espíritu con alas reciente de inmortalidad!

AGATHOS. —No has dicho nada, Oinos mío, por lo que debas pedir perdón. Ni aun aquí es el conocimiento cosa de intuición. ¡En cuanto a la sabiduría, pide sin reserva a los ángeles, que te pueda ser concedida!

OINOS. —Pero en esta existencia había yo soñado con llegar a conocer de una vez todas las cosas, y así de una vez, a la felicidad de conocerlo todo.

AGATHOS. —¡Ah, no está la felicidad en la ciencia, sino en la adquisición de la ciencia! Sabiendo para siempre, gozaríamos la bienaventuranza eterna; pero saberlo todo, sería la maldición de un demonio.

OINOS. —¿Pues no lo sabe todo el Altísimo?

AGATHOS. Ésa (ya es El Más Feliz) debe ser la única cosa que le sea a Él desconocida.

OINOS. —Pero puesto que cada hora aumenta nuestro conocimiento, ¿no debemos al final conocer todas las cosas?

AGATHOS. —¡Hunde tu mirada en las lejanías abismales! ¡Intenta que tus ojos penetren hacia abajo esas numerosas perspectivas de las estrellas, mientras nos deslizamos lentamente a través de ellas más y más, y más aún! Hasta la visión espiritual, ¿no está absolutamente detenida por las continuas murallas áureas del universo, esas murallas hechas de las miríadas de cuerpos brillantes cuyo solo número aparece fundido en la unidad?

OINOS. —Percibo claramente que el infinito de la materia no es un sueño.

AGATHOS. —No hay sueños en el Edén; pero aquí se nos susurra que la única finalidad de ese infinito de materia es proporcionar fuentes infinitas, en las cuales pueda el alma aplacar la sed de saber que es en ella inextinguible para siempre, puesto que extinguirla sería extinguir la propia alma. Pregúntame, pues, Oinos mío, libremente y sin temor. ¡Ven! Dejaremos a la izquierda la fuerte armonía de las Pléyades, y caeremos fuera desde el trono en las praderas siderales más allá de Orión, donde, en lugar de pensamientos violetas y trinitarias, están los lechos de los soles triples y tricolores.

OINOS. —¡Y ahora, Agathos, mientras avanzamos, enséñame! ¡Háblame en los tonos familiares de la Tierra! No he comprendido lo que me insinuabas hace un momento sobre los modos y los métodos de lo que, cuando éramos mortales, acostubrábamos a llamar Creación. ¿Quieres decir con eso que el Creador no es Dios?

AGATHOS. —Quiero decir que la Divinidad no crea.

OINOS. —Explícate.

AGATHOS. —Sólo en el principio ha creado. Las criaturas aparentes que ahora, a través del universo, surgen a tan perpetuidad en el ser pueden considerarse únicamente como mediatos o indirectos, no como directos e inmediatos resultados de la Divina Potencia Creadora.

OINOS. —Entre los hombres, Agathos mío, esa idea hubiera sido considerada herética en grado sumo.

AGATHOS. —Entre los ángeles, Oinos mío, es considerada simplemente como una verdad.

OINOS. —Por lo que puedo comprenderte hasta aquí, ciertas operaciones de lo que llamamos Naturaleza o leyes naturales darán, bajo determinadas condiciones, nacimiento a lo que tiene toda la apariencia de Creación. Poco antes de la destrucción final de la Tierra, hubo allí, lo recuerdo bien, muchos

experimentos triunfales que algunos filósofos bastante simples denominaron la creación animálcula.

AGATHOS. —Los casos de que hablas, en realidad, ejemplos de la creación secundaria, de la única especie de creación que haya existido nunca desde que la primera palabra proferida dio existencia a la primera ley.

OINOS. —Los mundos siderales que estallan a cada momento desde los abismos del no ser en los cielos, esas estrellas, ¿no son, Agathos, la obra inmediata de la mano del Rey?

AGATHOS. —Déjame intentar, Oinos mío, llevarte paso a paso hacia la concepción que me propongo. Te das muy bien cuenta de que, como ningún pensamiento puede perecer, de igual modo no existe ningún acto sin un resultado infinito. Al agitar nuestras manos, por ejemplo, cuando éramos habitantes de la Tierra, ocasionábamos una vibración en la atmósfera que la circundaba. Esta vibración se extendía infinitamente hasta dar impulso a cada partícula del aire terrestre, que desde allí en adelante, y para siempre, era puesta en acción por ese solo movimiento de la mano. Este hecho lo han conocido bien los matemáticos de nuestro globo. Ellos hicieron de los efectos especiales, creados realmente en lo fluido por impulsos especiales, el objeto de un cálculo exacto; de tal modo, que resultó fácil determinar en qué período preciso un impulso de un alcance dado podría dar la vuelta al orbe e influir (para siempre) cada átomo de la atmósfera ambiente. Por un cálculo retrógrado, no encontraron ellos dificultad, con un efecto y bajo unas condiciones dados, en determinar el valor del impulso original. Entonces los matemáticos (que vieron que los resultados de un impulso dado eran absolutamente infinitos, y que vieron también que una parte de esos resultados podían ser seguidos con exactitud por medio del análisis algebraico; que vieron asimismo la facilidad del cálculo retrógrado), esos hombres vieron, al propio tiempo, que esa especie de análisis contenía en sí mismo una capacidad de progreso indefinido, que no existían límites concebibles para su avance y aplicabilidad, excepto los del intelecto que lo ha promovido o aplicado. Pero nuestros matemáticos se detuvieron en este punto.

OINOS. —¿Y por qué, Agathos, hubieran ellos seguido avanzando?

AGATHOS. —Porque había más allá algunas consideraciones de profundo interés. De lo que sabían podían deducir que un ser de una inteligencia infinita (un ser a quien la perfección del análisis algebraico fuese revelada) no encontraría dificultad en seguir el rastro de todo impulso dado al aire (y al éter a través del aire) hasta en las más remotas consecuencias, e incluso en una época infinitamente alejada en el tiempo. Es, en efecto, demostrable que cada impulso semejante dado al aire debe al final influir sobre cada cosa individual que exista dentro del universo; y el ser dotado de una inteligencia infinita (el

ser que hemos imaginado) podría seguir el rastro de las remotas ondulaciones del impulso, seguirlas hacia arriba y hacia delante para siempre, en sus influencias sobre todas las partículas de toda materia (hacia arriba y hacia delante para siempre, en sus modificaciones de las viejas formas, o en otras palabras, en sus nuevas creaciones) hasta verlas reflejadas (ineficaces al fin) detrás del trono de la Divinidad. Y no sólo un ser semejante podría hacer eso, sino en una época cualquiera, habiéndosele proporcionado un resultado dado, podría (si uno de esos innumerables cometas fuera sometido a su examen) sin dificultad determinar, por medio del análisis retrógrado, a qué impulso original era debido. Este poder de retrogradación en su plenitud y en su perfección absoluta (esta facultad de asignar, en todas las épocas, todos los efectos a todas las causas) es, naturalmente, prerrogativa de la Divinidad sola; pero ese poder es ejercido, en toda la variedad de grados, salvo por debajo de la perfección absoluta, por la hueste de las inteligencias angélicas.

OINOS. —Pero tú hablas simplemente de impulsos dados al aire.

AGATHOS. —Al hablar del aire me refería únicamente a la Tierra; pero la proposición general alude a los impulsos sobre el éter, que, como penetra y penetra solo todo el espacio, es, por tanto, el gran medio de creación.

OINOS. —¿Entonces es creador todo movimiento, sea cual fuere su naturaleza?

AGATHOS. —Debe ser así; pero la verdadera filosofía nos ha enseñado desde hace largo tiempo que el origen de todo movimiento es el pensamiento, y que el origen de todo pensamiento es...

OINOS. —Dios.

AGATHOS. —Te he hablado, Oinos, como a un niño de esa bella Tierra que ha perecido últimamente, de los impulsos sobre la atmósfera de la Tierra.

OINOS. —Eso has hecho.

AGATHOS. —Y mientras te hablaba así, ¿no has sentido que cruzaba por tu mente algún pensamiento referente al poder físico de las palabras? ¿No es cada palabra un impulso sobre el aire?

OINOS. —Pero ¿por qué lloras, Agathos? ¿Y por qué, ¡oh!, por qué se abaten tus alas mientras planeamos sobre esa hermosa estrella, que es la más verdeante y la más terrible de todas las que hemos encontrado en nuestro vuelo? Sus brillantes flores se asemejan a un sueño de hadas; pero sus feroces volcanes parecen las pasiones de un corazón turbulento.

AGATHOS. —No parecen, lo son, ¡lo son! Esa ardiente estrella (hace ahora tres siglos de esto, con manos crispadas y ojos radiantes, a los pies de mi amada) la hice nacer yo, profiriéndola con algunas frases apasionadas. Sus

brillantes flores son los más dilectos de todos los sueños irrealizados, y sus volcanes furiosos son las pasiones del más turbulento y del más impío de los corazones.

## LA SEMANA DE LOS TRES DOMINGOS

«¡Es usted duro de corazón, zopenco, testarudo, rancio, bruto, enmohecido, viejo bárbaro!», dije una tarde, con la imaginación, a mi tío abuelo Rumgudgeon, amenazándole con el puño, también imaginariamente.

Sólo con la imaginación. El hecho es que existía alguna contradicción trivial, precisamente por eso, entre lo que yo decía y lo que no tenía el valor de decir, entre lo que hacía y lo que a medias pensaba hacer.

Cuando abrí la puerta de la sala, el viejo cerdo marino estaba sentado con los pies sobre la repisa de la chimenea y una copa llena de oporto en una zarpa, haciendo esfuerzos enérgicos por poner en práctica la cantilena:

Remplis ton verre vide!

Vide ton verre plein!

—Mi querido tío —dije, cerrando suavemente la puerta, y acercándome a él con la más zalamera de las sonrisas—, ha tenido usted siempre una bondad y una consideración tales, ha demostrado una indulgencia tan grande en tantas ocasiones, que siento que me bastará con hacerle esta pequeña insinuación para estar seguro de su completa aquiescencia.

—¡Ejem! —dijo él—. ¡Buen muchacho! ¿Y qué...?

—Estoy seguro, mi querido tío (¡que el diablo le lleve, viejo bergante!), de que no tiene usted verdadera y seriamente la intención de oponerse a mi boda con Kate. Eso es no más que una broma de las tuyas, bien lo sé, ¡ja, ja, ja!, de esas tan divertidas que inventa usted mismo a cada momento.

—¡Ja, ja, ja! —exclamó él—. ¡Qué condenado! ¡Sí!

—¡Estoy seguro, naturalmente! Sé que bromea. Y ahora tío, cuanto deseamos Kate y yo por el momento, es que tenga usted la amabilidad de aconsejarnos con respecto a la fecha, ¿sabe, tío? En una palabra, que nos diga cuándo le conviene más que se celebre la boda, ¿comprende usted?

—¡Que cuándo se celebre, bribón! ¿Qué quieres decir con eso? Mejor será que esperes a que se celebre para saberlo.

—¡Ja, ja, ja! ¡Je, je, je! ¡Ji, ji, ji! ¡Jo, jo, jo! ¡Ju, ju, ju! ¡Oh, ésta si que es

buena, es magnífica! ¡Qué ingenio! Pero lo que quisiera yo ahora, tío, es que me indicase usted la fecha exacta.

—¡Ah! ¿La fecha exacta?

—Sí, tío, eso, precisamente, si gusta.

—¿Para qué contestar a eso, Bobby, y no dejarlo al azar, algo así como para dentro de un año, por ejemplo? ¿Debo señalar una fecha exacta?

—Si usted gusta, una fecha exacta.

—Bueno, entonces, Bobby, hijo mío, tú eres un chico listo, ¿sabes? Y ya que quieres una fecha exacta, voy a darte gusto por una sola vez.

—¡Mi querido tío!

—¡Chis, caballere! —ahogó mi voz—. Voy a darte gusto por una sola vez. Tendrás mi consentimiento (y la pasta; no hay que olvidar la pasta). ¡Déjame pensar! ¿Cuándo lo tendrás? Hoy es domingo, ¿verdad? Bueno, pues, entonces, os casaréis exactamente (¡exactamente, fíjate!) la semana que tenga tres domingos. ¿Me oyes, caballere? ¿Por qué abres así la boca? Digo que serán tuyas Kate y su pasta la semana que tenga tres domingos, pero no antes, pillastrón, no antes, aunque me muera. Ya me conoces; soy hombre de palabra. Y ahora, ¡lárgate!

Y con esto se echó al colete su copa de oporto, mientras salía yo precipitadamente de la habitación, desesperado.

Mi tío abuelo Rumgudgeon era el «verdadero viejo gentleman inglés»; pero, a diferencia de lo que dice la canción, él tenía muchos puntos débiles. Era un hombrecillo gordo, ostentoso, arrebatado, un tanto hemisférico, con una nariz roja, un cráneo abultado, una bolsa repleta y un poderoso sentido de su propia importancia. Con el mejor corazón del mundo, se arreglaba, por una manía predominante de contradicción, para granjearse, entre los que le conocían sólo superficialmente, fama de tacaño. Como muchas personas excelentes, parecía poseído de un espíritu de tantalización que podía tomarse fácilmente a primera vista por maldad. A toda petición contestaba desde luego con un «¡No!» terminante; pero al final —muy al final— eran rarísimas las veces que se negaba a las peticiones. A todos los ataques dirigidos contra su bolsillo oponía él la más enérgica defensa; pero la suma que se le arrancaba estaba, por lo general, en razón directa con la duración del asedio y la tenacidad de la resistencia. Nadie hacía la caridad con mayor liberalidad y de peor gana.

Por lo que respecta a las bellas artes, y en especial a la literatura, las consideraba con profundo desprecio. En esto estaba inspirado por Casimir Perier, de quien tenía la costumbre de citar la descarada pregunta *A quoi un*

poète est-il bon? con una chusca pronunciación, como si fuese el nec plus ultra de la agudeza lógica. Por eso mi personal afición a las musas provocaba su mayor desagrado. Me afirmó, un día en que le pedí una nueva edición de Horacio, que la traducción del Poeta nascitur non fit era «un indecente poeta nace para no hacer nada», observación que me produjo un gran enojo. Su aversión a «las humanidades» también había aumentado mucho últimamente a causa de una predisposición casual en favor de lo que él suponía que eran las ciencias naturales. Alguien le había abordado en la calle, confundiéndole nada menos que con el doctor Dubble L. Dee, el profesor de física experimental. Se salió él por la tangente; y por la misma época de esta historia —pues historia es ésta después de todo— mi tío abuelo Rumgudgeon era abordable y pacífico únicamente en cuestiones que estuviesen en armonía con las cabriolas de la chifladura que le dominaba. Del resto se reía él a mandíbula batiente, y su política era inflexible y fácil de entender. Pensaba, con Horsley, que «la gente no debe ocuparse de las leyes más que para obedecerlas».

Había yo vivido toda mi vida con el viejo gentleman. Mis padres, al morir, le habían dejado mi persona como un rico legado. Creo que el viejo camastrón me quería como si fuese su propio hijo, tanto casi como a su amada Kate; pero, a pesar de todo, eso no le impedía hacerme una vida de perros. Desde mi primer año hasta el quinto, me dio unas azotainas periódicas. Desde el quinto año hasta el decimoquinto, me amenazó a todas horas con el correccional. Desde los quince hasta los veinte, no pasó día en que no me prometiese dejarme sin un chelín. Era yo un pícaro loco, eso es verdad; pero entonces aquello formaba parte de mi naturaleza, constituía, palabra, mi rasgo característico. Sin embargo, en Kate tenía una fiel amiga, y yo lo sabía. Era una buena chica y me aseguró con mucha dulzura que sería mía (con la pasta y todo) cuando hubiera yo logrado sonsacar a mi tío Rumgudgeon, a fuerza de molestarle, el consentimiento necesario. ¡Pobre muchacha! Tenía ella apenas quince años, y sin aquel consentimiento, no podía entrar en posesión de su pequeño capital hasta que cinco inconmensurables estíos «hubiesen arrastrado su lenta duración». ¿Qué hacer entonces? A los quince, e incluso a los veintiuno (pues yo había pasado ya mi quinta olimpiada), cinco años en perspectiva vienen a ser lo mismo que quinientos. En vano asediábamos al viejo gentleman con nuestras machaconerías. Era una pièce de résistance (como dirían messieurs Ude y Carene) cuyo perverso capricho hubiera sido adecuado a una viga de T. Habría excitado la indignación del propio Job, el ver al viejo perro ratonero jugar con nosotros como con dos pobres ratoncillos infelices. En su fuero interno nada deseaba él más ardientemente que nuestra boda. Era una idea que siempre había acariciado. En realidad, hubiese dado diez libras de su bolsillo (el dinero de Kate era suyo propio) por poder inventar algo parecido a pretexto para llevar a efecto nuestros naturalísimos deseos. Pero fuimos tan imprudentes, que mencionamos por primera vez la cuestión

nosotros mismos. No oponerse en tales circunstancias era, lo creo sinceramente, superior a sus fuerzas.

Ya he dicho antes que tenía él sus puntos débiles; pero, al hablar de ellos, no he querido referirme a su terquedad, que era uno de sus puntos fuertes — *assurément ce n'était pas son faible*—. Al mencionar sus flaquezas aludo a una bizarra superstición de vieja que le acosaba. Era muy versado en sueños, portentos, et *id genus omne* de galimatías, y excesivamente puntilloso también sobre diversos puntos de honor, y a su manera, un hombre de palabra, sin duda alguna. He aquí, en efecto, una de sus manías. No sentía escrúpulos para despreciar el espíritu de sus promesas; pero la letra la consideraba una obligación inviolable. Ahora bien de este último detalle de su carácter fue del que la ingeniosidad de Kate sacó un buen día, al poco tiempo de nuestra entrevista en el comedor, un provecho inesperado. Y habiendo así, a la manera de todos los bardos y oradores modernos, agotado en prolegomena todo el tiempo a mi alcance, y casi todo el espacio a mi disposición, quiero resumir en pocas palabras lo que constituye el meollo entero de mi historia.

Sucedió entonces —los hados lo quisieron— que entre las amistades marinas de mi prometida hubiese dos gentlemen que acababan precisamente de arribar a las costas inglesas, después de varios años de ausencia que habían pasado cada uno de ellos viajando por el extranjero. En compañía de dichos gentlemen, mi prima y yo, puestos de acuerdo con antelación, hicimos al tío Rumgudgeon una visita en la tarde de un domingo, el 10 de octubre, tres semanas justas después de la memorable resolución que había echado abajo de tan cruel manera nuestras esperanzas. Durante cerca de media hora recayó la conversación sobre temas corrientes; pero al final logramos, con toda naturalidad, darle el siguiente giro:

CAPITÁN PRATT. —Bueno; he estado ausente un año exactamente. Hoy hace un año justo, a fe mía —¡déjeme ver, sí!—; es hoy el 10 de octubre. Recordará usted, mister Rumgudgeon, que le visité este mismo día hace un año para despedirme. Y dicho sea de paso, resulta que, por algo parecido a una coincidencia, ¿no es cierto?, nuestro amigo el capitán Smitherton, aquí presente, ha estado él también ausente un año justo, ¡un año que se cumple hoy!

SMITHERTON. —¡Sí! Un año justo, sin otra fracción. Recordará usted, mister Rumgudgeon, que le visité con el capitán Pratt el año pasado, este mismo día, para presentarle mis respetos al partir.

EL TÍO. —¡Sí, sí, sí, lo recuerdo muy bien, y es extraño, de veras! Partieron ustedes dos hace exactamente un año. ¡Una coincidencia muy rara, en verdad! Es, ni más ni menos, lo que el doctor Dubble L. Dee llamaría una extraordinaria reunión de acontecimientos. El doctor Dub...

KATE. —(Interrumpiéndole). Con seguridad, papá, es algo extraño; pero luego el capitán Pratt y el capitán Smitherton no han seguido la misma ruta, lo cual constituye una diferencia, como sabes.

EL TÍO. —¡Yo no sabía semejante cosa, tunanta! ¿Cómo iba a saberlo? Creo que eso hace la cuestión más notable, y el doctor Dubble L. Dee...

KATE. —Sí, el capitán Pratt ha dado la vuelta al cabo de Hornos, y el capitán Smitherton ha doblado el cabo de Buena Esperanza.

EL TÍO. —¡Eso mismo! El uno ha ido hacia el este y el otro hacia el oeste, picarona, y los dos han dado la vuelta entera al mundo. Entre paréntesis, el doctor Dubble L. Dee...

YO. —(Apresuradamente). Capitán Pratt debía usted venir mañana por la noche —con Smitherton— a pasarlo con nosotros, y podría contarnos todo lo referente a su viaje, jugar una partida de whist y...

PRATT. —¿De whist, mi querido joven? Se olvida usted de que mañana es domingo. Cualquiera otra noche...

KATE. —¡Oh, no, ca! Roberto no está tan loco como todo eso. Es hoy domingo.

EL TÍO. —¡Con seguridad, con seguridad!

PRATT. —Les pido perdón a los dos, pero no puedo estar tan equivocado. Sé que mañana es domingo porque...

SMITHERTON. —(Muy sorprendido). ¿En qué están ustedes pensando? Fue domingo ayer, por si no lo saben.

TODOS. —Hoy es domingo; sé lo que digo.

PRATT. —¡Oh, no! Mañana será domingo.

SMITHERTON. —Se han vuelto locos todos ustedes, uno por uno. Estoy tan seguro de que ayer fue domingo como de que estoy sentado sobre esta silla.

KATE. —(Levantándose, presurosa). Ya veo, ya lo veo todo. Papá, ésa es una opinión tuya acerca de lo que sabes. Déjame, y os lo explicaré a todos en un minuto. Es una cosa sencillísima, realmente. El capitán Smitherton dice que ayer era domingo, y así fue; tiene razón. Mi primo Bobby, el tío y yo decimos que hoy es domingo; y así es, y tenemos razón. El capitán Pratt sostiene que mañana será domingo; así será, y también él tiene razón. El hecho es, que tenemos todos razón, y por eso es la semana de los tres domingos.

SMITHERTON. —(Después de una pausa). Dicho sea de paso, Pratt, Kate se halla completamente en lo cierto. ¡Qué locos estamos los dos! Mister

Rumgudgeon, la cuestión es ésta: la Tierra, como usted sabe, tiene veinticuatro mil millas de circunferencia. Ahora bien: el globo terrestre gira sobre su propio eje, y en esta rotación, en esta revolución, recorre esas veinticuatro mil millas de longitud yendo de este a oeste en veinticuatro horas justas. ¿Me comprende usted, mister Rumgudgeon?

SMITHERTON. —(Cortándole la palabra). Bien, señor; esto lo hace a una velocidad de mil millas por hora. Ahora, suponga usted mi buque en una situación a mil millas al este. Por supuesto, me encontraré con un adelanto de una hora justa sobre la salida del sol. Veré el sol levantarse una hora antes que usted. Avanzando en la misma dirección otras mil millas, adelantaré la hora de salida dos horas; otras mil, y tendré un adelanto de tres horas, y así sucesivamente hasta que haya dado la vuelta entera al globo, regresando a este sitio y recorrido así veinticuatro mil millas al este. Entonces tendré un adelanto sobre la salida del sol en Londres no menos de veinticuatro horas; es decir, que tendré un día de adelanto sobre la hora inglesa. Comprendido, ¿no?

EL TÍO. —Pero Dubble L. Dee...

SMITHERTON. (Hablando muy fuerte). El capitán Pratt, por el contrario, cuando haya navegado mil millas al este de su situación, tendrá una hora, y cuando haya recorrido veinticuatro mil millas al oeste, tendrá veinticuatro horas, o sea un día, de retraso sobre la hora de Londres. Por eso, para mí, ayer fue domingo; por eso, para ustedes, es hoy domingo, y por eso, para Pratt, mañana será domingo. Y hay aún más, mister Rumgudgeon: es absolutamente cierto que todos tenemos razón, pues no puede existir razón filosófica determinada para que la idea de uno de nosotros tenga preferencia sobre la de los otros.

EL TÍO. —¡Se me va la cabeza! Bueno, Kate; bueno, Bobby. Ésta es una opinión mía, como decía. Pero soy hombre de palabra —¡grabaos bien esto! —. Muchacho, la chica será tuya (con la pasta y todo) cuando quieras. ¡Conforme, por Júpiter! ¡Tres domingos en ristra! Me voy a preguntar a Dubble L. Dee su opinión sobre esto.

## CONVERSACIÓN DE EIROS CON CHARMIÓN

EIROS. —¿Por qué me llamas Eiros?

CHARMIÓN. —Así te llamarás siempre, de ahora en adelante. Debes olvidar también mi nombre terrestre y denominarme Charmión.

EIROS. —¡No es realmente un sueño!

CHARMIÓN. —Para nosotros ya no hay sueños; pero dejemos esos misterios hasta pronto. Me regocija ver que tienes aspecto vital y racional. Ya ha desaparecido de tus ojos la nube de la sombra. Levanta el corazón y no temas nada. Han pasado los días asignados al estupor, y mañana quiero iniciarte yo mismo en las alegrías plenas y en las maravillas de tu nueva existencia.

EIROS. —En verdad no siento estupor alguno. Me han abandonado la violenta náusea y la terrible oscuridad, y no oigo ya ese sonido insensato, impetuoso, horrible, parecido a la «voz de unas crecidas aguas». Sin embargo, están aturdidos mis sentidos, Charmión, con la agudeza de penetración de lo nuevo.

CHARMIÓN. —En pocos días desaparecerá eso del todo, pero te comprendo plenamente y siento por ti. Hace ahora diez años terrestres que sufrí lo que tú sufres, y con todo, persiste aún en mí el recuerdo de aquello. Has sufrido ahora todo el dolor que tenías que sufrir en el Edén.

EIROS. —¿En el Edén?

CHARMIÓN. —En el Edén.

EIROS. —¡Oh, Dios! ¡Ten piedad de mí, Charmión! Estoy oprimido por la majestad de todas las cosas: de lo desconocido, ahora ya conocido; del teórico Futuro, fundido con el augusto y cierto Presente.

CHARMIÓN. —No te aferres ahora a tales pensamientos. Mañana hablaremos de eso. Tu espíritu vacila, y su agitación encontrará alivio en el ejercicio de los simples recuerdos. No mires ni alrededor ni hacia delante, sino hacia atrás. Ardo de impaciencia por oír los detalles de ese acontecimiento estupendo que te ha arrojado entre nosotros. Háblame de eso. Conversemos de cosas familiares en el antiguo lenguaje familiar de ese mundo que ha perecido tan espantosamente.

EIROS. —¡Lo más espantosamente, lo más espantosamente! Y esto no es, en verdad, un sueño.

CHARMIÓN. —Ya no hay sueños. ¿Fui muy llorada, Eiros mío?

EIROS. —¿Llorada, Charmión? ¡Oh, profundamente! Hasta la última hora de todas se cernió una nube de intensa tristeza y de piadoso dolor sobre tu casa.

CHARMIÓN. —Háblame de esa última hora. Recuerdo que, fuera del hecho escueto de la catástrofe misma, no sé nada. Cuando, saliendo de entre la humanidad, pasé dentro de la Noche a través de la Tumba, en ese período, si no recuerdo mal, la calamidad que os aniquiló fue totalmente inesperada. Pero, realmente, conocía yo muy poco de la filosofía especulativa de aquellos días.

EIROS. —Esa calamidad individual fue, como dices, inesperada por completo; pero hacía largo tiempo que análogos infortunios habían sido tema de discusión entre los astrónomos. No necesito apenas decirte, amiga mía, que, hasta que nos abandonaste, se ponían de acuerdo los hombres para comprender esos pasajes de las muy Sagradas Escrituras en que se habla de la destrucción final de todas las cosas por el fuego, como refiriéndose únicamente a la Tierra. Pero, con respecto al agente inmediato de la ruina, estaba perpleja la especulación desde esa época en que la ciencia astronómica había despojado a los cometas de sus ígneos terrores. Había quedado bien probada la moderadísima densidad de aquellos cuerpos. Los habían observado en su paso entre los satélites de Júpiter, sin que produjesen alteración sensible alguna en las masas o en las órbitas de esos planetas secundarios. De mucho tiempo atrás mirábamos a aquellos viajeros como vaporosas creaciones de una tenuidad inconcebible, y totalmente incapaces de dañar nuestro sólido globo, aun en caso de colisión. Pero no se temía esa colisión en modo alguno, pues se conocían con exactitud los elementos de todos los cometas. Lo de que entre ellos tuviéramos que buscar el agente de la amenazadora destrucción ígnea se consideraba desde hacía muchos años como una idea inadmisibile. Pero en aquellos últimos días eran extrañamente abundantes entre la humanidad las maravillosas y ardientes fantasías, y aunque sólo prevaleció aquel temor sobre algunos ignorantes, cuando los astrónomos anunciaron un nuevo cometa, aquel anuncio se acogió en general con no sé qué agitación y desconfianza. Fueron inmediatamente calculados los elementos del extraño orbe, y los observadores reconocieron por unanimidad que su trayectoria, en el perihelio, debía traerle a una proximidad muy inmediata a la Tierra. Hubo dos o tres astrónomos, de importancia secundaria, que sostuvieron resueltamente que era inevitable un contacto. No puedo expresarte bien el efecto de ese informe sobre la gente. Durante unos días se negaron a creer una afirmación que la inteligencia humana, consagrada desde hacía tanto tiempo a consideraciones mundanas, no podía captar en modo alguno. Pero la verdad de un hecho de una importancia vital se abre camino muy pronto en los espíritus, hasta en los más obtusos. A la postre vieron todos los hombres que la ciencia astronómica no mentía, y esperaron al cometa. Al principio su aproximación no fue rápida en apariencia, ni tuvo su aspecto un carácter inusitado. Era de un rojo oscuro y tenía una cola apenas perceptible. Durante siete u ocho días no vimos un aumento material en su diámetro aparente, sino sólo una alteración parcial en su color. Entretanto, quedaron descartados los asuntos ordinarios de los hombres, y todos los intereses, absorbidos por una discusión predominante entablada entre los filósofos con respecto a la naturaleza de los cometas. Hasta los hombres de más crasa ignorancia elevaron sus torpes facultades hacia tales consideraciones. Los sabios no emplearon entonces su inteligencia —su alma— en aliviar aquel temor ni en sostener algunas teorías favoritas. Buscaron,

ansiaron nociones ciertas. Gimieron por una ciencia perfecta. La verdad se elevó en la pureza de su fuerza y de excesiva majestad, y los sabios se inclinaron y adoraron.

»Era una opinión que perdía a todas horas terreno entre los sabios la de que resultase un daño material para nuestro globo o para sus habitantes del temido contacto, y los sabios tenían ahora libre poder para regir la razón y la fantasía de la multitud. Quedó demostrado que la densidad del núcleo del cometa era mucho menos que la de nuestro más raro gas, y el paso inofensivo de semejante visitante entre los satélites de Júpiter fue un punto sobre el cual se insistió a porfía, y que sirvió mucho para aliviar el terror. Con un celo inflamado por el miedo, insistieron los teólogos sobre las profecías bíblicas, y las explicaron al pueblo con rectitud y una sencillez de que no habían dado ejemplo antes. La destrucción final de la Tierra debía realizarse por medio del fuego, según adelantaron con un espíritu que reforzaba por todas partes la convicción, y lo de que los cometas no eran de naturaleza ígnea (todos los hombres lo sabían ahora) constituía una verdad que los descargaba en gran parte del temor a la inmensa calamidad predicha. Es de observar que los prejuicios populares y los errores vulgares referentes a la peste y la guerra — errores que volvían a prevalecer a cada aparición de un cometa— fueron en esta ocasión desconocidos. Como por un repentino esfuerzo convulsivo, la razón había derrocado de un solo golpe a la superstición de su trono. La más débil inteligencia había extraído vigor del interés excesivo.

»Eran puntos de laboriosa discusión los de que podían originarse de aquel contacto unos desastres menores. Los sabios hablaban de ligeras perturbaciones geológicas, de probables alteraciones de clima, y en consecuencia, de vegetación, así como de posibles influencias magnéticas y eléctricas. Muchos de ellos sostenían que no se produciría ningún efecto visible o sensible en manera alguna. Mientras tenían lugar aquellas discusiones, el objeto mismo de ellas avanzaba progresivamente, ensanchando de modo visible su diámetro y aumentando su brillo. Ante su proximidad, la Humanidad palideció. Todas las operaciones humanas quedaron en suspenso. Hubo una fase notable en el curso del sentimiento general, y fue cuando el cometa alcanzó al fin un tamaño que superaba al de toda aparición que se recordara. El mundo entonces, privado de la esperanza amplia de que podían equivocarse los astrónomos, sintió toda la certeza de su infortunio. Había perdido el terror su carácter quimérico. Los corazones más valientes de nuestra raza latían con violencia en los pechos. Pocos días bastaron, no obstante, para fundir aquellas primeras pruebas en sensaciones más intolerables aún. No podíamos ahora ya aplicar al meteoro extraño ninguna de las nociones habituales. Sus atributos históricos habían desaparecido. Nos oprimía por la terrible novedad de la emoción. Lo veíamos no como un fenómeno astronómico en los cielos, sino como una pesadilla sobre nuestros corazones,

como una sombra sobre nuestros cerebros. Había tomado con una rapidez inconcebible el aspecto de un gigantesco manto de llama clara extendido siempre por todos los horizontes. Un día aún, y los hombres respirarían con mayor libertad. Era evidente que estábamos ya bajo la influencia del cometa, y sin embargo, vivíamos. Gozábamos incluso de una flexibilidad de miembros y de una viveza de espíritu insólitas. La excesiva tenuidad del objeto de nuestro terror era aparente, pues todos los cuerpos celestes se dejaban ver con claridad a través de él. Al mismo tiempo estaba sensiblemente alterada nuestra vegetación, y esta circunstancia predicha aumentó nuestra fe en la previsión de los sabios. Una profusión extraordinaria de follaje, desconocida de todo punto antes, estalló sobre todo el reino vegetal. Pasó otro día, y la calamidad no se cernía aún del todo sobre nosotros. Era ahora evidente que su núcleo debía ser el primero en alcanzarnos. Se operó un violento cambio en todos los hombres, y la primera sensación de dolor fue la señal enloquecida de la lamentación y del horror generales. Consistía aquella primera sensación de dolor en una fuerte opresión sobre el pecho y los pulmones, y en una insoportable sequedad de la piel. No podía negarse que nuestra atmósfera estaba radicalmente afectada, la conformación de esta atmósfera y las posibles modificaciones a que podía hallarse sujeta fueron entonces temas de discusión. El resultado de la investigación produjo un estremecimiento eléctrico del más intenso terror en el corazón universal del hombre. Se sabía desde largo tiempo atrás que el aire que nos circundaba estaba compuesto de gases de oxígeno y de nitrógeno en la proporción de veintiuna partes de oxígeno por setenta y nueve de nitrógeno. El oxígeno, principio de combustión y vehículo del calor, era absolutamente necesario para el sostenimiento de la vida animal, y el más poderoso y enérgico agente de la naturaleza. El nitrógeno, por el contrario, era inadecuado para mantener la vida o la combustión animal. Un inusitado exceso de oxígeno debía traer como consecuencia, y así había sido comprobado, una elevación de los espíritus animales tal como la que habíamos experimentado últimamente. La prosecución, el desarrollo de la idea, había engendrado el terror. ¿Qué resultado debía tener una extracción total del nitrógeno? Una combustión irresistible, que lo devorase todo, omnipotente, inmediata; la realización por entero, en todos sus menores y terribles detalles, de las llameantes y horribas profecías del Libro Sagrado. ¿Necesito describirte, Charmión, el frenesí que se desencadenó entonces en la Humanidad? Aquella tenuidad del cometa, que nos había inspirado al principio esperanza, se convertía ahora en fuente de la desesperación más amarga. En su impalpable naturaleza gaseosa percibíamos claramente la consumación del Destino. Entretanto, pasó otro día, llevándose consigo la última sombra de Esperanza. Jadeábamos en la rápida modificación del aire. La sangre roja saltaba, tumultuosa, en sus estrechos conductos. Un furioso delirio se apoderó de todos los hombres; y con los brazos tendidos rígidos hacia los cielos amenazadores, temblaban, lanzando fuertes gritos.

Pero sobre nosotros estaba ahora el núcleo del exterminador; aún aquí, en el Edén, me estremezco al hablar de ello. Seré breve, breve como la destrucción que nos aniquiló. Durante un momento sólo hubo una impetuosa y fantástica luz que tocaba y penetraba todas las cosas. Luego —¡prosternémonos, Charmión, ante la excesiva majestad del gran Dios!—, luego hubo un sonido atronador y penetrante, como si saliese de la propia boca de ÉL, mientras, la masa entera que circundaba de éter, y en la cual vivíamos, estalló en el acto con una especie de intensa llamarada, cuya extraordinaria brillantez y cuyo ardor insuperable no tienen nombre ni aun entre los ángeles, en el alto cielo del conocimiento puro. Así acabó todo.

## MORELLA

Consideraba yo a mi amiga Morella con un sentimiento de profundo, aunque muy singular afecto. Habiéndola conocido casualmente hace muchos años, mi alma, desde nuestro primer encuentro, ardió con un fuego que no había conocido antes jamás; pero no era ese fuego el de Eros, y representó para mi espíritu un amargo tormento la convicción gradual de que no podría definir su insólito carácter ni regular su vaga intensidad. Sin embargo, nos tratamos, y el Destino nos unió ante el altar; jamás hablé de pasión, ni pensé en el amor. Ella, aun así, huía de la sociedad, y dedicándose a mí, me hizo feliz. Asombrarse es una felicidad, y una felicidad es soñar.

La erudición de Morella era profunda. Como espero mostrar, sus talentos no eran de orden vulgar, y su potencia mental era gigantesca. Lo percibí, y en muchas materias fui su discípulo. No obstante, pronto comprendí que, quizá a causa de haberse educado en Pressburgo, ponía ella ante mí un gran número de esas obras místicas que se consideran generalmente como la simple escoria de la literatura alemana. Esas obras, no puedo imaginar por qué razón, constituían su estudio favorito y constante, y si en el transcurso del tiempo llegó a ser el mío también, hay que atribuirlo a la simple, pero eficaz influencia del hábito y del ejemplo.

Con todo esto, si no me equivoco, pero tiene que ver mi razón. Mis convicciones, o caigo en un error, no estaban en modo alguno basadas en el ideal, y no se descubriría, como no me equivoque por completo, ningún tinte del misticismo de mis lecturas, ya fuese en mis actos o ya fuese en mis pensamientos.

Persuadido de esto, me abandoné sin reserva a la dirección de mi esposa, y me adentré con firme corazón en el laberinto de sus estudios. Y entonces — cuando, sumiéndome en páginas aborrecibles, sentía un espíritu aborrecible

encenderse dentro de mí— venía Morella a colocar su mano fría en la mía, y hurgando las cenizas de una filosofía muerta, extraía de ellas algunas graves y singulares palabras que, dado su extraño sentido, ardían por sí mismas sobre mi memoria. Y entonces, hora tras hora, permanecía al lado de ella, sumiéndome en la música de su voz, hasta que se infestaba de terror su melodía, y una sombra caía sobre mi alma, y palidecía yo, y me estremecía interiormente ante aquellos tonos sobrenaturales. Y así, el gozo se desvanecía en el horror, y lo más bello se tornaba horrendo, como Hinnom se convirtió en Gehena.

Resulta innecesario expresar el carácter exacto de estas disquisiciones que, brotando de los volúmenes que he mencionado, constituyeron durante tanto tiempo casi el único tema de conversación entre Morella y yo. Los enterados de lo que se puede llamar moral teológica las concebirán fácilmente, y los ignorantes poco comprenderían, en todo caso. El vehemente panteísmo de Fichte, la palingenesia modificada de los pitagóricos, y por encima de todo, las doctrinas de la Identidad tal como las presenta Schelling, solían ser los puntos de discusión que ofrecían mayor belleza a la imaginativa Morella. Esta identidad llamada personal, la define con precisión mister Locke, creo, diciendo que consiste en la cordura del ser racional. Y como por persona entendemos una esencia inteligente, dotada de razón, y como hay una conciencia que acompaña siempre al pensamiento, es ésta la que nos hace a todos ser eso que llamamos nosotros mismos, diferenciándonos así de otros seres pensantes y dándonos nuestra identidad personal. Pero el principium individuationis —la noción de esa identidad que en la muerte se pierde o no para siempre— fue para mí en todo tiempo una consideración de intenso interés, no sólo por la naturaleza pasmosa y emocionante de sus consecuencias, sino por la manera especial y agitada como la mencionaba Morella.

Pero realmente había llegado ahora un momento en que el misterio del carácter de mi esposa me oprimía como un hechizo. No podía soportar por más tiempo el contacto de sus pálidos dedos, ni el tono profundo de su palabra musical, ni el brillo de sus melancólicos ojos. Y ella sabía todo esto, pero no me reconvenía. Parecía tener conciencia de mi debilidad o de mi locura, y sonriendo, las llamaba el Destino. Parecía también tener conciencia de la causa, para mí desconocida, de aquel gradual desvío de mi afecto; pero no me daba explicación alguna ni aludía a su naturaleza. Sin embargo, era ella mujer, y se consumía por días. Con el tiempo, se fijó una mancha roja constantemente sobre sus mejillas, y las venas azules de su pálida frente se hicieron prominentes. Llegó un instante en que mi naturaleza se deshacía en compasión; pero al siguiente encontraba yo la mirada de sus ojos pensativos, y entonces sentíase mal mi alma y experimentaba el vértigo de quien tiene la mirada sumida en algún aterrador e insondable abismo.

¿Diré que anhelaba yo con un deseo fervoroso y devorador el momento de la muerte de Morella? Así era; pero el frágil espíritu se aferró en su envoltura de barro durante muchos días, muchas semanas y muchos meses tediosos, hasta que mis nervios torturados lograron triunfar sobre mi mente, y me sentí enfurecido por aquel retraso, y con un corazón demoníaco, maldije los días, las horas, los minutos amargos, que parecían alargarse y alargarse a medida que declinaba aquella delicada vida, como sombras en la agonía de la tarde.

Pero una noche de otoño, cuando permanecía quieto el viento en el cielo, Morella me llamó a su lado. Había una oscura bruma sobre toda la tierra, un calor fosforescente sobre las aguas, y entre el rico follaje de la selva de octubre, hubiérase dicho que caía del firmamento un arco iris.

—Éste es el día de los días —dijo ella, cuando me acerqué—: un día entre todos los días para vivir o morir. Es un día hermoso para los hijos de la tierra y de la vida, ¡ah, y más hermoso para las hijas del cielo y de la muerte!

Besé su frente, y ella prosiguió:

—Voy a morir, y a pesar de todo, viviré.

—¡Morella!

—No han existido nunca días en que hubieses podido amarme; pero a la que aborreciste en vida la adorarás en la muerte.

—¡Morella!

—Repito que voy a morir. Pero hay en mí una prenda de ese afecto, ¡ah, cuán pequeño!, que has sentido por mí, por Morella. Y cuando parta mi espíritu, el hijo vivirá, el hijo tuyo, el de Morella. Pero tus días serán días de dolor, de ese dolor que es la más duradera de las impresiones, como el ciprés es el más duradero de los árboles. Porque han pasado las horas de tu felicidad, y no se coge dos veces la alegría en una vida, como las rosas de Paestum dos veces en un año. Tú no jugarás ya más con el tiempo el juego del Teyo; pero, siéndote desconocidos el mirto y el vino, llevarás contigo sobre la tierra tu sudario, como hace el musulmán en la Meca.

—¡Morella! —exclamé—. ¡Morella! ¿Cómo sabes esto?

Pero ella volvió su rostro sobre la almohada, un leve temblor recorrió sus miembros, y ya no oí más su voz.

Sin embargo, como había predicho ella, su hijo —el que había dado a luz al morir, y que no respiró hasta que cesó de alentar su madre—, su hijo, una niña, vivió. Y creció extrañamente en estatura y en inteligencia, y era de una semejanza perfecta con la que había desaparecido, y la amé con un amor más ferviente del que creí me sería posible sentir por ningún habitante de la Tierra.

Pero, antes de que pasase mucho tiempo, se ensombreció el cielo de aquel puro afecto, y la tristeza, el horror, la aflicción, pasaron veloces como nubes. He dicho que la niña creció extrañamente en estatura y en inteligencia. Extraño, en verdad, fue el rápido crecimiento de su tamaño corporal; pero terribles, ¡oh, terribles!, fueron los tumultuosos pensamientos que se amontonaron sobre mí mientras espiaba el desarrollo de su ser intelectual. ¿Podía ser de otra manera, cuando descubría yo a diario en las concepciones de la niña las potencias adultas y las facultades de la mujer, cuando las lecciones de la experiencia se desprendían de los labios de la infancia y cuando veía a cada hora la sabiduría o las pasiones de la madurez centellear en sus grandes y pensativos ojos? Como digo, cuando apareció evidente todo eso ante mis sentidos aterrados, cuando no le fue ya posible a mi alma ocultárselo más, ni a mis facultades estremecidas rechazar aquella certeza, ¿cómo puede extrañar que unas sospechas de naturaleza espantosa y emocionante se deslizaran en mi espíritu, o que mis pensamientos se volvieran, despavoridos, hacia los cuentos extraños y las impresionantes teorías de la enterrada Morella? Arranqué a la curiosidad del mundo un ser a quien el Destino me mandaba adorar, y en el severo aislamiento de mi hogar, vigilé con una ansiedad mortal cuanto concernía a la criatura amada.

Y mientras los años transcurrían, y mientras día tras día contemplaba yo su santo, su apacible, su elocuente rostro, mientras examinaba sus formas que maduraban, descubría día tras día nuevos puntos de semejanza en la hija con su madre, la melancólica y la muerta. Y a cada hora aumentaban aquellas sombras de semejanza, más plenas, más definidas, más inquietantes y más atrocamente terribles en su aspecto. Pues que su sonrisa se pareciese a la de su madre podía yo sufrirlo, aunque luego me hiciera estremecer aquella identidad demasiado perfecta; que sus ojos se pareciesen a los de Morella podía soportarlo, aunque, además, penetraran harto a menudo en las profundidades de mi alma con el intenso e impresionante pensamiento de la propia Morella. Y en el contorno de su alta frente, en los bucles de su sedosa cabellera, en sus pálidos dedos que se sepultaban dentro de ella, en el triste tono bajo y musical de su palabra, y por encima de todo —¡oh, por encima de todo!— en las frases y expresiones de la muerta sobre los labios de la amada, de la viva, encontraba yo pasto para un horrendo pensamiento devorador, para un gusano que no quería perecer.

Así pasaron dos lustros de su vida, y hasta ahora mi hija permanecía sin nombre sobre la tierra. «Hija mía» y «amor mío» eran las denominaciones dictadas habitualmente por el afecto paterno, y el severo aislamiento de sus días impedía toda relación. El nombre de Morella había muerto con ella. No hablé nunca de la madre a la hija; érame imposible hacerlo. En realidad, durante el breve período de su existencia, la última no había recibido ninguna impresión del mundo exterior, excepto las que la hubieran proporcionado los

estrechos límites de su retiro.

Pero, por último, se ofreció a mi mente la ceremonia del bautismo en aquel estado de desaliento y de excitación, como la presente liberación de los terrores de mi destino. Y en la pila bautismal dudé respecto al nombre. Y se agolparon a mis labios muchos nombres de sabiduría y belleza, de los tiempos antiguos y de los modernos, de mi país y de los países extranjeros, con otros muchos, muchos delicados de nobleza, de felicidad y de bondad. ¿Qué me impulsó entonces a agitar el recuerdo de la muerta enterrada? ¿Qué demonio me incitó a suspirar aquel sonido cuyo recuerdo real hacía refluir mi sangre a torrentes de las sienas al corazón? ¿Qué espíritu perverso habló desde las reconditeces de mi alma, cuando, entre aquellos oscuros corredores, y en el silencio de la noche, musité al oído del santo hombre las sílabas «Morella»? ¿Qué ser más demoníaco retorció los rasgos de mi hija, y los cubrió con los tintes de la muerte cuando estremeciéndose ante aquel nombre apenas audible, volvió sus límpidos ojos desde el suelo hacia el cielo, y cayendo prosternada sobre las losas negras de nuestra cripta ancestral, respondió: «¡Aquí estoy!»?

Estas simples y cortas sílabas cayeron claras, fríamente claras, en mis oídos, y desde allí, como plomo fundido, se precipitaron silbando en mi cerebro. Años, años enteros pueden pasar; pero el recuerdo de esa época, ¡jamás! No desconocía yo, por cierto, las flores y la vid; pero el abeto y el ciprés proyectaron su sombra sobre mí noche y día. Y no conservé noción alguna de tiempo o de lugar, y se desvanecieron en el cielo las estrellas de mi destino, y desde entonces se ensombreció la tierra, y sus figuras pasaron junto a mí como sombras fugaces, y entre ellas sólo vi una: Morella. Los vientos del firmamento suspiraban un único sonido en mis oídos, y las olas en el mar murmuraban eternamente: «Morella». Pero ella murió, y con mis propias manos la llevé a la tumba; y reí con una risa larga y amarga al no encontrar vestigios de la primera Morella en la cripta donde enterré la segunda.

## LA ESFINGE

Durante el terrible reinado del cólera en Nueva York, había yo aceptado la invitación de un pariente para pasar dos semanas con él en el retiro de su cottage ornée, a orillas del Hudson. Teníamos allí a nuestro alrededor todos los recursos ordinarios de las diversiones veraniegas, y vagando por los bosques, tomando apuntes, paseando en bote, pescando, bañándonos, dedicándonos a la música o a la lectura, hubiéramos podido pasar el tiempo bastante entretenidos, sin las pavorosas noticias que todas las mañanas nos llegaban de la populosa ciudad. No pasaba un día que no nos trajese la noticia del

fallecimiento de algún amigo. Entonces, como la fatalidad aumentaba, esperábamos enterarnos a diario de la pérdida de algún ser querido. Y al final temblábamos al acercarse cualquier mensajero. El propio aire del sur nos parecía oler a muerte. Aquel pensamiento paralizador se adueñaba, en verdad, de mi alma por entero. No podía yo hablar, pensar ni soñar en ninguna otra cosa. Era mi anfitrión de un temperamento menos excitable, y aunque con el ánimo muy deprimido, se esforzaba por reanimarme. Su inteligencia, dotada de una gran filosofía, no estaba afectada nunca por quimeras. Si bien bastante sensible a la influencia del terror, no le inquietaban sus sombras.

Sus esfuerzos por despertarme del estado de tristeza anormal en que me sumía, se veían frustrados en gran parte por ciertos libros que hube de encontrar en su biblioteca. Eran éstos de un carácter que hacía germinar cualquiera de las semillas de superstición hereditaria que permanecían latentes en mi pecho. Había yo leído aquellos libros sin que él lo supiera, y por eso se sentía perplejo con frecuencia ante las violentas impresiones que ejercían sobre mi imaginación.

Uno de mis temas favoritos era la creencia popular en los presagios, una creencia que, en aquella época de mi vida, estaba dispuesto a defender casi en serio. Sobre ese tema sosteníamos largas y animadas discusiones: él demostraba la sinrazón de la fe en tales cuestiones, y yo afirmaba que el sentimiento popular brotando con absoluta espontaneidad —es decir, sin apariencias de sugestión—, poseía en sí mismo elementos evidentes de verdad y tenía derecho a un gran respeto.

El hecho es que, al poco tiempo de mi llegada a la quinta, me sucedió allí un incidente tan de todo punto inexplicable y con un carácter tan portentoso, que se podía disculpar el que lo considerase yo como un presagio. Me aterró, y al mismo tiempo me trastornó y me dejó tan perplejo, que transcurrieron muchos días antes de que pudiese tener ánimos para comunicar el caso a mi amigo.

Casi al anochecer de un día sumamente caluroso, estaba yo sentado con un libro en la mano, ante la ventana abierta, alcanzando un lejano panorama de las orillas del río, una vista de una montaña distante, cuya superficie, cercana a mi posición, estaba desprovista, por eso que se llama un derrumbamiento, de la parte principal de sus árboles. Mis pensamientos habían vagado despacio desde el libro que tenía delante a la tristeza y desolación de la vecina ciudad. Al levantar mis ojos de la página, cayeron sobre la superficie desnuda de la montaña, y sobre un objeto, sobre un monstruo viviente de horrorosa conformación que se abrió camino rápidamente desde la cumbre hacia la parte inferior, desapareciendo al cabo en la espesa selva de abajo. Cuando aquel ser se mostró primero a mi vista, dudé de mi propia razón, o al menos, de la evidencia de mis propios ojos; y pasaron muchos minutos antes de que pudiese

convencerme a mí mismo de que no estaba loco ni soñaba. Sin embargo, al describir al monstruo (que vi con claridad, y que vigilé con toda tranquilidad durante el tiempo de su avance) temo que mis lectores encuentren mayor dificultad en quedar convencidos de esos puntos que la que encontré yo mismo.

Estimando el tamaño del ser en comparación con el diámetro de los grandes árboles cerca de los cuales pasaba —aquellos pocos y colosales de la selva que habían escapado a la furia del desplome de tierra—, deduje que era mayor que cualquier barco de línea en activo. Digo barco de línea porque la forma del monstruo sugería esa idea; el casco de uno de nuestros setenta y cuatro puede dar una noción muy pasable de su contorno general. Estaba la boca del animal al extremo de una trompa de unos sesenta o setenta pies de largo, con el grosor de la de un elefante ordinario. Cerca del arranque de esta trompa tenía una inmensa cantidad de pelos negros e hirsutos, más de los que puede tener el pelaje de una manada de búfalos, y proyectándose desde esos pelos hacia abajo y hacia los lados, salían dos fulgurantes colmillos parecidos a los del jabalí, pero de un tamaño infinitamente mayor. Extendidas hacia delante, paralelas a la trompa, ostentaba a cada lado una gigantesca asta de treinta o cuarenta pies de largo, al parecer, de puro cristal y en forma de prisma perfecto, que reflejaban de la manera más magnífica los rayos del sol poniente. El tronco estaba conformado como una cuña con la punta hacia tierra. Desde éste se extendían dos pares de alas —cada una de unas cien yardas de largo—, un par colocado encima de otro, y todo él cubierto de densas escamas metálicas; cada escama tendría como unos diez o doce pies de diámetro. Observé que los pares superiores e inferiores de alas estaban unidos por una fuerte cadena. Pero la principal singularidad de aquella horrible bestia era la imagen de una calavera que cubría casi toda la superficie de su pecho, y que estaba trazada con exactitud en un blanco deslumbrador sobre el color terroso del cuerpo, como si hubiese sido cuidadosamente dibujada por un artista. Mientras contemplaba yo aquel animal terrorífico, y en particular el aspecto de su pecho, con un sentimiento de horror y de temor, con un sentimiento de maldad cercana que me era imposible reprimir por ningún esfuerzo de la razón, vi la enorme boca en la extremidad de la trompa abrirse de repente, brotando de ella un sonido tan fuerte y expresivo de temor, que sobrecogió mis nervios como un toque de difuntos; y cuando el monstruo desapareció en la falda de la montaña, caí desmayado al punto sobre el suelo.

Al volver en mí, mi primer impulso, naturalmente, fue comunicar a mi amigo lo que acababa de ver y de oír; pero no podría explicar qué sentimiento de repugnancia me impidió hacerlo a la postre.

Por último, una noche, tres o cuatro días después del suceso, estábamos sentados juntos en la estancia desde la cual vi la aparición; ocupaba yo el

mismo sitio ante la misma ventana, y él estaba tendido sobre un sofá cerca de mí. La asociación de lugar y de tiempo me impulsó a darle cuenta del fenómeno. Me escuchó hasta el final —al principio se reía de buena gana— y luego adoptó un gesto serio con exceso, como si mi locura estuviese fuera de toda sospecha. En aquel momento tuve de nuevo una clara visión del monstruo, el cual, con un estremecimiento de terror absoluto, señalé entonces a su atención. Miró él ávidamente, sosteniendo que no se veía nada, aunque señalara yo con toda minuciosidad la carrera del animal mientras se abría camino bajando por la superficie pelada de la montaña.

Sentíame ahora harto alarmado, pues consideraba aquella visión como un presagio de mi muerte, o peor aún, como el síntoma precursor de un ataque de locura. Me eché vivamente hacia atrás en mi silla, y durante unos minutos escondí mi cara entre las manos. Cuando descubrí mis ojos, no era ya visible la aparición.

Mi anfitrión, no obstante, recobró hasta cierto punto la tranquilidad de conducta, y me interrogó muy minuciosamente respecto a la conformación de aquel ser imaginario. Cuando estuvo plenamente informado sobre aquella cuestión, suspiró a fondo, como si se sintiera descargado de un peso intolerable, y empezó a hablarme, con una calma que me parecía cruel, de varios puntos de filosofía especulativa que habían constituido antes temas de discusión entre nosotros. Recuerdo que insistió con mucho empeño (entre otras cosas) en la idea de que la causa principal del error en todas las investigaciones humanas está en el riesgo que corre la inteligencia rebajando o atribuyendo un valor excesivo a la importancia de un objeto, por una simple medición errónea de su proximidad.

—Para evaluar correctamente, por ejemplo —dijo—, la influencia ejercida sobre la Humanidad a lo largo del tiempo por la consumada difusión de la Democracia, no dejará de representar un dato la distancia de la época en que tal difusión pudo efectuarse. Aun así, ¿puede usted indicarme un escritor que haya escrito sobre el gobierno que pensara nunca en esa rama especial del tema, digno siempre de discusión?

Hizo aquí una pausa que duró un momento, se dirigió hacia una librería y sacó un tratado corriente de historia natural. Me rogó entonces que cambiase de asiento con él, pues así podía ver mejor los pequeños caracteres de la impresión; sentóse en mi sillón ante la ventana, y abriendo el libro, prosiguió su disertación en el mismo tono de antes.

—Pero por su excesiva minuciosidad —repuso— al describir el monstruo, puedo en todo momento probarle lo que era. En primer lugar, permítame leerle una descripción, para chicos de escuela, del género sphinx, de la familia crepuscularia del orden lepidóptera y de la clase insecta o insectos. La

descripción dice así:

»“Cuatro alas membranosas cubiertas de pequeñas escamas coloreadas, de aspecto metálico; boca formando una trompa enrollada, debida a una prolongación de la quijada, sobre cuyos lados se encuentran rudimentos de palpos vellosos; las alas inferiores están adheridas a las superiores por unos pelos tiesos; antenas en forma de porra prolongada, prismática; abdomen puntiagudo. La Esfinge de Calavera causa un gran terror entre el vulgo, y al mismo tiempo, el tono triste del lamento que profiere y esa imagen de la muerte que muestra sobre su coselete”.

Cerró el libro, recostándose sobre el sillón en la misma postura que tenía yo en el momento de contemplar al «monstruo».

—¡Ah! Ése era —exclamó luego—, ése era, subiendo por la superficie de la montaña, y admito que se trata de un ser de aspecto muy notable. Con todo, no era en modo alguno tan grande ni estaba tan distante como usted imaginó; porque el hecho es que, cuando serpeaba subiendo por ese hilo que una araña había tejido a través del marco de la ventana, tendría el dieciseisavo de una pulgada de longitud máxima, y estaría a una distancia también de un dieciseisavo de pulgada de su pupila.

## UNA NARRACIÓN DE JERUSALÉN

—Vayamos presurosos hacia las murallas —dijo Abel-Phittim, a Buzi-Ben-Leví y a Simeón el Fariseo, el décimo día del mes Thammuz, en el año del mundo tres mil novecientos cuarenta y uno—, marchemos presurosos hacia las murallas lindantes con la puerta de Benjamín, que está en la ciudad de David, y que dominan el campamento de los incircuncisos. Porque es la última hora de la cuarta vela y ha salido el sol, y los idólatras, en cumplimiento de la promesa de Pompeyo, deben esperarnos con los corderos para los sacrificios.

Simeón, Abel-Phittim y Buzi-Ben-Leví eran los gizbarim o subrecaudadores de las ofrendas en la ciudad santa de Jerusalén.

—En verdad —contestó el fariseo—, hemos de apresurarnos, pues esta generosidad en los gentiles es inusitada, y la inconstancia ha sido siempre un atributo de los adoradores de Baal.

—Que sean inconstantes y traidores es tan cierto como el Pentateuco —dijo Buzi-Ben-Leví—; pero eso es únicamente con el pueblo de Adonai. ¿Cuándo se ha visto que los amonistas fuesen contra sus propios intereses? ¡Me parece que no es un gran rasgo de generosidad concedernos corderos para

el altar del Señor, ofreciendo a cambio treinta siclos de plata por cabeza!

—Olvidas, sin embargo, Ben-Leví —replicó Abel-Phittim—, que el romano Pompeyo, que asedia ahora impío la ciudad del Altísimo, no tiene la seguridad de que no apliquemos los corderos comprados para el altar al sustento del cuerpo más bien que al del espíritu.

—¡Vamos, por las cinco puntas de mi barba —exclamó el fariseo, que pertenecía a la secta llamada de los Magulladores (un pequeño grupo de santos cuya manera de magullarse y de desgarrarse los pies contra el empedrado era desde hacía largo tiempo una espina y un reproche para los devotos menos celosos, un obstáculo para los viandantes menos iluminados)—, por las cinco puntas de esta barba que, como sacerdote, me está prohibido afeitarme! ¿Hemos vivido para ver que llegará un día en que el advenedizo blasfemador e idólatra de Roma nos acusará de aplicar a los apetitos de la carne los más santos y consagrados elementos? ¿Hemos vivido para ver que llegará un día en que...?

—Dejemos de inquirir los motivos del filisteo —interrumpió Abel-Phittim—, pues hoy día nos aprovechamos por vez primera de su avaricia y de su generosidad; será mejor que nos apresuremos a ir a las murallas, por temor a que os falten las ofrendas para el altar, cuyo fuego no pueden extinguir las lluvias del cielo y cuyos pilares de humo no puede derribar ninguna tempestad.

La parte de la ciudad hacia la cual se aceleraban nuestros dignos gizbarim, y que llevaba el nombre de su arquitecto, el rey David, estaba considerada como el barrio mejor fortificado de Jerusalén, y se hallaba situada sobre la abrupta y alta colina de Zeón. Allí, una zanja ancha, profunda, circular, abierta en la sólida roca, estaba defendida por una muralla de gran reciedumbre, levantada sobre su borde interior. Decoraban esta muralla, a trechos regulares, unas torres cuadradas de mármol blanco; la más baja tenía sesenta y la más alta ciento veinte codos de altura. Pero en la proximidad de la puerta de Benjamín dejaba de levantarse la muralla al borde del foso. Por el contrario, entre el nivel de la zanja y la base de aquélla se alzaba perpendicularmente una roca de doscientos cincuenta codos de altura, formando parte del escarpado monte Moriah. De modo que cuando Simeón y sus compañeros llegaron a la cúspide, a la torre llamada Adoni-Bezel —la más alta de todas las que circundan Jerusalén y lugar acostumbrado para parlamentar con el ejército sitiador—, vieron debajo el campamento enemigo a una altura que superaba en muchos pies la de la pirámide de Cheops, y en algunos, la del templo de Belus.

—En verdad —suspiró el fariseo, mientras miraba con vértigo al precipicio—, los incircuncisos son como las arenas a la orilla del mar, como las langostas en el desierto. El valle del Rey se ha convertido en el valle de

Adomin.

—Y con todo —añadió Ben-Leví—, no puedes señalarme un filisteo; no, ni uno solo, desde Aleph a Tau, desde el desierto hasta el almenaje, que parezca mayor que la letra jod.

—¡Bajad la cesta con los siclos de plata! —gritó entonces un soldado romano, con voz áspera y ronca que parecía salir de los dominios de Plutón—; bajad la cesta con esa moneda maldita cuyo nombre destroza la boca de un noble romano si lo pronuncia! ¿Es así como demostráis vuestra gratitud a Pompeyo, nuestro dueño, quien, con su indulgencia, ha consentido en escuchar vuestras inoportunidades idólatras? El dios Febo, que es un verdadero dios, está en marcha en su carro desde hace una hora, ¿y no deberíais hallaros sobre las murallas al salir el sol? ¡Ædepol!, ¿crees tú que nosotros, los conquistadores del mundo, no tenemos nada mejor que hacer que estar de vigilancia en las murallas de cada perrera para traficar con los perros de la tierra? ¡Bajad el cesto, os digo, y mirad bien que vuestro fraude sea de brillante color y de peso exacto!

—¡El Elohim! —exclamó el fariseo, mientras los discordante acentos del centurión retumbaban entre las escabrosidades del precipicio y venían a desvanecerse contra el templo—. ¡El Elohim!, ¿quién es el dios Febo? ¿A quién invoca el blasfemador? ¡Tú, Buzi-Ben-Leví, que eres experto en las leyes de los gentiles, y que has residido entre los que se mancillan con los teraphims! ¿Es de Nergal de quien habla el idólatra, o de Ashimah, o de Nibhaz, o de Tartak, o de Adrama lech, o de Succoth-Benith, o de Dagon, o de Baal-Perith, o de Baal Peor, o de Baal-Zebub?

—No es de ninguno de éstos, por cierto; pero ten cuidado y no dejes escurrir demasiado velozmente la cuerda entre tus dedos, pues podría el mimbres engancharse en aquel saliente del despeñadero de allí abajo, y volcarías de un modo calamitoso las cosas sagradas del santuario.

Con ayuda de algún mecanismo toscamente construido, fue entonces descendido con cuidado el pesado cesto entre la multitud, y desde su pináculo vertiginoso podían ver a los romanos apretarse confusos alrededor; pero, a causa de la gran altura y de la niebla predominante, no podían distinguir con claridad sus operaciones.

Había transcurrido ya media hora.

—¡Llegaremos con retraso! —suspiró el fariseo, mirando hacia el abismo, al expirar aquel tiempo—; ¡llegaremos con retraso! Seremos expulsados de nuestro empleo por los katholim.

—Nunca más —repuso Abel-Phittim—, nunca más nos festejaremos con la grasa de la tierra; nunca más serán perfumadas nuestras barcas con incienso,

ni estarán ceñidos nuestros riñones con el finísimo lino del Templo.

—¡Raca! —juró Ben-Leví—. ¡Raca! ¡Tienen intención de robarnos el dinero del mercado! ¡Oh, santo Moisés!, ¿están pesando los siclos del tabernáculo?

—¡Al fin han hecho la señal! —gritó el fariseo—. ¡Al fin han hecho la señal! ¡Tira, Abel-Phittim! ¡Y tú, Buzi-Ben-Leví, tira también! Pues, por lo visto, los filisteos retienen aún el cesto, ¡o si no, el Señor ha ablandado sus corazones y los ha hecho colocar en él un animal de buen peso!

Y los gizbarim tiraban, mientras se balanceaba el fardo pesadamente al subir entre la niebla que seguía aumentando.

—¡Maldito sea, maldito sea! —tal fue la exclamación que brotó de los labios de Ben-Leví cuando, al cabo de una hora, se hizo confusamente visible un objeto en el extremo de la cuerda—. ¡Maldito sea! ¡Es un carnero padre de los sotos de Engedi, tan rugoso como el valle de Josafat!

—Es el primer parido del rebaño —dijo Abel-Phittim—. ¡Lo conozco por el balido de su boca y por la curva inocente de sus miembros! Sus ojos son más bellos que las joyas del Pectoral, y su carne es como la miel del Hebrón.

—Es un ternero cebado en los pastos de Basteán —dijo el fariseo—. ¡Los gentiles se han portado admirablemente con nosotros! ¡Elevemos nuestras voces en un salmo! ¡Demos gracias con el sistro y el salterio, con el arpa y la trompeta, con la cítara y el sacabuche! Sólo cuando hubo llegado el cesto a pocos pies de los gizbarim un sordo gruñido traicionó a sus oídos un cerdo de un tamaño musitado.

—¡Vamos, El Emanu! —exclamó lentamente el trío, con los ojos levantados hacia el cielo; y como soltaron su presa, el puerco liberado, al caer, escapó corriendo entre los filisteos—. ¡El Emanu! ¡Dios sea con nosotros! ¡Ésta es la carne innombrable!

## GUILLERMO WILSON

Permítaseme, por el momento, llamarme Guillermo Wilson. La blanca página que ahora está ante mí no debe ser manchada por mi verdadero nombre. Ha sido ya éste con exceso objeto de desprecio y de horror, de abominación para mi estirpe. ¿No han divulgado su incomparable infamia los indignos vientos por las más distantes regiones del globo? ¡Oh, el más abandonado proscrito de todos los proscritos!, ¿no has muerto por siempre para la tierra, para sus honores, para sus flores, para sus doradas aspiraciones?

¿Y no está suspendida eternamente una nube densa, lúgubre e ilimitada entre tus esperanzas y el cielo?

No quisiera, aunque pudiese, sepultar hoy día aquí una lista de mis últimos años de inefable miseria y de imperdonable crimen. Esta época —estos últimos años— ha adquirido una repentina magnitud en vileza, cuyo sólo origen es mi actual intención determinar. Los hombres, por lo general, caen en la vileza por grado. De mí se desprendió toda virtud de un golpe, como una capa, en un instante. De una maldad relativamente vulgar he pasado, con la zancada de un gigante, a unas enormidades mayores que las de un Heliogábalo. Sean indulgentes conmigo mientras relato qué azar, qué suceso único originó esa acción perversa. Se acerca la Muerte, y la sombra que la precede ha proyectado una influencia calmante sobre mi espíritu. Aspiro, al pasar por el sombrío valle, a la simpatía —iba casi a decir a la piedad— de mis semejantes. Quisiera gustoso hacerles creer que he sido, en cierto modo, el esclavo de las circunstancias que superan toda intervención humana. Desearía que descubriesen fuera de mí, en los detalles que voy a darles, algún pequeño oasis de fatalidad en un desierto de error. Quisiera que concediesen —lo cual ellos no pueden abstenerse de conceder— que, a pesar de que antes de ahora han existido grandes tentaciones, jamás el hombre ha sido tentado así, cuando menos, y en verdad, nunca ha caído así. ¿Y por eso no ha sufrido así nunca? ¿No he vivido realmente en un sueño? ¿Y no fenezco ahora víctima del horror y del misterio de las más extrañas visiones sublunares?

Soy descendiente de una raza que se ha distinguido en todo tiempo por un temperamento imaginativo y fácilmente excitable, y en mi primera infancia demostré que había heredado de lleno el carácter familiar. Cuando aumenté en edad, ese carácter se desarrolló con más fuerza; llegó a ser, por muchas razones, motivo de seria inquietud para mis amigos, y un perjuicio positivo para mí mismo. Crecí voluntarioso, entregado a los más salvajes caprichos, y fui presa de las pasiones más irrefrenables. Propensos a la debilidad, y abrumados por defectos constitucionales análogos a los míos propios, poco pudieron hacer mis padres para refrenar las perversas inclinaciones que me distinguían. Fracasaron por completo algunos débiles y mal dirigidos esfuerzos por su parte, y, como es lógico, constituyeron un triunfo total por la mía. Desde entonces era mi voz ley en el hogar, y a una edad en que pocos niños han dejado sus andadores, fui abandonado a mi propio gobierno y llegué a ser, excepto de nombre, el dueño de mis actos.

Mis primeros recuerdos de la vida escolar van unidos a una amplia y extravagante casa de estilo isabelino en un brumoso pueblo de Inglaterra, donde había numerosos árboles gigantescos y retorcidos, y cuyas casas todas eran sumamente vetustas. A fe mía, era un lugar semejante a un sueño, apaciguador del espíritu aquella vieja y venerable ciudad. En este instante

mismo siento con la imaginación el estremecimiento refrescante de sus densamente sombrías avenidas, respiro la fragancia de sus mil arboledas y me sobrecoge de nuevo con indefinible deleite la nota profunda y baja de la campana de la iglesia, rompiendo a cada hora con su tañido lento y repentino la quietud de la atmósfera oscura en que se sumía y se amodorraba la calada aguja gótica.

Hallo quizá tanto placer como me es posible experimentar ahora viviendo esos minuciosos minutos de la escuela y sus inquietudes. Sumido en el infortunio como estoy —infortunio, ¡ay!, demasiado real—, se me perdonará que busque un alivio, aunque ligero y pasajero, en la futilidad de esos pocos y extravagantes detalles. Por otra parte, aun siendo éstos de todo punto triviales, y hasta ridículos en sí mismos, adquieren en mi mente una importancia circunstancial, por ir unidos a una época y un lugar en los que reconozco las primeras advertencias del Destino, que desde entonces me han envuelto en absoluto con su sombra. Dejadme, pues, que recuerde.

La casa, como he dicho, era vieja e irregular; los terrenos circundantes, amplios, y un alto y sólido muro de ladrillos, rematado con una capa de mortero y de vidrios rotos, la cercaban por completo. Esta muralla carcelaria formaba el límite de nuestra posesión; no veíamos el otro lado más que tres veces por semana —una vez cada sábado por la tarde, cuando, acompañados por dos profesores de estudios, nos permitían dar cortos paseos en fila por algunos de los campos vecinos—, y dos veces los domingos, cuando íbamos formados de la misma manera a los oficios matutinos y vespertinos en la única iglesia del pueblo. El director de nuestra escuela era el pastor de aquella iglesia. ¡Con qué profundo espíritu de admiración y de perplejidad acostumbraba yo a mirarle desde nuestro alejado banco en el coro, cuando subía él, con paso solemne y lento, al púlpito! Aquel hombre venerable, de cara tan modestamente bondadosa, con unas vestiduras tan lustrosas y tan clericalmente ondeantes, con una peluca tan minuciosamente empolvada, tan rígido y alto, ¿podía ser el mismo que, hacía un momento con cara agría y ropas manchadas de tabaco, hacía cumplir, palmeta en mano, las leyes draconianas de la escuela? ¡Oh, gigantesca paradoja, demasiado monstruosa para tener solución!

En una esquina del macizo muro se abría, torva, una puerta más sólida aún. Estaba claveteada y reforzada con cerrojos de hierro, y rematada por un borde dentado, también de hierro. ¡Qué impresiones de profundo terror inspiraba! No la abrían nunca, excepto para las tres periódicas salidas y entradas que he mencionado ya; entonces, en cada rechinamiento de sus potentes goznes, encontrábamos una plenitud de misterios, un mundo de temas para observaciones solemnes o para meditaciones más solemnes aún.

El extenso recinto era de forma irregular, con varias divisiones. De éstas,

tres o cuatro de las mayores constituían el patio de recreo. Estaba alisado y cubierto de una fina y dura grava. Recuerdo bien que no había en él ni árboles ni bancos, ni nada parecido. Naturalmente, estaba situado en la parte posterior de la casa. Ante la fachada se extendía un pequeño parterre plantado de boj y otros arbustos; pero, en realidad, sólo cruzábamos aquella sagrada división en raras ocasiones, tales como la primera llegada a la escuela o la salida definitiva, o quizá cuando un pariente o un amigo nos había hecho llamar, o cuando corríamos muy alegres hacia nuestra casa en Navidades o para las vacaciones de verano.

Pero la casa, ¡qué carácter tan arcaico tenía! Para mí era un verdadero palacio encantado. No acababan nunca sus recovecos y sus incomprensibles subdivisiones. Era difícil, en cualquier momento, decir con certeza en cuál de sus dos pisos se encontraba uno. De una habitación a otra se tenía la seguridad de hallar tres o cuatro escalones que subir o que bajar. Luego las ramas laterales resultaban innumerables —inconcebibles—, y daban vueltas de tal modo sobre sí mismas, que nuestras ideas más exactas respecto a la casa entera no eran muy diferentes de aquellas con que considerábamos el infinito. Durante los cinco años de mi estancia allí, no fui nunca capaz de determinar con precisión en qué remota localidad se enclavaba el pequeño dormitorio que me estaba asignado con otros dieciocho o veinte colegiales.

La sala de estudios era la más grande de la casa, y no puedo dejar de creer que del mundo. Era muy larga, estrecha y lúgubrementemente baja, con unas puntiagudas ventanas góticas y un techo de roble. En un lejano ángulo que inspiraba terror había un recinto cuadrado de ocho o diez pies, abarcando el sanctum «durante las horas de estudio» de nuestro subdirector el reverendo doctor Bransby. Era una sólida construcción, con una puerta maciza; antes que abrirla en ausencia del domine, hubiéramos todos preferido perecer por la peine forte et dure. En otros dos ángulos había otras dos casillas, menos respetadas, en suma, pero que causaban también un gran terror. Una era la tribuna del profesor de «humanidades», otra la del profesor de inglés y matemáticas. Esparcidos aquí y allá por la sala, cruzándose y volviendo a cruzarse con una infinita irregularidad, había incontables bancos y pupitres, negros, antiguos, deteriorados por el tiempo, atestados a más no poder de numerosos y manchados libros, y asimismo adornados con iniciales, nombres enteros, figuras grotescas y otras labores de cortaplumas, que habían perdido del todo la escasa forma original que les pudo corresponder como parte en días ya antiguos. A un extremo de la sala había un enorme cubo lleno de agua, y en otro, un reloj de estupendas dimensiones.

Rodeado por los macizos muros de aquella venerable escuela, pasé sin tedio o repulsión, empero, los años del tercer lustro de mi vida. El cerebro fecundo de la infancia no requiere un mundo exterior de incidentes con que

ocuparse o divertirse, y la monotonía en apariencia triste de una escuela estaba henchida de la más intensa excitación que mi juventud en sazón ha obtenido de la lujuria, o mi plena virilidad del crimen. A pesar de todo, debo creer que mi primer desarrollo intelectual fue, en conjunto, poco corriente e incluso muy outré. En general, los acontecimientos de la primera infancia dejan rara vez sobre la humanidad, en la madurez, una impresión definida. Todo es sombra gris —débil e irregular recuerdo—, un confuso embrollo de débiles placeres y de penas fantasmagóricas. En mí no ocurre así. Tengo que haber sentido en mi infancia con la energía de un hombre cuanto encuentro ahora grabado en mi memoria con líneas tan vivas como los exergos de las medallas cartaginesas.

Aun así, en realidad —en la realidad según la entiende el mundo—, ¡qué pequeño era allí el recuerdo! El despertar por la mañana, la orden de acostarse por la noche, el estudio, la lección dicha en clase, las semivacaciones periódicas, las visitas de inspección; el patio de recreo con sus riñas, sus pasatiempos, sus intrigas; todo esto, por un hechizo olvidado hacía largo tiempo, contenía un desbordamiento de sensaciones, un universo de emociones variadas, y de las más apasionantes y renovadoras excitaciones. Oh, le bon temps, que ce siècle de fer. En verdad, el ardor, el entusiasmo y la impetuosidad de mi carácter hicieron pronto de mí un tipo señalado entre mis condiscípulos, y lentamente, pero por gradaciones naturales, me dieron un ascendiente sobre todos los que no eran mayores que yo en edad; sobre todos, con una sola excepción. Esta excepción estaba en la persona de un colegial, que sin parentesco alguno conmigo, llevaba el mismo nombre de pila y el mismo apellido que yo; circunstancia, en fin, poco notable, pues no obstante una noble ascendencia, el mío era uno de esos apellidos vulgares que parecen haber sido, por derecho de prescripción, desde tiempo inmemorial, propiedad común de la multitud. En este relato me he llamado a mí mismo por eso Guillermo Wilson, un nombre ficticio que no es muy diferente del auténtico. Sólo mi homónimo, entre esos que en la fraseología escolar componían «nuestra pandilla», se atrevía a competir conmigo en los estudios de clase o en los deportes y riñas del recreo, a negar una absoluta credulidad a mis afirmaciones o a una sumisión a mi voluntad, y bien mirado a impedir mi arbitraria dictadura en todo lo que fuese. Si hay en la tierra un despotismo omnímodo, es el despotismo de un niño de genio dominante sobre los espíritus menos enérgicos de sus compañeros.

La rebeldía de Wilson era para mí causa de suma perturbación, tanto más cuanto que, a pesar de la fanfarronería con que me creía en el deber de demostrarle a él y a sus pretensiones, sentía yo que en el fondo le temía, y no podía impedirme de pensar en la igualdad que él mantenía tan fácilmente conmigo, como prueba de su auténtica superioridad, pues me costaba un perpetuo esfuerzo no ser dominado. Sin embargo, esta superioridad —o más bien esta igualdad— sólo era reconocida por mí; nuestros condiscípulos, por

una inexplicable ceguera, no parecían sospecharla siquiera. Realmente, su rivalidad, su resistencia, y en especial su impertinente y tenaz intervención en mis propósitos, no se habían traslucido más que en privado. Parecía él desprovisto, además de la ambición que me impulsaba, y de la apasionada energía por medio de la cual era yo capaz de sobresalir. En esta rivalidad se hubiera podido suponer que le movía tan sólo un deseo caprichoso de ponerme obstáculos, de sorprenderme, de mortificarme, aunque algunas veces no podía yo dejar de notar, con un sentimiento compuesto de asombro, humillación y resentimiento, que él mezclaba a sus ofensas, a sus insultos, a sus contradicciones, cierta inadecuada y de fijo mal acogida afectuosidad de maneras. Únicamente podía yo concebir esta conducta singular como debida a una consumada suficiencia que asumía un aire vulgar de amparo y protección.

Acaso era este último rasgo en la conducta de Wilson, unido a la identidad de nuestro nombre, y a la simple coincidencia de haber ingresado en la escuela el mismo día, lo que puso en circulación entre las clases más adelantadas de la escuela la noticia de que éramos hermanos. De costumbre, los alumnos de estas clases no se enteran con mucha exactitud de las cuestiones relacionadas con los de las clases elementales. He dicho antes, o debería haberlo dicho, que Wilson no estaba en el grado más remoto, unido a mí por vínculos familiares. Pero, seguramente, de haber sido hermanos hubiéramos sido gemelos; porque, después de haber salido de casa del doctor Brasby, supe, por casualidad, que mi homónimo había nacido el 19 de enero de 1813, lo cual supone una notable similitud, ya que ese día es precisamente el de mi nacimiento.

Puede parecer extraño que, a pesar de la continua ansiedad que me causaba la rivalidad de Wilson y su intolerable espíritu de contradicción, no sintiese por él un odio cabal. Teníamos, con toda seguridad, casi a diario una disputa, en la cual, otorgándome, condescendiente, la palma de la victoria, se esforzaba por hacerme notar que era él quien la había merecido; pero un sentimiento de orgullo por mi parte y una verdadera dignidad por la suya nos mantenía siempre en eso que se llaman «relaciones correctas». A despecho de éstas, había en nuestros temperamentos muchos puntos para congeniar a fondo, los cuales hubiesen despertado en mí un sentimiento que sólo nuestra situación tal vez impedía madurar en amistad. Es difícil, en resumidas cuentas, definir o incluso describir mis sentimientos verdaderos con respecto a él. Formaban una abigarrada y heterogénea mezcla de cierta petulante animosidad que no era lo que se dice odio, de cierta estimación, de bastante respeto y mucho temor, con un mundo de inquieta curiosidad. Importa decir, para el moralista, por añadidura, que Wilson y yo éramos los más inseparables de los compañeros.

Fue, sin duda, el estado anómalo de las relaciones que existían entre nosotros lo que hizo que todos mis ataques contra él (y eran muchos, francos o encubiertos) tomasen el camino de la burla o de la ironía (el cual mortifica si

cobra el aspecto de la simple chacota) antes que el de una hostilidad más seria y determinada. Pero no lograban mis esfuerzos a este respecto un éxito uniforme, ni siquiera cuando estaban mis planes más ingeniosamente combinados, pues mi homónimo tenía en su carácter mucho de esa austeridad llena de reserva y calma que, aun gozando con la mordedura de sus propias burlas, no enseña nunca el talón de Aquiles y se niega en absoluto a reírse de ellas. No podía yo encontrar en él más que un solo punto vulnerable, que estribaba en un detalle físico que, como resultado quizá de una enfermedad constitucional, evitaría cualquier antagonista menos encarnizado en sus fines que yo mismo: mi rival padecía una debilidad en los órganos de la garganta o guturales que le impedían elevar nunca la voz por encima de un murmullo muy bajo. No dejaba yo de sacar de este defecto el mísero provecho que estaba a mi alcance.

Las represalias de Wilson eran de más de una especie, empleaba una forma de broma que me turbaba más allá de todo límite. Es una cuestión que no he podido nunca resolver cómo su sagacidad descubrió en un principio que una cosa tan mínima podía molestarme; pero, una vez que lo descubrió, puso en ejecución aquella molestia. Siempre sentí aversión por mi inelegante patronímico y por mi apellido tan vulgar, si no plebeyo. Esas sílabas eran un veneno para mis oídos, y cuando el día mismo de mi llegada se presentó en la escuela un segundo Guillermo Wilson, le odié por llevar aquel apelativo, y me molestó doblemente el nombre porque lo llevaba un extraño, un extraño que sería causa de que lo oyese yo pronunciar con repetición, que estaría de continuo en mi presencia, y cuyos actos, en la rutina ordinaria de las cosas de la escuela, serían inevitablemente a causa de tan detestable coincidencia, confundidos a menudo con los míos.

El sentimiento de vejación engendrado así, se hizo más fuerte a cada circunstancia que tendía a mostrar la semejanza moral o física entre mi rival y yo. No había yo descubierto aún el hecho notable de que fuéramos de la misma edad; pero vi que éramos de la misma talla y noté que teníamos un singular parecido en el contorno general y en nuestros rasgos. Me exasperaba también el rumor referente a nuestro parentesco, al que prestaban crédito en las clases superiores. En una palabra, nada podía molestarme más (aunque ocultase yo escrupulosamente tal molestia) que cualquier alusión a una similitud de espíritu, persona o nacimiento existente entre nosotros. Por cierto que no tenía yo razón para creer que esa similitud (a excepción de la cuestión del parentesco, y en el caso del propio Wilson) hubiera sido nunca tema de comentarios u observada siquiera por nuestros condiscípulos. Era evidente que él la observaba en todos sus aspectos, y con tanta atención como yo; pero lo de que hubiese podido descubrir en semejante circunstancia una mina tan rica de contrariedades, no puede atribuirse, como he dicho antes, más que a su perspicacia nada corriente.

Me daba la réplica con una perfecta imitación de mí mismo en palabras y gestos, y desempeñaba admirablemente su papel. Mi traje era fácil de copiar, y se apropió sin dificultad mis andares y mi porte general; a pesar de su defecto constitucional, ni siquiera mi voz se le había escapado. No intentaba imitar, por supuesto, mis tonos altos, pero la clave era idéntica, y su murmullo singular se convertía en el verdadero eco de mi propia voz.

No intentaré exponer hasta qué extremo me atormentaba este exquisito retrato (pues no puedo llamarlo con exactitud caricatura). No tenía yo más que un consuelo, y era que la imitación, por lo visto, sólo la notaba yo, y que no tenía que sufrir sino las sonrisas extrañamente sarcásticas de mi homónimo. Satisfecho de haber producido en mi pecho el efecto deseado, parecía reírse entre dientes de la picadura que me había infligido y mostrarse en especial desdeñoso del aplauso público que el éxito de sus ingeniosos esfuerzos le hubiera conquistado enseguida. Durante varios meses fue un enigma que no pude resolver cómo en la escuela no adivinaron de veras su intención ni percibieron su manera de llevarla a cabo, ni compartieron su alegría burlona. Quizá no era francamente perceptible la gradación de su copia, o más bien, debía yo mi seguridad al aire de maestría del copista quien, despreciando la letra (que es todo lo que los obtusos pueden ver en una pintura), no expresaba más que el espíritu pleno de su original, para mi personal meditación y pena.

He hablado ya más de una vez del aire molesto de protección que había él adoptado conmigo, y de su frecuente y oficiosa intervención en mis determinaciones. Esa intervención tomaba a veces el desagradable carácter de consejo, consejo que no me daba abiertamente, sino que sugería, que insinuaba. Lo recibía yo con una repugnancia que adquiría fuerza a medida que aumentaba por mi parte en años. Sin embargo, quiero hacerle la simple justicia de reconocer que en esa época lejana no recuerdo una sola ocasión en que las sugerencias de mi rival hayan participado de esos errores o locuras tan corrientes a su edad, desprovista de madurez y de experiencia; que su sentido moral, en fin, si no sus aptitudes generales, y su sabiduría mundana, eran más agudos que los míos, y que sería yo hoy día un hombre mejor, y en consecuencia, más feliz, si no hubiera rechazado tan a menudo los consejos incluidos en aquellos significativos murmullos que me inspiraban entonces un odio tan cordial y un desprecio tan amargo.

Por eso llegué a ser a la larga muy rebelde a su odiosa intervención, y aborrecí cada día más lo que yo consideraba intolerable arrogancia suya. He dicho ya que en los primeros años de nuestra convivencia como discípulos, mis sentimientos respecto a él hubiesen podido convertirse fácilmente en amistad; pero en los últimos meses de mi estancia en la escuela, aunque la impertinencia de sus maneras habituales hubiera, sin duda, disminuido en cierto modo, mis sentimientos en una proporción casi semejante, eran sobre

todo de positivo odio. En una ocasión él lo percibió, creo yo, y desde entonces me rehuyó o simuló rehuirme.

Hacia aquella misma época, si no recuerdo mal, en un violento altercado que tuvimos, perdió él su acostumbrada cautela hablando y obrando con una franqueza de conducta más bien extraña a su carácter. Entonces descubrí o me imaginé descubrir en su acento, en su aire, y en su aspecto general, algo que al principio me hizo estremecer y que luego me interesó profundamente, trayendo a mi espíritu visiones oscuras de mi primera infancia, recuerdos extraños, confusos y apiñados de un tiempo en que la propia memoria no había nacido todavía. Como mejor puedo describir la sensación que me oprimió es diciendo que érame difícil desprenderme de la creencia de que había conocido ya al ser que tenía delante en una época muy lejana, en un pasado remoto. Esta ilusión, empero, se disipó tan de súbito como había surgido, y la menciono sólo para marcar el día de mi última conversación con mi singular homónimo.

La enorme y vieja casa, entre sus incontables subdivisiones, tenía varias grandes estancias, que comunicaban unas con otras, donde dormían la mayor parte de los estudiantes. Había, además (como debía ocurrir por fuerza en un edificio tan torpemente proyectado), muchos pequeños recovecos o escondrijos, sobrantes de la construcción, y la ingeniosidad económica del doctor Bransby los había utilizado también como dormitorios, aunque, por ser simples gabinetes, sólo tenían capacidad para un individuo. Uno de esos cuartitos lo ocupaba Wilson.

Cierta noche, hacia el final de mi quinto año en la escuela, e inmediatamente después del altercado con Wilson a que he aludido, aprovechando que todo estaba sumido en el sueño, me levanté de mi lecho, y con una lámpara en la mano, me deslicé por un laberinto de estrechos corredores desde mi dormitorio al de mi rival. Había yo maquinado a sus expensas una de aquellas bromas malignas en las que fracasara hasta entonces sin cesar. Tenía el propósito de llevar a cabo mi plan y decidí hacerle sentir toda la maldad de que estaba henchido. Llegué a su gabinete, entré sin ruido, dejando la lámpara, con una pantalla, en el umbral. Avancé un paso y escuché el ruido de su respiración apacible. En la seguridad de que estaba dormido, volví a la puerta, cogí la lámpara y con ella me acerqué a la cama. Las cortinas estaban corridas alrededor y las separé con suavidad y lentitud para ejecutar mi plan. Cayó de lleno sobre el durmiente una luz viva, y mis ojos en el mismo momento se fijaron en su cara. Miré, y un entumecimiento, una sensación de hielo penetraron al instante en mi ser. Palpitó mi corazón, vacilaron mis rodillas y todo mi espíritu fue presa de un horror sin causa, pero intolerable. Respirando anhelosamente, bajé la lámpara más cerca aún de su cara. ¿Eran aquéllos, aquéllos los rasgos de Guillermo Wilson? Comprobé que sí lo eran, pero temblé como en un acceso febril, imaginando que no lo eran.

¿Qué había en ellos para confundirme de aquel modo? Le contemplaba con fijeza, mientras se perdía mi cerebro en un caos de pensamientos incoherentes. No se me aparecía así —no, por cierto— en la viveza de sus horas despiertas. ¡El mismo nombre! ¡Los mismos rasgos! ¡La llegada en el mismo día a la escuela! ¡Y luego, su tenaz e insensata imitación de mi paso, de mi voz, de mi traje, de mis maneras! ¿Cabía, pues, en los límites de la posibilidad humana, que lo que veía yo ahora fuese simple resultado de la práctica habitual de aquella sarcástica imitación? Sobrecogido de terror y con un estremecimiento, apagué la lámpara, salí en silencio del cuarto y abandoné luego la vieja escuela para no volver a ella nunca más.

Después de un lapso de varios meses, que pasé en casa de mis padres en plena ociosidad, entré como estudiante en Eton. Aquel breve intervalo fue suficiente para debilitar mis recuerdos de los sucesos de la escuela del doctor Bransby, o al menos, para operar un cambio importante en la naturaleza de los sentimientos que me los recordaban. La realidad —la tragedia— del drama no existía ya. Podía ahora encontrar motivos para dudar del testimonio de mis sentidos, y rara vez recordaba aquel tema sin asombrarme de hasta dónde puede llegar la humana credulidad y sin sonreír ante la fuerza de imaginación que poseía yo por herencia. La vida que hacía en Eton no era a propósito para disminuir aquella especie de escepticismo. El torbellino de desenfrenada locura en que me sumí tan inmediata como temerariamente lo barrió todo, excepto la espuma de mis horas pasadas, y absorbió de un golpe toda impresión sólida o seria, no dejando en mi memoria sino las veleidades de mi pasada existencia.

No deseo, empero, trazar aquí el curso de mi miserable desenfreno, un desenfreno que desafiaba las normas y eludía la vigilancia de la institución. Tres años de locura, pasados sin provecho, no habían podido darme más que vicios arraigados, aumentando hasta un grado inaudito mi desarrollo corporal, cuando después de una semana de disipación desalmada invité a un pequeño grupo de los más disolutos estudiantes a una francachela secreta en mis habitaciones. Nos reunimos a hora avanzada de la noche, pues nuestra orgía debía prolongarse hasta la mañana. Corría el vino en libertad, y no carecíamos de otras seducciones acaso más peligrosas, hasta el punto de que, cuando el alba aparecía débilmente por el oriente, nuestras delirantes extravagancias llegaban al colmo. Enardecido hasta la locura por las tartas y la embriaguez, me obstinaba en pronunciar un brindis indecente sobre toda ponderación, cuando distrajeron mi atención de pronto la violenta manera de entreabrirme una puerta y la voz anhelante de un criado desde fuera. Me dijo que una persona, al parecer con mucha prisa, quería hablarme en el vestíbulo.

Singularmente excitado por el vino, aquella inesperada interrupción me causó más placer que sorpresa. Salí tambaleándome, y a los pocos pasos llegué

al vestíbulo de la casa. En aquella estancia baja y pequeña no había ninguna lámpara, y no recibía más luz que la sombra débil del amanecer que penetraba por la ventana cimbrada. Al poner el pie en el umbral, percibí la figura de un joven de talla aproximada a la mía, vestido con una bata de casimir blanco, de la hechura de moda, como la que llevaba yo en aquel momento. Aquella débil luz me permitía ver, pero no pude distinguir los rasgos de su cara. Apenas entré, se precipitó hacia mí, y cogiéndome del brazo con un gesto de impaciencia petulante, murmuró las palabras «Guillermo Wilson» en mi oído.

Me despejé por completo en un instante.

Había no sé qué en las maneras del extranjero y en el temblor nervioso de su dedo levantado, poniéndose entre mis ojos y la luz, que me llenó de un ilimitado asombro; pero no fue aquello lo que me produjo una conmoción tan violenta. Era la absoluta y reprobatoria solemnidad contenida en la pronunciación singular, baja, sibilante, de aquel nombre, y, sobre todo, el carácter, el tono, la clave de aquellas pocas, sencillas, familiares, y aun así, susurradas sílabas, que trajeron mil recuerdos acumulados de los pasados días y agitaron mi alma como las descargas de una pila eléctrica. Antes de que hubiese podido recobrar mis sentidos, había desaparecido él.

Aunque este acontecimiento no dejara de producir un efecto muy vivo sobre mi trastornada imaginación, fue desvaneciéndose. Durante varias semanas, tan pronto me afanaba en una seria investigación como permanecía envuelto en una nube de meditación morbosa. No pretendí disfrazar mi percepción de la identidad del singular individuo que intervenía con tanta tenacidad en mis asuntos y me acosaba con sus insinuantes consejos. Pero ¿quién, sí, quién era aquel Wilson? ¿Y de dónde venía? ¿Y cuál era su propósito? Sobre ninguno de estos extremos pude obtener satisfacción; comprobé simplemente, con respecto a él, que una repentina desgracia familiar le había hecho abandonar la escuela del doctor Bransby la tarde del día en que yo me escapé. Pero, después de una breve temporada, dejé de pensar en ello, por estar absorbida toda mi atención en un proyectado traslado a Oxford. Allí pronto me fue posible —la incalculable vanidad de mis padres me proporcionó un equipo y una pensión que me permitieron entregarme a discreción al lujo, tan dilecto ya a mi corazón— competir en derroches con los más arrogantes herederos de los más ricos condados de la Gran Bretaña.

Incitado por tales medios al vicio, mi temperamento constitucional irrumpió con redoblado ardor, y en la loca ceguera de mis orgías pisoteé hasta los más corrientes frenos del decoro. Pero sería absurdo detenerme en detalles de mis extravagancias. Bastará con decir que superé las prodigalidades de Herodes, y que, dando nombre a una multitud de nuevas locuras, añadí un abundante apéndice a la larga lista de los vicios por entonces habituales en la más disoluta universidad de Europa.

Parecerá difícil creer que hubiese yo rebajado tan en absoluto el rango de nobleza, que intentase familiarizarme con los más viles artes del jugador profesional llegando a ser un adepto de esa despreciable ciencia, que la practicase habitualmente como medio de acrecer mi ya enorme renta a expensas de mis discípulos de espíritu más débil. Y, sin embargo, así ocurrió. La enormidad misma de esa ofensa a todo sentimiento honorable demostrado era sin duda la principal, si no la única razón de la impunidad con que la perpetraba. ¿Quién, realmente, entre mis compañeros más depravados, no habría negado el evidente testimonio de sus sentidos antes que sospechar tal conducta en el alegre, el franco, el generoso Guillermo Wilson, el más noble y el más liberal camarada en Oxford, aquel cuyas locuras (decían sus parásitos) no eran sino las locuras de una juventud y de una imaginación sin trabas, cuyos errores no eran sino inimitables caprichos, cuyos vicios más negros tan sólo suponían una despreocupada y soberbia extravagancia?

Había yo seguido dos años ya con éxito aquella línea de conducta, cuando llegó a la universidad un joven parvenu de la nobleza —Glendinning—, rico, según el rumor público, como Herodes Atticus, cuya riqueza había sido adquirida sin esfuerzo. Pronto descubrí su escasa inteligencia, y claro está le consideré como el sujeto más adecuado para mis trapacerías. Le insté con frecuencia a que jugase, y me dediqué, con las artes usuales del jugador, a dejarle ganar sumas considerables para apresarle más eficazmente en mis redes. Por fin, bien madurado mi plan, me reuní con él (abrigando la resuelta intención de que aquel encuentro fuera el último y decisivo) en las habitaciones de un discípulo (mister Preston), que tenía igual intimidad con nosotros dos, pero que, debo hacerle esta justicia, no tenía la menor sospecha de mi propósito. Por dar a aquello un aspecto mejor, me di maña a fin de reunir allí un grupo de ocho o diez personas, y procuré con todo cuidado que la introducción de las barajas pareciese casual, y se hiciera a propuesta de mi proyectada víctima. Para abreviar, en tan vil cuestión no se omitió ninguna de las bajas tretas tan usuales en semejantes ocasiones; maravilla que haya gentes tan estúpidas, que se dejen atrapar en ellas.

Habíamos prolongado nuestra velada hasta muy avanzada la noche, y al cabo me las compuse para dejar a Glendinning como único adversario mío. El juego era, además, el mío preferido, el ecarté. El resto de los reunidos, interesados por la magnitud de nuestra partida, habían dejado sus cartas y formaban corro a nuestro alrededor. El parvenu a quien había yo inducido con mis manejos, durante la primera parte de la noche, a beber en abundancia, barajaba entonces, repartía o jugaba de una rara manera nerviosa, para lo cual influía en parte su embriaguez, según pensé, aunque no la explicaba del todo. En muy breve tiempo érame deudor de una crecida suma, y tras de un sorbo de oportó, hizo precisamente lo que yo en frío había previsto: me propuso doblar nuestra ya extravagante apuesta. Con una bien simulada apariencia de

desgana, y sólo después de que mi repetida negativa le hubo incitado a proferir unas agrias palabras que dieron a mi consentimiento el aspecto de un pique, accedí, por último. El resultado, naturalmente, no dejó de probar lo bien atrapada que estaba en mis redes la presa: en menos de una hora había él cuadruplicado su deuda. Desde hacía un rato su cara había perdido el color florido que le prestaba el vino, pero entonces vi con verdadero asombro que había adquirido una palidez de lo más espantosa. He dicho, con asombro. Glendinning, según mis informes minuciosos, era riquísimo, y las sumas que había perdido hasta aquel momento, aunque considerables, no podían, suponía yo, preocuparle en serio, y menos aún afectarle de un modo tan violento. La idea que se ofreció desde luego a mi espíritu fue que estaba trastornado por el vino que acababa de ingerir; y más bien con el propósito de defender mi propia conducta a los ojos de mis compañeros que por un motivo desinteresado, iba a insistir con ahínco en interrumpir la partida. Entonces algunas palabras pronunciadas cerca de mí entre los presentes y una exclamación de Glendinning, que revelaba una completa desesperación, me hicieron comprender que había yo provocado su ruina total, en unas circunstancias que, convirtiéndole en objeto de compasión para todos, le habrían protegido hasta de los malos oficios de un demonio.

Resulta difícil de decir cuál iba a ser entonces mi conducta. El deplorable estado de mi víctima hacía que pesara sobre todos un aire de embarazosa tristeza, y reinó un profundo silencio por unos momentos, durante los cuales no pude impedir que mis mejillas enrojecieran bajo las miradas ardientes de desprecio o de reproche que me dirigían los menos depravados de la reunión. Confesaré incluso que durante un instante mi pecho se sintió aliviado de un intolerable peso de angustia por la repentina y extraordinaria interrupción que sobrevino. Las grandes y pesadas hojas de la puerta se abrieron de par en par de golpe, con un impulso tan violento y vigoroso, que apagaron, como por arte mágico, todas las bujías de la estancia. Pero su última claridad me permitió aún entrever que había entrado un extraño, de mi propia altura, aproximadamente, y embozado todo en una capa. Sin embargo, la oscuridad era en aquel momento absoluta, y sólo podíamos sentir que se hallaba en medio de nosotros. Antes de que ninguno pudiese dominar el enorme asombro en que nos había sumido aquella brusquedad, oímos la voz del intruso.

—Señores —dijo en un bajo, claro, e inolvidable murmullo que me sobrecogió hasta el tuétano—, señores, no intento disculpar mi conducta, porque, al obrar así, no hago más que cumplir con un deber. Ignoran ustedes, sin duda, el verdadero carácter de la persona que ha ganado esta noche al ecarté una crecida suma a lord Glendinning. Quiero por eso proporcionarles un procedimiento rápido y decisivo para obtener estos informes tan necesarios. Sírvanse examinar a su gusto la vuelta de su bocamanga izquierda, y los varios paquetitos que podrán encontrar en los bolsillos un tanto espaciosos de su

bordada bata.

Mientras hablaba, era tan profundo el silencio, que se hubiera oído caer un alfiler sobre el suelo. Al terminar, salió de pronto y tan bruscamente como había entrado. ¿Puedo describir, describiré mis sensaciones? ¿Podré decir que sentí todos los horrores del condenado? Tenía, de seguro, poco tiempo para reflexionar. Varias manos me clavaron con rudeza en mi sitio, y fueron traídas enseguida unas luces. A esto siguió un registro de mi persona. En la vuelta de mi bocamanga se encontraron todas las cartas esenciales del ecarté y en los bolsillos de mi bata, cierto número de barajas exactamente iguales a las usadas en nuestras reuniones, con la sola excepción de las mías, que eran de esas llamadas por los técnicos redondeadas, pues en ellas están los triunfos un tanto combados en los bordes superiores, y las otras cartas, un poco convexas por los lados. Gracias a esta disposición, la víctima que corta, como suele hacerse, a lo largo de la baraja, lo hace siempre de manera a dar a su contrario un triunfo, mientras que el tahúr, al cortar a lo ancho, no dará, con seguridad, a su víctima nada que pueda redundar en ventaja suya durante la partida.

Una explosión de indignación ante aquel descubrimiento me hubiera afectado menos que el silencio despreciativo o la calma sarcástica con que fue acogido.

—Señor Wilson —dijo nuestro anfitrión, inclinándose para recoger bajo sus pies un costosísimo gabán de rara piel—, señor Wilson, esto le pertenece. (El tiempo era frío, y al salir de mis habitaciones me había echado por encima de la bata un gabán, que me quité al llegar al teatro de la partida). Supongo que es innecesario buscar aquí —añadió mirando los pliegues de la prenda con una amarga sonrisa— cualquier otra nueva prueba de su destreza. A la verdad, ya tenemos bastantes. Espero que comprenderá usted la necesidad de abandonar Oxford, o en todo caso, de salir enseguida de mis habitaciones.

Rebajado, humillado hasta el polvo como me sentía entonces, es probable que reaccionara ante aquel lenguaje irritante con alguna inmediata violencia personal, si no hubiera estado fija toda mi atención por el momento en un hecho del género más pasmoso. El gabán que había yo traído era de una rica piel, de una rareza y de un precio que no me atrevo a concretar. Su hechura era, además, de mi propia creación, pues me mostraba descontentadizo hasta un grado absurdo de presunción en cuestiones de aquella frívola naturaleza. Por eso, cuando mister Preston me tendió el que había recogido del suelo, cerca de la puerta de la habitación, vi con un estupor que bordeaba el terror cómo tenía ya el mío al brazo (donde me lo había echado, sin duda inconscientemente), y que el que me presentaba era una exacta imitación en todos y cada uno de sus más minuciosos detalles. El ser singular que me había descubierto de tan desastrosa manera iba envuelto, lo recordaba yo, en una capa, y ninguno de los presentes había traído gabán, con mi sola excepción.

Conservando alguna presencia de ánimo, cogí el que me presentaba Preston, y lo puse, sin que lo notasen, sobre el mío; salí de la habitación con un gesto ceñudo de amenaza y de reto, y a la mañana siguiente, al amanecer, inicié un viaje precipitado de Oxford al continente, en una completa agonía de horror y de vergüenza.

Huía yo en vano. Mi destino maldito me ha perseguido triunfante, demostrando, en realidad, que únicamente había comenzado entonces el ejercicio de su misterioso poder. Apenas puse el pie en París, tuve una nueva prueba del detestable interés que Wilson se tomaba por mis asuntos. Transcurrieron los años sin que experimentase yo ningún alivio. ¡Miserable! En Roma, ¡con qué inoportuna y a la par espectral oficiosidad se interpuso entre mi ambición y yo! ¡Y en Viena, y también en Berlín, y en Moscú! ¿Dónde, en verdad, no encontré una amarga razón para maldecirle desde el fondo de mi corazón? Ante su impenetrable tiranía, huí a la postre, sobrecogido de pánico, como ante la peste, y hasta el fin de la tierra huí en vano.

Y siempre, siempre, en secreta comunión con mi espíritu me repetía yo las preguntas: «¿Quién es él? ¿De dónde viene? ¿Y cuál es su objeto?». Pero no encontraba respuesta. Y a la sazón escrutaba con minucioso cuidado las formas, los métodos y los rasgos característicos de su impertinente intromisión. Pero hasta en eso encontraba muy poco que pudiera servir de base a una conjetura. Era, por cierto, notable que en ninguno de los numerosos casos en que se había cruzado últimamente en mi camino, sólo lo hubiera hecho para frustrar mis planes o trastornar unos actos que, de lograr éxito, no hubiesen tenido otro resultado que un amargo daño. ¡Pobre justificación, a fe mía, aquélla para una autoridad con tanto imperio usurpada! ¡Pobre compensación para los derechos naturales del libre arbitrio, negados de modo tan tenaz e insultante!

Me había yo visto también obligado a observar que mi torturador, desde hacía una larga temporada (mientras mantenía escrupulosamente con maravillosa habilidad su capricho de aparecer vestido igual que yo), había logrado, al efectuar sus variadas intromisiones en mi voluntad, que yo no viese en ningún momento los rasgos de su cara. Lo que Wilson pudiera ser era, en suma, el colmo del fingimiento o de la locura. ¿Podía él suponer un instante que en mi censor en Eton, en el destructor de mi honor en Oxford, en el que frustró mi ambición en Roma, mi venganza en París, mi apasionado amor en Nápoles, o lo que llamó falsamente mi avaricia en Egipto; que en aquel ser, mi principal enemigo y mi genio maléfico, dejase yo de reconocer al Guillermo Wilson de mis días de la escuela, al homónimo, al compañero, al rival, al odiado y temido rival de la institución del doctor Bransby? ¡Imposible! Pero dejad que me apresure hacia la última y memorable escena del drama.

Hasta entonces había yo sucumbido indolentemente a aquella impetiosa dominación. El sentimiento de profundo respeto con que templaba de ordinario el carácter elevado, la majestuosa sabiduría, la aparente omnipresencia y omnipotencia de Wilson, unido al terror que me inspiraban algunos otros rasgos de su naturaleza, habían creado en mí hasta entonces la idea de mi completa debilidad e impotencia, aconsejándome una implícita, aunque amarga y contrariada sumisión a su arbitraria voluntad. Pero en los últimos tiempos me había entregado de lleno al vino, y su influjo enloquecedor sobre mi temperamento hereditario me hacía cada vez más intolerante a toda dominación. Comencé a murmurar, a vacilar, a resistir. ¿Y fue sólo mi imaginación la que me indujo a creer que, al aumentar mi propia firmeza, sufriría la de mi atormentador una disminución proporcional a aquélla? Es posible; empezaba yo ahora a sentir la inspiración de una esperanza ardiente, y al final alimenté en lo más secreto de mi pensamiento una sombría y desesperada resolución de no someterme por más tiempo a aquella esclavitud.

Fue en Roma, durante el Carnaval de 18..., al que yo asistía durante una mascarada que se celebraba en el palazzo del duque napolitano Di Broglio. Había abusado más que de costumbre del vino, y ahora la sofocante atmósfera de los salones atestados me excitaba hasta un extremo insoportable.

Además, la dificultad de abrirme paso entre el gentío contribuyó no poco a excitar mi mal humor, pues buscaba yo con ansiedad (no diré por qué motivo indigno) a la joven, a la alegre, a la bella esposa del viejo y chocheante Di Broglio. Con una confianza hartamente despreocupada me había ella confiado previamente el secreto del disfraz que llevaría, y como acababa de divisarla, tenía prisa por llegar hasta ella. En aquel momento, sentí una mano que se posaba ligera sobre mi hombro, y aquel inolvidable, bajo y maldito murmullo en mi oído.

Invadido por un rabia frenética me volví de repente hacia aquel que me había interrumpido y le cogí con violencia por el cuello. Iba vestido como yo esperaba, con un traje igual en absoluto al mío; llevaba una capa española de terciopelo azul, y suspendido de un cinturón carmesí un estoque. Un antifaz de seda negra cubría por completo su cara.

—Bandido —dije con una voz enronquecida por la rabia, y cada sílaba que pronunciaba parecía un nuevo alimento para mi furia—. ¡Bandido, impostor, maldito villano! ¡No irás tras mis pasos hasta la muerte! ¡Sígueme, o te atravieso donde estás!

Y me abrí camino por el salón de baile hacia una pequeña antesala contigua, arrastrándole irresistiblemente conmigo.

Al entrar, le empujé lejos de mí. Se tambaleó contra el muro, mientras yo

cerraba la puerta con un juramento, ordenándole que desenvainase. Vaciló un instante; luego con un leve suspiro sacó su espada en silencio y se puso en guardia.

El combate fue breve, sin duda. Estaba yo enloquecido por toda clase de excitaciones, y sentía en mi solo brazo la energía y la fuerza de una multitud. En pocos segundos le empujé con la simple fuerza de la muñeca contra el panel de madera, y teniéndole así a mi merced, hundí en su pecho mi espada con brutal ferocidad repetidas veces.

En aquel momento alguien tocó la cerradura de la puerta. Me apresuré a prevenir una intrusión y volví al punto hacia mi adversario tendido. Pero ¿qué lenguaje humano podría describir adecuadamente aquel asombro, aquel horror que me invadió ante el espectáculo que se presentó a mi vista? El breve instante en que aparté los ojos había bastado para producir, al parecer, un cambio material en la disposición de la parte alta y más alejada de la habitación. Un amplio espejo —en mi confusión, eso me pareció al principio— se levantaba ahora, allí donde no había yo divisado nada antes, y cuando me dirigí hacia él en el colmo del terror, mi propia imagen, pero con los rasgos muy pálidos y salpicados de sangre, avanzó hacia mí con un paso débil y vacilante.

Digo que así me pareció, aunque no lo era en realidad. Era mi adversario, era Wilson el que estaba ante mí, en su agonía. Su antifaz y su capa yacían donde los había arrojado, sobre el suelo. ¡Ni un hilo en todo su traje ni una línea en todos los rasgos notables y singulares de su rostro que no fuesen hasta la más absoluta identidad, los míos propios!

Era Wilson, pero sin hablar ya con un murmullo, hasta el punto de que me hubiese podido imaginar que era yo mismo el que hablaba cuando dijo:

—Has vencido y yo sucumbo. Pero de aquí en adelante tú también has muerto; ¡has muerto para el Mundo, para el Cielo y para la Esperanza! En mí existías tú, y mira en mi muerte, por esta imagen que es la tuya, cuán enteramente te has asesinado a ti mismo.

## EL CAJÓN OBLONGO

Hace algunos años tomé pasaje desde Charleston (Carolina del Sur) para la ciudad de Nueva York en el precioso paquebote Independencia, mandado por el capitán Hardy. Nos haríamos a la vela el 15 de junio, si el tiempo lo permitía; y el 14, subí a bordo para arreglar algunas cosas en mi camarote.

Supe que íbamos a tener un gran número de pasajeros, incluyendo una

cantidad inusitada de señoras. En la lista figuraban varios conocidos míos, y entre otros nombres me alegró ver el de mister Cornelio Wyatt, un joven artista por quien sentía una cordial amistad. Habíamos sido condiscípulos en la Universidad de C\*\*\*, donde estuvimos mucho tiempo juntos. Tenía el temperamento característico del genio, y era una mezcla de misantropía, de sensibilidad y de entusiasmo. A estas cualidades iba unido el corazón más sincero que haya latido nunca en un pecho humano.

Observé que su nombre figuraba sobre la puerta de tres camarotes, y al repasar la lista de los pasajeros vi que había tomado pasaje para él, su esposa y sus dos hermanas. Los camarotes eran bastante espaciosos, y cada uno tenía dos literas, una encima de otra. Estas literas, eran, con seguridad, tan sumamente estrechas, que apenas cabía en ellas una persona, a pesar de lo cual no pude comprender por qué había tres camarotes para aquellas cuatro personas. Precisamente en aquella época sufría yo uno de esos estados de ánimo decaídos que tornan a un hombre curioso hasta la anormalidad por las bagatelas, y confieso avergonzado que me dedicaba a hacer una serie de conjeturas descorteses y absurdas acerca de la cuestión del camarote sobrante. Aquello no era asunto mío, por cierto; pero me dediqué con la mayor tenacidad a intentar resolver el enigma. Por último llegué a una conclusión que me asombró de no haber encontrado antes: «Será para un criado, naturalmente —me dije—. ¡Qué tonto he sido al no ocurrírseme antes una solución tan clara!». Y repasé de nuevo la lista; pero vi entonces sin lugar a dudas, que no figuraba en el grupo ningún criado, aunque, en realidad, su primera intención fue traerse uno, pues las palabras «y criado» habían sido escritas y luego tachadas. «¡Oh! Exceso de equipaje, con seguridad —me dije entonces—; algo que no querrá llevar en la bodega, algo que deseará tener a la vista... ¡Ah, ya sé! Un cuadro o cosa parecida... Y esto es lo que ha estado tratando con Nicolino, el judío italiano». Esta idea me satisfizo, y por el momento prescindí de mi curiosidad.

Conocía muy bien a las dos hermanas Wyatt, que eran unas muchachas de lo más amable e inteligente. Habíase él casado recientemente, y aún no conocía yo a su esposa. Sin embargo, hablaba de ella a menudo en mi presencia, con su acostumbrado estilo entusiástico. La describía como poseedora de una belleza, un ingenio y una cultura insuperables. Estaba yo, por tanto, ansiando conocerla.

El día en que visité el barco (el 14), Wyatt y su familia se proponían también visitarlo —según me informó el capitán—, y permanecí a bordo una hora más de lo que pensaba, esperando ser presentado a la recién casada; pero al cabo de ese tiempo llegó una disculpa. «La señora W\*\*\* estaba un poco indispuesta, y aplazaba su llegada a bordo hasta el día siguiente, a la hora de zarpar».

Al otro día, yendo de mi hotel al muelle, me encontré al capitán Hardy, quien me dijo que «a causa de las circunstancias (frase estúpida, pero adecuada) creía él más bien que el Independencia no se haría a la vela hasta dentro de un día o dos, y que cuando todo estuviese preparado me lo mandaría a decir». Esto me pareció extraño, pues había una fuerte brisa del sur; pero como «las circunstancias» no eran inmediatas, no tuve más remedio que volver a mi alojamiento y consumir mi impaciencia en el ocio.

Durante casi una semana no recibí el esperado mensaje del capitán. Con todo, llegó, al fin, e inmediatamente subí a bordo. El barco estaba atestado de pasajeros, y había allí ese bullicio que precede a la leva de anclas. El grupo de los Wyatt llegó unos diez minutos después que yo. Allí venían las dos hermanas, la mujer y el artista, éste en uno de sus habituales ataques de misantropía. Sin embargo, como yo estaba acostumbrado a aquello, no le presté gran atención. No me presentó siquiera a su esposa; este acto de cortesía tuvo que llevarlo a cabo, de modo obligado, su hermana Mariana, muchacha muy dulce e inteligente, que nos presentó en breves y presurosas palabras.

Un espeso velo cubría el rostro de la señora Wyatt; y cuando lo levantó, para devolverme el saludo, confieso que me quedé profundamente asombrado. Lo habría estado mucho más, empero, si una larga experiencia no me hubiera inducido a desconfiar de las entusiásticas descripciones de mi amigo el artista cuando se complacía en hacer comentarios sobre la belleza de la mujer. Si se trataba del tema de la belleza, sabía yo muy bien con cuánta facilidad se remontaba él a las regiones del más puro ideal.

La verdad es que no pude impedirme de considerar a la señora Wyatt como una mujer rotundamente fea. Si no de una fealdad positiva, no estaba, creo, muy lejos de ello. Vestía, eso sí, con exquisito gusto, y no dudé entonces de que había cautivado el corazón de mi amigo por las gracias más duraderas de la inteligencia y del espíritu. Dijo ella muy pocas palabras, y pasó enseguida a su camarote con mister Wyatt.

Resurgió entonces mi antigua curiosidad. Allí no había ningún criado; era un hecho establecido. Miré, por tanto, el equipaje adicional. Con algún retraso llegó después en un carro, al muelle, un cajón oblongo de pino, que parecía ser lo que esperaban. A raíz de su llegada nos hicimos a la vela; en breve tiempo pasamos la barra y nos encontramos en alta mar.

El cajón o caja en cuestión era, como he dicho, oblongo. Tenía seis pies, aproximadamente, de largo, y dos y medio de ancho; lo examiné con detenimiento, porque me gusta la precisión. Su forma, pues, era especial, y tan pronto como lo hube visto, comprobé la exactitud de mis conjeturas. Llegué a la conclusión, según se recordará, de que aquel equipaje adicional de mi amigo el artista sería de cuadros, uno por lo menos, pues sabía que había estado

varias semanas en tratos con Nicolino, y ahora había allí un cajón que, por su forma, no podía, probablemente, contener más que una copia de La última cena, de Leonardo; una copia de esta Última cena, hecha por Rubini el menor en Florencia, sabía yo que estaba hacía tiempo en poder de Nicolino. Consideré este punto, por ende, bastante aclarado. Me reí mucho entre dientes pensando en mi perspicacia. Era la primera vez que Wyatt me ocultaba sus secretos artísticos; pero intentaba, evidentemente, adelantarse a mi sorpresa y pasar de contrabando un buen cuadro en Nueva York, ante mis narices, con la esperanza de que no me enterara del asunto. Decidí tomarlo a broma, entonces y en lo sucesivo.

Aun así, cierto detalle me preocupaba un poco. No llevaron el cajón al camarote suplementario. Fue depositado en el del propio Wyatt, y allí quedó, además, ocupando casi el suelo entero, con excesiva incomodidad, sin duda, para el artista y su mujer, y más aún porque la brea o la pintura con que estaba rotulado en grandes mayúsculas desprendía un olor fuerte, desagradable y que se me antojaba especialmente repugnante. Sobre la tapa estaban pintadas las palabras: Señora Adelaida Curtis, Albany, Nueva York. A cargo del señor Cornelio Wyatt. Este lado hacia arriba. Manéjese con cuidado.

Entonces tuve el convencimiento de que la señora Adelaida Curtis, de Albany, era la madre de la esposa del artista; pero luego consideré la dirección entera como una mistificación destinada a mí en particular. Inferí de ello, por supuesto, que la caja y su contenido no irían nunca más al norte de lo que estaba el estudio de mi misantrópico amigo, en la calle Chambers, de Nueva York.

Durante los tres o cuatro días primeros tuvimos buen tiempo, aunque el viento era de proa; viramos hacia el norte, y enseguida perdimos de vista la costa. Los pasajeros estaban, en consecuencia, de buen humor y muy sociables. Debo exceptuar, no obstante, a Wyatt y a sus hermanas, que se comportaron secamente, y no puedo por menos de pensar que con descortesía hacia el resto del pasaje. No tomé muy en cuenta la conducta de Wyatt. Parecía más triste de lo habitual en él —en realidad estaba malhumorado—; pero, tratándose de él, me hallaba preparado a cualquier excentricidad. En cuanto a sus hermanas, no podía disculparlas. Se recluyeron en sus camarotes durante la mayor parte de la travesía, y se negaron en redondo, aunque las insté repetidamente, a relacionarse con cualquiera de las personas de a bordo.

La señora Wyatt se mostró más agradable. Es decir, era habladora, y ser habladora es algo encomiable en el mar. Llegó a tener una gran intimidad con la mayoría de las señoras, y con profundo asombro mío, demostró una inequívoca disposición a coquetear con los hombres. A todos nos divirtió muchísimo. Y digo «divirtió», aunque apenas sé cómo explicarme. La verdad es que pronto noté que se reían, con más frecuencia, de ella que con ella. Los

caballeros la mencionaban poco; pero las señoras la calificaron enseguida de «corazón tierno, de aspecto más bien insignificante, de ignorante por completo y decididamente vulgar». Causaba verdadero asombro pensar cómo se había dejado atrapar Wyatt en tal matrimonio. Su fortuna era la solución general; pero yo sabía que no era ésa en absoluto la solución, pues Wyatt me contó que ella no le había aportado un dólar ni esperanza alguna de que le viniesen por ninguna parte. «Se había casado —dijo— por amor y sólo por amor, y su esposa era más que digna de su amor». Cuando pensaba en aquellas expresiones por parte de mi amigo, confieso que me sentía desconcertado de un modo indescriptible. ¿Sería posible que tuviese trastornada la razón? ¿Qué otra cosa podía yo pensar? ¡Él, tan refinado, tan culto, tan exigente, con una percepción tan exquisita de lo defectuoso y con una apreciación tan sutil de la belleza! Aquella mujer parecía estar muy enamorada de él —especialmente durante su ausencia—, poniéndole en ridículo con frecuentes citas de lo que había dicho su «amado esposo, mister Wyatt». Parecía tener siempre la palabra «marido» —según una de sus delicadas expresiones— «en la punta de la lengua». Entretanto, todos a bordo observaban que él la huía del modo más categórico, y que la mayoría de las veces se encerraba solo en su camarote, donde, en suma, podía decirse que vivía de continuo, dejando a su mujer en plena libertad de divertirse como mejor le pareciese en compañía de los pasajeros de la cámara principal.

Por lo que vi y oí, saqué la conclusión de que el artista, por algún inexplicable capricho del destino, o quizá en un arrebató entusiástico de pasión imaginaria, se sintió incitado a unirse con una persona completamente inferior a él, y de que, como consecuencia natural, había sobrevenido un rápido descontento. Le compadecí desde el fondo de mi corazón, pero no pude por ese motivo perdonarle del todo su reserva en la cuestión de La última cena. Por lo cual decidí vengarme.

Un día salió a cubierta, y cogiéndole del brazo, como solía hacer, nos pusimos a pasear hacia proa y hacia popa. Sin embargo, su tristeza (que consideré muy natural por las mencionadas circunstancias) parecía haber llegado a su plenitud. Habló poco, y eso a disgusto, con evidente esfuerzo. Me aventuré a contarle un chiste o dos, e hizo una hastiada tentativa por sonreír. ¡Pobre muchacho!... Pensando en su mujer, me asombré de que pudiera él tener ánimo siquiera para poner cara alegre. Por último, me arriesgué a un ataque en lo vivo. Decidí lanzar una serie de insinuaciones encubiertas o indirectas acerca del cajón oblongo, sólo para que él notase gradualmente que no era yo blanco o víctima de su pequeña y divertida mistificación. Mi primera observación fue a modo de andanada desde una batería oculta. Dije algo sobre la «forma especial de aquel cajón», y al pronunciar estas palabras sonreí con gesto de enterado, guiñé un ojo y le di un suave toque en las costillas con el índice.

La manera como acogió Wyatt esta broma inocente me convenció desde luego de que estaba loco. Al principio me miró con fijeza, como si le fuese imposible comprender la gracia de mi comentario; pero en cuanto pareció abrirse mi chanza un lento camino en su cerebro, sus ojos parecieron, en la misma proporción, salirse de sus órbitas. Luego se puso muy rojo, después palideció atrozmente, y a continuación, como si le divirtiese mucho lo que había yo insinuado, prorrumpió en una franca y ruidosa carcajada que, para asombro mío, prolongó con vigor cada vez más creciente durante diez minutos o más. Y a modo de final, se desplomó cuan largo era sobre la cubierta. Cuando corrí a levantarlo, tenía todo el aspecto de un muerto.

Pedí socorro, y con mucha dificultad le hicimos volver en sí. Después de recobrar el sentido, habló con incoherencia durante un rato. Por último, le sangramos y le metimos en la cama. A la mañana siguiente estaba del todo repuesto en lo que se refería sólo a su salud física. De su cabeza no diré nada, por supuesto. Durante el resto de la travesía huí de él, por consejo del capitán, quien pareció compartir de lleno mi opinión acerca de su locura, aunque me advirtió que no dijese nada a bordo sobre el particular a nadie.

Ocurrieron acto seguido desde aquel ataque de Wyatt varios incidentes que contribuyeron a aumentar la curiosidad que ya me devoraba. Entre otras cosas, ésta: sintiéndome nervioso, bebí demasiado té verde muy cargado y dormí mal por la noche; en puridad, no puedo decir que durmiese nada durante dos noches. Ahora bien: mi camarote daba a la cámara principal o comedor, al igual de los de todos los hombres solos a bordo. Los tres camarotes de Wyatt estaban situados en la cámara posterior, separada de la principal por una delgada puerta corredera, que no se cerraba nunca de noche. Como tuvimos viento casi sin cesar y la brisa no era muy fuerte, el barco se escoraba a sotavento de un modo considerable, y siempre que el costado de estribor se inclinaba a sotavento, aquella puerta corredera entre las cámaras resbalaba y se abría, quedando así, sin que nadie se molestara en cerrarla. Pero mi litera se hallaba en una posición tal, que cuando la puerta de mi propio camarote estaba abierta como la corredera en cuestión (y la mía lo estaba siempre a causa del calor), podía yo ver con claridad la cámara posterior, y precisamente, además, aquella parte de ella donde estaban situados los camarotes de mister Wyatt. Pues bien: durante dos noches (no consecutivas), encontrándome despierto, vi muy bien a la señora Wyatt, hacia las once de la noche, salir con cautela del camarote de mister Wyatt, y entrar en el otro suplementario, donde permaneció hasta el amanecer, hora en que la llamó su esposo y ella salió de allí. Resultaba patente que estaban virtualmente separados. Tenían cuartos aparte, sin duda en espera de un divorcio más definitivo, y ahí residía, pensé, después de todo, el misterio del camarote suplementario.

Hubo otra circunstancia que me interesó mucho. Durante las dos noches de

insomnio en cuestión, e inmediatamente después de penetrar la señora Wyatt en el camarote suplementario, atrajeron mi atención ciertos ruidos extraños, cautos y sofocados en el de su marido. Después de escucharlos un rato con reflexiva atención, logré por fin averiguar su origen. Aquellos ruidos los producía el artista intentando abrir la caja oblonga con ayuda de un escoplo y un martillo, este último envuelto, para amortiguar su ruido, con alguna materia de lana o de algodón.

De esta manera me figuré que podría acechar a satisfacción el momento preciso en que él levantase la tapa, y que podría asimismo apreciar cuando él la quitara por completo y la depositara sobre la litera inferior en su camarote; esto último lo supe, por ejemplo, gracias a ciertos ligeros golpes producidos al chocar la tapa contra los bordes de madera de la litera, cuando intentó colocarla muy suavemente allí, por no haber sitio para ella en el suelo. Después de esto hubo un silencio de muerte, y ya no oía nada más en ningún momento hasta cerca del amanecer, a no ser, empero, que mencione un leve sollozo o un murmullo, tan contenido, que era casi inaudible, aunque pudo suceder que este último ruido se produjera más bien en mi imaginación. Digo que parecía un sollozo o un suspiro, pero, por de contado, podía no ser ni lo uno ni lo otro. Creo más bien que era un zumbido en mis oídos. Sin duda, mister Wyatt, de acuerdo con su costumbre, estaba sólo dedicado a una de sus chifladuras, entregado a uno de sus arrebatos de entusiasmo artístico. Habría abierto su cajón oblongo, a fin de recrear sus ojos en el tesoro pictórico contenido allí. A pesar de todo, no había en esto nada para hacerle sollozar. Repito, pues, que debió de ser un simple capricho de mi propia fantasía, perturbada por el té verde del bueno del capitán Hardy. Precisamente antes de amanecer, y cada una de esas dos noches de que he hablado, oí con claridad a mister Wyatt colocar de nuevo la tapa sobre la caja oblonga y meter los clavos en los orificios primeros, utilizando el martillo forrado. Hecho lo cual, salió de su camarote, vestido por completo, y llamó a la puerta del de la señora Wyatt.

Llevábamos siete días en el mar, y estábamos ahora frente al cabo de Hatteras, cuando sobrevino un tremendo vendaval del sudoeste. En cierto modo estábamos preparados para ello, pues el tiempo se había mostrado amenazador desde hacía poco. Se dispuso todo para capearlo abajo y arriba, y como el viento refrescó rápidamente, permanecimos, en fin, al abrigo de la maricangalla y de la cofa del trinquete, ambos con dobles rizos.

En esta posición navegamos con bastante seguridad durante cuarenta y ocho horas, demostrando el buque poseer excelentes condiciones marineras en muchos aspectos, y sin embarcar agua en cantidad notable. Al final de este período, no obstante, el vendaval se convirtió en huracán, y haciendo jirones una de nuestras velas de atrás y ocasionando una inundación varias enormes olas que rompieron en cubierta una tras otra. En aquel accidente perdimos tres

hombres que cayeron por la borda con la cocina y con casi todas las amuradas de babor. Apenas recobramos los sentidos, se hizo trizas el velacho; entonces izamos una vela de estay contra borrascas, y con ella nos arreglamos bien durante algunas horas, manteniéndose el barco con mucha mayor firmeza que antes.

A todo esto continuaba el vendaval, y no descubríamos señales de que cesara. El aparejo no era el conveniente y estaba muy forzado; y al tercer día del vendaval, a cosa de las cinco de la tarde se vino abajo nuestro palo de mesana en un fuerte bandazo de barlovento. Por espacio de una hora o más, intentamos desprendernos de él en vano, a causa del enorme balanceo del barco, y antes de poder conseguirlo, vino a popa el carpintero y anunció que había cuatro pies de agua en la bodega. Para agravar nuestro apuro, encontramos las bombas obstruidas y casi inservibles.

Todo fue entonces trastorno y desesperación; pero se hizo un esfuerzo para aligerar el barco, tirando por la borda toda la parte de carga que era posible y cortando los dos mástiles que quedaban. Esto se realizó al cabo, pero no pudo hacerse aún nada con las bombas, y entretanto, la vía de agua aumentaba con rapidez.

Al ponerse el sol decreció el vendaval en violencia sensiblemente, y como se calmó con él el mar, abrigamos todavía esperanzas de salvarnos en los botes. A las ocho de la noche, se abrieron las nubes a barlovento, y gozamos la ventaja de una luna llena, lo cual fue una gran suerte que sirvió maravillosamente para alegrar nuestros ánimos decaídos.

Después de un trabajo increíble, conseguimos por fin arriar el bote al costado sin ningún accidente material, y dentro se apiñaron toda la tripulación y la mayor parte de los pasajeros. Este grupo partió al punto, y después de muchos sufrimientos, arribaron a la postre, sanos y salvos, a la ensenada de Ocracoke, al tercer día del naufragio.

Catorce pasajeros, con el capitán, quedaron a bordo, resueltos a confiar su suerte al botiquín de popa. Lo arriamos sin dificultad, aunque sólo por un milagro evitamos que zozobrase al tocar el agua. Ya a flote, entraron en él el capitán y su esposa, mister Wyatt y su familia, un oficial mexicano, su esposa, sus cuatro hijos y yo, más un criado negro.

No teníamos sitio, naturalmente, para nada, excepto para unos cuantos instrumentos de todo punto necesarios, algunas provisiones y las ropas que llevábamos puestas. Nadie pensó siquiera en salvar otra cosa. Y cuál no fue el asombro de todos cuando, habiéndonos alejado unas brazas del buque, mister Wyatt se levantó en la cámara del bote y pidió fríamente al capitán Hardy que hiciese retroceder la embarcación ;con objeto de recoger en el buque su cajón oblongo!

—Siéntese, mister Wyatt —respondió el capitán, con cierta severidad—; si no se sienta y permanece quieto, nos hará volcar. Nuestra borda está casi en el agua ahora.

—¡La caja! —vociferó mister Wyatt, en pie todavía—. ¡La caja, digo! Capitán Hardy, no puede usted negarme esto. Su peso es insignificante; no es nada, nada en absoluto. ¡Por la madre que le dio el ser, por amor de Dios, por su esperanza de salvación, le suplico que vuelva para recoger el cajón!

El capitán pareció conmovido durante un momento por la fervorosa imploración del artista; pero recobró su severa compostura, y dijo simplemente:

—Mister Wyatt, está usted loco. No puedo escucharle. Siéntese, repito, o hará zozobrar el bote. ¡Quieto, agárrenle, cójanle! ¡Está a punto de saltar por la borda! ¿Ven? Ya lo sabía: ¡se ha tirado al mar!

Al decir esto el capitán, mister Wyatt, en efecto, saltó del bote, y como estábamos aún a sotavento del buque naufrago, consiguió, con un esfuerzo casi sobrehumano, asirse a una cuerda que colgaba de las cadenas de proa. Un momento después estaba a bordo, y se precipitaba frenéticamente dentro de la cámara.

Mientras, habíamos sido arrastrados a popa del barco, y estando en absoluto fuera de sotavento nos encontramos a merced de un tremendo mar, todavía encrespado. Hicimos un denodado esfuerzo para retroceder; pero nuestro pequeño bote era como una pluma bajo el soplo de la tempestad. Nos dimos cuenta en una ojeada de que era irremisible la sentencia de muerte del infortunado artista.

Como nuestra distancia del barco naufrago aumentaba rápidamente, vimos que el loco (pues sólo como tal podíamos considerarle) salía de la escalera de la cámara, arrastrando con una fuerza que parecía gigantesca el pesado cajón oblongo. En tanto que le contemplábamos con asombro, dio él a toda prisa varias vueltas con una cuerda de tres pulgadas primero alrededor de la caja y luego en torno a su cuerpo. Un instante después, los dos, cuerpo y caja, caían al mar y desaparecían de súbito para siempre.

Permanecimos un rato tristemente, sin remar, con los ojos clavados en aquel sitio. Al fin, bogamos de nuevo hacia adelante. Durante una hora reinó el silencio. Por último, aventuré una observación.

—¿Ha notado usted, capitán, lo repentinamente que se han hundido? ¿No es esto una cosa muy singular? Confieso que abrigaba una débil esperanza de que se salvase al final, cuando le vi atarse a la caja y arrojarse al mar.

—Se han hundido, como era natural —respondió el capitán— y cual si

fuesen una bala. Sin embargo, saldrán otra vez a la superficie, pero no hasta que la sal se disuelva.

—¡La sal! —exclamé.

—¡Silencio! —dijo el capitán, señalando a la esposa y a las hermanas del difunto—. Ya hablaremos de esto en una ocasión más oportuna.

Sufrimos mucho, y nos salvamos en una tabla; pero nos favoreció la suerte, así como a nuestros compañeros de la chalupa. Desembarcamos al cabo, más muertos que vivos, después de cuatro días de intensas angustias, en la playa frontera a la isla Roanoke. Permanecimos allí una semana, sin ser maltratados por los saqueadores de náufragos, y al fin, conseguimos pasaje para Nueva York.

Como un mes después del naufragio del Independencia me encontré casualmente al capitán Hardy en Broadway, nuestra conversación versó, por supuesto, sobre aquel desastre, y en particular sobre el triste destino del pobre Wyatt. Así, pude enterarme de los siguientes detalles.

El artista había tomado pasaje para él, su mujer, sus dos hermanas y un criado. Su esposa era, realmente, como parecía, la más cariñosa y la más perfecta de las mujeres. En la mañana del 14 de junio (el día en que visité por primera vez el barco) aquella dama cayó enferma de repente y falleció. Su joven marido sintió un dolor frenético; pero las circunstancias le impedían diferir su viaje a Nueva York. Era necesario llevar el cadáver de su adorada esposa, y por otra parte, sabía muy bien que el prejuicio universal le impedía hacerlo a las claras. De diez pasajeros, nueve se hubiesen negado a embarcar antes que tomar pasaje en compañía de un cadáver.

Ante semejante dilema, el capitán Hardy dispuso que el cadáver, después de haber sido embalsamado parcialmente, y acondicionado con una gran cantidad de sal, en un cajón de tamaño adecuado, fuese conducido a bordo como una mercancía. No se dijo nada del fallecimiento de aquella señora, y como se sabía muy bien que mister Wyatt había tomado pasaje para su esposa, se hizo preciso que alguna persona la representara durante la travesía. Convencieron fácilmente a la doncella de la difunta para que lo hiciese. El camarote suplementario, tomado primero para esta joven en vida de su señora, fue entonces retenido nada más. En aquel camarote la seudoesposa dormía por las noches. Durante el día desempeñó, lo más hábilmente que pudo, el papel de su señora, cuya persona, lo cual fue objeto de minuciosa averiguación, era desconocida para todos los pasajeros a bordo.

Mi propia equivocación provino, y era bastante explicable, de un temperamento atolondrado con exceso, demasiado investigador y hartamente impulsivo. Pero estos últimos tiempos es raro que pueda yo dormir a pierna

suelta por la noche. Hay un rostro que me alucina y da vueltas, sugestionándome. Hay una risa histérica que resuena para siempre en mis oídos.

## **EL JUGADOR DE AJEDREZ DE MAELZEL**

Ninguna exhibición de ese género ha llamado tanto la atención general como el Jugador de Ajedrez de Maelzel. En todas partes donde lo han visto ha provocado una intensa curiosidad en cuantas personas piensan. Sin embargo, la cuestión de su *modus operandi* no está aún resuelta. Nada se ha escrito sobre este tema que pueda considerarse como decisivo; y, en efecto, encontramos por todas partes hombres dotados del genio de la mecánica, de una gran agudeza general y de una inteligencia discriminativa, que no sienten escrúpulos en declarar que el autómatas es una pura máquina cuyos movimientos no tienen relación alguna con la acción humana, y que es, por consiguiente, fuera de toda comparación, el más asombroso invento de la Humanidad. Y esto sería indudable si fuese cierta la suposición de aquéllos. Adoptando esta hipótesis, sería torpemente absurdo comparar el Jugador de Ajedrez con cualquier otra cosa semejante, moderna o antigua. No obstante, han existido muchos y maravillosos autómatas. En las cartas de Brewster sobre la Magia natural encontramos una lista de los más notables de aquéllos, entre los cuales puede citarse primero, como habiendo existido positivamente, la carroza inventada por monsieur Camus para diversión de Luis XIV, niño entonces.

Se llevaba una mesa de unos cuatro pies cuadrados, aproximadamente, a la habitación preparada para la exhibición. Sobre esta mesa se colocaba una carroza de madera, de seis pulgadas de largo, tirada por dos caballos de la misma materia. Como uno de los cristales de la portezuela estaba bajado, se veía una dama sobre el asiento posterior. En el pescante un cochero empuñaba las riendas, y detrás, un lacayo y un paje ocupaban sus puestos ordinarios. Monsieur Camus tocaba entonces un resorte; enseguida el cochero hacía restallar su látigo, y los caballos avanzaban con su paso natural a lo largo del borde de la mesa, arrastrando la carroza detrás. Cuando llegaban todo lo lejos que era posible en aquella primera dirección, efectuaban bruscamente un giro a la izquierda, y el vehículo reanudaba su marcha en ángulo recto, siempre a lo largo del borde de la mesa. La carroza continuaba así hasta que llegaba ante el sillón ocupado por el joven príncipe. Entonces se detenía; el paje bajaba y abría la portezuela; la dama se apeaba y presentaba una petición a su soberano. Luego volvía a subir a la carroza. El paje levantaba el estribo y ocupaba de nuevo su puesto; el cochero fustigaba sus caballos, y la carroza daba la vuelta

hacia su primera posición.

El Mago de monsieur Maillardet merece asimismo ser resaltado. Copiamos la reseña siguiente de las Cartas ya citadas del doctor Brewster, quien ha tomado su información principalmente de la Enciclopedia de Edimburgo:

«Una de las piezas mecánicas más populares que hayamos visto es el Mago construido por monsieur Maillardet, cuya especialidad consiste en responder a ciertas preguntas dadas. Una figura vestida de mago aparece sentada al pie de un muro, con una varita en la mano derecha y con un libro en la otra. Cierta número de preguntas, preparadas de antemano, están escritas en unos medallones ovalados; una vez que el espectador separa las que ha elegido, para las cuales solicita una respuesta, y las coloca en un cajón destinado a guardarlas, el cajón se cierra mediante un resorte hasta que la respuesta es transmitida. El mago se levanta entonces de su asiento, inclina la cabeza, describe unos círculos, y consultando su libro, como preocupado por un profundo pensamiento, lo yergue a la altura de su rostro. Fingiendo así meditar sobre la pregunta planteada, alza su varita y da con ella en el muro, encima de su cabeza; se abren las dos hojas de una puerta y dejan ver una respuesta adecuada a la pregunta. La puerta vuelve a cerrarse; el Mago recobra su primera actitud, y el cajón se abre para devolver el medallón. Estos medallones son veinte, conteniendo todos preguntas diferentes, a las cuales el Mago contesta con respuestas oportunas, de un modo asombroso. Los medallones están hechos con finas láminas de cobre, de forma elíptica, todas de un exacto parecido. Algunos llevan una pregunta escrita sobre cada cara, y en este caso, el Mago responde sucesivamente a las dos. Si el cajón se vuelve a cerrar sin que haya sido depositado un medallón en él, el Mago se levanta, consulta su libro, menea la cabeza y se sienta de nuevo; las dos hojas de la puerta siguen cerradas y el cajón aparece vacío. Si se ponen dos medallones juntos en el cajón, no se obtiene respuesta más que para el colocado debajo. Cuando la máquina está montada, el funcionamiento puede durar una hora o cosa así, y durante este tiempo, el autómatas puede responder a unas cincuenta preguntas. El inventor afirmaba que los medios por los cuales actuaban los diversos medallones sobre la máquina, para dar respuestas adecuadas a las preguntas escritas, eran sumamente sencillos».

El Pato de Vaucanson resultaba más notable todavía. Era de un volumen natural, e imitaba tan a la perfección al animal vivo, que todos los espectadores tenían la ilusión de que lo estaba. Reproducía, dice Brewster, todas las actitudes y todos los gestos de la vida: comía y bebía con avidez; realizaba todos los movimientos de cabeza y de garganta propios del pato, y como éste, enturbiaba mucho el agua que sorbía con su pico. Lanzaba también el grito gutural del animal con la veracidad del natural. En su estructura anatómica, el artista había desplegado la mayor habilidad. Cada hueso del pato

real tenía su parejo en el autómeta, y las alas eran anatómicamente exactas. Cada cavidad, apófisis o curva, estaba imitada al detalle, y cada hueso actuaba con movimiento propio. Cuando echaban trigo ante él, el animal alargaba el cuello para picotearlo, lo tragaba y lo digería.

Si esas máquinas revelaban ingenio, ¿qué hemos de pensar de la máquina de calcular de mister Babbage? ¿Qué hemos de pensar de un mecanismo de madera y metal que no sólo puede calcular las tablas astronómicas y náuticas hasta cualquier punto dado, sino también confirmar la certeza matemática de sus operaciones, con la facultad de corregir posibles errores? ¿Qué hemos de pensar de un mecanismo que no sólo puede realizar todo eso, sino que también imprime materialmente los resultados de sus cálculos complicados, no bien han sido obtenidos, y sin la más ligera intervención de la inteligencia humana? Se responderá quizá que una máquina tal como la que describimos está, sin comparación posible, muy por encima del Jugador de Ajedrez de Maelzel. En modo alguno; es, por el contrario, muy inferior, con tal que hayamos admitido primero (lo que podría ser admitido razonablemente un solo instante) que el Jugador de Ajedrez es una pura máquina y realiza sus operaciones sin ninguna intervención humana inmediata. Los cálculos aritméticos o algebraicos son, por su naturaleza, fijos y determinados. Aceptados ciertos datos, producen ciertos resultados de un modo necesario e inevitable. Estos resultados no dependen de nada ni sufren la influencia de nada más que de los datos primeramente aceptados. Y la cuestión a resolver marcha o debería marchar hacia la solución final por una serie de puntos infalibles que no son susceptibles de cambio alguno ni están sometidos a ninguna modificación. Una vez admitido esto, podemos sin dificultad concebir la posibilidad de construir una pieza mecánica que, tomando su punto de partida en los datos de la cuestión a resolver, prosiga sus movimientos regular, progresivamente, sin desviación alguna, hacia la solución solicitada, puesto que esos movimientos, por complejos que se los suponga, no han podido nunca ser concebidos más que finitos y determinados. Pero en el caso del Jugador de Ajedrez existe una inmensa diferencia. Aquí no hay marcha determinada. Ninguna jugada en el ajedrez es resultado necesario de otra jugada cualquiera. Por ninguna disposición especial de las piezas en un momento cualquiera de la partida, podemos afirmar su disposición futura en otro momento cualquiera. Supongamos el primer movimiento de una partida de ajedrez en yuxtaposición con los datos de un problema algebraico, y captaremos desde luego la enorme diferencia que los distingue. En el caso de los datos algebraicos, el segundo paso de la cuestión depende por completo, inevitablemente, del siguiente. Es creado por el dato. Es preciso que sea el que es, y no otro. Pero el primer movimiento en una partida de ajedrez no va por fuerza seguido de un segundo movimiento determinado. Mientras el problema algebraico avanza hacia la solución, la certeza de sus operaciones sigue siendo inalterada. Como el

segundo paso no es sino consecuencia de los datos, el tercero es asimismo una consecuencia del segundo, el cuarto del tercero, el quinto del cuarto, y así sucesivamente, sin ninguna alternativa posible, hasta el final. Pero en el juego de ajedrez, la incertidumbre de la jugada siguiente está en proporción con la marcha de la partida. Se han hecho unos cuantos movimientos, pero no se ha realizado ningún paso cierto. Diferentes espectadores podrán aconsejar diferentes movimientos. Todo depende, por tanto, del juicio variable de los jugadores. Ahora bien: aun concediendo (lo cual no puede concederse) que los movimientos del autómatas jugador de ajedrez sean en sí mismos determinados, se verían necesariamente interrumpidos y alterados por la voluntad no determinada de su adversario. No hay, pues, analogía alguna entre las operaciones del Jugador de Ajedrez y las de la máquina de calcular de mister Babbage; y si nos complace llamar al primero una pura máquina, nos veremos obligados a admitir que es, sin comparación posible, el más extraordinario invento de la Humanidad. Aun así, su primer introductor, el barón Kempelen, no sentía escrúpulos en declararle «una pieza mecánica muy ordinaria, una bagatela cuyos efectos parecían tan sólo maravillosos por la audacia de su concepción y la feliz elección de los medios adoptados para favorecer la ilusión». Pero es inútil insistir sobre este punto. Resulta cierto por completo que las operaciones del autómatas están reguladas por la mente y no por otra cosa. Se puede incluso decir que esta afirmación es susceptible de una demostración matemática a priori. La única cuestión a resolver es, pues, la manera de producirse la intervención humana. Antes de entrar en este tema, será, sin duda, conveniente trazar aquí la historia y la descripción muy breve del Jugador de Ajedrez, para comodidad de aquellos de nuestros lectores que no hayan tenido nunca ocasión de presenciar la exhibición de mister Maelzel.

El autómatas Jugador de Ajedrez fue inventado en 1769, por el barón Kempelen, un noble de Presburgo, en Hungría, que posteriormente lo cedió con el secreto de sus operaciones a su actual propietario. Poco tiempo después de su terminación, fue expuesto en Presburgo, en París, en Viena y en otras ciudades del continente. En 1783 y en 1784 fue transportado a Londres por mister Maelzel. En estos últimos años, el autómatas ha visitado las principales ciudades de Estados Unidos. En todas partes donde lo han visto, ha suscitado la más viva curiosidad, y se han hecho numerosas tentativas, por hombres de todas clases, para penetrar el misterio de sus movimientos. El grabado que antecede da una representación pasadera de la figura que los ciudadanos de Richmond han podido contemplar hace unas semanas. Con todo, el brazo derecho debería extenderse más hacia delante sobre la caja; debería también verse un tablero, y, en fin, el cojín no debería divisarse tanto como la mano que sostiene la pipa. Han sido hechas algunas alteraciones sin importancia en el traje del Jugador de Ajedrez desde que está en propiedad de mister Maelzel; así, al principio, no llevaba plumero.

A la hora señalada para la exhibición, se descorre una cortina, o bien se abre una puerta de dos hojas, y la máquina rueda a unos doce pies de los espectadores más próximos, entre los cuales y aquella (la máquina) queda tendida una cuerda. Se ve una figura vestida a la turca y sentada, con las piernas cruzadas, ante una gran caja que parece hecha de madera de arce, y que le sirve de mesa. El exhibidor hace rodar, si se lo piden, la máquina hacia no importa qué punto designado, o incluso la cambia varias veces de sitio durante el curso de la partida. El fondo de la caja o cajón está bastante elevado por encima del suelo, merced a ruedecitas o pequeños cilindros de cobre, sobre los cuales se mueve, y los espectadores pueden ver así toda la parte de espacio comprendida debajo del autómeta. La silla en la cual se halla sentada la figura está fija permanentemente a la caja. Sobre el remate de ésta hay un tablero, fijo también permanentemente. El brazo derecho del Jugador de Ajedrez está extendido cuan largo es hacia delante, formando ángulo recto con su cuerpo, y apoyado con una postura indolente en el borde del tablero. La mano está vuelta con la palma hacia arriba. El tablero tiene dieciocho pulgadas en cuadro. El brazo izquierdo de la figura está doblado por el codo, y la mano izquierda sostiene una pipa. Un cortinaje o paño verde oculta la espalda del turco y recubre en parte la cara anterior de los hombros. La caja, a juzgar por su aspecto exterior, está dividida en cinco compartimientos: tres armarios de igual tamaño y dos cajones que ocupan la parte del cofre colocada debajo de los armarios. Las observaciones anteriores se refieren al aspecto del autómeta contemplado en un primer vistazo, cuando se lleva a presencia de los espectadores.

Mister Maelzel anuncia entonces a la reunión que va a poner ante su vista la maquinaria del autómeta. Sacando del bolsillo un manojo de llaves, abre con una de ellas la puerta marcada con el número 1 en el grabado de la página 546, y presenta el armario completamente abierto al examen de todos los espectadores. Ese hueco está en apariencia lleno de ruedas, piñones, palancas y demás mecanismos, amontonados y apretados unos contra otros de modo que la mirada no puede penetrar más que a una corta distancia entre ese conjunto. Dejando esta puerta abierta del todo, Maelzel pasa entonces por detrás de la caja, y levantando el paño de la espalda de la figura abre otra puerta colocada justo detrás de la primera ya abierta. Teniendo una bujía encendida delante de esa puerta, y cambiando al mismo tiempo la máquina de sitio varias veces, hace penetrar así una viva luz por todo el armario, que aparece entonces lleno, lleno en absoluto de mecanismos. Una vez que los espectadores están plenamente convencidos de este hecho, Maelzel empuja la puerta posterior, la vuelve a cerrar, saca la llave de la cerradura, deja caer de nuevo el paño de la figura y vuelve a colocarse delante. La puerta marcada con el número 1 ha quedado abierta, como se recordará. Mister Maelzel abre ahora el cajón colocado bajo los armarios en la parte baja del cofre, pues aunque

sean dos en apariencia los cajones, no hay más que uno en realidad, ya que los dos tiradores y los dos agujeros de la llave sólo están allí de adorno. Una vez abierto por completo este cajón se ve un pequeño cojín, con una colección entera de piezas de ajedrez, fijos en un bastidor, de manera a sostenerse perpendicularmente. Dejando abierto este cajón, así como el armario número 1, Maelzel abre la puerta número 2, y la número 3, que no son, como se ve entonces, más que las hojas de una misma puerta que se abre sobre un solo y mismo compartimiento (es decir, a la derecha del espectador) existe una pequeña parte separada, de un ancho de seis pulgadas, ocupada por mecanismos. En cuanto al compartimiento principal (al referirnos a esa parte de la caja visible después de la abertura de las puertas 2 y 3, la llamaremos siempre el compartimiento principal), está revestido de una tela oscura y no contiene otros mecanismos que dos piezas de acero, en forma de cuarto de círculo, colocadas cada una de ellas en uno de los ángulos superiores de detrás del compartimiento. Un pequeño saliente, de unas ocho pulgadas en cuadro, recubierto asimismo de una tela oscura, se eleva de la base del compartimiento cerca del ángulo más distante a la izquierda del espectador. Dejando abiertas las puertas 2 y 3, así como el cajón y la puerta 1, el exhibidor se dirige hacia la parte de detrás del compartimiento principal, y abriendo allí otra puerta ilumina muy bien todo el interior, introduciendo en ese hueco una bujía encendida. Una vez expuesta así en apariencia toda la caja al examen del público, Maelzel, dejando siempre las puertas y el cajón abiertos, vuelve por completo al autómatas y expone la espalda del turco levantando el paño. Una puerta como de diez pulgadas en cuadro se abre en los riñones de la figura, y otra, más pequeña, en el muslo izquierdo. El interior de la figura, visto así por esas aberturas, parece repleto de mecanismos. En general, todo espectador queda en lo sucesivo convencido de que ha visto y examinado simultáneamente todas las partes constitutivas del autómatas, y la idea de que una persona haya podido, durante una exhibición tan total del interior quedar allí escondida, es rechazada al punto, si es que ha podido ser aceptada, por todos los presentes como absurda en extremo.

Mister Maelzel, volviendo a colocar la máquina en su primera posición, informa ahora a la reunión de que el autómatas jugará una partida de ajedrez con quien esté dispuesto a medirse con él. Una vez aceptado el reto, colocan una mesita para el contrincante, muy cerca de la cuerda, pero en una de sus puntas, para no privar de la visión del autómatas a ninguna persona. De un cajón de esa mesa sacan un juego de ajedrez, y, por lo general, aunque no siempre, dispone Maelzel las piezas con su propia mano sobre el tablero, que consiste simplemente en cuadrados pintados sobre la mesa, dentro del número habitual. Sentado ya el adversario, Maelzel se dirige hacia el cajón de la mesa, saca de él el almohadón, que pone, como apoyo, debajo del brazo izquierdo del autómatas, después de haberle quitado la pipa de la mano. Cogiendo

después de este mismo cajón el juego de ajedrez del autómeta, coloca las piezas sobre el tablero situado ante la figura. Luego empuja las puertas y las cierra, dejando el manajo de llaves colgado en la puerta número 1. Cierra igualmente el cajón, y, por último, da cuerda a la máquina introduciendo una llave en un agujero colocado en su extremo izquierdo (izquierda del espectador). Comienza la partida, haciendo el autómeta el primer movimiento. La duración de esta partida queda también limitada a media hora; pero si no ha terminado al expirar ese plazo, y si el adversario pretende poder vencer al autómeta, mister Maelzel rara vez se opone a su continuación. No fatigar a la reunión es el motivo ostensible, y, sin duda, cierto, de esa limitación del tiempo. Naturalmente, se adivina que a cada movimiento hecho por el adversario en su propia mesa, mister Maelzel, actuando como representante del adversario, ejecuta idéntico movimiento sobre la caja del autómeta. De igual modo, cuando el turco juega, el movimiento correspondiente es ejecutado en la mesa del adversario por mister Maelzel, quien actúa entonces como representante del autómeta. De esta manera es necesario que el exhibidor pase con frecuencia de una mesa a otra. También a menudo vuelve hacia la figura para recoger las piezas que ha ido tomando y que deposita sucesivamente sobre la caja, a la izquierda del tablero (a su propia izquierda). Cuando el autómeta vacila en relación con el movimiento a ejecutar, se ve a veces al exhibidor colocarse muy cerca de su derecha, y poner, como al desgaire, su mano de cuando en cuando sobre la caja. Tiene, además, una manera de restregar los pies sobre el suelo, calculada para insinuar en los espíritus, que son más astutos que sagaces, la sospecha de una connivencia entre la máquina y él. Estas particularidades son, por lo visto, meros trucos de mister Maelzel, o si es consciente de todas ellas, las pone en práctica con objeto de provocar en los espectadores esa falsa idea de que no hay en el autómeta más que puro mecanismo.

El turco juega con la mano izquierda. Todos los movimientos del brazo son ejecutados en ángulo recto. Así la mano (que está enguantada y doblada de un modo natural) va a buscar directamente la pieza que debe moverse; luego, por último, cae sobre ella, y en muchos casos, los dedos la cogen sin dificultad. Algunas veces, empero, si la pieza no está precisa y exactamente en el sitio que debe ocupar, el autómeta fracasa en su esfuerzo por asirla. Cuando este accidente se produce, no hace él un segundo esfuerzo, sino que el brazo continúa su movimiento en la dirección primeramente intentada, como si los dedos se hubieran apoderado de la pieza. Habiendo así señalado el sitio donde debió ser hecho el movimiento, el brazo se retira hacia el almohadón, y Maelzel ejecuta el movimiento marcado por el autómeta. A cada movimiento de la figura se oye moverse la maquinaria. Durante el curso de la partida, el turco, de cuando en cuando, mueve los ojos como si examinara el tablero, menea la cabeza y pronuncia la palabra *echec* (check) cuando es necesario. Si

el adversario hace una falsa jugada, golpea vivamente sobre la caja con los dedos de su mano derecha, sacude enérgicamente la cabeza y, volviendo a colocar en su primer sitio la pieza movida por equivocación, se adjudica a sí mismo el derecho de efectuar la jugada siguiente. Cuando ha ganado la partida, balancea la cabeza con aire de triunfo, mira, complacido, a los espectadores a su alrededor, y retirando su brazo izquierdo todo lo que puede, deja sólo descansar sus dedos sobre el almohadón. En general, queda vencedor el turco; una o dos veces ha sido derrotado. Terminada la partida, Maelzel exhibe de nuevo, si lo desean, la maquinaria de la caja, del mismo modo que al comienzo. La máquina rueda hacia atrás, y una cortina la oculta a la vista de la reunión.

Se han hecho varias tentativas para resolver el misterio del autómeta. La opinión más generalizada, opinión adoptada a menudo por hombres que debían tener más inteligencia, ha sido, como ya hemos dicho, que la acción humana inmediata no intervenía sobre ella; en otras palabras: que la máquina era puramente una máquina y nada más. Algunos, sin embargo, han sostenido que el propio exhibidor regulaba los movimientos de la figura por medios mecánicos que actuaban sobre los pies de la caja. Otros a su vez han hablado confidencialmente de un imán. De la primera de esas opiniones no tenemos por el presente otra cosa que decir sino lo que ya hemos dicho. En cuanto a la segunda, bastará con repetir lo que hemos afirmado antes, a saber: que la máquina rueda sobre unos cilindros, siendo, a petición de todo espectador, empujada hacia cualquier sitio de la sala, hasta durante el curso de la partida. La suposición de un imán es igual de insostenible, pues si un imán sirviese de agente, otro imán escondido en el bolsillo de un espectador alteraría el mecanismo entero. El exhibidor, no obstante, consentirá en que quede sobre la caja el imán más poderoso durante toda la exhibición.

El primer ensayo de explicación escrita del secreto, el primer ensayo, al menos, del que tengamos noticia, fue hecho en un grueso panfleto impreso en París en 1785. La hipótesis del autor se reducía a esto: que un enano hacía mover la máquina. Suponía él que ese enano se escondía durante la apertura de la caja, metiendo sus piernas en dos cilindros huecos que parecían estar (aunque no lo estaban) entre la maquinaria del armario número 1, mientras su cuerpo permanecía por entero fuera de la caja y cubierto por el paño del turco. Cuando las puertas estaban cerradas, el enano encontraba medio de hacer pasar su cuerpo dentro de la caja, ya que el ruido de una parte de la maquinaria le permitía hacerlo sin ser oído, así como cerrar la puerta por la cual había entrado. Al ser el interior del autómeta exhibido así, y no descubriendo allí a ninguna persona, los espectadores, dice el autor de ese panfleto, quedan convencidos de que no hay nadie dentro de la máquina. Toda la hipótesis es demasiado visiblemente absurda para merecer un comentario o una refutación, y por eso sabemos que atrajo muy poco la atención.

En 1789 fue publicado en Dresde, por monsieur I. F. Freyhere, un libro que contenía un nuevo ensayo de explicación del misterio. El libro de monsieur Freyhere era notablemente voluminoso y copiosamente ilustrado con grabados en color. La suposición de él era que «un muchacho listo, muy delgado y alto para su edad (lo suficiente para poder esconderse en un cajón colocado debajo mismo del tablero)» jugaba la partida de ajedrez y efectuaba todas las evoluciones del autómatas. Esta idea, aunque más necia aún que la del autor parisiense, tuvo una mejor acogida, y fue, hasta cierto punto, adoptada como la verdadera solución del milagro, hasta el momento en que el inventor puso fin a la discusión autorizando un minucioso examen de la parte superior de la caja.

Tan singulares ensayos de explicación fueron seguidos de otros no menos singulares. En estos últimos años, por cierto, un escritor anónimo, aunque siguiendo una vía de razonamiento muy poco filosófico, ha conseguido dar con una solución plausible, pese a que no podamos considerarla como la única absolutamente verdadera. Su ensayo fue publicado primero en un semanario de Baltimore, ilustrado con grabados y llevando por título: Una tentativa de análisis del autómatas Jugador de Ajedrez de mister Maelzel. Creemos que ese ensayo es la edición primera del panfleto al que hace alusión sir David Brewster en sus Cartas sobre la magia natural, y que él no vacila en declarar que es una perfecta y satisfactoria explicación. Los resultados de este análisis son, en suma, y sin duda alguna, exactos; pero para que Brewster haya decidido ver en ellos una perfecta y satisfactoria explicación, hay que suponer que los ha leído de una manera distraída y precipitada. En el compendio de este ensayo, presentado en las Cartas sobre la magia natural, es de todo punto imposible llegar a una conclusión clara con respecto a la perfección o imperfección del análisis, a causa de la mala distribución y de la deficiencia de las cartas de referencia utilizadas. El mismo defecto se encuentra en la Tentativa..., etcétera, tal como la hemos leído en su primera forma. La solución consiste en una serie de explicaciones minuciosas (acompañadas de grabados en madera, todo ello ocupando un gran número de páginas), cuyo objeto es demostrar la posibilidad de cambiar los compartimientos de la caja, de modo que un ser humano, oculto en el interior, pueda cambiar partes de su cuerpo de un lugar a otro de la caja durante la exhibición de la maquinaria, hurtándose así a la atención de los espectadores. No hay lugar a dudas, como ya hemos hecho observar y como vamos a intentar probar, de que el principio, o más bien el resultado de esa explicación no sea el único cierto. Hay una persona escondida en la caja durante todo el tiempo empleado en mostrar el interior de ésta. Aun así, rechazamos toda la farragosa descripción de la manera según la cual deben moverse los compartimientos para prestarse a los movimientos de la persona oculta. La rechazamos como una pura teoría admitida a priori, y a la cual deberían adaptarse después las circunstancias. No hemos llegado ni podemos llegar a esa teoría por ningún razonamiento

inductivo. La manera cualquiera de efectuarse ese traslado es lo que escapa, naturalmente, a la observación en cada momento de la exhibición. Mostrar que no es imposible que ciertos movimientos se efectúen de cierta manera, no es en absoluto mostrar que hayan sido realmente ejecutados de esa manera. Pueden existir una infinidad de métodos distintos por medio de los cuales lleguen a obtenerse los mismos resultados. La probabilidad de que sólo el método supuesto resulte ser el exacto, está por ende, en la relación de la unidad con el infinito. Pero, en realidad, ese punto particular —la movilidad de los compartimientos— no tiene importancia alguna. Es perfectamente inútil consagrar siete u ocho páginas a querer probar lo que ninguna persona de buen sentido negará, a saber: que el potente genio mecánico del barón Kempelen ha podido descubrir los medios necesarios para cerrar una puerta o hacer resbalar un entrepaño por un agente humano asimismo a su servicio y en contacto inmediato con el entrepaño o la puerta, así como todas las operaciones ejecutadas de modo a escapar por entero a la observación de los espectadores, como lo muestra el autor del Ensayo y como intentaremos nosotros mostrarlo con más exactitud.

En nuestra tentativa de una explicación del autómeta, nos esforzaremos primero por mostrar cómo se efectúan sus operaciones, y describiremos después, lo más brevemente posible, la naturaleza de las observaciones de donde hemos deducido nuestro resultado.

Es necesario, para hacer comprender bien la cuestión, que repitamos aquí en pocas palabras la rutina adoptada por el exhibidor para enseñar el interior de la caja, rutina de la cual no se aparta él nunca en ningún punto ni en ningún detalle. Lo primero, abre la puerta número 1. Dejándola abierta, vuelve detrás de la caja y abre una puerta situada precisamente frente a la puerta número 1. Ante esta puerta de detrás de él sostiene una bujía encendida. Empuja entonces la puerta de detrás, la cierra, y volviendo por delante, abre el cajón en toda su longitud. Hecho esto, abre las puertas números 2 y 3 (las dos hojas) y descubre el interior del compartimiento principal, el cajón y la puerta del armario número 1, vuelve por detrás y abre la puerta posterior del compartimiento principal. Para cerrar otra vez la caja no observa ningún orden especial, salvo que cierra siempre la puerta de hojas antes que el cajón.

Supongamos ahora que, cuando la máquina es rodada a presencia de los espectadores, esté ya escondido dentro un hombre. Su cuerpo se coloca detrás de la maraña de mecanismos en el armario número 1 (ya que la parte posterior de este aparato mecánico está preparado para resbalar en masa desde el compartimiento principal hasta el armario número 1, cuando la ocasión lo requiere), y sus piernas quedan extendidas en el compartimiento principal. Cuando Maelzel abre la puerta número 1, el hombre escondido no corre riesgo de ser descubierto, pues la mirada más perspicaz no puede penetrar más allá de

dos pulgadas en aquella oscuridad. Pero el caso es muy diferente cuando está abierta la puerta detrás del armario número 1.

Una luz brillante penetra entonces en el armario, y sería descubierto el cuerpo del hombre si hubiera permanecido allí. Pero no sucede así. La llave colocada en la cerradura de la puerta de detrás ha sido una señal a cuyo ruido la persona oculta inclina su cuerpo hacia delante hasta un ángulo lo más agudo posible, metiéndose por entero o poco menos en el compartimiento principal. Pero es ésta una postura molesta en la cual no se puede permanecer mucho tiempo. Por eso vemos que Maelzel cierra la puerta detrás de él. Hecho esto, nada impide que el cuerpo del hombre recobre su primera posición, pues ha quedado el armario lo bastante en sombra para arrostrar el examen. Es entonces abierto el cajón, y las piernas de la persona escondida caen por detrás, en el hueco que ocupaba hace un momento. No hay, pues, ninguna parte del hombre en el compartimiento principal, ya que su cuerpo está colocado detrás de la maquinaria del armario número 1, y sus piernas, en el espacio ocupado antes por el cajón. El exhibidor puede, por tanto, ahora mostrar a su antojo el compartimiento principal. Esto es lo que hace — abriendo las dos puertas, la de enfrente y la de detrás—, y no se ve allí a nadie. Los espectadores están ahora convencidos de que todo el conjunto de la caja se halla expuesto a sus miradas, así como todas las partes, en un solo y mismo instante. Pero, en verdad, no sucede así. No ven ni el espacio comprendido detrás del cajón abierto, ni el interior del armario número 1, cuya puerta de enfrente ha cerrado Maelzel virtualmente al cerrar la de detrás. Habiendo hecho entonces girar la máquina sobre sí misma, levantado el paño del turco, abierto las puertas de la espalda y del muslo y mostrado el tronco del autómeta lleno de mecanismos, vuelve a colocarlo todo en su primera posición y cierra las puertas. El hombre está ahora en libertad de moverse. Se incorpora lo suficiente dentro del cuerpo del turco para que sus ojos se hallen al nivel del tablero. Es muy probable que se siente sobre el pequeño bloque cuadrado, ese saliente que se ha visto en una esquina del compartimiento principal, cuando las puertas estaban abiertas. En esta posición ve el tablero a través del pecho del turco, que es de gasa. Llevando su brazo derecho delante de su pecho, hace mover el pequeño mecanismo necesario para dirigir el brazo izquierdo y los dedos de la figura. Este mecanismo está colocado justo debajo del hombro izquierdo del turco, y puede así ser fácilmente alcanzado por la mano derecha del hombre escondido, si suponemos que su brazo derecho está doblado sobre el pecho. El movimiento de la cabeza, de los ojos y del brazo derecho de la figura, tanto como el sonido echec, son producidos por otro mecanismo interior, que actúa a voluntad el hombre de dentro. El conjunto de esta maquinaria, es decir, todo el mecanismo esencial de la máquina, se halla, muy probablemente, contenido en el pequeño armario (de unas seis pulgadas de ancho) que está a la derecha (derecha del espectador) del compartimiento

principal.

En este análisis de las operaciones del autómatas hemos evitado deliberadamente aludir a la manera de moverse los compartimientos, y se comprenderá sin esfuerzo que esta cuestión carece de importancia, puesto que la habilidad del más vulgar carpintero puede resolverla por una infinidad de medios, y ya hemos mostrado que, de cualquier modo que se realice la operación, tiene lugar fuera de la vista del espectador.

Nuestro resultado se basa sobre las siguientes observaciones, efectuadas durante nuestra frecuente asistencia a las exhibiciones de Maelzel:

1.<sup>a</sup> Los movimientos del turco no tienen lugar a intervalos regulares de tiempo, sino que están ajustados también a los movimientos del adversario, aunque este punto (la regularidad), tan importante en toda clase de aparatos mecánicos, hubiese podido ser fácilmente resuelto limitando el tiempo concedido a los movimientos del adversario. Por ejemplo, si ese límite era de tres minutos, los movimientos del autómatas podrían tener lugar a intervalos cualesquiera, más largos de tres minutos. Por consiguiente, el hecho de la irregularidad, cuando la regularidad hubiera podido ser tan pronto conseguida, aporta la prueba de que carece de importancia en la acción del autómatas; en otras palabras: que el autómatas no es una pura máquina.

2.<sup>a</sup> Cuando el autómatas está a punto de mover una pieza, puede observarse un claro movimiento debajo mismo del hombro izquierdo, movimiento que agita de un modo leve el paño que recubre la parte delantera del hombro izquierdo. Este movimiento precede invariablemente en unos dos segundos al movimiento del brazo mismo; y el brazo no se mueve nunca, en ningún caso, sin ese movimiento preparatorio del hombro. Dejemos ahora que el adversario mueva una pieza, y que Maelzel ejecute el movimiento correspondiente, como de costumbre, sobre el tablero del autómatas. Dejemos que el adversario vigile de cerca al autómatas hasta descubrir ese movimiento preparatorio del hombro. En cuanto haya descubierto ese movimiento, y antes de que el brazo mismo lo inicie, dejemos que retire su pieza, como si advirtiera un error en su maniobra. Se verá entonces que el movimiento del brazo, que, en otros casos, sucede enseguida al del hombro, queda contenido, no se realiza, aunque Maelzel no haya efectuado aún sobre el tablero del autómatas ningún ademán correspondiente a la retirada del antagonista. En este caso, es evidente que el autómatas estaba a punto de hacer un movimiento, y que, si no lo ha hecho, ha sido por un efecto producido por la retirada del adversario y sin intervención alguna de Maelzel.

Este hecho prueba de lleno: 1.<sup>o</sup> Que la intervención de Maelzel ejecutando los movimientos del adversario sobre el tablero del autómatas no es esencial para los movimientos de este último; 2.<sup>o</sup> Que sus movimientos —los del

autómata— están regulados por la mente de alguna persona que ve el tablero del contrincante, y 3.º Que sus movimientos no están regulados por la mente de Maelzel, que se hallaba vuelto de espaldas hacia el adversario cuando éste efectuaba su movimiento de retirada.

3.ª El autómata no gana indefectiblemente la partida. Si la máquina fuese una pura máquina, no sería éste el caso y debería ganar siempre. Una vez descubierto el principio por el cual puede una máquina jugar una partida de ajedrez, la extensión del mismo principio debería hacerla capaz de ganar una partida y, en una mayor extensión, debería hacerla capaz de ganar todas las partidas, es decir, de vencer a cualquier adversario en una partida. Una ligera reflexión convencerá a quienquiera que sea de que no es más difícil, en lo que se refiere al principio de las operaciones necesarias, hacer una máquina que gane todas las partidas de hacer una que gane sólo una. Si, en consecuencia, consideramos el Jugador de Ajedrez como una máquina, debemos suponer (lo cual es muy improbable) que su inventor ha preferido dejarla incompleta a hacerla perfecta, suposición que resulta aún más absurda si pensamos que, dejándola incompleta, proporcionaría un argumento contra la posibilidad de que sea una pura máquina, y éste es el verdadero argumento que aducimos ahora.

4.ª Cuando la situación de la partida es difícil o compleja, no vemos nunca al turco agitar la cabeza o mover los ojos. Tan sólo lo hace cuando su movimiento próximo está muy claro o cuando la partida se halla en tales circunstancias que el hombre colocado dentro del autómata no tiene necesidad de reflexionar. Ahora bien: esos movimientos peculiares de la cabeza y de los ojos son habituales en las personas sumidas en meditación, y el ingenioso barón Kempelen habría adaptado esos movimientos (si la máquina fuera una pura máquina) a las ocasiones adecuadas para su exhibición, es decir, a las ocasiones de complejidad. Pero el caso que sucede es el inverso, y el inverso se ajusta precisamente a nuestra suposición de que hay un hombre en el interior. Cuando está sumido en meditación ante el juego, no tiene tiempo de pensar o de poner en movimiento el mecanismo del autómata por el cual mueve éste la cabeza y los ojos. Sin embargo, cuando el juego está claro, tiene tiempo de mirar a su alrededor, y por lo mismo, vemos agitarse la cabeza y girar los ojos.

5.ª Cuando se da vuelta a la máquina para permitir a los espectadores que examinen la espalda del turco, y cuando se levanta el paño y se abren las puertas del tronco y del muslo, el interior del primero se ve repleto de mecanismos. Examinando estos mecanismos mientras el autómata estaba en movimiento —es decir, mientras toda la máquina se movía sobre sus ruedecillas—, nos ha parecido que ciertas partes de la maquinaria cambiaban de forma y de posición hasta un grado demasiado grande para ser explicado

por las leyes de la perspectiva; y otros exámenes subsiguientes nos han convencido de que esas alteraciones sucesivas debían atribuirse a unos espejos colocados en el interior del tronco. La introducción de unos espejos en la maquinaria no puede tener por intención ejercer influencia alguna sobre la maquinaria misma. Su acción —sea la que sea— debe estar relacionada necesariamente con la mirada del espectador. De lo cual inferimos acto seguido que esos espejos estaban colocados para multiplicar ante la vista los diversos mecanismos del tronco de manera a dar la apariencia de que éste se halla lleno de mecanismos. La deducción directa de esto es que la máquina no es una pura máquina. Pues, si lo fuese, el inventor, lejos de desear que su mecanismo pareciera complejo y de emplear un engaño para darle esa apariencia, hubiera estado particularmente deseoso de convencer a los que presenciaban su exhibición de la sencillez de los medios por los cuales conseguía tan maravillosos resultados.

6.<sup>a</sup> El aspecto exterior, y sobre todo la actitud del turco, no son, si se los considera como imitaciones de la vida, más que unas imitaciones muy medianas. La fisonomía no revela inventiva, y es superada, en cuanto al parecido con la cara humana, por las más vulgares figuras de cera. Los ojos giran en la cabeza sin naturalidad, y sin los movimientos correspondientes de los labios o de las cejas. El brazo especialmente realiza sus operaciones de una manera demasiado rígida, desmañada, convulsiva y rectangular. Ahora bien: todo esto es el resultado de la ineptitud de Maelzel para hacerlo mejor, o de una negligencia intencionada —ya que hay que desear la negligencia accidental—, cuando vemos que todo el tiempo del ingenioso propietario está ocupado en perfeccionar sus máquinas. De fijo, no debemos atribuir a ineptitud ese aspecto carente de vida, pues todos los restantes autómatas de Maelzel prueban su perfecta habilidad para imitar los movimientos y particularidades de la vida con la más asombrosa exactitud. Sus volatineros, por ejemplo, son inimitables. Cuando el clown ríe, sus labios, sus ojos, sus cejas y párpados, todos los rasgos de su rostro, están realmente imbuidos de las expresiones apropiadas. En él y en su compañero cada gesto posee una soltura tan completa, está tan exento de todo vestigio de artificialidad, que, si no fuese por lo diminuto de su tamaño, y por el hecho de permitir que los espectadores se lo pasen de unos a otros antes de su exhibición en la cuerda, sería difícil convencer a cualquier reunión de personas de que esos autómatas de madera no son criaturas vivas. No podemos pues, dudar de la destreza de mister Maelzel, y debemos por fuerza suponer que él ha conseguido adrede el que su Jugador de Ajedrez siguiera teniendo la misma figura artificial y deshumanizada que el barón Kempelen (sin duda, también intencionadamente) le había dado en un principio. Es fácil de imaginar cuál era este propósito. Si el autómata imitase la vida en sus movimientos, el espectador se vería más inclinado a atribuir sus operaciones a su verdadera causa (es decir, a la acción

humana desde dentro) que lo está ahora, cuando las desmañadas y rectangulares maniobras inspiran la idea de una pura máquina sin ayuda alguna.

7.<sup>a</sup> Cuando, poco tiempo antes del comienzo de la partida, el autómeta es mostrado por el exhibidor como de costumbre, un oído familiarizado en cierto grado con los sonidos producidos por el funcionamiento de un sistema de maquinaria, no deja de descubrir instantáneamente que el eje que hace girar la llave en la caja del Jugador de Ajedrez no puede estar conectado con un peso ni con un muelle, ni con un mecanismo cualquiera. Por lo cual nuestra deducción es la misma que en nuestra última observación. La cuerda no es esencial para las operaciones del autómeta, y sólo la da el exhibidor con objeto de suscitar en los espectadores la falsa idea de un mecanismo.

8.<sup>a</sup> Cuando se le pregunta explícitamente a Maelzel: «¿Es el autómeta una pura máquina o no?», él responde en cada caso lo mismo: «No quiero decir nada sobre eso». Pues bien: la notoriedad del autómeta y la gran curiosidad que ha despertado en todas partes, se deben a la opinión predominante de que es una pura máquina más que a cualquier otra circunstancia. Naturalmente, el propietario tiene, por tanto, interés en presentarlo como una pura máquina. ¿Y qué medio más obvio y más eficaz puede haber para impresionar a los espectadores con esta idea deseada, que una declaración positiva y explícita a tal efecto? Por otra parte, ¿qué medio más obvio y más eficaz puede haber para provocar la incredulidad en que el autómeta sea una pura máquina que negar tal declaración explícita? Porque la gente razona, como es lógico, así: «Maelzel tiene interés en presentar la cosa como una pura máquina; se niega a hacerlo directamente con palabras, aunque no tiene escrúpulo y está, sin duda, ansioso de hacerlo indirectamente por sus actos; si fuese realmente tal como él quiere presentarlo con sus actos, aprovecharía gustoso el testimonio más directo de las palabras. La conclusión es que en la conciencia que él tiene de que la cosa no es una pura máquina está la razón de su silencio; sus actos no pueden complicarle en una falsedad, y sus palabras, sí».

9.<sup>a</sup> Cuando, al exhibir el interior de la caja, Maelzel ha abierto la puerta número 1, y también la que está inmediatamente detrás, coloca una bujía encendida en la puerta de atrás (como antes hemos dicho) y mueve toda la máquina de un lado para otro con el propósito de convencer a la reunión de que el armario número 1 está lleno en absoluto de mecanismos. Cuando la máquina es movida así, resulta visible, para un observador atento, que mientras la parte de la maquinaria próxima a la puerta número 1 permanece perfectamente firme e inmovible, la parte posterior oscila de modo muy leve con los movimientos de la máquina. Esta circunstancia fue la que primero suscitó en nosotros la sospecha de que la parte más distante de la maquinaria estaba dispuesta de modo que resbalase con facilidad en masa desde su

posición cuando el caso lo requiriese. Este caso, como ya hemos declarado, se presenta cuando el hombre escondido dentro coloca su cuerpo en una postura erguida después de cerrada la puerta de detrás.

10.<sup>a</sup> Sir David Brewster afirma que la figura del turco es de tamaño natural, aunque, en realidad, supera con mucho el tamaño ordinario. Nada más fácil que errar en nuestras nociones de magnitud. El cuerpo del autómatas está de ordinario aislado, y no teniendo medios inmediatos para compararlo con ninguna forma humana, nos permitimos considerarlo como si tuviese unas dimensiones ordinarias. Sin embargo, este error puede corregirse observando al Jugador del Ajedrez cuando, como sucede algunas veces, el exhibidor se acerca a él. Seguramente, mister Maelzel, no es muy alto; pero cuando se aproxima a la máquina, su cabeza resulta estar a dieciocho pulgadas lo menos por debajo de la cabeza del turco, aunque este último, como se recordará, está en postura sedente.

11.<sup>a</sup> La caja detrás de la cual está colocado el autómatas tiene justos tres pies seis pulgadas de largo por dos pies cuatro pulgadas de profundidad y dos pies seis pulgadas de alto. Estas dimensiones son muy suficientes para el acomodo de un hombre de un tamaño muy por encima del normal, y el compartimiento principal sólo es de una capacidad que le permite contener un hombre ordinario en la posición que hemos indicado, y que puede ser la adoptada por la persona escondida. Como éstos son los hechos, y quienquiera que los ponga en duda puede comprobarlos enseguida con el cálculo, nos parece innecesario insistir sobre ellos. Sugeriremos únicamente que aunque el remate de la caja sea en apariencia una tabla de unas tres pulgadas de espesor, el espectador puede convencerse agachándose para mirar por debajo mientras el compartimiento principal está abierto, y ver que es, en realidad, muy delgada. Puede ser también juzgada con error la altura del cajón por quienes la examinen de un modo muy precipitado. Hay un espacio de tres pulgadas o cosa así entre la parte superior del cajón tal como se ve desde fuera y el fondo del armario, un espacio que debe ser incluido en la altura del cajón. Estos artificios, que hacen que el espacio comprendido en la caja parezca menos grande, se relacionan con el propósito, por parte del inventor, de impresionar a la reunión con una falsa idea, a saber: que ningún ser humano puede acomodarse dentro de la caja.

12.<sup>a</sup> El interior del compartimiento principal está forrado de tela. Suponemos que esta tela tiene un doble objeto. Una parte de ella puede formar, cuando está muy tirante, las únicas divisiones que sea necesario modificar durante los cambios de posición del hombre, a saber: la división entre la pared posterior del compartimiento principal y la pared posterior del armario número 1, y luego entre el compartimiento principal y el espacio de detrás del cajón cuando está abierto. De imaginar que es éste el caso, la

dificultad de mover las divisiones desaparece al punto, sí es que realmente puede suponerse que exista tal dificultad en alguna ocasión. El segundo objeto de la tela es amortiguar y hacer confusos todos los ruidos ocasionados por los movimientos de la persona que está dentro.

13.<sup>a</sup> El adversario (como hemos observado antes) no puede jugar en el tablero del autómeta, pero está sentado a cierta distancia de la máquina. La razón que nos darían, probablemente, de esta circunstancia, es que si el adversario estuviese colocado de otra manera, su persona se interpondría entre la máquina y el espectador, y quitaría a este último vista. Pero tal dificultad podría obviarse fácilmente, bien elevando los asientos de la reunión o bien volviendo hacia ella el extremo de la caja durante la partida. La verdadera causa de esta restricción es acaso muy diferente. Si el adversario se encontrase sentado en contacto con la caja estaría expuesto a ser descubierto el secreto al captar un oído fino el ruido de la respiración del hombre escondido.

14.<sup>a</sup> Aunque mister Maelzel, al mostrar el interior de la máquina, se aparte algunas veces de la rutina que hemos indicado, nunca, en ningún caso, se aparta tanto de ella como para imposibilitar nuestra solución. Por ejemplo, se le ha visto abrir lo primero de todo el cajón, pero nunca abrir el compartimiento principal sin cerrar antes la puerta posterior del armario número 1; nunca abre el compartimiento principal sin sacar primero el cajón, ni cierra nunca el cajón sin cerrar antes el compartimiento principal; no abre nunca la puerta posterior del armario número 1 estando abierto el compartimiento principal, y la partida de ajedrez no comienza jamás hasta que toda la máquina está cerrada. Ahora bien: si se observa que nunca, ni en un solo caso, se aparta mister Maelzel de la rutina que hemos señalado como necesaria a nuestra solución, es éste uno de los argumentos más poderosos que la corroboran; pero el argumento resulta reforzado hasta lo infinito si hemos de considerar debidamente la circunstancia de que, si él se aparta algunas veces de la rutina, no se aparta nunca tanto como para imposibilitar la solución.

15.<sup>a</sup> Durante la exhibición hay seis bujías sobre la mesa del autómeta. Y surge, por supuesto, la pregunta: «¿Por qué emplear tantas, cuando una sola bujía, o todo lo más dos, serían ampliamente suficientes para proporcionar a los espectadores una visión clara del tablero, en una sala, por otra parte, tan bien iluminada como lo está siempre esa sala, cuando, además, si imaginamos que la máquina es una pura máquina, no hay necesidad de tanta luz, o en realidad, de ninguna, para permitirle a él efectuar sus operaciones, y cuando, sobre todo, hay una sola bujía colocada sobre la mesa del adversario?». La primera y más obvia deducción es que se necesita una luz tan fuerte para que pueda el hombre ver a través de la materia transparente (gasa fina, lo más probable) que forma el pecho del turco. Pero, cuando examinamos la

disposición de las bujías, se nos presenta desde luego otra razón. Hay seis bujías (como hemos dicho antes) en total. Tres de ellas están a cada lado de la figura. Las más alejadas de los espectadores son las más largas; las de en medio, dos pulgadas, aproximadamente, más cortas, y las más cercanas al público, unas dos pulgadas más cortas aún; las bujías colocadas en un lado diferente, más en alto de las colocadas en el opuesto, en una proporción de dos pulgadas: es decir, que la bujía más larga de uno de los lados es unas tres pulgadas más corta que la más larga del otro, y así sucesivamente. Se ve, pues, que no hay dos bujías de la misma altura, y también aumenta en alto grado la dificultad de comprobar la materia del pecho de la figura (contra la que está en particular dirigida la luz) por el efecto deslumbrador del complicado cruce de los rayos, cruce que se produce al colocar todos los centros de irradiación a diferentes niveles.

16.<sup>a</sup> Mientras el Jugador de Ajedrez estuvo en poder del barón Kempelen, se observó más de una vez, primero, que un italiano del séquito del barón no estaba nunca visible durante una partida jugada por el turco, y segundo, que cuando cayó gravemente enfermo este italiano, fue interrumpida la exhibición hasta que curó. Este italiano declaraba una ignorancia total del juego del ajedrez, aunque todos los restantes del séquito jugasen bien. Análogas observaciones se han hecho desde que el autómeta ha sido adquirido por Maelzel. Hay un hombre, Schlumberger, que le acompaña dondequiera que vaya, pero que no tiene otra ocupación conocida que la de ayudarle a embalar y a desembalar el autómeta. Este hombre viene a ser de una talla mediana y tiene los hombros notablemente encorvados. No sabemos si declara saber jugar al ajedrez o no. Pero es de todo punto cierto que no se le ha visto nunca durante la exhibición del Jugador de Ajedrez, aunque se le vea con frecuencia precisamente antes y precisamente después de la exhibición. Además, hace algunos años, Maelzel visitó Richmond con sus autómetas y los exhibió, creemos, en la casa que ocupa ahora monsieur Bossieux con una academia de baile. Schlumberger cayó de repente enfermo, y durante su enfermedad no se efectuó ninguna exhibición del Jugador de Ajedrez. Estos hechos son conocidos por muchos conciudadanos nuestros. La razón explicativa de la suspensión de las representaciones del Jugador de Ajedrez no fue la enfermedad de Schlumberger. Dejamos las deducciones de todo esto, sin más comentario, al lector.

17.<sup>a</sup> El turco juega con su brazo izquierdo. Una circunstancia tan notable no puede ser accidental. Brewster no le da a esto la menor importancia, limitándose, según creemos, a hacer constar el hecho. Los más recientes autores de tratados sobre el autómeta parecen no haber observado ese detalle ni por asomo, y no hacen referencia a él. El autor del folleto citado por Brewster lo menciona, pero reconoce su incapacidad para explicarlo. No obstante, es evidente que de tales relevantes discrepancias o incongruencias se

pueden hacer deducciones (si es posible hacerlas en absoluto) que nos conduzcan a la verdad.

La circunstancia de que el autómatas juegue con su mano izquierda puede no tener relación con las operaciones de la máquina, considerada simplemente como tal. Cualquier dispositivo mecánico que hiciera mover de cualquier manera dada el brazo izquierdo de la figura, podría, a la inversa, hacerle mover de igual modo el derecho. Pero estos principios no pueden extenderse hasta la organización humana, donde existe una marcada y radical diferencia en la conformación y, en todo caso, en las facultades de los brazos derecho e izquierdo. Reflexionando sobre este último hecho, relacionamos, como es natural, la incongruencia evidente del Jugador de Ajedrez con la particularidad de la organización humana. Y entonces hemos de imaginar una especie de inversión, pues el Jugador de Ajedrez juega precisamente como no jugaría un hombre. Estas ideas, una vez aceptadas, bastan para sugerirnos la noción de un hombre escondido dentro. Unos cuantos pasos imperceptibles más nos conducirán, por fin, al resultado. El autómatas juega con su brazo izquierdo porque en esas circunstancias el hombre de dentro sólo puede jugar con el suyo derecho, un desiderátum lógico. Imaginemos, por ejemplo, que el autómatas jugase con su brazo derecho. Para llegar al mecanismo que mueve el brazo, y que, como hemos explicado antes, está justamente debajo del hombro, sería necesario que el hombre de dentro utilizara su brazo derecho en una postura sumamente molesta y embarazosa (a saber: levantándolo contra su cuerpo, estrechamente oprimido entre éste y el costado del autómatas), o que utilizase su brazo izquierdo, doblándolo sobre su pecho. En ningún caso obraría con la requerida facilidad o precisión. Por el contrario, jugando el autómatas, como lo hace actualmente, con el brazo izquierdo, desaparecen todas esas dificultades. El brazo derecho del hombre de dentro se dobla sobre su pecho, y los dedos de su mano derecha actúan, sin constricción alguna, sobre el mecanismo del hombro de la figura.

No creemos que pueda presentarse objeción alguna razonable contra esta solución del autómatas Jugador de Ajedrez.

## **EL POZO Y EL PÉNDULO**

Estaba agotado, agotado hasta no poder más, por aquella larga agonía. Cuando, por último, me desataron y pude sentarme, noté que perdía el conocimiento. La sentencia, la espantosa sentencia de muerte, fue la última frase claramente acentuada que llegó a mis oídos. Luego, el sonido de las voces de los inquisidores me pareció que se apagaba en el indefinido zumbido

de un sueño. El ruido aquel provocaba en mi espíritu una idea de rotación, quizá a causa de que lo asociaba en mis pensamientos con una rueda de molino. Pero aquello duró poco tiempo, porque, de pronto, no oí nada más. No obstante, durante algún rato pude ver, pero ¡con qué terrible exageración! Veía los labios de los jueces vestidos de negro: eran blancos, más blancos que la hoja de papel sobre la que estoy escribiendo estas palabras; y delgados hasta lo grotesco, adelgazados por la intensidad de su dura expresión, de su resolución inexorable, del riguroso desprecio al dolor humano. Veía que los decretos de lo que para mí representaba el Destino salían aún de aquellos labios. Los vi retorcerse en una frase mortal; les vi pronunciar las sílabas de mi nombre, y me estremecí al ver que el sonido no seguía al movimiento.

Durante varios momentos de espanto frenético vi también la blanda y casi imperceptible ondulación de las negras colgaduras que cubrían las paredes de la sala, y mi vista cayó entonces sobre los siete grandes hachones que se habían colocado sobre la mesa. Tomaron para mí, al principio, el aspecto de la caridad, y los imaginé ángeles blancos y esbeltos que debían salvarme. Pero entonces, y de pronto, una náusea mortal invadió mi alma, y sentí que cada fibra de mi ser se estremecía como si hubiera estado en contacto con el hilo de una batería galvánica. Y las formas angélicas convertíanse en insignificantes espectros con cabeza de llama, y claramente comprendí que no debía esperar de ellos auxilio alguno. Entonces, como una magnífica nota musical, se insinuó en mi imaginación la idea del inefable reposo que nos espera en la tumba. Llegó suave, furtivamente; creo que necesité un gran rato para apreciarla por completo. Pero en el preciso instante en que mi espíritu comenzaba a sentir claramente esa idea, y a acariciarla, las figuras de los jueces se desvanecieron como por arte de magia; los grandes hachones se redujeron a la nada; sus llamas se apagaron por completo, y sobrevino la negrura de las tinieblas; todas las sensaciones parecieron desaparecer como en una zambullida loca y precipitada del alma en el Hades. Y el Universo fue sólo noche, silencio, inmovilidad.

Estaba desvanecido. Pero, no obstante, no puedo decir que hubiese perdido la conciencia del todo. La que me quedaba, no intentaré definirla, ni describirla siquiera. Pero, en fin, todo no estaba perdido. En medio del más profundo sueño..., ¡no! En medio del delirio..., ¡no! En medio del desvanecimiento..., ¡no! En medio de la muerte..., ¡no! Si fuera de otro modo, no habría salvación para el hombre. Cuando nos despertamos del más profundo sueño, rompemos la telaraña de algún sueño. Y, no obstante, un segundo más tarde es tan delicado este tejido, que no recordamos haber soñado.

Dos grados hay, al volver del desmayo a la vida: el sentimiento de la existencia moral o espiritual y el de la existencia física. Parece probable que

si, al llegar al segundo grado, hubiéramos de evocar las impresiones del primero, volveríamos a encontrar todos los recuerdos elocuentes del abismo trasmundano. ¿Y cuál es ese abismo? ¿Cómo, al menos, podremos distinguir sus sombras de las de la tumba? Pero si las impresiones de lo que he llamado primer grado no acuden de nuevo al llamamiento de la voluntad, no obstante, después de un largo intervalo, ¿no aparecen sin ser solicitadas, mientras, maravillados, nos preguntamos de dónde proceden? Quien no se haya desmayado nunca no descubrirá extraños palacios y casas singularmente familiares entre las ardientes llamas; no será el que contemple, flotando en el aire, las visiones melancólicas que el vulgo no puede vislumbrar; no será el que medite sobre el perfume de alguna flor desconocida, ni el que se perderá en el misterio de alguna melodía que nunca hubiese llamado su atención hasta entonces.

En medio de mis repetidos e insensatos esfuerzos, en medio de mi enérgica tenacidad en recoger algún vestigio de ese estado de vacío, hubo instantes en que soñé triunfar. Tuve momentos breves, brevísimos, en que he llegado a condensar recuerdos que en épocas posteriores mi razón lúcida me ha afirmado no poder referirse sino a ese estado en que parece aniquilada la conciencia. Muy confusamente me presentan esas sombras de recuerdos grandes figuras que me levantaban, transportándome silenciosamente hacia abajo, aún más hacia abajo, cada vez más abajo, hasta que me invadió un vértigo espantoso a la simple idea del infinito en descenso.

También me recuerdan no sé qué vago espanto que experimentaba el corazón, precisamente a causa de la calma sobrenatural de ese corazón. Luego, el sentimiento de una repentina inmovilidad en todo lo que me rodeaba, como si quienes me llevaban, un cortejo de espectros, hubieran pasado, al descender, los límites de lo ilimitado, y se hubiesen detenido, vencidos por el hastío infinito de su tarea. Recuerda mi alma más tarde una sensación de insipidez y de humedad; después, todo no es más que locura, la locura de una memoria que se agita en lo abominable.

De pronto vuelven a mi alma un movimiento y un sonido: el movimiento tumultuoso del corazón y el rumor de sus latidos. Luego, un intervalo en el que todo desaparece. Luego, el sonido de nuevo, el movimiento y el tacto, como una sensación vibrante penetradora de mi ser. Después la simple conciencia de mi existencia sin pensamiento, sensación que duró mucho. Luego, bruscamente, el pensamiento de nuevo, un temor que me producía escalofríos y un esfuerzo ardiente por comprender mi verdadero estado. Después, un vivo afán de caer en la insensibilidad. Luego, un brusco renacer del alma y una afortunada tentativa de movimiento. Entonces, el recuerdo completo del proceso, de los negros tapices, de la sentencia, de mi debilidad, de mi desmayo. Y el olvido más completo en torno a lo que ocurrió más tarde.

Únicamente después, y gracias a la constancia más enérgica, he logrado recordarlo vagamente.

No había abierto los ojos hasta ese momento. Pero sentía que estaba tendido de espaldas y sin ataduras. Extendí la mano y pesadamente cayó sobre algo húmedo y duro. Durante algunos minutos la dejé descansar así, haciendo esfuerzos por adivinar dónde podía encontrarme y lo que había sido de mí. Sentía una gran impaciencia por hacer uso de mis ojos, pero no me atreví. Tenía miedo de la primera mirada sobre las cosas que me rodeaban. No es que me aterrorizara contemplar cosas horribles, sino que me aterraba la idea de no ver nada.

A la larga, con una loca angustia en el corazón, abrí rápidamente los ojos. Mi espantoso pensamiento hallábase, pues, confirmado. Me rodeaba la negrura de la noche eterna. Me parecía que la intensidad de las tinieblas me oprimía y me sofocaba. La atmósfera era intolerablemente pesada. Continué acostado tranquilamente e hice un esfuerzo por emplear mi razón. Recordé los procedimientos inquisitoriales, y, partiendo de esto, procuré deducir mi posición verdadera. Había sido pronunciada la sentencia, y me parecía que desde entonces había transcurrido un largo intervalo de tiempo. No obstante, ni un solo momento imaginé que estuviera realmente muerto.

A pesar de todas las ficciones literarias, semejante idea es absolutamente incompatible con la existencia real. Pero ¿dónde me encontraba y cuál era mi estado? Sabía que los condenados a muerte morían con frecuencia en los autos de fe. La misma tarde del día de mi juicio habíase celebrado una solemnidad de especie. ¿Me habían llevado, acaso, de nuevo a mi calabozo para aguardar en él el próximo sacrificio que había de celebrarse meses más tarde? Desde el principio comprendí que esto no podía ser. Inmediatamente había sido puesto en requerimiento el contingente de víctimas. Por otra parte, mi primer calabozo, como todas las celdas de los condenados, en Toledo, estaba empedrado y había en él alguna luz.

Repentinamente, una horrible idea aceleró mi sangre en torrentes hacia mi corazón, y durante unos instantes caí de nuevo en mi insensibilidad. Al volver en mí, de un solo movimiento me levanté sobre mis pies, temblando convulsivamente en cada fibra. Desatinadamente, extendí mis brazos por encima de mi cabeza y a mi alrededor, en todas direcciones. No sentí nada. No obstante, temblaba a la idea de dar un paso, pero me daba miedo tropezar contra los muros de mi tumba. Brotaba el sudor por todos mis poros, y en gruesas gotas frías se detenía sobre mi frente. A la larga, se me hizo intolerable la agonía de la incertidumbre y avancé con precaución, extendiendo los brazos y con los ojos fuera de sus órbitas, con la esperanza de hallar un débil rayo de luz. Di algunos pasos, pero todo estaba vacío y negro. Respiré con mayor libertad. Por fin, me pareció evidente que el destino que me habían reservado

no era el más espantoso de todos.

Y entonces, mientras precavidamente continuaba avanzando, se confundían en masa en mi memoria mil vagos rumores que sobre los horrores de Toledo corrían. Sobre esos calabozos contábanse cosas extrañas. Yo siempre había creído que eran fábulas; pero, sin embargo, eran tan extraños, que sólo podían repetirse en voz baja. ¿Debía morir yo de hambre, en aquel subterráneo mundo de tinieblas, y qué muerte más terrible quizá me esperaba? Puesto que conocía demasiado bien el carácter de mis jueces, no podía dudar de que el resultado era la muerte, y una muerte de una amargura escogida. Lo que sería, y la hora de su ejecución, era lo único que me preocupaba y me aturdí.

Mis extendidas manos encontraron, por último, un sólido obstáculo. Era una pared que parecía construida de piedra, muy lisa, húmeda y fría. La fui siguiendo de cerca, caminando con la precavida desconfianza que me habían inspirado ciertas narraciones antiguas. Sin embargo, esta operación no me proporcionaba medio alguno para examinar la dimensión de mi calabozo, pues podía dar la vuelta y volver al punto de donde había partido sin darme cuenta de lo perfectamente igual que parecía la pared. En vista de ello busqué el cuchillo que guardaba en uno de mis bolsillos cuando fui conducido al tribunal. Pero había desaparecido, porque mis ropas habían sido cambiadas por un traje de grosera estameña.

Con objeto de comprobar perfectamente mi punto de partida, había pensado clavar la hoja en alguna pequeña grieta de la pared. Sin embargo, la dificultad era bien fácil de ser solucionada, y, no obstante, al principio, debido al desorden de mi pensamiento, me pareció insuperable. Rasgué una tira de la orla de mi vestido y la coloqué en el suelo en toda su longitud, formando un ángulo recto con el muro. Recorriendo a tientas mi camino en torno a mi calabozo, al terminar el circuito tendría que encontrar el trozo de tela. Por lo menos, esto era lo que yo creía; pero no había tenido en cuenta ni las dimensiones de la celda ni mi debilidad. El terreno era húmedo y resbaladizo. Tambaleándome, anduve durante algún rato. Después tropecé y caí. Mi gran cansancio me decidió a continuar tumbado, y no tardó el sueño en apoderarse de mí en aquella posición.

Al despertarme y alargar el brazo hallé a mi lado un pan y un cántaro con agua. Estaba demasiado agotado para reflexionar en tales circunstancias, y bebí y comí ávidamente. Tiempo más tarde reemprendí mi viaje en torno a mi calabozo, y trabajosamente logré llegar al trozo de estameña. En el momento de caer había contado ya cincuenta y dos pasos, y desde que reanudé el camino hasta encontrar la tela, cuarenta y ocho. De modo que medía un total de cien pasos, y suponiendo que dos de ellos constituyeran una yarda, calculé en unas cincuenta yardas la circunferencia de mi calabozo. Sin embargo, había

tropezado con numerosos ángulos en la pared, y esto impedía el conjeturar la forma de la cueva, pues no había duda alguna de que aquello era una cueva.

No ponía gran interés en aquellas investigaciones, y con toda seguridad estaba desalentado. Pero una vaga curiosidad me impulsó a continuarlas. Dejando la pared, decidí atravesar la superficie de mi prisión. Al principio procedí con extrema precaución, pues el suelo, aunque parecía ser de una materia dura, era traidor por el limo que en él había. No obstante, al cabo de un rato logré animarme y comencé a andar con seguridad, procurando cruzarlo en línea recta.

De esta forma avancé diez o doce pasos, cuando el trozo rasgado que quedaba de orla se me enredó entre las piernas, haciéndome caer de bruces violentamente.

En la confusión de mi caída no noté al principio una circunstancia no muy sorprendente y que, no obstante, segundos después, hallándome todavía en el suelo, llamó mi atención. Mi barbilla apoyábase sobre el suelo del calabozo, pero mis labios y la parte superior de la cabeza, aunque parecían colocados a menos altura que la barbilla, no descansaban en ninguna parte. Me pareció, al mismo tiempo, que mi frente se empapaba en un vapor viscoso y que un extraño olor a setas podridas llegaba hasta mi nariz. Alargué el brazo y me estremecí descubriendo que había caído al borde mismo de un pozo circular cuya extensión no podía medir en aquel momento. Tocando las paredes precisamente debajo del brocal, logré arrancar un trozo de piedra y la dejé caer en el abismo. Durante algunos segundos presté atención a sus rebotes. Chocaba en su caída contra las paredes del pozo. Lúgubrementemente, se hundió por último en el agua, despertando ecos estridentes. En el mismo instante dejé oír un ruido sobre mi cabeza, como de una puerta abierta y cerrada casi al mismo tiempo, mientras un débil rayo de luz atravesaba repentinamente la oscuridad y se apagaba enseguida.

Con toda claridad vi la suerte que se me preparaba, y me felicité por el oportuno accidente que me había salvado. Un paso más, y el mundo no me hubiera vuelto a ver. Aquella muerte, evitada a tiempo, tenía ese mismo carácter que había yo considerado como fabuloso y absurdo en las historias que sobre la Inquisición había oído contar. Las víctimas de su tiranía no tenían otra alternativa que la muerte, con sus crueles agonías físicas o con sus abominables torturas morales. Esta última fue la que me había sido reservada. Mis nervios estaban abatidos por un largo sufrimiento, hasta el punto que me hacía temblar el sonido de mi propia voz, y me consideraba por todos motivos una víctima excelente para la clase de tortura que me aguardaba.

Temblando, retrocedí a tientas hasta la pared, decidido a dejarme morir antes que afrontar el horror de los pozos que en las tinieblas de la celda

multiplicaba mi imaginación. En otra situación de ánimo hubiese tenido el suficiente valor para concluir con mis miserias de una sola vez, lanzándome a uno de aquellos abismos; pero en aquellos momentos era yo el más perfecto de los cobardes. Por otra parte, me era imposible olvidar lo que había leído con respecto a aquellos pozos, de los que se decía que la extinción repentina de la vida era una esperanza cuidadosamente excluida por el genio infernal de quien los había concebido.

Durante algunas horas me tuvo despierto la agitación de mi ánimo. Pero, por último, me adormecí de nuevo. Al despertarme, como la primera vez, hallé a mi lado un pan y un cántaro de agua. Me consumía una sed abrasadora, y de un trago vacié el cántaro. Algo debía de tener aquella agua, pues apenas bebí sentí unos irresistibles deseos de dormir. Caí en un sueño profundo parecido al de la muerte. No he podido saber nunca cuánto tiempo duró; pero, al abrir los ojos, pude distinguir los objetos que me rodeaban. Gracias a una extraña claridad sulfúrea, cuyo origen no pude descubrir al principio, podía ver la magnitud y aspecto de mi cárcel.

Me había equivocado mucho con respecto a sus dimensiones. Las paredes no podían tener más de veinticinco yardas de circunferencia. Durante unos minutos, ese descubrimiento me turbó grandemente, turbación en verdad pueril, ya que, dadas las terribles circunstancias que me rodeaban, ¿qué cosa menos importante podía encontrar que las dimensiones de mi calabozo? Pero mi alma ponía un interés extraño en las cosas nimias, y tenazmente me dediqué a darme cuenta del error que había cometido al tomar las medidas de aquel recinto. Por último se me apareció como un relámpago la luz de la verdad. En mi primera exploración había contado cincuenta y dos pasos hasta el momento de caer. En ese instante debía encontrarme a uno o dos pasos del trozo de tela. Realmente, había efectuado casi el circuito de la cueva. Entonces me dormí, y al despertarme, necesariamente debí de volver sobre mis pasos, creando así un circuito casi doble del real. La confusión de mi cerebro me impidió darme cuenta de que había empezado la vuelta con la pared a mi izquierda y que la terminaba teniéndola a la derecha.

También me había equivocado por lo que respecta a la forma del recinto. Tanteando el camino, había encontrado varios ángulos, deduciendo de ello la idea de una gran irregularidad; tan poderoso es el efecto de la oscuridad absoluta sobre el que sale de un letargo o de un sueño. Los ángulos eran, sencillamente, producto de leves depresiones o huecos que se encontraban a intervalos desiguales. La forma general del recinto era cuadrada. Lo que creía mampostería parecía ser ahora hierro u otro metal dispuesto en enormes planchas, cuyas suturas y juntas producían las depresiones.

Toda la superficie de aquella construcción metálica estaba embadurnada groseramente con toda clase de emblemas horrorosos y repulsivos, nacidos de

la superstición sepulcral de los frailes. Figuras de demonios con amenazadores gestos, con formas de esqueleto y otras imágenes de horror más realista, llenaban en toda su extensión las paredes. Me di cuenta de que los contornos de aquellas monstruosidades estaban suficientemente claros, pero que los colores parecían manchados y estropeados por efecto de la humedad del ambiente. Vi entonces que el suelo era de piedra. En su centro había un pozo circular, de cuya boca había yo escapado, pero no vi que hubiese alguno más en el calabozo.

Todo esto lo vi confusamente y no sin esfuerzo, pues mi situación física había cambiado mucho durante mi sueño. Ahora, de espaldas, estaba acostado cuan largo era sobre una especie de armadura de madera muy baja. Estaba atado con una larga tira que parecía de cuero. Enrollábase en distintas vueltas en torno a mis miembros y a mi cuerpo, dejando únicamente libres mi cabeza y mi brazo izquierdo. Sin embargo, tenía que hacer un violento esfuerzo para alcanzar el alimento que contenía un plato de barro que habían dejado a mi lado sobre el suelo. Con verdadero terror me di cuenta de que el cántaro había desaparecido, y digo con terror porque me devoraba una sed intolerable. Creí entonces que el plan de mis verdugos consistía en exasperar esta sed, puesto que el alimento que contenía el plato era una carne cruelmente salada.

Levanté los ojos y examiné el techo de mi prisión. Hallábase a una altura de treinta o cuarenta pies y parecíase mucho, por su construcción, a las paredes laterales. En una de sus caras llamó mi atención una figura de las más singulares. Era una representación pintada del Tiempo, tal como se acostumbra representarle, pero en lugar de la guadaña tenía un objeto que a primera vista creí se trataba de un enorme péndulo como los de los relojes antiguos. No obstante, algo había en el aspecto de aquella máquina que me hizo mirarla con más detención.

Mientras la observaba directamente, mirando hacia arriba, pues hallábase colocada exactamente sobre mi cabeza, me pareció ver que se movía. Un momento después se confirmaba mi idea. Su balanceo era corto y, por tanto, muy lento. No sin cierta desconfianza, y, sobre todo, con extrañeza, la observé durante unos minutos. Cansado, al cabo, de vigilar su fastidioso movimiento, volví mis ojos a los demás objetos de la celda.

Un ruido leve atrajo mi atención. Miré al suelo y vi algunas enormes ratas que lo cruzaban. Habían salido del pozo que yo podía distinguir a mi derecha. En ese instante, mientras las miraba, subieron en tropel, a toda prisa, con voraces ojos y atraídas por el olor de la carne. Me costó gran esfuerzo y atención apartarlas.

Transcurrió media hora, tal vez una hora —pues apenas imperfectamente podía medir el tiempo—, cuando, de nuevo, levanté los ojos sobre mí. Lo que

entonces vi me dejó atónito y sorprendido. El camino del péndulo había aumentado casi una yarda, y, como consecuencia natural, su velocidad era también mucho mayor. Pero, principalmente, lo que más me impresionó fue la idea de que había descendido visiblemente. Puede imaginarse con qué espanto observé entonces que su extremo inferior estaba formado por media luna de brillante acero, que, aproximadamente, tendría un pie de largo de un cuerno a otro. Los cuernos estaban dirigidos hacia arriba, y el filo inferior, evidentemente afilado como una navaja barbera. También parecía una navaja barbera, pesado y macizo, y ensanchábase desde el filo en una forma ancha y sólida. Se ajustaba a una gruesa varilla de cobre, y todo ello silbaba moviéndose en el espacio.

Ya no había duda alguna con respecto a la suerte que me había preparado la horrible ingeniosidad monacal. Los agentes de la Inquisición habían previsto mi descubrimiento del pozo; del pozo, cuyos horrores habían sido reservados para un hereje tan temerario como yo; del pozo, imagen del infierno, considerado por la opinión como la Última Tule de todos los castigos. El más fortuito de los accidentes me había salvado de caer en él, y yo sabía que el arte de convertir el suplicio en un lazo y una sorpresa constituía una rama importante de aquel sistema fantástico de ejecuciones misteriosas. Por lo visto, habiendo fracasado mi caída en el pozo, no figuraba en el demoníaco plan arrojarme a él. Por tanto, estaba destinado, y en este caso sin ninguna alternativa, a una muerte distinta y más dulce. ¡Más dulce! En mi agonía, pensando en el uso singular que yo hacía de esta palabra, casi sonreí.

¿Para qué contar las largas, las interminables horas de horror, más que mortales, durante las que conté las vibrantes oscilaciones del acero? Pulgada a pulgada, línea a línea, descendía gradualmente, efectuando un descenso sólo apreciable a intervalos, que eran para mí más largos que siglos. Y cada vez más, cada vez más, seguía bajando, bajando.

Pasaron días, tal vez muchos días, antes de que llegase a balancearse lo suficientemente cerca de mí para abanicarme con su aire acre. Hería mi olfato el olor del acero afilado. Rogué al Cielo, cansándolo con mis súplicas, que hiciera descender más rápidamente el acero. Enloquecí, me volví frenético, hice esfuerzos para incorporarme e ir al encuentro de aquella espantosa y movable cimitarra. Y luego, de pronto, se apoderó de mí una gran calma y permanecí tendido, sonriendo a aquella muerte brillante, como podría sonreír un niño a un juguete precioso.

Transcurrió luego un instante de perfecta insensibilidad. Fue un intervalo muy corto. Al volver a la vida no me pareció que el péndulo hubiera descendido una altura apreciable. No obstante, es posible que aquel tiempo hubiese sido larguísimo. Yo sabía que existían seres infernales que tomaban nota de mi desvanecimiento y que a su capricho podían detener la vibración.

Al volver en mí, sentí un malestar y una debilidad indecibles, como resultado de una enorme inanición. Aun entre aquellas angustias, la naturaleza humana suplicaba el sustento. Con un esfuerzo penoso, extendí mi brazo izquierdo tan lejos como mis ligaduras me lo permitían, y me apoderé de un pequeño sobrante que las ratas se habían dignado dejarme. Al llevarme un pedazo a los labios, un informe pensamiento de extraña alegría, de esperanza, se alojó en mi espíritu. No obstante, ¿qué había de común entre la esperanza y yo? Repito que se trataba de un pensamiento informe. Con frecuencia tiene el hombre pensamientos así, que nunca se completan. Me di cuenta de que se trataba de un pensamiento de alegría, de esperanza, pero comprendí también que había muerto al nacer. Me esforcé inútilmente en completarlo, en recobrarlo. Mis largos sufrimientos habían aniquilado casi por completo las ordinarias facultades de mi espíritu. Yo era un imbécil, un idiota.

La oscilación del péndulo se efectuaba en un plano que formaba ángulo recto con mi cuerpo. Vi que la cuchilla había sido dispuesta de modo que atravesara la región del corazón. Rasgaría la tela de mi traje, volvería luego y repetiría la operación una y otra vez. A pesar de la gran dimensión de la curva recorrida —unos treinta pies, más o menos— y la silbante energía de su descenso, que incluso hubiera podido cortar aquellas murallas de hierro, todo cuanto podía hacer, en resumen, y durante algunos minutos, era rasgar mi traje.

Y en este pensamiento me detuve. No me atrevía a ir más allá de él. Insistí sobre él con una sostenida atención, como si con esta insistencia hubiera podido parar allí el descenso de la cuchilla. Empecé a pensar en el sonido que produciría ésta al pasar sobre mi traje, y en la extraña y penetrante sensación que produce el roce de la tela sobre los nervios. Pensé en todas esas cosas, hasta que los dientes me rechinaron.

Más bajo, más bajo aún. Deslizábase cada vez más bajo. Yo hallaba un placer frenético en comparar su velocidad de arriba abajo con su velocidad lateral. Ahora, hacia la derecha; ahora, hacia la izquierda. Después se iba lejos, lejos, y volvía luego, con el chillido de un alma condenada, hasta mi corazón con el andar furtivo del tigre. Yo aullaba y reía alternativamente, según me dominase una u otra idea.

Más bajo, invariablemente, inexorablemente más bajo. Movíase a tres pulgadas de mi pecho. Furiosamente, intenté libertar con violencia mi brazo izquierdo. Estaba libre solamente desde el codo hasta la mano. Únicamente podía mover la mano desde el plato que habían colocado a mi lado hasta mi boca; sólo esto, y con un gran esfuerzo. Si hubiera podido romper las ligaduras por encima del codo, hubiese cogido el péndulo e intentado detenerlo, lo que hubiera sido como intentar detener una avalancha.

Siempre más bajo, incesantemente, inevitablemente más bajo. Respiraba con verdadera angustia, y me agitaba a cada vibración. Mis ojos seguían el vuelo ascendente de la cuchilla y su caída, con el ardor de la desesperación más enloquecida; espasmódicamente, cerrábanse en el momento del descenso sobre mí. Aun cuando la muerte hubiera sido un alivio, ¡oh, qué alivio más indecible! Y, sin embargo, temblaba con todos mis nervios al pensar que bastaría que la máquina descendiera un grado para que se precipitara sobre mi pecho el hacha afilada y reluciente. Y mis nervios temblaban, y hacían encoger todo mi ser a causa de la esperanza. Era la esperanza, la esperanza triunfante aún sobre el potro, que dejábase oír al oído de los condenados a muerte, incluso en los calabozos de la Inquisición.

Comprobé que diez o doce vibraciones, aproximadamente, pondrían el acero en inmediato contacto con mi traje. Y con esta observación entróse en mi ánimo la calma condensada y aguda de la desesperación. Desde hacía muchas horas, desde hacía muchos días, tal vez, pensé por vez primera. Se me ocurrió que la tira o correa que me ataba era de un solo trozo. Estaba atado con una ligadura continuada. La primera mordedura de la cuchilla de la media luna, efectuada en cualquier lugar de la correa, tenía que desatarla lo suficiente para permitir que mi mano la desenrollara de mi cuerpo. ¡Pero qué terrible era, en este caso, su proximidad! El resultado de la más ligera sacudida había de ser mortal. Por otra parte, ¿habrían previsto o impedido esta posibilidad los secuaces del verdugo? ¿Era probable que en el recorrido del péndulo atravesasen mi pecho las ligaduras? Temblando al imaginar frustrada mi débil esperanza, la última, realmente, levanté mi cabeza lo bastante para ver bien mi pecho. La correa cruzaba mis miembros estrechamente, juntamente con todo mi cuerpo, en todos sentidos, menos en la trayectoria de la cuchilla homicida.

Aún no había dejado caer de nuevo mi cabeza en su primera posición, cuando sentí brillar en mi espíritu algo que sólo sabría definir, aproximadamente, diciendo que era la mitad no formada de la idea de libertad que ya he expuesto, y de la que vagamente había flotado en mi espíritu una sola mitad cuando llevé a mis labios ardientes el alimento. Ahora, la idea entera estaba allí presente, débil, apenas viable, casi indefinida, pero, en fin, completa. Inmediatamente, con la energía de la desesperación, intenté llevarla a la práctica.

Hacía varias horas que cerca del caballete sobre el que me hallaba acostado se encontraba un número incalculable de ratas. Eran tumultuosas, atrevidas, voraces. Fijaban en mí sus ojos rojos, como si no esperasen más que mi inmovilidad para hacer presa. «¿A qué clase de alimento —pensé— se habrán acostumbrado en este pozo?»

Menos una pequeña parte, y a pesar de todos mis esfuerzos para impedirlo, habían devorado el contenido del plato. Mi mano se acostumbró a un

movimiento de vaivén hacia el plato; pero a la larga, la uniformidad maquinal de ese movimiento le había restado eficacia. Aquella plaga, en su voracidad, dejaba señales de sus agudos dientes en mis dedos. Con los restos de la carne aceitosa y picante que aún quedaba, froté vigorosamente mis ataduras hasta donde me fue posible hacerlo, y hecho esto retiré mi mano del suelo y me quedé inmóvil y sin respirar.

Al principio, lo repentino del cambio y el cese del movimiento hicieron que los voraces animales se asustaran. Se apartaron alarmados y algunos volvieron al pozo. Pero esta actitud no duró más de un instante. No había yo contado en vano con su glotonería. Viéndome sin movimiento, una o dos de las más atrevidas se encaramaron por el caballete y olisquearon la correa. Todo esto me pareció el preludio de una invasión general. Un nuevo tropel surgió del pozo. Agarráronse a la madera, la escalaron y a centenares saltaron sobre mi cuerpo. Nada las asustaba el movimiento regular del péndulo. Lo esquivaban y trabajaban activamente sobre la engrasada tira. Se apretaban moviéndose y se amontonaban incesantemente sobre mí. Sentía que se retorcían sobre mi garganta, que sus fríos hocicos buscaban mis labios.

Me encontraba medio sofocado por aquel peso que se multiplicaba constantemente. Un asco espantoso, que ningún hombre ha sentido en el mundo, henchía mi pecho y helaba mi corazón como un pesado vómito. Un minuto más, y me daba cuenta de que la operación habría terminado. Sobre mí sentía perfectamente la distensión de las ataduras. Me daba cuenta de que en más de un sitio habían de estar cortadas. Con una resolución sobrehumana, continué inmóvil.

No me había equivocado en mis cálculos. Mis sufrimientos no habían sido vanos. Sentí luego que estaba libre. En pedazos, colgaba la correa en torno de mi cuerpo. Pero el movimiento del péndulo efectuábase ya sobre mi pecho. La estameña de mi traje había sido atravesada y cortada la camisa. Efectuó dos oscilaciones más, y un agudo dolor atravesó mis nervios. Pero había llegado el instante de salvación. A un ademán de mis manos, huyeron tumultuosamente mis libertadoras. Con un movimiento tranquilo y decidido, prudente y oblicuo, lento y aplastándome contra el banquillo, me deslicé fuera del abrazo de la tira y del alcance de la cimitarra. Cuando menos, por el momento estaba libre.

¡Libre! ¡Y en las garras de la Inquisición! Apenas había escapado de mi lecho de horror, apenas hube dado unos pasos por el suelo de mi calabozo, cesó el movimiento de la máquina infernal y la oí subir atraída hacia el techo por una fuerza invisible. Aquélla fue una lección que llenó de desesperación mi alma. Indudablemente, todos mis movimientos eran espiados. ¡Libre! Había escapado de la muerte bajo una determinada agonía, sólo para ser entregado a algo peor que la muerte misma, y bajo otra nueva forma. Pensando en ello, fijé convulsivamente mis ojos en las paredes de hierro que

me rodeaban. Algo extraño, un cambio que en un principio no pude apreciar claramente se había producido con toda evidencia en la habitación. Durante varios minutos en los que estuve distraído, lleno de ensueños y de escalofríos, me perdí en conjeturas vanas e incoherentes.

Por primera vez me di cuenta del origen de la luz sulfurosa que iluminaba la celda. Provenía de una grieta de media pulgada de anchura, que extendíase en torno del calabozo en la base de las paredes, que, de ese modo, parecían, y en efecto lo estaban, completamente separadas del suelo. Intenté mirar por aquella abertura, aunque como puede imaginarse, inútilmente. Al levantarme desanimado, se descubrió a mi inteligencia, de pronto, el misterio de la alteración que la celda había sufrido.

Había tenido ocasión de comprobar que, aun cuando los contornos de las figuras pintadas en las paredes fuesen suficientemente claros, los colores parecían alterados y borrosos. Ahora acababan de tomar, y tomaban a cada momento, un sorprendente e intensísimo brillo, que daba a aquellas imágenes fantásticas y diabólicas un aspecto que hubiera hecho temblar a nervios más firmes que los míos. Pupilas demoníacas, de una viveza siniestra y feroz, se clavaban sobre mí desde mil sitios distintos, donde yo anteriormente no había sospechado que se encontrara ninguna, y brillaban cual fulgor lúgubre de un fuego que, aunque vanamente, quería considerar completamente imaginario.

¡Imaginario! Me bastaba respirar para traer hasta mi nariz un vapor de hierro enrojecido. Extendíase por el calabozo un olor sofocante. A cada momento reflejábese un ardor más profundo en los ojos clavados en mi agonía. Un rojo más oscuro se extendía sobre aquellas horribles pinturas sangrientas. Estaba jadeante; respiraba con grandes esfuerzos. No había duda con respecto al deseo de mis verdugos, los más despiadados, los más demoníacos de todos los hombres.

Me aparté lejos del metal ardiente, dirigiéndome al centro del calabozo. Frente a aquella destrucción por el fuego, la idea de la frescura del pozo llegó a mi alma como un bálsamo. Me lancé hacia sus mortales bordes. Dirigí mis miradas hacia el fondo.

El resplandor de la inflamada bóveda iluminaba sus cavidades más ocultas. No obstante durante un minuto de desvarío, mi espíritu negóse a comprender la significación de lo que veía. Al fin, aquello penetró en mi alma, a la fuerza, triunfalmente. Se grabó a fuego en mi razón estremecida. ¡Una voz, una voz para hablar! ¡Oh horror! ¡Todos los horrores, menos ése! Con un grito, me aparté del brocal, y, escondido mi rostro entre las manos, lloré con amargura.

El calor aumentaba rápidamente, y levanté una vez más los ojos, temblando en un acceso febril. En la celda habíase operado un segundo cambio, y ése efectuábase, evidentemente, en la forma. Como la primera vez,

intenté inútilmente apreciar o comprender lo que sucedía. Pero no me dejaron mucho tiempo en la duda. La venganza de la Inquisición era rápida, y dos veces la había frustrado. No podía luchar por más tiempo con el rey del espanto. La celda había sido cuadrada. Ahora notaba que dos de sus ángulos de hierro eran agudos, y, por tanto, obtusos los otros dos. Con un gruñido, con un sordo gemido, aumentaba rápidamente el terrible contraste.

En un momento, la estancia había convertido su forma en la de un rombo. Pero la transformación no se detuvo aquí. No deseaba ni esperaba que se parase. Hubiera llegado a los muros al rojo para aplicarlos contra mi pecho, como si fueran una vestidura de eterna paz. «¡La muerte! —me dije—. ¡Cualquier muerte, menos la del pozo!» ¡Insensato! ¿Cómo no pude comprender que el pozo era necesario, que aquel pozo único era la razón del hierro candente que me sitiaba? ¿Resistiría yo su calor? Y aun suponiendo que pudiera resistirlo, ¿podría sostenerme contra su presión?

Y el rombo se aplastaba, se aplastaba, con una rapidez que no me dejaba tiempo para pensar. Su centro, colocado sobre la línea de mayor anchura, coincidía precisamente con el abismo abierto. Intenté retroceder, pero los muros, al unirse, me empujaban con una fuerza irresistible.

Llegó, por último, un momento en que mi cuerpo, quemado y retorcido, apenas halló sitio para él, apenas hubo lugar para mis pies en el suelo de la prisión. No luché más, pero la agonía de mi alma se exteriorizó en un fuerte y prolongado grito de desesperación. Me di cuenta de que vacilaba sobre el brocal, y volví los ojos...

Pero he aquí un ruido de voces humanas. Una explosión, un huracán de trompetas, un poderoso rugido semejante al de mil truenos. Los muros de fuego echáronse hacia atrás precipitadamente. Un brazo alargado me cogió el mío, cuando, ya desfalleciente, me precipitaba en el abismo. Era el brazo del general Lasalle. Las tropas francesas habían entrado en Toledo. La Inquisición hallábase en poder de sus enemigos.

## **EL GATO NEGRO**

Ni espero ni quiero que se dé crédito a la historia más extraordinaria, y, sin embargo, más familiar, que voy a referir. Tratándose de un caso en el que mis sentidos se niegan a aceptar su propio testimonio, yo habría de estar realmente loco si así lo creyera. No obstante, no estoy loco, y, con toda seguridad, no sueño. Pero mañana puedo morir y quisiera aliviar hoy mi espíritu. Mi inmediato deseo es mostrar al mundo, clara, concretamente y sin comentarios,

una serie de simples acontecimientos domésticos que, por sus consecuencias, me han aterrorizado, torturado y anonadado. A pesar de todo, no trataré de esclarecerlos. A mí casi no me han producido otro sentimiento que el de horror; pero a muchas personas les parecerán menos terribles que insólitos. Tal vez más tarde haya una inteligencia que reduzca mi fantasma al estado de lugar común. Alguna inteligencia más serena, más lógica y mucho menos excitable que la mía, encontrará tan sólo en las circunstancias que relato con terror una serie normal de causas y de efectos naturalísimos.

La docilidad y humanidad de mi carácter sorprendieron desde mi infancia. Tan notable era la ternura de mi corazón, que había hecho de mí el juguete de mis amigos. Sentía una auténtica pasión por los animales, y mis padres me permitieron poseer una gran variedad de favoritos. Casi todo el tiempo lo pasaba con ellos, y nunca me consideraba tan feliz como cuando les daba de comer o los acariciaba. Con los años aumentó esta particularidad de mi carácter, y cuando fui hombre hice de ella una de mis principales fuentes de goce. Aquellos que han profesado afecto a un perro fiel y sagaz no requieren la explicación de la naturaleza o intensidad de los goces que eso puede producir. En el amor desinteresado de un animal, en el sacrificio de sí mismo, hay algo que llega directamente al corazón del que con frecuencia ha tenido ocasión de comprobar la amistad mezquina y la frágil fidelidad del Hombre natural.

Me casé joven. Tuve la suerte de descubrir en mi mujer una disposición semejante a la mía. Habiéndose dado cuenta de mi gusto por estos favoritos domésticos, no perdió ocasión alguna de proporcionármelos de la especie más agradable. Tuvimos pájaros, un pez de color de oro, un magnífico perro, conejos, un mono pequeño y un gato.

Era este último animal muy fuerte y bello, completamente negro y de una sagacidad maravillosa. Mi mujer, que era, en el fondo, algo supersticiosa, hablando de su inteligencia, aludía frecuentemente a la antigua creencia popular que consideraba a todos los gatos negros como brujas disimuladas. No quiere esto decir que hablara siempre en serio sobre este particular, y lo consigno sencillamente porque lo recuerdo.

Plutón —llamábase así el gato— era mi predilecto amigo. Sólo yo le daba de comer, y adondequiera que fuese me seguía por la casa. Incluso me costaba trabajo impedirle que me fuera siguiendo por las calles.

Nuestra amistad subsistió así algunos años, durante los cuales mi carácter y mi temperamento —me sonroja confesarlo—, por causa del demonio de la intemperancia, sufrió una alteración radicalmente funesta. De día en día me hice más taciturno, más irritable, más indiferente a los sentimientos ajenos. Empleé con mi mujer un lenguaje brutal, y con el tiempo la afligí incluso con

violencias personales. Naturalmente, mi pobre favorito debió de notar el cambio de mi carácter. No solamente, no les hacía caso alguno, sino que los maltrataba.

Sin embargo, por lo que se refiere a Plutón, aún despertaba en mí la consideración suficiente para no pegarle. En cambio, no sentía ningún escrúpulo en maltratar a los conejos, al mono e incluso al perro, cuando, por casualidad o afecto, se cruzaban en mi camino. Pero iba secuestrándome mi mal, porque, ¿qué mal admite una comparación con el alcohol? Andando el tiempo, el mismo Plutón, que envejecía y, naturalmente, se hacía un poco huraño, comenzó a conocer los efectos de mi perverso carácter.

Una noche, en ocasión de regresar a casa completamente ebrio, de vuelta de uno de mis frecuentes escondrijos del barrio, me pareció que el gato evitaba mi presencia. Lo cogí, pero él, horrorizado por mi violenta actitud, me hizo en la mano, con los dientes, una leve herida. De mí se apoderó repentinamente un furor demoníaco. En aquel instante dejé de conocerme. Pareció como si, de pronto, mi alma original hubiese abandonado mi cuerpo, y una ruindad superdemoníaca, saturada de ginebra, se filtró en cada una de las fibras de mi ser. Del bolsillo de mi chaleco saqué un cortaplumas, lo abrí, cogí al pobre animal por la garganta y, deliberadamente, le vacié un ojo... Me cubre el rubor, me abrasa, me estremezco al escribir esta abominable atrocidad.

Cuando, al amanecer, hube recuperado la razón, cuando se hubieron disipado los vapores de mi crápula nocturna, experimenté un sentimiento mitad horror, mitad remordimiento, por el crimen que había cometido. Pero, todo lo más, era un débil y equívoco sentimiento, y el alma no sufrió sus acometidas. Volví a sumirme en los excesos, y no tardé en ahogar en el vino todo el recuerdo de mi acción.

Curó entretanto el gato lentamente. La órbita del ojo perdido presentaba, es cierto, un aspecto espantoso. Pero después, con el tiempo, no pareció que se daba cuenta de ello. Según su costumbre, iba y venía por la casa; pero, como debí suponerlo, en cuanto veía que me aproximaba a él, huía aterrorizado. Me quedaba aún lo bastante de mi antiguo corazón para que me afligiera aquella manifiesta antipatía en una criatura que tanto me había amado anteriormente. Pero este sentimiento no tardó en ser desalojado por la irritación. Como para mi caída final e irrevocable, brotó entonces el espíritu de perversidad, espíritu del que la filosofía no se cuida ni poco ni mucho.

No obstante, tan seguro como que existe mi alma, creo que la perversidad es uno de los primitivos impulsos del corazón humano, una de esas indivisibles primeras facultades o sentimientos que dirigen el carácter del hombre... ¿Quién no se ha sorprendido numerosas veces cometiendo una acción necia o vil, por la única razón de que sabía que no debía cometerla?

¿No tenemos una constante inclinación, pese a lo excelente de nuestro juicio, a violar lo que es la ley, simplemente porque comprendemos que es la Ley?

Digo que este espíritu de perversidad hubo de producir mi ruina completa. El vivo e insondable deseo del alma de atormentarse a sí misma, de violentar su propia naturaleza, de hacer el mal por amor al mal, me impulsaba a continuar y últimamente a llevar a efecto el suplicio que había infligido al inofensivo animal. Una mañana, a sangre fría, ceñí un nudo corredizo en torno a su cuello y lo ahorqué de la rama de un árbol. Lo ahorqué con mis ojos llenos de lágrimas, con el corazón desbordante del más amargo remordimiento. Lo ahorqué porque sabía que él me había amado, y porque reconocía que no me había dado motivo alguno para encolerizarme con él. Lo ahorqué porque sabía que al hacerlo cometía un pecado, un pecado mortal que comprometía a mi alma inmortal, hasta el punto de colocarla, si esto fuera posible, lejos incluso de la misericordia infinita del muy terrible y misericordioso Dios.

En la noche siguiente al día en que fue cometida una acción tan cruel, me despertó del sueño el grito de: «¡Fuego!». Ardían las cortinas de mi lecho. La casa era una gran hoguera. No sin grandes dificultades, mi mujer, un criado y yo logramos escapar del incendio. La destrucción fue total. Quedé arruinado y me entregué desde entonces a la desesperación.

No intento establecer relación alguna entre causa y efecto con respecto a la atrocidad y el desastre. Estoy por encima de tal debilidad. Pero me limito a dar cuenta de una cadena de hechos y no quiero omitir el menor eslabón. Visité las ruinas el día siguiente al del incendio. Excepto una, todas las paredes se habían derrumbado. Esta sola excepción la constituía un delgado tabique interior, situado casi en la mitad de la casa, contra el que se apoyaba la cabecera de mi lecho. Allí la fábrica había resistido en gran parte a la acción del fuego, hecho que atribuí a haber sido renovada recientemente. En torno a aquella pared se congregaba la multitud, y numerosas personas examinaban una parte del muro con atención viva y minuciosa. Excitaron mi curiosidad las palabras: «extraño», «singular», y otras expresiones parecidas. Me acerqué y vi, a modo de un bajorrelieve esculpido sobre la blanca superficie, la figura de un gigantesco gato. La imagen estaba copiada con una exactitud realmente maravillosa. Rodeaba el cuello del animal una cuerda.

Apenas hube visto esta aparición —porque yo no podía considerar aquello más que como una aparición—, mi asombro y mi terror fueron extraordinarios. Por fin vino en mi amparo la reflexión. Recordaba que el gato había sido ahorcado en un jardín contiguo a la casa. A los gritos de alarma, el jardín fue invadido inmediatamente por la muchedumbre, y el animal debió de ser descolgado por alguien del árbol y arrojado a mi cuarto por una ventana abierta. Indudablemente se hizo esto con el fin de despertarme. El

derrumbamiento de las restantes paredes habían comprimido a la víctima de mi crueldad en el yeso recientemente extendido. La cal del muro, en combinación con las llamas y el amoníaco del cadáver, produjo la imagen tal como yo la veía.

Aunque prontamente satisficé así a mi razón, ya que no por completo mi conciencia, no dejó, sin embargo, de grabar en mi imaginación una huella profunda el sorprendente caso que acabo de dar cuenta. Durante algunos meses no pude liberarme del fantasma del gato, y en todo este tiempo nació en mi alma una especie de sentimiento que se parecía, aunque no lo era, al remordimiento. Llegué incluso a lamentar la pérdida del animal y a buscar en torno mío, en los miserables tugurios que a la sazón frecuentaba, otro favorito de la misma especie y de facciones parecidas que pudiera sustituirle.

Hallábame sentado una noche, medio aturdido, en un bodegón infame, cuando atrajo repentinamente mi atención un objeto negro que yacía en lo alto de uno de los inmensos barriles de ginebra o ron que componían el mobiliario más importante de la sala. Hacía ya algunos momentos que miraba a lo alto del tonel, y me sorprendió no haber advertido el objeto colocado encima. Me acerqué a él y lo toqué. Era un gato negro, enorme, tan corpulento como Plutón, al que se parecía en todo menos en un pormenor: Plutón no tenía un solo pelo blanco en todo el cuerpo, pero éste tenía una señal ancha y blanca, aunque de forma indefinida, que le cubría casi toda la región del pecho.

Apenas puse en él mi mano, se levantó repentinamente, ronroneando con fuerza, se restregó contra mi mano y pareció contento de mi atención. Era, pues, el animal que yo buscaba. Me apresuré a proponer al dueño su adquisición, pero éste no tuvo interés alguno por el animal. Ni le conocía ni le había visto hasta entonces.

Continué acariciándole, y cuando me disponía a regresar a mi casa, el animal se mostró dispuesto a seguirme. Se lo permití, e inclinándome de cuando en cuando, caminamos hacia mi casa acariciándole. Cuando llegó a ella se encontró como si fuera la suya, y se convirtió rápidamente en el mejor amigo de mi mujer.

Por mi parte, no tardó en formarse en mí una antipatía hacia él. Era, pues, precisamente, lo contrario de lo que yo había esperado. No sé cómo ni por qué sucedió esto, pero su evidente ternura me enojaba y casi me fatigaba. Paulatinamente, estos sentimientos de disgusto y fastidio acrecentaron hasta convertirse en la amargura del odio. Yo evitaba su presencia. Una especie de vergüenza, y el recuerdo de mi primera crueldad, me impidieron que lo maltratara. Durante algunas semanas me abstuve de pegarle o de tratarle con violencia; pero gradual, insensiblemente, llegué a sentir por él un horror indecible, y a eludir en silencio, como si huyera de la peste, su odiosa

presencia.

Sin duda, lo que aumentó mi odio por el animal fue el descubrimiento que hice a la mañana del siguiente día de haberlo llevado a casa. Como Plutón, también él había sido privado de uno de sus ojos. Sin embargo, esta circunstancia contribuyó a hacerle más grato a mi mujer, que, como he dicho ya, poseía grandemente la ternura de sentimientos que fue en otro tiempo mi rasgo característico y el frecuente manantial de mis placeres más sencillos y puros.

Sin embargo, el cariño que el gato me demostraba parecía crecer en razón directa de mi odio hacia él. Con una tenacidad imposible de hacer comprender al lector, seguía constantemente mis pasos. En cuanto me sentaba, acurrucábase bajo mi silla, o saltaba sobre mis rodillas, cubriéndome con sus caricias espantosas. Si me levantaba para andar, metíase entre mis piernas y casi me derribaba, o bien, clavando sus largas y agudas garras en mi ropa, trepaba por ellas hasta mi pecho. En esos instantes, aun cuando hubiera querido matarle de un golpe, me lo impedía en parte el recuerdo de mi primer crimen; pero, sobre todo, me apresuro a confesarlo, el verdadero terror del animal.

Este terror no era positivamente el de un mal físico, y, no obstante, me sería muy difícil definirlo de otro modo. Casi me avergüenza confesarlo. Aun en esta celda de malhechor, casi me avergüenza confesar que el horror y el pánico que me inspiraba el animal habíanse acrecentado a causa de una de las fantasías más perfectas que es posible imaginar. Mi mujer, no pocas veces, había llamado mi atención con respecto al carácter de la mancha blanca de que he hablado y que constituía la única diferencia perceptible entre el animal extraño y aquel que había matado yo. Recordará, sin duda, el lector que esta señal, aunque grande, tuvo primitivamente una forma indefinida. Pero lenta, gradualmente, por fases imperceptibles y que mi razón se esforzó durante largo tiempo en considerar como imaginaria, había concluido adquiriendo una nitidez rigurosa de contornos.

En ese momento era la imagen de un objeto que me hace temblar nombrarlo. Era, sobre todo, lo que me hacía mirarle como a un monstruo de horror y repugnancia, y lo que, si me hubiera atrevido, me hubiese impulsado a librarme de él. Era ahora, digo, la imagen de una cosa abominable y siniestra: la imagen ¡de la horca! ¡Oh lúgubre y terrible máquina, máquina de espanto y crimen, de muerte y agonía!

Yo era entonces, en verdad, un miserable, más allá de la miseria posible de la Humanidad. Una bestia bruta, cuyo hermano fue aniquilado por mí con desprecio; una bestia bruta engendraba en mí, en mí, hombre formado a imagen del Altísimo, tan grande e intolerable infortunio. ¡Ay! Ni de día ni de

noche conocía yo la paz del descanso. Ni un solo instante, durante el día, dejábame el animal. Y de noche, a cada momento, cuando salía de mis sueños lleno de indefinible angustia, era tan sólo para sentir el aliento tibio de la cosa sobre mi rostro, y su enorme peso, encarnación de una pesadilla que yo no podía separar de mí y que parecía eternamente posada en mi corazón.

Bajo tales tormentos sucumbió lo poco que había de bueno en mí. Infames pensamientos convirtiéronse en mis íntimos; los más sombríos, los más infames de todos los pensamientos. La tristeza de mi humor de costumbre se acrecentó hasta hacerme aborrecer a todas las cosas y a la Humanidad entera. Mi mujer, sin embargo, no se quejaba nunca. ¡Ay! Era mi paño de lágrimas de siempre. La más paciente víctima de las repentinas, frecuentes e indomables expansiones de una furia a la que ciegamente me abandoné desde entonces.

Para un quehacer doméstico, me acompañó un día al sótano de un viejo edificio en el que nos obligara a vivir nuestra pobreza. Por los agudos peldaños de la escalera me seguía el gato, y, habiéndome hecho tropezar de cabeza, me exasperó hasta la locura. Apoderándome de un hacha y olvidando en mi furor el espanto pueril que había detenido hasta entonces mi mano, dirigí un golpe al animal, que hubiera sido mortal si le hubiera alcanzado como quería. Pero la mano de mi mujer detuvo el golpe. Una rabia más que diabólica me produjo esta intervención. Liberé mi brazo del obstáculo que lo detenía y le hundí a ella el hacha en el cráneo. Mi mujer cayó muerta instantáneamente, sin exhalar siquiera un gemido.

Realizado el horrible asesinato, inmediata y resueltamente procuré esconder el cuerpo. Me di cuenta de que no podía hacerlo desaparecer de la casa, ni de día ni de noche, sin correr el riesgo de que se enteraran los vecinos. Asaltaron mi mente varios proyectos. Pensé por un instante en fragmentar el cadáver y arrojar al suelo los pedazos. Resolví después cavar una fosa en el piso de la cueva. Luego pensé arrojarlo al pozo del jardín. Cambié la idea y decidí embalarlo en un cajón, como una mercancía, en la forma de costumbre, y encargar a un mandadero que se lo llevase de casa. Pero, por último, me detuve ante un proyecto que consideré el más factible. Me decidí a emparedarlo en el sótano, como se dice que hacían en la Edad Media los monjes con sus víctimas.

La cueva parecía estar construida a propósito para semejante proyecto. Los muros no estaban levantados con el cuidado de costumbre, y no hacía mucho tiempo habían sido cubiertos en toda su extensión por una capa de yeso que no dejó endurecer la humedad.

Por otra parte, había un saliente en uno de los muros, producido por una chimenea artificial o especie de hogar que quedó luego tapado y dispuesto de la misma forma que el resto del sótano. No dudé que me sería fácil quitar los

ladrillos de aquel sitio, colocar el cadáver y emparedarlo del mismo modo, de forma que ninguna mirada pudiese descubrir nada sospechoso.

No me engañó mi cálculo. Ayudado por una palanca, separé sin dificultad los ladrillos, y, habiendo luego aplicado cuidadosamente el cuerpo contra la pared interior, lo sostuve en esta postura hasta poder restablecer sin gran esfuerzo toda la fábrica a su estado primitivo. Con todas las precauciones imaginables, me procuré una argamasa de cal y arena, preparé una capa que no podía distinguirse de la primitiva y cubrí escrupulosamente con ella el nuevo tabique.

Cuando terminé, vi que todo había resultado perfecto. La pared no presentaba la más leve señal de arreglo. Con el mayor cuidado barrí el suelo y recogí los escombros, miré triunfalmente en torno mío y me dije: «Por lo menos, aquí, mi trabajo no ha sido infructuoso».

Mi primera idea, entonces, fue buscar al animal que había sido el causante de tan tremenda desgracia, porque, al fin, había resuelto matarlo. Si en aquel momento hubiera podido encontrarle, nada hubiese evitado su destino. Pero parecía que el artificioso animal, ante la violencia de mi cólera, habíase alarmado y procuraba no presentarse ante mí, desafiando mi mal humor. Imposible describir o imaginar la intensa, la apacible sensación de alivio que trajo a mi corazón la ausencia de la detestable criatura. En toda la noche no se presentó, y ésta fue la primera que gocé desde su entrada en la casa, durmiendo tranquila y profundamente. Sí; dormí con el peso de aquel asesinato en mi alma.

Transcurrieron el segundo y el tercer día. Mi verdugo no vino, sin embargo. Como un hombre libre, respiré una vez más. En su terror, el monstruo había abandonado para siempre aquellos lugares. Ya no volvería a verle nunca. Mi dicha era infinita. Me inquietaba muy poco la criminalidad de mi tenebrosa acción. Incoóse una especie de sumario que apuró poco las averiguaciones. También se dispuso un reconocimiento, pero, naturalmente, nada podía descubrirse. Yo daba por asegurada mi felicidad futura.

Al cuarto día después de haberse cometido el asesinato, se presentó inopinadamente en mi casa un grupo de agentes de policía y procedió de nuevo a una rigurosa investigación del local. Sin embargo, confiado en lo impenetrable del escondite, no experimenté ninguna turbación.

Los agentes quisieron que les acompañase en sus pesquisas. Fue explorado hasta el último rincón. Por tercera o cuarta vez bajaron por último a la cueva. No me alteré lo más mínimo. Como el de un hombre que reposa en la inocencia, mi corazón latía pacíficamente. Recorrí el sótano de punta a punta, crucé los brazos sobre el pecho y me paseé indiferente de un lado a otro. Plenamente satisfecha, la policía se disponía a abandonar la casa. Era

demasiado intenso el júbilo de mi corazón para que pudiera reprimirlo. Sentía la viva necesidad de decir una palabra, una palabra tan sólo, a modo de triunfo, y hacer doblemente evidente su convicción con respecto a mi inocencia.

—Señores —dije, por último, cuando los agentes subían la escalera—, es para mí una gran satisfacción haber desvanecido sus sospechas. Deseo a todos ustedes una buena salud y un poco más de cortesía. Dicho sea de paso, señores, tienen ustedes aquí una casa muy bien construida —apenas sabía lo que hablaba, en mi furioso deseo de decir algo con aire deliberado—. Puedo asegurar que ésta es una casa excelentemente construida. Estos muros... ¿Se van ustedes, señores? Estos muros están contruidos con una gran solidez.

Entonces, por una fanfarronada frenética, golpeé con fuerza, con un bastón que tenía en la mano en ese momento, precisamente sobre la pared del tabique tras el cual yacía la esposa de mi corazón.

¡Ah! Que por lo menos Dios me proteja y me libre de las garras del archidemonio. Apenas hubo se hundido en el silencio el eco de mis golpes, me respondió una voz desde el fondo de la tumba. Era primero una queja, velada y entrecortada como el sollozo de un niño. Después, enseguida, se hinchó en un grito prolongado, sonoro y continuo, completamente anormal e inhumano. Un alarido, un aullido mitad horror, mitad triunfo, como solamente puede brotar del infierno, horrible armonía que surgiera al unísono de las gargantas de los condenados en sus torturas y de los demonios que gozaban en la condenación.

Sería una locura expresar mis pensamientos. Me sentí desfallecer y, tambaleándome, caí contra la pared opuesta. Durante un instante detuviéronse en los escalones los agentes. El terror los había dejado atónitos. Un momento después, doce brazos robustos atacaron la pared, que cayó a tierra de un golpe. El cadáver, muy desfigurado ya y cubierto de sangre coagulada, apareció, rígido, a los ojos de los circunstantes.

Sobre su cabeza, con las rojas fauces dilatadas y llameando el único ojo, se posaba el odioso animal cuya astucia me llevó al asesinato y cuya reveladora voz me entregaba al verdugo. Yo había emparedado al monstruo en la tumba.

## **EL MISTERIO DE MARÍA ROGET**

### **(UNA CONSECUENCIA DE «LOS CRÍMENES DE LA RUE MORGUE»)**

Pocas personas existen, incluso entre los pensadores más serenos, que no hayan creído alguna vez en lo sobrenatural, enfrentándose a ciertas

coincidencias tan extraordinarias, que la inteligencia se siente incapaz de considerarlas como tales. Semejantes sentimientos, ya que esta semicreencia a que aludo jamás posee la energía perfecta del pensamiento, no pueden ser reprimidos sino difícilmente, a no ser que no se les atribuya a la ciencia del azar o, técnicamente, al cálculo de probabilidades. Éste, en esencia, es puramente matemático. Así, nos encontramos con la anomalía de la ciencia más rigurosamente exacta aplicada a la sombra y a la espiritualidad de lo que de más impalpable se encuentra en el mundo de la especulación.

Los extraordinarios pormenores que se me invita a publicar forman, como veremos, por lo que se refiere a la sucesión de épocas, la primera parte de una serie de coincidencias apenas imaginables, cuya parte secundaria o última hallarán los lectores en el reciente asesinato de María Cecilia Rogers cometido en Nueva York.

Cuando hace casi un año, en un pequeño artículo titulado «Los crímenes de la rue Morgue», describía algunos rasgos salientes del carácter moral de mi amigo C. Auguste Dupin, no se me ocurrió entonces que tiempo más tarde habría de ocuparme de nuevo de este asunto. No perseguía otra intención que la de describir su temperamento, conseguido perfectamente a través de la extraña serie de circunstancias que se concertaron para esclarecer la idiosincrasia del crimen. Hubiese podido añadir nuevos ejemplos, pero nada más hubiera probado. No obstante, algunos acontecimientos recientes, por su sorprendente desarrollo, despertaron en mi memoria, de pronto, algunos nuevos pormenores que supongo revestirán cierta apariencia de confesión obtenida violentamente. Enterado una vez de cuanto recientemente se me ha contado, muy extraño sería, en verdad, que guardase silencio con respecto a lo que pude ver y oír hace mucho tiempo.

Después de la terminación de la tragedia ocurrida con la muerte de madame L'Españay y su hija, el señor Dupin borró de su espíritu aquel asunto y se sumergió de nuevo en sus acostumbrados y sombríos ensimismamientos. Inclinado siempre a la abstracción, no tardó su carácter en ahuyentarme; y, continuando domiciliados en nuestro piso del faubourg Saint-Germain, prescindimos de toda ocupación relacionada con el porvenir, adormeciéndonos tranquilamente en el presente y tejiendo nuestros ensueños sobre la molesta trama del mundo exterior.

Pero duraron poco estos ensueños. Se adivinará fácilmente que el papel que mi amigo representó en el drama de la rue Morgue había llamado la atención de la policía parisiense. El nombre de Dupin llegó a ser muy familiar entre sus agentes. Comoquiera que no sólo el prefecto, sino, a excepción de mí, cualquier otra persona ignoraba el sencillo carácter de las deducciones de que se había valido mi amigo para desvanecer el misterio de aquel crimen, no era extraño que se considerara milagroso el caso, o que se tuvieran las

facultades analíticas de Dupin como las que crearon el prestigio maravilloso de la intuición.

Sin duda, su franqueza le hubiera impulsado a disuadir a todo curioso del error en que se encontraba. Pero su indolencia fue causa de que un asunto, cuya importancia e interés había cesado para él desde hacía largo tiempo, volviese a ser removido. Ocurrió así que Dupin se convirtió en el foco luminoso hacia el que convergieron las miradas de la policía, y en distintas circunstancias la Prefectura efectuó gestiones para utilizar sus aptitudes. Uno de estos casos, y de los más notables, fue el asesinato de una joven llamada María Roget.

Ocurrió el hecho unos dos años aproximadamente después del drama de la rue Morgue. María, cuyo nombre y apellido serán, sin duda, motivo de atención por su semejanza con los de una joven y desgraciada extranjera, era la hija única de la viuda Estelle Roget. Durante la niñez de la joven murió su padre, y desde esta época hasta dieciocho meses antes del asesinato a que esta narración se refiere, madre e hija vivieron juntas constantemente en la rue Pavée Saint-André, donde madame Roget, ayudada por su hija, regentaban una pensión. Transcurrió así el tiempo, hasta que la joven cumplió los veintidós años, momento en que su belleza despertó la atención e interés de un perfumista establecido en la planta baja del Palais Royal, y cuya clientela componíase, sobre todo, de audaces aventureros que infestaban aquellos lugares. Monsieur Le Blanc comprendía las ventajas que la presencia de la hermosa joven podía proporcionar a su establecimiento, y sus proposiciones fueron aceptadas por ella sin dificultad, a pesar de que en el espíritu de madame Roget se produjo algo más que una simple vacilación.

Las esperanzas del comerciante tuvieron éxito, y no tardaron en prestar notoriedad a sus salones los encantos de la linda grisette. Apenas transcurrido un año, los admiradores de la joven quedáronse sumidos en la mayor congoja. De pronto, María había desaparecido del establecimiento. Monsieur Le Blanc no supo explicar esta ausencia, y madame Roget enloqueció de terror y zozobra. Inmediatamente, los periódicos tomaron cartas en el asunto, y la policía se dispuso a efectuar serias averiguaciones, cuando un día, transcurrida apenas una semana, reapareció María sana y salva tras el mostrador de la perfumería, como de costumbre, pero con su aspecto levemente entristecido. Todas las investigaciones que se efectuaron, a excepción de las de carácter privado, se suspendieron. Monsieur Le Blanc, entonces como antes, no sabía absolutamente nada de lo ocurrido. Tanto María como su madre contestaron a cuantas preguntas se les dirigieron diciendo que la joven había pasado aquella última semana en el campo, en casa de un pariente suyo. Decayó, pues, el interés con respecto a este asunto, y éste fue olvidado por casi todo el mundo; pero la joven, con el deseo de sustraerse a la impertinencia de la curiosidad, se

despidió, en definitiva, del perfumista y se refugió en la casa de su madre, en la rue Pavée Saint-André.

Transcurrieron apenas cinco meses después de su regreso a su casa, cuando de nuevo los amigos de la joven volvieron a alarmarse por otra repentina desaparición suya. Transcurrieron tres días sin que nada se supiera de ella. Al cuarto fue descubierto su cadáver flotando en el Sena, cerca de la orilla y ante el barrio de la rue Saint-André, en un lugar situado cerca de los solitarios alrededores de la barrière du Boule.

Lo horrible del asesinato, porque desde un principio se evidenció que se trataba de un asesinato, la juventud y belleza de la víctima y, sobre todo, su anterior notoriedad, uníase para producir una intensa conmoción en el sensible espíritu de los parisienses. No recuerdo otro caso parecido que hubiese producido tan vivo y general afecto. Durante algunas semanas, las graves cuestiones políticas del día se olvidaron en la discusión de este único y apasionante asunto. El prefecto llevó a cabo desacostumbrados esfuerzos, y la policía de París puso en actividad todos sus recursos.

Cuando fue descubierto el cadáver estában muy lejos de suponer que el asesino pudiera tardar en sustraerse a las investigaciones que inmediatamente se ordenaron. Hasta pasada una semana no se creyó necesario ofrecer una recompensa, y aun entonces ésta se limitó a mil francos. Sin embargo, las pesquisas continuaron sin interrupción, bien que sin acierto, y se interrogó a gran número de individuos, aunque sin obtener resultado alguno. A pesar de ello, la falta absoluta de una pista en este misterio no hacía más que aumentar la excitación pública. Pasado el sexto día, se creyó oportuno doblar la recompensa que se había ofrecido primeramente, y poco a poco, como transcurriera otra semana sin que se llevase a cabo descubrimiento alguno y se convirtieran en alboroto las prevenciones que París había tenido siempre contra la policía, el prefecto se decidió a prometer, por su cuenta y riesgo, la suma de veinte mil francos «por la delación del asesino», o, en el caso de que hubiera varias personas complicadas en el crimen, «por la delación de cada una de ellas». En el bando en que la recompensa se anunciaba prometíase, además, una total amnistía a todo cómplice que espontáneamente declarara en contra de su coautor. Y en todos los lugares en que fue fijado este documento oficial se añadió un cartel particular procedente de una determinada junta de ciudadanos que ofrecía, además de la suma prometida por la Prefectura, diez mil francos más. En conjunto, ascendía la recompensa a treinta mil francos, lo que, en realidad, constituye una cantidad extraordinaria, teniendo en cuenta la humilde condición de la víctima y lo frecuentes que son en las grandes poblaciones los delitos de esta naturaleza.

Desde entonces nadie dudó de que no tardaría en ser aclarado el misterio de aquel crimen. Pero, a pesar de que en uno o dos casos las detenciones que

se practicaron parecieron prometer alguna claridad, no pudo descubrirse nada que acusara a los sospechosos, quienes no tardaron en ser puestos en libertad. Por extraño que esto parezca, desde el hallazgo del cadáver habían transcurrido ya tres semanas. Tres semanas sin que se hiciera luz alguna sobre el suceso, y no había llegado todavía a nuestros oídos la más leve referencia de un asunto que tan apasionadamente excitaba la curiosidad pública.

Consagrados a investigaciones que reclamaban toda nuestra atención desde hacía casi un mes, ni Dupin ni yo habíamos pisado la calle, ni recibido visita alguna, ni dado siquiera una leve ojeada a los más importantes artículos políticos de los periódicos. Trajo la primera noticia del crimen el señor C\*\*\* en persona. Vino a vernos el 13 de julio de 18..., a primera hora de la tarde, y estuvo con nosotros hasta muy entrada la noche. Se hallaba evidentemente malhumorado por el fracaso de los esfuerzos en descubrir a los asesinos. Con una actitud exclusivamente parisiense, afirmaba que su reputación se encontraba en tela de juicio, y que su honor se hallaba comprometido en aquel lance. Por otra parte, la opinión había fijado en él sus ojos y estaba dispuesto a no regatear ningún sacrificio para conseguir la aclaración del misterio. Terminó su discurso, hasta cierto punto divertido, con una cortés alusión o lo que le pareció conveniente llamar tacto de Dupin, e hizo a éste una proposición directa, y en verdad muy generosa, cuyo valor no tengo derecho a revelar, aunque tampoco tiene relación alguna con el objeto del presente relato.

Como mejor pudo, mi amigo rechazó el cumplido, pero aceptó inmediatamente la proposición, aunque, bien es verdad, las ventajas de ésta habían de ser absolutamente incondicionales. Puntualizado este extremo, el prefecto, desde el primer momento, se extendió en explicar sus opiniones particulares, mezclándolas con abundantes comentarios acerca de las declaraciones del proceso, que todavía nosotros desconocíamos. Discurría prolijamente, y, sin duda alguna, incluso con gran eficiencia, cuando, al azar, me permití una observación acerca de la noche que avanzaba, invitándonos a dormir. Dupin, apoltronado en su sillón de costumbre, era la viva encarnación del silencio atentísimo y respetuoso. Durante la entrevista había mantenido puestas las gafas, y como yo dirigiera de cuando en cuando una mirada tras sus cristales verdes, tuve la convicción de que, por silencioso que hubiera estado, no habría sido su sueño menos profundo durante las siete u ocho horas últimas, tan pesadas, que precedieron a la marcha del prefecto.

A la mañana siguiente logré en la Prefectura una información de las declaraciones obtenidas hasta aquel momento, y en distintas redacciones de periódicos, un ejemplar de cada uno de los números en que habían aparecido informaciones cualesquiera relativas a tan penoso asunto, desde su origen hasta el último momento. Después de haber efectuado una selección con

respecto a lo positivamente falso, el conjunto de informes se redujo a lo siguiente:

María Roget había abandonado la casa de su madre en la rue Pavée Saint-André el domingo día 22 de junio de 18..., alrededor de las nueve de la mañana. Al salir, dio cuenta a monsieur Jacques Saint-Eustache, y sólo a él, de su intención de pasar el día en compañía de una tía suya que vivía en la rue des Dromes. Esta calle es un pasaje corto y estrecho, pero muy concurrido, situado no lejos de la orilla del Sena y a unas dos millas en línea recta de la pensión de madame Roget. Saint-Eustache, que era el prometido de María y vivía en la misma casa, donde comía también, había de ir a buscar a su novia al oscurecer y acompañarla a su domicilio. Pero durante la tarde llovió abundantemente, y creyendo que la muchacha se quedaría en casa de su tía durante toda la noche, como ya en otras ocasiones y circunstancias análogas lo había hecho, no creyó necesario cumplir su promesa. Al avanzar la noche, madame Roget —que estaba muy enferma y contaba setenta años de edad— manifestó su temor de que tal vez «no volviera a ver nunca más a María»; pero en ese momento nadie dio importancia a la frase.

Se comprobó el lunes que la joven no había ido a la rue des Dromes, y una vez hubo transcurrido todo el día sin tener noticias suyas, se organizó una exploración, aunque tardía, por distintos lugares de la ciudad y sus alrededores. No obstante, hasta el cuarto día de su desaparición nada se supo de importancia con respecto a la joven. Aquel día —miércoles 25 de junio— un tal monsieur Beauvais, que, juntamente con otro amigo, iba en busca de las huellas de María, al pasar cerca de la barrière du Roule, por la margen opuesta de la rue Pavée, tuvo noticias de que por unos pescadores, que lo habían encontrado flotando sobre las aguas, acababa de ser transportado un cadáver a la orilla. Al ver el cuerpo, Beauvais, tras una corta vacilación, declaró que se trataba del cadáver de la joven empleada en la perfumería. Su amigo la reconoció antes.

Tenía el rostro lleno de sangre oscura, que en parte surgía de la boca. Como ocurre en los casos de las personas simplemente ahogadas, no se advertía espuma y tampoco decoloración en el tejido celular. En torno a su garganta veíanse algunas contusiones y señales de dedos. Los brazos estaban pegados al pecho y rígidos. Tenía la mano derecha crispada, y la izquierda medio abierta. En la muñeca de esta última veíanse las señales de dos excoriaciones circulares; según parece producidas por cuerdas, o una cuerda, a la que se hubiese dado más de una vuelta. Una parte de la muñeca derecha tenía también bastantes rasguños, y lo mismo la espalda; pero, sobre todo, los omóplatos. Los pescadores, para transportar el cadáver hasta la orilla, lo habían atado con una cuerda, pero no era ésta la que había producido aquellas excoriaciones. La carne del cuello estaba tumefacta, pero no veíanse en ella

cortaduras ni contusiones que pudiesen parecer producidas por golpes. Estrechamente apretado en torno al cuello se encontró un trozo de cordón. Al principio no pudo distinguirse. Estaba completamente hundido en la carne y sujeto por un nudo escondido precisamente bajo la oreja izquierda. Sólo esto hubiera bastado para producirle la muerte. El informe de los médicos garantizaba firmemente la virtud de la muerte. Según dijeron, había sido dominada por la fuerza bruta. Al ser hallado, el cadáver encontrábase en tales condiciones que por parte de sus amigos no podía haber la menor dificultad en su identificación.

El vestido estaba roto y en gran desorden. De su traje había sido rasgada de abajo arriba, desde el borde hasta la cintura, una tira de un pie de ancho, sin que hubiera sido arrancada del todo, y daba tres vueltas en torno al talle, sujetándose a la espalda por una especie de nudo sólidamente hecho. La enagua era de suave muselina, y una tira, de unas dieciocho pulgadas de largo, había sido arrancada completamente, pero con una gran limpieza y de una forma muy regular. La tira ceñía el cuello de la muerta, aunque flojamente, y terminaba en un nudo apretado. Sobre la banda de muselina y el trozo de cordón uníanse los lazos de un sombrero que quedaba colgando. El nudo que los cerraba no es el clásico que hacen las mujeres, sino corredizo y a estilo marinero.

Después de su identificación, el cadáver no fue depositado, según se acostumbraba, en la Morgue (por otra parte, esta formalidad era innecesaria), sino que fue sepultado rápidamente, no lejos del lugar de la orilla donde había sido hallado. Gracias a las gestiones de Beauvais, no se dio publicidad al asunto, y transcurrieron siete días antes de que se produjera el menor revuelo. No obstante, por último, una gran revista semanal removió el asunto. Se exhumó el cadáver y se ordenó se incoase de nuevo el sumario. Mas nada pudo averiguarse que no se conociera ya. Sin embargo, se mostraron a su madre y a sus amigos las ropas de la difunta, quienes las reconocieron sin dificultad, manifestando que eran las mismas que llevaba al salir de su casa.

La excitación por parte del público aumentaba de hora en hora. Varios individuos fueron detenidos y puestos seguidamente en libertad por no aparecer cargos contra ellos. Sobre todo, Saint-Eustache pareció sospechoso. Al principio no supo dar exacta cuenta del modo en que había empleado el domingo, en cuya mañana María había salido de su casa. Pero, por último, presentó a monsieur G\*\*\* testimonios que explicaban satisfactoriamente el uso que había hecho de cada hora de la mañana del citado día. Como transcurría el tiempo sin que se aportara ningún nuevo hallazgo, comenzaron a circular rumores contradictorios, y los periodistas dieron rienda suelta a su imaginación. Una, entre todas las hipótesis, atrajo particularmente la atención. Admitía ésta que María Roget no había muerto, y que el cadáver hallado en el

Sena era el de otra desgraciada. Considero útil ofrecer al lector algunos fragmentos relacionados con una insinuación semejante, que transcribo literalmente, de L'Étoile, periódico dirigido, por lo común, con gran habilidad:

«Mademoiselle Roget salió de casa de su madre en la mañana del domingo 22 de junio de 18..., con el ostensible propósito de ir a ver a su tía, o a otro pariente cualquiera, a la rue des Dromes. Desde aquella hora no se sabe que nadie la haya visto. No se tiene de ella rastro alguno ni ninguna noticia.

»No se ha presentado nadie declarando haberla visto aquel día, una vez cruzado el umbral de la casa de su madre.

»Ahora bien: aunque no tengamos la evidencia de que María Roget viviera aún el domingo día 22 de junio después de las nueve de la mañana, la tenemos de que existía hasta dicha hora. El miércoles, al mediodía, encontré el cuerpo de una mujer flotando junto a la orilla del río, cerca de la barrière du Roule. Aun suponiendo que María Roget hubiera sido arrojada al agua tres horas más tarde de la salida de casa de su madre, nunca serían más de tres días los que transcurrieron en el momento de su marcha, tres días justos. Pero no es lógico imaginar que el asesinato, si es que ha muerto asesinada, hubiera podido consumarse con la rapidez suficiente para permitir a los asesinos arrojar el cuerpo al río antes de la medianoche. Quienes cometen tan terribles crímenes eligen las tinieblas y no la luz.

»Así, pues, vemos que si el cuerpo hallado en el río es el de María Roget, no hubiera podido permanecer en el agua más de dos días y medio, o tres, a lo sumo. Demuestra la experiencia que los cuerpos ahogados o arrojados inmediatamente al agua después de una muerte violenta necesitan de seis a diez días para que una determinada descomposición los eleve a la superficie. Un cadáver, al que se hiciera reventar y que asciende antes de que la inmersión haya durado, cuando menos, cinco o seis días, se sumerge de nuevo si se le abandona a sí mismo. Y nos preguntamos ahora: ¿Qué es lo que, en el caso presente, ha hecho desviar el curso de la Naturaleza?

»Si el cuerpo, en estado de descomposición, permaneció junto a la orilla hasta la noche del martes, encontraríase allí alguna huella de los asesinos. También resulta muy dudoso que el cadáver hubiera podido ascender tan pronto a la superficie, aun en el caso de que lo arrojasen al río dos días después de la muerte. Por último, es demasiado improbable que los criminales que cometen un asesinato como el que se les atribuye hayan arrojado al agua el cuerpo sin un peso cualquiera que lo mantuviese sumergido, cuando tan fácil era tomar una precaución semejante».

El periodista se extiende tratando de demostrar que el cuerpo debe de haber permanecido en el agua «no solamente tres días, sino cuando menos, cinco veces tres días», porque, dado su estado de descomposición, le costó a

Beauvais gran trabajo reconocerlo. No obstante, este último extremo era completamente falso. Continúo copiando:

«¿Cuáles son, pues, los hechos en que monsieur Beauvais se funda para manifestar que no duda de que se trate del cadáver de María Roget? Según declara, ha desgarrado la manga del vestido y encontrado señales que la identificaban. Generalmente, ha supuesto el público que tales señales consistiesen en una especie de cicatriz. Pero monsieur Beauvais pasó la mano por el brazo y encontró vello, característica, según creemos, tan poco atrayente como puede suponerse, y tan poco convincente como hallar un brazo en una manga. Aquella noche, Beauvais no regresó a su casa, pero el miércoles por la tarde, a las siete, dirigió dos letras a madame Roget para decirle que seguía su curso el sumario relativo a la muerte de su hija. Aun admitiendo que madame Roget, por su edad y su dolor, no pudiera personarse en el lugar del suceso, lo que en verdad es demasiado conceder, sin duda alguna hubiese encontrado a alguien capaz de comprender la importancia de ir allí a continuar las investigaciones, y con más razón aún si estaban seguros de que el cadáver era el de María. Pero nadie fue, ni se ha dicho ni oído nada en la rue Pavée Saint-André con respecto a este asunto, que hubiera podido llegar incluso a oídos del vecindario de dicha casa. Monsieur Saint-Eustache, el novio y futuro esposo de María, se había alojado en el mismo domicilio de la madre, y declaró no haber oído hablar del hallazgo del cadáver de su prometida hasta la mañana siguiente, cuando monsieur Beauvais, personalmente, le vio en su habitación y le enteró de ello. No deja de sorprender que una noticia de tanta importancia hubiese sido recibida con tanta tranquilidad».

De este modo pretende el periódico sugerir cierta falta de interés en los parientes y amigos de María Roget, lo cual sería absurdo en el caso en que creyeran que el cadáver encontrado era realmente el de la joven. En suma: L'Étoile se propone insinuar que María, en connivencia con sus amigos, ausentóse de la capital por razones que comprometían su virtud, y que estos amigos, al descubrir en el Sena un cadáver con cierta semejanza a la joven, aprovecharon la ocasión para impresionar al público con la noticia de su muerte. Pero L'Étoile ha procedido con demasiada precipitación, ya que claramente ha sido probado que no existió la falta de interés a que alude; que la anciana madame Roget hallábase tan excesivamente débil y conmovida que le hubiera sido completamente imposible ocuparse de nada; que Saint-Eustache, lejos de recibir la noticia con frialdad, quedó aturdido por la aflicción, y que dio tales muestras de desesperación, que monsieur Beauvais creyó conveniente encargar a un pariente y amigo que le vigilara e impidiera presenciar la autopsia que había de seguir a la exhumación. Además, aunque afirme L'Étoile que el cuerpo se ha vuelto a enterrar a costa del Estado, que la familia ha rechazado el ventajoso ofrecimiento de una sepultura particular y que a la ceremonia no asistió ningún miembro de la familia; aunque L'Étoile,

repito, afirme todo esto para asegurar la impresión que trata de producir, todo ello ha sido refutado ampliamente. En uno de los posteriores números del mismo periódico se intentó hacer recaer las sospechas sobre el propio Beauvais. El redactor decía:

«En este asunto acaba de producirse un cambio. Según nuestros informes, en cierta ocasión, mientras madame B\*\*\* hallábase en casa de madame Roget, monsieur Beauvais, que salía, dijo que iría un gendarme, y que ella, madame B\*\*\*, tuviese cuidado de no decir ni una sola palabra al gendarme hasta que él hubiera regresado, y le dejase encargado del asunto.

»En la presente situación parece que monsieur Beauvais oculta en su cerebro el misterio del hecho. No es posible dar un solo paso sin monsieur Beauvais. Por cualquier lado que se vaya se tropezará con él.

»Caprichosamente ha dispuesto que nadie, excepto él, intervenga en el sumario, y en forma harto incongruente, si ha de darse crédito a sus recriminaciones, ha prescindido de los parientes. Se ha mostrado muy obstinado en la idea de que se impida a los parientes ver el cadáver».

A las sospechas acumuladas de tal modo contra Beauvais, pareció dar cierto viso de verosimilitud el siguiente hecho: Pocos días antes de la desaparición de la muchacha, alguien que fue a visitarle a su despacho, durante la ausencia de aquél, halló una rosa colocada en el ojo de la cerradura y la palabra Marie escrita sobre una pizarra colocada a la altura de la mano.

La impresión general, cuando menos tal como pudimos deducirla de las informaciones periodísticas, era que María había sido víctima de una banda de furiosos forajidos que la condujeron a orillas del río, maltratándola y asesinandola. No obstante, un diario de gran influencia, Le Commercial, combatió apasionadamente esta creencia popular. Extracto de sus columnas uno o dos pasajes:

«Nos hallamos persuadidos de que el sumario, hasta el momento actual, ha seguido una falsa pista, tanto cuanto que se ha dirigido a la barrière du Roule. No es posible que una joven, conocida por varios millares de personas, como era María, hubiese podido recorrer tan largo trayecto sin hallar a alguien a quien su rostro no fuera familiar. Cualquiera que la hubiese visto lo recordaría fácilmente, porque la joven hacía simpática a cuantos la trataban. Salió de su casa, precisamente, a una hora en que las calles se hallan muy concurridas.

»No es posible que haya llegado a la barrière du Roule o la rue des Dromes sin haber sido reconocida, cuando menos, por una docena de personas, y, no obstante, en ninguna declaración se afirma que la hayan visto más que en el umbral de la casa de su madre, ni en ellas tampoco hay prueba alguna de que haya salido tan lejos, de no ser el testimonio relativo a la intención expresada

por ella misma. Un trozo de su vestido aparecía desgarrado, ceñido alrededor de ella y anudado; de este modo, el cadáver pudo ser transportado como un paquete, y si el asesinato se cometió en la barrière du Roule no era necesario tomar tales medidas. La circunstancia de que se haya encontrado el cadáver flotando cerca de la barrière no prueba que fuese ése el lugar desde donde lo arrojaron al agua.

«Un trozo de las enaguas de la desventurada joven, de dos pies de largo y uno de ancho, fue arrancado y ceñido en torno a su cuello, y anudado sobre la nuca, probablemente con objeto de ahogar sus gritos, hecho realizado, sin duda, por unos forajidos que ni siquiera tendrían pañuelos de bolsillo».

Uno o dos días antes de que el prefecto nos visitara, la policía obtuvo un informe muy importante, que parecía destruir la argumentación planteada por Le Commercial, cuando menos en su parte de mayor interés. Dos chicos, hijos de una tal madame Deluc, merodeando por el bosque cerca de la barrière du Roule, entraron al azar en un recinto apartado, lleno de maleza, donde hallaron tres o cuatro grandes piedras que formaban una especie de silla con respaldo y asiento. Sobre la piedra superior se hallaban unas enaguas, y sobre la segunda, un chal de seda. Se encontraron también allí una sombrilla, unos guantes y un pañuelo de bolsillo, en el cual veíase bordado el nombre de Marie Roget.

En los espinos de los alrededores se descubrieron algunos jirones de ropa. El suelo hallábase pisoteado, y la maleza, aplastada. Advertíase las características huellas de una lucha. Se descubrió, además, que entre la espesura y el río estaban derribadas las empalizadas, y que la tierra ofrecía huellas parecidas a las que puede producir un cuerpo pesado al ser arrastrado.

Un semanario, Le Soleil, hizo acerca de este hallazgo los comentarios siguientes, que no eran más que los ecos de los sentimientos de toda la Prensa parisiense:

«Evidentemente, estos objetos han permanecido allí durante tres o cuatro semanas, cuando menos. Hallábanse completamente mojados por la acción de la lluvia y apelmazados por la humedad. En torno a ellos había crecido el césped, cubriéndolos en parte. La seda de la sombrilla era sólida; pero las varillas estaban cerradas, y la parte superior de la tela había sufrido los rigores de la humedad, de tal modo, que al abrir la sombrilla se rasgó.

«Los jirones de ropa hallados en los espinos tendrían unas tres pulgadas de ancho por tres de largo. Uno de ellos pertenecía al borde del traje y estaba remendado. El otro era un trozo de falda, pero no del borde. Parecían más bien tiras arrancadas, y colgaban de un zarzal a un pie del suelo.

«No cabe duda de que se ha descubierto, por fin, el teatro de tan abominable crimen».

Inmediatamente después de haberse realizado este descubrimiento apareció un nuevo testigo. Madame Deluc declaró ser la dueña de un merendero situado al borde de la carretera, no lejos de la margen del río opuesta a la barrière du Roule. En aquel lugar, los alrededores son solitarios, muy solitarios. Todos los domingos se reúnen allí los sujetos más sospechosos de la ciudad, quienes atraviesan el río en barca.

Aproximadamente, hacia las tres del domingo en cuestión, llegó al ventorro una joven acompañada por un hombre de rostro cetrino. Durante un rato estuvieron solos. Después, al marcharse se dirigieron hacia algún espeso bosquecillo de las cercanías. A madame Deluc le llamó la atención el vestido de la joven. Por su semejanza con el de una parienta suya, ya difunta, y, sobre todo, el chal. Una vez la pareja se hubo marchado, apareció en el ventorro una pandilla de malandrines que produjeron gran alboroto. Comieron y bebieron sin pagar, y siguieron después la misma dirección de los jóvenes. Regresaron al merendero al oscurecer, y más tarde cruzaron el río rápidamente.

El mismo día, después de anochecido, madame Deluc y su hijo mayor oyeron unos gritos de mujer en los alrededores del ventorro. Eran gritos penetrantes, pero duraron poco tiempo. Madame Deluc reconoció no sólo el chal hallado en la espesura sino también el vestido el cadáver. Un conductor de omnibus, llamado Valence, declaró que también había visto a María Roget atravesar el Sena en barca, aquel mismo domingo, en compañía de un joven cetrino. Valence conocía a María y no podía equivocarse en su identificación. También los parientes de María reconocieron los objetos hallados en el bosquecillo.

Esta serie de declaraciones e informes que recogí en los periódicos, por encargo de Dupin, comprendía un punto extremo de la mayor importancia. Inmediatamente después del hallazgo de los aludidos restos, se halló en las cercanías del lugar, que se creía entonces haber sido teatro del crimen, el cuerpo inanimado o casi inanimado de Saint-Eustache, el prometido de María. A su lado se encontró un frasco con la etiqueta «láudano». El aliento del hombre acusaba envenenamiento. Murió sin haber pronunciado una palabra. Se le encontró una carta en la que brevemente se expresaba su amor a María y su firme propósito de suicidio.

—No creo necesario decirle —comentó Dupin al terminar la lectura de las notas— que es éste un caso bastante más complicado que el de la rue Morgue, del cual se diferencia en un punto muy importante. Esto es un ejemplo del crimen cruel, pero ordinario. No hallamos en él nada que sea particularmente exagerado o excesivo. Le ruego que se fije en que, por esta razón, ha parecido sencillo el misterio, aunque aquél sea precisamente el motivo por el cual hubo de considerarse como más difícil de resolver.

»Por esto, desde un principio, se consideró superfluo ofrecer una recompensa. Los pedantes auxiliares de G\*\*\* eran demasiado superiores para comprender cómo y por qué podía haberse cometido semejante crimen. Su imaginación les permitía idear un modo (o varios), un motivo (o varios), y como no era imposible que uno de tan numerosos medios y motivos fuese el único cierto, creyeron como demostrado que el real había de ser uno de aquéllos. Pero la facilidad con que concibieron ideas tan diferentes, y hasta el carácter verosímil con que cada una estaba revestida, debieron haber sido tomados por indicios de la dificultad antes que de la facilidad atribuida a la explicación del enigma. Ya le hice a usted notar que, saliéndose fuera del plan ordinario de las cosas, debe la razón encontrar su camino, o no lo encontrará nunca en la investigación de la verdad, y que en casos como éste lo importante no es decir: “¿Qué hechos son los que se presentan?”, sino: “¿Qué hechos son los que se presentan que no se presentaron antes?”.

»En las investigaciones llevadas a cabo en casa de madame L’Espanaye, los agentes de G\*\*\* se desanimaron y confundieron ante esta misma singularidad que para una inteligencia bien constituida hubiera sido el presagio más firme del éxito. Y esta misma inteligencia habríase sumido en la desesperación por el carácter corriente de todos cuantos hechos se ofrecen al examen en el caso de la joven perfumista, y que nada positivo han revelado todavía, de no ser la presunción de los funcionarios de la Prefectura.

»En el caso de madame L’Espanaye y de su hija, desde el principio de nuestra investigación, no hubo para nosotros la menor duda de que había sido cometido un asesinato. Desde luego, quedaba excluida toda idea de suicidio. En el caso actual también tenemos que eliminarla. El cadáver encontrado en la barrière du Roule ha sido hallado en circunstancias que no nos autorizan ninguna vacilación con respecto a extremo tan importante. Pero se ha insinuado que dicho cadáver no es el de María Roget, cuyo asesino, o asesinos, están todavía por descubrir, por cuyo hallazgo se ofrece una recompensa y que hoy constituye el único motivo de nuestras relaciones con el prefecto. Tanto usted como yo conocemos bien a este señor. En él no debemos confiar demasiado. Lo mismo que si, tomando como punto de referencia el cadáver hallado y siguiendo la pista de un criminal, descubrimos que el cuerpo no es el de María, igualmente si tomamos por punto de referencia a la joven, viva aún, volvemos a encontrarla no asesinada, nuestro trabajo, en uno u otro caso, es estéril, puesto que tenemos que entendernos con G\*\*\*. Por tanto, puesto que conviene a nuestra propia causa, si no a la de la justicia, es indispensable que nuestros primeros pasos sean de comprobación de la identidad del cadáver, en el caso de que corresponda a la desaparecida María Roget.

»Las argumentaciones de L’Étoile han hallado público eco. Incluso el

periódico está convencido de su trascendencia, según se deduce de la forma en que comienza uno de los reportajes del asunto en cuestión. “Algunos diarios de la mañana —dice— hablan del decisivo artículo de L’Étoile en su número del lunes”. A mi entender, no me parece tal artículo decisivo más que por lo que se refiere al interés del redactor. No debemos olvidar que, por lo general, el fin que nuestros periódicos persiguen es el de impresionar a sus lectores y atraer la atención, antes que favorecer la causa de la verdad. Este último objetivo no se persigue, de no ser que coincida con el primero. El periódico que concuerda con la opinión general, por bien fundamentada que ésta esté, no consigue el crédito del público. El vulgo considera como profundo a quien propugna contradicciones que se hallan en contra de la opinión general. Tanto en lógica como en literatura, el epigrama es el género más inmediato y universalmente apreciado. En los dos casos, según el orden del mérito, es el género más inferior.

»Digo con esto que el carácter entre epigramático y melodramático de esta suposición (la de que María Roget vive todavía) es el que ha inspirado a L’Étoile antes que ningún otro aceptable, asegurándole así entre el público una favorable acogida. Examinemos ahora los puntos principales de la argumentación de este periódico y fijémonos en la incoherencia que desde el principio la inspira.

»Por lo pronto, el periodista desea demostrarnos, teniendo en cuenta el corto intervalo transcurrido entre la desaparición de María y el hallazgo del cadáver flotante, que éste no puede ser el de ella. Para el argumentador, lo fundamental es reducir dicho intervalo desde el principio a la duración más pequeña posible. Persiguiendo sin razonamiento este fin, desde el comienzo se lanza a una pura suposición. “Es insensato imaginar —dice— que el crimen, si es que ha muerto asesinada, se haya podido consumar con la rapidez suficiente para permitir a los asesinos arrojar el cuerpo al río antes de la medianoche”. Inmediatamente, y de la forma más natural, nosotros preguntamos: ¿Por qué? ¿Por qué es insensato imaginar que el asesinato se haya cometido cinco minutos después que la joven abandonase el domicilio de su madre? ¿Por qué es insensato imaginar que se cometió el crimen a una hora cualquiera del día? Los crímenes se cometen a todas horas. Pero aun cuando este asesinato se haya cometido en un instante cualquiera, entre las nueve de la mañana del domingo y las doce menos cuarto de la noche, siempre habría quedado tiempo bastante para “arrojar el cuerpo al río antes de la medianoche”. Por tanto, la suposición se reduce a esto: el crimen no ha podido perpetrarse el domingo, y si a L’Étoile le permitimos suponer esto, podemos concederle todas las libertades posibles.

»Puede admitirse que el citado párrafo que comenzaba así: “Es insensato imaginar que el crimen..., etcétera”, aunque impreso de esta forma por

L'Étoile, fue realmente concebido por el periodista bajo esta otra forma: “Es insensato imaginar que el crimen, si es que se ha cometido un crimen, haya podido consumarse con la suficiente rapidez para permitir a los criminales arrojar el cuerpo al río antes de la medianoche”. Decimos nosotros que es insensato suponer eso, y al mismo tiempo suponer, como quisiéramos, que el cuerpo no fuese arrojado al agua sino pasada la medianoche, opinión hasta cierto punto mal deducida, pero que no es tan completamente irrazonada como la aparecida en el periódico.

»Si simplemente se me hubiera propuesto —continuó Dupin— refutar este extremo de la teoría argumentada por L'Étoile, lo habría dejado tal como estaba. Pero nosotros nada tenemos que ver con L'Étoile, sino con la verdad. En realidad, la frase no tiene más que un sentido, que he aclarado perfectamente. Pero es imprescindible que vayamos tras las simples palabras buscando una idea que dichas palabras dan evidentemente a entender, aunque de un modo positivo no la expresen. La intención del periodista era la de manifestar que resultaba poco probable, cualquiera que fuese el momento del día o de la noche del domingo en que el asesinato se cometiera, que los criminales se hubiesen arriesgado a transportar el cuerpo hasta la orilla antes de la medianoche.

»Precisamente en esto se funda la suposición de que me quejo. Se cree que el asesinato se cometió en tal sitio y en determinada circunstancia, y que necesariamente hubo de llevar el cuerpo a la orilla. Pero el crimen podía haberse perpetrado en la orilla o en el río mismo, y, por tanto, el lanzamiento del cuerpo al agua, hecho al que fue necesario proceder en cualquier instante del día o de la noche, habría de resultar la operación más inmediata y fácil. Comprenderá usted que yo no sugiero aquí nada que me parezca probable o que esté de acuerdo con mi propia opinión. Hasta este instante no he hecho referencia a los elementos de la causa. Sencillamente quiero prevenir a usted acerca del tono general de las insinuaciones de L'Étoile, y despertar su atención con respecto al carácter de prejuicio que desde el primer momento revelan.

»Habiendo prescrito así un límite de acuerdo con sus ideas preconcebidas, y suponiendo que era de María el cuerpo hallado, no hubiese podido permanecer en el agua, de no ser durante un espacio muy breve de tiempo. Por esto el periódico viene a decir:

»“Demuestra la experiencia que los cuerpos ahogados o arrojados inmediatamente al agua después de una muerte violenta necesitan un período de unos seis a diez días para que una determinada descomposición los eleve a la superficie. Un cadáver al que se hiciera reventar, y que asciende antes que la inmersión haya durado, cuando menos de cinco a seis días, se sumerge de nuevo si se le abandona a sí mismo”.

»Tácitamente han admitido estas afirmaciones todos los periódicos de París, excepto Le Moniteur, que insiste en rebatir la parte del párrafo relativa a los cuerpos de los ahogados citando cinco o seis casos en que los cuerpos de personas evidentemente ahogadas se han hallado flotando después de un espacio de tiempo menor del fijado por L'Étoile. Sin embargo, hay algo excesivamente antifilosófico en el intento de Le Moniteur, rechazando la general afirmación de L'Étoile, citando algunos casos particulares en contra de aquéllos, aun cuando hubiese sido posible traer a colación cincuenta casos en vez de cinco cadáveres hallados en la superficie del agua al cabo de dos o tres días, los cincuenta ejemplos hubieran podido considerarse como simples excepciones de la regla de L'Étoile, hasta que esta misma regla fuera refutada definitivamente. Admitida (y Le Moniteur no la niega, sino que insiste tan sólo en las excepciones), la argumentación de L'Étoile conserva toda su fuerza, porque no pretende deducir más que una cuestión de probabilidad con respecto a si un cuerpo puede ascender a la superficie en menos de tres días, posibilidad que continuará en favor de L'Étoile hasta que los ejemplos alegados tan infaliblemente alcancen un número bastante para combatir una regla opuesta.

»Comprenderá usted inmediatamente que toda argumentación así se dirige contra la regla misma; y con este objeto debemos hacer el razonado análisis de ésta. Ahora bien: por lo general, el cuerpo humano no es ni mucho más ligero ni mucho más pesado que el agua del Sena; es decir, el peso específico del cuerpo humano en sus condiciones naturales es igual al del volumen de agua dulce que desaloja. Los cuerpos de los individuos gruesos y robustos, de pequeño esqueleto y, por lo general, los de todas las mujeres, son más ligeros que los de los individuos delgados y de esqueleto grande, y, generalmente, los de todos los hombres; y el peso específico del agua de un río sufre alguna influencia del flujo del mar. No obstante, prescindiendo de la marea, puede asegurarse que muy pocos cuerpos humanos se sumergen del todo en el agua dulce, aun por su propio acuerdo. Al caer en un río, son aptos, en su mayoría, para flotar si dejan que se establezca el equilibrio conveniente entre el peso específico del agua y el suyo mismo; es decir, si se dejan sumergir completamente exceptuando las menores partes posibles. La mejor posición para el hombre que no sabe nadar es la vertical de la persona que camina por tierra; la cabeza completamente echada hacia atrás y sumergida, dejando al nivel del agua tan sólo la boca y las narices. En estas condiciones, todos podremos flotar sin dificultades y sin esfuerzo alguno. Sin embargo, es evidente que el peso de los cuerpos y el del volumen de agua desalojado se hallan entonces rigurosamente equilibrados, y la menor cosa bastará para que uno u otro prepondere. Un brazo, por ejemplo, elevado por encima del agua y, por consiguiente, privado de apoyo, es un peso adicional suficiente para sumergir por completo la cabeza, mientras que un socorro accidental del más ínfimo trozo de madera nos permitirá que la levantemos lo suficiente para

mirar en torno nuestro.

»Ahora bien: en los esfuerzos que efectúa una persona que no practica la natación, los brazos, invariablemente, se agitan en el aire, al mismo tiempo que la cabeza insiste en conservar su acostumbrada posición de perpendicularidad. Con ello se produce la inmersión de la boca y la nariz, y como consecuencia de los esfuerzos para respirar debajo del agua, el que ésta se introduzca en los pulmones. El estómago la absorbe en gran cantidad y el cuerpo aumenta de peso, reforzado en virtud de la diferencia de densidad que existe entre el aire que distendía primitivamente estas cavidades y el líquido que las llena luego. Es regla general que esta diferencia basta para sumergir a un cuerpo, pero no en los casos de individuos de pequeño esqueleto, que poseen una cantidad normal de grasa y materia fofa, porque esta clase de personas flotan incluso después de ahogados.

»El cuerpo, que suponemos se encuentra en el fondo del río, continuará en él hasta que, por una circunstancia cualquiera, su peso específico se haga menor que el del volumen de agua que desaloja. Este efecto puede ser producido por la descomposición o por otra causa. La primera produce los gases que distienden los tejidos celulares y da a los cadáveres esa hinchazón de tan espantoso aspecto. Cuando llega la distensión a un punto en que el volumen del cuerpo ha aumentado sensiblemente sin el correspondiente crecimiento de masa o de peso, su peso específico es menor que el del agua desalojada y determina su reaparición inmediata en la superficie. Pero, por numerosas circunstancias, la descomposición puede modificarse e incluso acelerarse o retardarse por una serie de agentes, como, por ejemplo, el calor o el frío de la estación, por la impregnación minera o por la pureza del agua, por su mayor o menor profundidad, por la corriente o estancamiento más o menos sensible y por la naturaleza y estado original del cuerpo, según estuviera libre de una enfermedad o inficionado por ella antes de la muerte. Resulta evidente, pues, que no podemos fijar con exactitud la época en que el cuerpo deberá elevarse a consecuencia de la descomposición. En condiciones determinadas, este resultado puede producirse en una hora. Otras, no puede producirse del todo. Se conocen ciertas infusiones químicas que permiten preservar para siempre de la corrupción a todo el sistema animal; el bicloruro de mercurio es una de ellas. Aparte de la descomposición, puede producirse, no obstante, y se produce generalmente un gas en el estómago por fermentación acética de las materias vegetales, o por otras razones en otras cavidades, suficiente para producir una distensión que eleve el cuerpo a la superficie. El efecto que produce el cañonazo es de simple vibración. Puede librar al cuerpo del limo o lógamo pegajoso en que se encuentra sepultado, permitiéndole de esta manera elevarse cuando ya otros agentes lo hayan preparado, o bien vencer la adherencia de determinadas partes putrefactas del sistema celular, facilitando la distensión de las cavidades bajo la influencia gaseosa.

»Encontrándonos, pues, ante toda la filosofía del asunto, nos es posible comprobar las afirmaciones de L'Étoile. “Demuestra la experiencia —dice este periódico— que los cuerpos ahogados o arrojados inmediatamente al agua después de una muerte violenta necesitan de seis a diez días para que una determinada descomposición los eleve a la superficie. Un cadáver, al que se hiciera reventar y que asciende antes que la inmersión haya durado, cuando menos, cinco o seis días, se sumerge de nuevo si se le abandona a sí mismo”.

»Ahora, todo lo transcrito se nos aparece como una serie de inconsecuencias e incoherencias. La experiencia no demuestra siempre que los cuerpos de los ahogados necesiten cinco o seis días para que una determinada descomposición les permita flotar otra vez juntas, la ciencia y la experiencia demuestran que el momento de su reaparición sobre la superficie es, y necesariamente debe de serlo, imposible de ser determinado. Por otra parte, si un cuerpo asciende a la superficie del agua por haber reventado, no se sumergirá de nuevo, aun cuando se le abandone a sí mismo todas las veces en que la descomposición haya alcanzado el grado necesario para permitir el escape de los gases que se produzcan. Sin embargo, quiero llamar su atención con respecto a la distinción establecida entre los cuerpos de los ahogados y los de las personas que son arrojadas al agua “inmediatamente después de una muerte violenta”. Aunque el redactor admita esta distinción, incluye, sin embargo, ambos casos en la misma categoría. He demostrado ya cómo el cuerpo de un hombre que se ahoga alcanza un peso específico más considerable que el del volumen de agua que desaloja, y también he probado que no se sumergiría completamente sin los movimientos por los cuales saca por encima del agua los brazos y los esfuerzos que para respirar hace debajo de ella, los cuales hacen que el líquido ocupe el espacio que en los pulmones se llena de aire.

»Sin embargo, estos movimientos y esfuerzos no los efectuaría un cuerpo que hubiese sido arrojado al agua “inmediatamente después de una muerte violenta”. En último caso, la regla general es que el cuerpo no debe hundirse completamente, hecho que L'Étoile ignora con toda evidencia. Cuando la descomposición ha llegado a un punto muy avanzado, cuando la carne se ha desprendido en gran cantidad de los huesos, entonces, únicamente, y nunca antes, vemos que desaparece el cuerpo bajo el agua.

»Ahora bien: ¿qué pensamos de ese razonamiento por el que el cadáver hallado no puede ser el de María Roget porque se encontró flotando después de un intervalo tan sólo de tres días? Si María se ahogó, siendo mujer, no pudo hundirse; y si se sumergió, pudo reaparecer al cabo de veinticuatro horas, o antes. Pero no supone nadie que la joven haya muerto ahogada, y de haber sido muerta antes de haber sido arrojada al río, habría flotado y hubiese podido ser descubierta en cualquier época posterior.

»Pero afirma L'Étoile: “Si el cuerpo, en estado de descomposición, permaneció junto a la orilla hasta la noche del martes, encontraríase allí alguna huella de los asesinos”.

»De pronto, es muy difícil comprender la intención del periodista. Pretende prevenir lo que cree pueda ser objeción a su teoría; es decir, que el cuerpo, habiendo permanecido dos días en la orilla, debió descomponerse rápidamente, más rápidamente que habiendo estado sumergido en el agua. Supone, en este caso, que el cuerpo pudo reaparecer en la superficie el miércoles, pero sólo en estas condiciones. Tiene, pues, un gran interés en demostrar que el cuerpo no ha permanecido en la orilla, porque, en este caso, “encontraríase allí alguna huella de los asesinos”. Me parece que esta deducción le hará sonreír a usted. Usted no puede comprender, ni yo tampoco, cómo la permanencia más o menos larga del cuerpo en la orilla habría podido multiplicar las huellas de los asesinos.

»El periódico continúa: “Por último, es demasiado improbable que los criminales que cometen un asesinato como el que se les atribuye hayan arrojado al agua el cuerpo sin un peso cualquiera que le arrastrara al fondo, cuando tan fácil era tomar una precaución semejante”.

»Fíjese usted en qué irrisoria confusión de ideas incurre. Nadie, ni aun L'Étoile, niega que se haya cometido un crimen en el cuerpo encontrado. Las señales de violencia son demasiado evidentes. El único fin que persigue nuestro razonador es tan sólo el de demostrar que éste no es el cuerpo de María. Intenta probar que María no ha sido asesinada, pero no, en cambio, que el cadáver pertenezca a una mujer no asesinada. No obstante, su observación demuestra tan sólo este último extremo. Nos hallamos ante un cuerpo al que no ha sido atado peso alguno. Los asesinos, al arrojarla al agua, no habrían dejado de hacerlo. Luego no han sido los criminales los que lo han arrojado al río. Si es que puede probarse, esto es lo único probado. Por lo que respecta a la identificación, todavía no se ha tratado de ella, y a L'Étoile le parece muy molesto contradecir ahora lo que admitía un momento antes: “Nos hallamos perfectamente convencidos —dice— de que el cadáver encontrado es el de una mujer asesinada”.

»Aun en esta parte de su tema, no es sólo este caso en el que nuestro razonador argumenta, sin darse cuenta de ello, contra sí mismo. Como ya he dicho, su principal objeto es el de reducir todo lo posible el espacio de tiempo transcurrido entre la desaparición de María y el hallazgo del cadáver. No obstante, insiste en el pormenor de que nadie vio a la joven desde el momento en que abandonó la casa de su madre. “No tenemos —dice— la evidencia de que María Roget viviera aún el domingo día 22 de junio, después de las nueve de la mañana”.

»Como, evidentemente, es recusable su razonamiento, por haber sido concebido de antemano, mejor habría hecho abandonando este aspecto de la cuestión, porque si se encontraba a alguien que hubiese visto a María, ya el lunes o el martes, el intervalo a que se refiere sería muy corto, y, dado su modo de razonar, disminuiría la posibilidad de que el cuerpo pudiera corresponder al de la grisette. No obstante, es divertido observar cómo L'Étoile insiste en el extremo ya dicho, con la sólida convicción de que va a robustecer sus argumentaciones generales.

»Examinemos ahora de nuevo la parte de la argumentación correspondiente a la identificación del cadáver efectuada por Beauvais. Por lo que se refiere al vello del brazo, L'Étoile evidencia claramente su mala fe. Sólo siendo un imbécil, monsieur Beauvais, hubiese podido alegar lo del vello del brazo para comprobar la identidad de un cuerpo. Ningún brazo carece de vello. La mayor parte de las expresiones de L'Étoile son una sencilla confusión de las frases del testigo, quien, necesariamente, ha debido de hablar de alguna particularidad del vello; de la coloración, cantidad, dimensión o sitio.

»Dice el periódico: “Su pie era pequeño, y hay miles de pies pequeños. La liga y el zapato no constituyen tampoco elementos de prueba, porque ambos se venden en gran número. Lo mismo puede decirse de las flores de su sombrero. Un hecho en el que monsieur Beauvais insiste grandemente es que el broche de la liga había sido cambiado de sitio para cortarla. Pero esto no prueba nada, porque la mayor parte de las mujeres llevan consigo siempre un par de ligas que ajustan al tamaño de sus piernas, en lugar de probárselas en la tienda donde las compran”.

»Al llegar aquí, resulta muy difícil suponer con sentido común al razonador. Si monsieur Beauvais, buscando el cuerpo de María, descubrió un cadáver que se parecía a ella por las proporciones generales y el aspecto, ha podido creer con toda razón, aun prescindiendo de la cuestión del traje; que había llegado al término de sus investigaciones. Y si, además del detalle de las proporciones generales y de contorno, halló en el brazo del cadáver un vello observado ya en el de María, su convencimiento pudo, lógicamente, reforzarse en proporción con la particularidad o carácter insólito de esta característica. Si el pie de María era pequeño y los del cadáver eran pequeños igualmente, la probabilidad de que éste fuera el de María debe aumentar no simplemente en proporción geométrica y acumulativa.

»A todo esto añádanse los zapatos, que se vio llevaba el día en que desapareció, y a pesar de que los zapatos se venden a miles, se dará usted cuenta de que la probabilidad aumenta de tal modo, que raya en certidumbre. Lo que por sí solo no habría de constituir un elemento de identificación, se convierte ahora, por suposición aseguradora, en la prueba más firme. Por

último, concedamos que las flores del sombrero correspondan a las que llevaba la joven desaparecida, y nada más tendremos que desear. Una sola de estas flores, repito, y nada más tendríamos que desear. Sin embargo, ¿qué diríamos entonces si tuviéramos dos, o tres, o más? Cada sucesiva unidad es un testimonio múltiple, una prueba no sumada a la anterior, sino multiplicada por ciento o por mil.

»Descubrimos ahora en la muerta unas ligas semejantes a las que usaba la viva. El continuar esta información, realmente, es para enloquecer. Pero nos hallamos con que estas ligas se han acertado por haber cambiado el broche de sitio, lo mismo que María había hecho con las suyas antes de abandonar su casa. Dudar aún es demencia o hipocresía. Cuanto dice L'Étoile con respecto a la reducción o achicamiento de la liga, que debe considerarse, según creo, como un caso frecuente, no prueba otra cosa que su obstinación en el error. La elasticidad de una liga de broche es suficiente para demostrar el carácter excepcional del achicamiento. En muy raras ocasiones lo que está hecho para ajustar bien necesita un arreglo. La indicada reducción que requirieron las ligas de María sólo pudo ser debida, en el sentido más estricto de la palabra, a consecuencia de un accidente. Sólo ellas habrían bastado para comprobar la identificación de un cadáver.

»Pero lo importante no es que el cadáver tenga las ligas de la mujer desaparecida, o bien sus zapatos, o su sombrero, o las flores de éste, o sus pies, o una señal particular en el brazo, o su aspecto, o sus proporciones generales. Lo importante es que el cadáver tiene todas y cada una de estas cosas colectivamente. Si se hubiera probado que L'Étoile ha concebido en realidad, en circunstancias parecidas, una duda, no tendría para el caso que expone necesidad alguna de una convicción de lunático inquiriendo. Ha querido hacer alarde de su sagacidad convirtiéndose en eco de las habladurías de los leguleyos, cuya mayoría se limita, a su vez, a copiar los preceptos rectangulares de los sumarios.

»Debo advertir a usted de paso que mucho de lo que rechaza un tribunal como prueba es para la inteligencia lo mejor en materia probatoria. Porque, basándose en los principios generales en materia de pruebas (los principios generales reconocidos que se hallan en los códigos), el tribunal no se aviene a aceptar particulares razones. Tan obstinada adhesión al principio, lo determinado, desde lo riguroso hasta la excepción contradictoria, es un seguro medio de esperar, en largo espacio de tiempo, el máximo de verdad que está permitido esperar. La práctica, por tanto, es, en conjunto, filosófica. Pero no es menos cierto que en determinados casos produce grandes errores.

»Por lo que respecta a las insinuaciones formuladas contra Beauvais, se destruyen de un soplo. Usted conoce perfectamente el carácter de ese caballero. Es un hombre oficioso, de espíritu inclinado a lo novelesco y de

poco juicio. Toda persona así se verá impelida fácilmente, en un caso de emoción real, a conducirse de un modo que pueda parecer sospechoso a los ojos de gentes demasiado sutiles o maliciosas. Monsieur Beauvais, según se deduce de las notas que hemos recogido, ha celebrado diversas entrevistas con el director de L'Étoile, a quien sorprendió al atreverse a indicar la idea de que, a pesar de su opinión, el cadáver era positivamente el de María. “Insiste — dice el periódico— en afirmar que se trata del cuerpo de María, pero no puede añadir circunstancia alguna a las que ya hemos comentado para hacer que los demás compartan esta creencia”. Ahora bien: sin insistir sobre este particular, para hacer que los demás compartan esta creencia y suministrar una prueba más fehaciente que las conocidas, observemos una cosa: es fácil suponer a un hombre convencido perfectamente en un caso de esta naturaleza, pero incapaz, sin embargo, de formular una sola razón para convencer a una segunda persona.

»Nada hay tan vago como las impresiones relacionadas con la identidad de un individuo. Toda persona conoce a su vecino, y, no obstante, pocos casos se dan de que el primero que llegue esté dispuesto a dar una razón de tal reconocimiento. El redactor de L'Étoile no tiene, pues, derecho a que le sorprenda la opinión no razonada de monsieur Beauvais.

»Las sospechosas circunstancias que le rodean están de acuerdo con mi hipótesis de un carácter entremetido, minucioso y novelesco, antes que con la insinuación del periodista con respecto a su culpabilidad. Admitiendo la interpretación más amable, no tenemos inconveniente alguno en explicarnos el porqué de la rosa colocada en el agujero de la cerradura, la palabra “María” en la pizarra; el por qué se descarta a los parientes varones, la oposición a dejarles ver el cadáver, la recomendación que se hizo a madame B\*\*\*\* de que no hablara con el gendarme hasta que él (Beauvais) volviera, y, finalmente, hasta la aparente resolución de no permitir a nadie, excepto a él mismo, intervenir en el sumario. Creo incontestable que Beauvais era uno de los adoradores de María; que ésta había coqueteado con él y que él aspiraba a demostrar que gozaba completamente de su intimidad y su confianza. No diré nada más sobre este particular. Y como la evidencia rechaza por completo la afirmación de L'Étoile por lo que respecta a su acusación de apatía en relación a la madre y los demás parientes, actitud inconcebible con esta suposición (la de creer en la identidad del cuerpo de la perfumista), procedamos ahora como si el problema de la identidad hubiera sido resuelto a nuestra más completa satisfacción.

—¿Qué opina usted —le pregunté entonces— de las opiniones de Le Commercial?

—Que, por su carácter, son más dignas de atención que otra cualquiera de las que han sido expuestas sobre el mismo asunto. Las deducciones de las

premisas son filosóficas y sutiles, pero en dos puntos, por lo menos, se basan en una imperfecta observación. Le Commercial quiere dar a entender que una banda de cobardes forajidos se apoderó de María, no lejos de la puerta de la casa donde vivía su madre. «No es posible —dice— que una joven, conocida por varios millares de personas como era María, haya podido recorrer tan largo trayecto sin hallar a alguien a quien su rostro fuera familiar». Ésta es la reflexión de un hombre que vive en París hace mucho tiempo, un hombre público, cuyas idas y venidas por la ciudad casi siempre se han reducido a la vecindad de las oficinas públicas. Sabe perfectamente que él apenas puede dar una docena de pasos más allá de su bureau sin que alguien le conozca y le aborde.

»Midiendo la extensión del conocimiento que mantiene con los demás, y éstos con él, comparo su popularidad con la del perfumista. No encuentro una diferencia notable entre las dos, y fácilmente llego a la conclusión de que María, en sus paseos por la ciudad, tuviese tal predisposición a ser reconocida como a él le ocurre en lo suyo. Para ella no podría ser tan legítima esta conclusión si sus paseos hubieran tenido el mismo carácter invariable y metódico, y se limitaran a una determinada región, como ocurre con los de él. Con intervalos regulares, él se mueve yendo y viniendo por una zona limitada, llena de individuos a quienes sus ocupaciones, semejantes a la suya, impulsan de un modo natural a interesarse por él y observar su persona,

»En general, los paseos de María podían atribuirse a una naturaleza vagabunda. En el caso que nos ocupa, hay que considerar como muy posible que haya seguido un trayecto más distanciado que de costumbre de sus caminos corrientes. El paralelo que hemos supuesto existente en el espíritu de Le Commercial no podría mantenerse, excepto en el caso de dos individuos que atravesasen toda la población. Considerado entonces que las relaciones personales son las mismas, las probabilidades serán también idénticas para aquellos que encuentran un igual número de conocidos. Opino, por mi parte, que no es solamente posible, sino infinitamente probable, que, a cualquier hora del día, María ha seguido cualquiera de los numerosos caminos que conducen desde su casa a la de su tía, sin hallar a un solo individuo a quien conociera o de quien fuese conocida. Para juzgar bien este asunto, para juzgarlo con toda claridad, no es muy preciso pensar en la gran desproporción que existe entre las amistades personales del individuo más conocido de París y el vecindario todo de esta ciudad.

»Pero si la insinuación de Le Commercial pareciera conservar alguna fuerza todavía, ésta disminuiría en cuanto tomásemos en consideración la hora en que la joven abandonó su casa. “Salió de su casa —dice Le Commercial— precisamente a una hora en que las calles se hallan muy concurridas”. ¿Cómo? Eran las nueve de la mañana. A esta hora, todos los días de la semana, excepto

el domingo, las calles, es cierto, están muy concurridas. Pero a las nueve de la mañana del domingo, nadie, por lo general, ha salido todavía de su casa, porque se prepara para ir a la iglesia. Muy poco observador habrá de ser el hombre que no haya advertido el solitario aspecto que ofrece una población todos los domingos, de ocho a diez de la mañana. De diez a once, las calles están llenas de gente, pero nunca a una hora tan temprana como la que se ha dicho.

»Además, otro extremo parece desmentir el espíritu observador de *Le Commercial*. Dice: “Un trozo de las enaguas de la desventurada joven, de dos pies de largo por uno de ancho, fue arrancado y ceñido en torno a su cuello y anudado sobre la nuca, probablemente con objeto de ahogar sus gritos, hecho realizado, sin duda, por unos forajidos que ni siquiera tendrían pañuelos de bolsillo”. Más tarde observaremos si esta idea carece o no de fundamento; pero con las palabras “forajidos que no tienen pañuelos de bolsillo”, alude el periodista a la peor clase de malhechores. No obstante, este tipo de ellos es el que siempre lleva pañuelo de bolsillo, aun cuando le falte la camisa. En estos últimos años usted habrá tenido ocasión de observar cuán indispensable se ha hecho el pañuelo de bolsillo para el perfecto salteador.

—Y acerca del artículo de *Le Soleil*, ¿qué debemos pensar? —le pregunté.

—Que es una verdadera lástima que su redactor no sea un loro, porque hubiera sido el más ilustre de su especie. Sencillamente, ha repetido distintos fragmentos de las opiniones individuales ya conocidas, espigando, con loable industria, en los periódicos. «Evidentemente —dice— estos objetos han permanecido allí durante tres o cuatro semanas, cuando menos... No cabe duda de que se ha descubierto, por fin, el teatro de tan abominable crimen». Los hechos, anunciados de nuevo por *Le Soleil*, no bastan, ni mucho menos, para desvanecer mis dudas personales sobre este asunto. Habremos de examinarlos más particularmente, relacionándolos con otro aspecto de la cuestión.

»Vamos a ocuparnos ahora de otras investigaciones. En el examen del cadáver no ha dejado usted de advertir una gran negligencia. El extremo de la identificación no cabe duda de que ha sido resuelto fácilmente o ha debido serlo, cuando menos. Pero hay que aclarar otros puntos. ¿Fue el cuerpo de cualquier modo despojado? ¿Llevaba la muerta algunos adornos de bisutería cuando abandonó su casa? Y de llevarlos, ¿fueron encontrados junto al cadáver? Estos importantes pormenores han sido admitidos absolutamente en la información judicial, y también existen otros de igual trascendencia, que para nada han llamado la atención. Vamos a intentar convencernos investigándolos personalmente.

»La causa de Saint-Eustache, evidentemente, ha de ser examinada de

nuevo. No tengo sospecha alguna contra este individuo; pero procedamos metódicamente. Con toda escrupulosidad comprobaremos la validez de las declaraciones referentes a los lugares donde fue visto el domingo. Muchas veces, esta clase de testimonios escritos son un medio de mistificación. Si nada encontramos en ellos que rectificar, prescindamos de Saint-Eustache. Aunque contribuya su suicidio a corroborar las sospechas, en el caso en que se hallara una superchería en los affidavits, si no hay superchería alguna no es una circunstancia inexplicable o que tenga que desviarnos de la línea del análisis ordinario.

»En el plan que le propongo a usted ahora, prescindamos de los ocultos móviles del drama y concentraremos nuestra atención en su forma aparente. En las investigaciones como éstas se comete muy a menudo el error de limitar el sumario a los hechos inmediatos, prescindiendo totalmente de los superficiales. La deplorable rutina de los procedimientos limita el proceso y la discusión en el dominio del relativo aparente. No obstante, la experiencia ha demostrado, y lo probará siempre la verdadera filosofía, que una parte muy importante de la verdad, tal vez la mayor, surge de elementos en apariencia no relacionados con el asunto. Precisamente por el espíritu, ya que no por la letra, de este principio, la ciencia moderna ha llegado a tener en cuenta lo imprevisto. Pero tal vez no me comprenda usted. La Historia, ciencia humana, nos muestra de modo tan continuo que los más numerosos e importantes descubrimientos los debemos a los hechos superficiales, fortuitos o accidentales, que ha concluido por hacerse necesario en todo cálculo del progreso futuro conceder un espacio no sólo muy amplio, sino lo mayor posible, a las invenciones que resultarán del azar y que por completo escapan a las previsiones corrientes. Ha dejado ya de ser filosófico el sistema de apoyar en lo que ha sido una visión de lo que debe ser. Como una parte fundamental ha de admitirse el accidente. Del azar hacemos materia para un cálculo riguroso. Lo inconcebible y lo inesperado lo sometemos a las fórmulas matemáticas de las escuelas.

»Repito que es un hecho positivo el que la mayor parte de la verdad nace de lo superficial, de lo indirecto; y, apoyándome sencillamente en el principio que implica este hecho, quisiera en el presente caso desviar el sumario del camino trillado y estéril del suceso mismo, y llevarlo hacia las circunstancias contemporáneas de que se encuentra rodeado. En tanto usted comprueba la validez de los affidavits, examinaré yo los periódicos de un modo más general que el que usted ha verificado. Nos hemos limitado hasta ahora a reconocer el campo de la investigación; pero realmente sería raro que un comprensivo examen de los diarios, tal como me propongo efectuar, no aportase algunos pormenores que imprimieran al sumario una nueva dirección.

De acuerdo con la idea de Dupin, me puse a comprobar escrupulosamente

los affidavits. El resultado de este examen fue la firme convicción de su validez, y, por tanto, de la inocencia de Saint-Eustache. Mi amigo se consagraba al mismo tiempo a examinar escrupulosamente, con una minuciosidad que me parecía enteramente superflua, las colecciones de distintos periódicos. Una semana después pudo ofrecerme los siguientes recortes:

«Hace aproximadamente tres años y medio se produjo una emoción semejante a consecuencia de la desaparición de la misma María Roget de la perfumerie que monsieur Le Blanc posee en el Palais Royal. Sin embargo, al cabo de una semana, reapareció en su acostumbrado comptoir, con su habitual aspecto, si se exceptúa una leve palidez que casi nunca tenía. Tanto su madre como monsieur Le Blanc declararon que había ido al campo a visitar a una amiga, y el suceso no tardó en ser olvidado. Creemos que su actual ausencia es una travesura del mismo carácter, y que dentro de una semana o de un mes la veremos de nuevo entre nosotros».

(Evening Paper, lunes, 23 de junio).

«Cierta diario de la tarde recuerda en su número de ayer la primera misteriosa desaparición de mademoiselle Roget. Se ha sabido que durante su ausencia de una semana de la perfumerie de Le Blanc hallábase en compañía de un joven oficial de Marina, muy conocido por sus depravadas costumbres. Supónese que, con motivo de un disgusto, volvió a verla casualmente en su casa. Conocemos el nombre del lotario en cuestión, que actualmente se halla con permiso en París. Pero, por razones fáciles de comprender, nos abstenemos de revelar su identidad».

(Le Mercure, martes, 24 de junio, por la mañana).

«En los alrededores de esta población se cometió ayer uno de los crímenes más atroces. Un caballero, acompañado de su esposa e hija, solicitó, a la caída de la tarde, para atravesar el río, los servicios de seis jóvenes que, sin rumbo fijo, maniobraban en una lancha cerca de un ribazo del Sena. Una vez llegados a la orilla opuesta, saltaron a tierra los tres pasajeros, y se habían ya alejado de la lancha hasta perderla de vista, cuando la hija del caballero se dio cuenta de que se había olvidado en ella la sombrilla. Retrocedió en su busca y fue asaltada entonces por la cuadrilla de hombres, transportada al río, amordazada, maltratada vergonzosamente y abandonada por último en un lugar de la orilla, poco distante del lugar donde se había embarcado en la lancha con sus padres. Por el momento, los forajidos han escapado a la persecución de la policía, pero ésta se encuentra ya sobre su pista y no tardarán algunos en ser capturados».

(Morning Paper, 25 de junio).

«Se han recibido uno o dos comunicados que tienen por objeto acusar a

Mennais del odioso crimen cometido recientemente. Mas comoquiera que este señor, según el sumario, ha demostrado su inocencia, y como las razones de quienes nos han enviado estos comunicados parecen más apasionadas que sagaces, creemos conveniente abstenernos de su publicación».

(Morning Paper, 28 de junio).

«Pareciendo proceder de distintos orígenes, hemos recibido varios comunicados escritos con cierta firmeza que impulsan a aceptar como hecho indudable que la desventurada María Roger fue víctima de una de las numerosas cuadrillas de facinerosos que los domingos infestan los alrededores de la población. Nuestra opinión se inclina decididamente al lado de esta hipótesis. En breve haremos lo posible por exponer a nuestros lectores algunos de estos argumentos».

(Evening Paper, martes, 21 de junio).

«Uno de los barqueros agregados al servicio del fisco vio el lunes en el Sena una lancha vacía a merced de la corriente. Las velas, recogidas, yacían en el fondo de la barca. El barquero la remolcó hasta la oficina de navegación. Pero al día siguiente la lancha fue desamarrada y desapareció, sin que este hecho fuese advertido por ninguno de los empleados. El timón se encuentra depositado en la citada oficina de navegación».

(Le Diligence, jueves, 26 de junio).

Leyendo estos recortes, no sólo me parecieron extraños al asunto de que se trataba, sino que no podía imaginar ningún medio de coordinarlos, y esperaba obtener de Dupin una determinada explicación.

—No figura en mis cálculos —me dijo— insistir con respecto al primero y segundo de estos recortes. Los he copiado tan sólo para demostrarle a usted la gran negligencia de la policía, que, si he de creer al prefecto, todavía no se ha preocupado lo mínimo por el referido oficial de Marina. No obstante, sería insensato afirmar que carecemos del derecho de suponer cierta relación entre la primera y la segunda desapariciones de María. Admitamos que su primera fuga produjo una riña entre los dos amantes, y el regreso de la traicionada joven. Podremos observar también un segundo rapto (si es que sabemos que se ha cometido un segundo rapto) como indicio de nuevas tentativas efectuadas por parte del traidor antes que como resultados de nuevos intentos llevados a cabo por parte de un segundo individuo. Esta segunda huida podemos considerarla más bien como reconciliación o arreglo de un antiguo amour que como el principio de uno nuevo.

»Pueden ocurrir dos casos: o el que se fugó una vez con María le propuso una nueva evasión, o bien María aceptó las proposiciones de otro individuo. Pero encontramos diez probabilidades contra una en favor de la primera de

estas suposiciones. Permítame que antes de continuar llame su atención sobre la particularidad de que el tiempo transcurrido entre el primer rapto que se conoce y el segundo supuesto excede en muy poco de la duración ordinaria de los cruceros que efectúan nuestros buques de guerra.

»El amante, interrumpido probablemente en su primera infamia por la necesidad de hacerse a la mar enseguida, ¿aprovechó el primer momento a su regreso para renovar las criminales tentativas, no realizadas hasta entonces por completo o, cuando menos, no cumplidas en absoluto por él? Nada sabemos de todo esto. Dirá usted tal vez que, en el segundo caso, el rapto que hemos supuesto no se ha cometido. Ciertamente, no. Pero ¿no es dable afirmar que no hubiera una tentativa frustrada?

»A excepción de Saint-Eustache, y tal vez de Beauvais, nada sabemos de ningún pretendiente oficial conocido y decente, ni tampoco de que se haya hablado de ningún otro. ¿Quién es, pues, el misterioso amante de quien los parientes (al menos la mayoría de ellos) no han oído hablar nunca, pero que vuelve la mañana del domingo a encontrar a María, cuya confianza se ha granjeado de tal manera, que ésta no vacila en reunirse con él, hasta que comienzan a descender las sombras del crepúsculo en los solitarios bosquecillos de la barrière du Roule? ¿Quién es, repito, ese misterioso amante de quien la mayoría de los parientes no ha oído hablar? ¿Qué significado tienen esas extrañas palabras pronunciadas por madame Roget en la mañana de la desaparición de María: “Temo no volver a verla más”?

»Pero si no podemos suponer si esa señora tuviese conocimiento del proyecto de fuga de su hija, ¿no podemos imaginar que ésta lo hubiera concebido? Saliendo de su casa, dio a entender que iba de visita a casa de una tía suya, a la rue de Dromes, y encargó a Saint-Eustache que la recogiera a la caída de la tarde. Claro es que, de primera impresión, esta particularidad parece estar en pugna con mi opinión. Pero meditemos un poco. Sabemos que María volvió a encontrar positivamente a su amante, y con él atravesó el río, y que llegó a una hora muy avanzada, cerca de las tres de la madrugada, a la barrière du Roule. Pero, al tolerar que la acompañase tal individuo, con un deseo cualquiera, conocido o desconocido de su madre, María debió pensar, sin duda alguna, en el propósito que había manifestado al salir de su casa, como también en la inquietud y celos que habían de producirse en el ánimo de su prometido, Saint-Eustache, cuando, al ir a recogerla a la hora que habían convenido, a la rue des Dromes, viera que no había llegado aún, y, además, cuando, de regreso a la pensión con una noticia tan alarmante, se enterara de su prolongada ausencia de la casa. Repito que María debió de pensar en todo esto, teniendo en cuenta la alarma de Saint-Eustache y las sospechas de todos sus amigos. Es posible que no tuviera valor para regresar y desmentir las sospechas, aun cuando éstas, para ella, tenían poca importancia, si la

suponemos con la intención de no volver.

»Podemos imaginar que razonó de este modo: “Estoy citada con una persona para escaparme con ella, o bien para otros planes que nadie, excepto yo, conoce. Es necesario evitar toda posibilidad de ser sorprendida. Haré creer que voy de visita a casa de mi tía, y que pasaré el día a su lado, en la rue des Dromes. Le diré a Saint-Eustache que no me recoja hasta la noche, y de esta manera mi ausencia de casa, prolongada todo el tiempo posible y sin provocar sospechas ni inquietudes, tendrá una explicación, y con ello ganaré más tiempo que con otro plan cualquiera. Si le encargo a Saint-Eustache que vaya a buscarme al anochecer, probablemente no se presentará antes. Pero, en cambio, si dejo de rogarle que vaya a buscarme, se acortará el tiempo de que dispongo para la fuga, puesto que a una hora más temprana esperará mi regreso, y mi ausencia despertará antes su inquietud. Por tanto, si él pudiera comprender mi intención de regresar y no tuviera yo más perspectiva que un sencillo paseo con la persona en cuestión, no sería oportuno suplicar a Saint-Eustache que fuese a buscarme, porque al llegar comprendería que me había burlado de él, hecho este que podría ocultarle para siempre marchándome de casa sin darle cuenta de mi propósito, volviendo antes que llegara la noche y diciendo entonces que había ido a ver a mi tía a la rue des Dromes. Pero como mi plan es el de no volver nunca, o, cuando menos, hasta después de algunas semanas, o bien hasta que haya logrado ocultar determinadas cosas, lo único, pues, que debe preocuparme es la necesidad de ganar tiempo”.

»Desde el primer momento habrá usted observado en sus apuntes que la opinión general con respecto a este desdichado suceso es la de que María fue víctima de una banda de desalmados. En determinados casos, la opinión popular debe ser tenida en cuenta, porque cuando se manifiesta de una forma esencialmente espontánea, hay que considerarla como un fenómeno semejante a la intuición, que es la idiosincrasia del hombre de talento. De cien casos, en noventa y nueve me inclinaría en favor de sus juicios. Pero es muy importante el hecho de que no encontremos huellas palpables de una sugestión exterior. La opinión, por tanto, debe ser rigurosamente el pensamiento personal del público, y a menudo es muy difícil establecer esta distinción y mantenerla. En el presente caso supongo que esta opinión pública con respecto a una partida de desalmados ha sido inspirada por el suceso paralelo y secundario de que se da cuenta en el tercero de mis recortes.

»Todo París está intrigado con el hallazgo del cadáver de María, una joven conocida y bella. El cuerpo ha sido encontrado flotando en el río y con señales de violencia. Se ha averiguado ahora que, en la misma época en que se supone fue asesinada la perfumista, una cuadrilla de jóvenes rufianes cometió un atentado análogo al sufrido por ella, aunque no de tanta importancia, en la persona de otra joven. ¿Sorprenderá, acaso, que el primer suceso conocido

inspirase el juicio popular con respecto al segundo, todavía por conocer? Este juicio esperaba una dirección, y el atentado que se conocía la indicaba con mucha oportunidad. También María fue encontrada en el río, en el mismo río donde se cometió el atentado conocido. La relación de estos dos acontecimientos tenía en sí algo tan evidente, que hubiera sido un milagro que el pueblo olvidara advertirlo y consignarlo. Mas, concretamente, uno de los dos atentados, conocido por la forma en que fue realizado, es indicio de que el otro, cometido en una época que casi coincide, no se realizó del mismo modo. Realmente, ha de considerarse como un milagro que mientras una cuadrilla de desalmados cometía en un determinado lugar un atentado inaudito, se hallase en la misma localidad, en la misma población y en la misma circunstancia, a otra cuadrilla semejante empleando los mismos medios y los mismos procedimientos, cometiendo un crimen de carácter exactamente parecido y precisamente en la misma época. ¿En qué otra cosa, téngalo usted en cuenta, podría la opinión pública, sugestionada accidentalmente, impulsarnos a creer en algo que no fuera esta maravillosa serie de coincidencias?

»Antes de ir más lejos, estudiemos el supuesto lugar de los asesinatos en los sotos de la barrière du Roule. El bosquecillo, muy tupido, hállase, es cierto, a regular distancia de una carretera pública. Se ha dicho que dentro de él existen tres o cuatro anchas piedras, que forman una especie de asiento con respaldo. En la piedra superior se han encontrado unas enaguas, y en la segunda, un chal de seda. Se han hallado también una sombrilla, unos guantes y un pañuelo de bolsillo, que tenía bordado el nombre de “María Roget”. Entre las zarzas de los alrededores se han encontrado prendidos algunos jirones del vestido. La tierra estaba removida, aplastados los matorrales y veíase en todo huellas de una lucha violenta.

»A pesar del júbilo con que la Prensa acogió el descubrimiento de este lugar y de la unanimidad con que se supuso fuera el teatro del crimen, hay que admitir que existe más de una justificada razón para dudar de ello. Si el verdadero teatro se hallase, como indica Le Commercial, en las cercanías de la rue Pavée Saint-André, los autores del crimen, que suponemos se encuentran todavía en París, habrían recelado, naturalmente, de la opinión pública, dirigida tan vivamente sobre la verdadera pista. Todo espíritu nada vulgar hubiese experimentado la inmediata necesidad de llevar a cabo una tentativa cualquiera para distraer esa atención. Como el sotillo de la barrière du Roule había ya despertado sospechas, pudo lógicamente inspirar la idea de que se abandonaran allí los objetos de que se trata.

»Diga lo que diga Le Soleil, no existe prueba real de que tales objetos hayan permanecido en aquel paraje más de un escaso número de días, mientras que es más que admisible que no hubieran podido encontrarse allí sin despertar la atención, durante los veinte días transcurridos entre el trágico

domingo y de la tarde en que unos muchachos los encontraron. “Se hallaban completamente enmohecidos por la acción de la lluvia”, dice Le Soleil, deduciendo esta opinión de los periódicos que hablaron antes, “y pegados por la humedad. El césped había crecido en torno a ellos y los cubría en parte. La seda de la sombrilla era sólida, pero estaban cerradas las varillas y la parte superior, en la cual la tela plegada sufrió los efectos de la humedad: se rasgó en cuanto la abrieron”. Por lo que respecta al hecho de que el césped “había crecido en torno a los objetos, hasta cubrirlos en parte”, es evidente que no pudo comprobarse sino por las declaraciones de los dos niños, hechas de acuerdo con lo que recordaban, porque los recogieron y los llevaron a la casa antes de ser vistos por una tercera persona. Pero el césped, sobre todo bajo una temperatura cálida y húmeda, como la de la época del asesinato, crece hasta una altura de dos o tres pulgadas en un solo día.

»Una sombrilla abandonada en un lugar cubierto de césped puede, en sólo una semana, desaparecer bajo la hierba, que ha crecido con rapidez. Por lo que respecta al enmohecimiento, sobre el que con tanta obstinación insiste el director de Le Soleil, puesto que emplea esta palabra por lo menos tres veces en el breve párrafo transcrito, ¿realmente ignora la naturaleza de tal enmohecimiento? ¿Necesitará saber tal vez que es una de las numerosas variedades de fungus, cuya característica más conocida es la de crecer y morir en veinticuatro horas?

»Así, a la primera impresión, vemos que lo que tan aparatosamente se ha alegado para mantener la idea de que los objetos permanecieron en el bosque “durante tres a cuatro semanas”, cuando menos, es completamente nulo, si es que hemos de considerarlo como elemento de prueba. Por otra parte, es muy difícil creer que tales objetos hayan podido continuar en aquel lugar durante más de una semana, durante un intervalo mayor que el que existe de domingo a domingo. Cuantos conocen medianamente los alrededores de París saben cuán difícil es hallar en ellos un refugio solitario, excepto a gran distancia de los suburbios. No es posible imaginar un rincón inexplorado o visitado raramente en estos bosques y sotillos. Que intente cualquier verdadero amante de la Naturaleza, condenado por sus obligaciones al polvo y al calor de esta gran metrópoli, saciar su sed de soledad, aun durante los días laborables, entre estas bellezas naturales y campestres que nos rodean. Antes que haya podido dar un par de pasos romperá el naciente encantamiento la voz o irrupción personal de algún chiquillo o de una banda de pilluelos borrachos. Buscará inútilmente el silencio bajo las más espesas frondas.

»En estos lugares es, precisamente, donde abunda la crápula, donde son más profanados los templos. Con el corazón lleno de desencanto regresará el paseante inmediatamente a París, como si volviera a una cloaca de menos grosera impureza y, por tanto, menos odiosa. Si los alrededores de la ciudad se

encuentran tan infestados durante toda la semana, ¡cómo no lo estarán los domingos! Entonces es cuando, mejor que nunca, libre de las ataduras del trabajo o privado de las ocasiones corrientes favorables al delito, el pilluelo de la capital va hacia las afueras, no por amor a la naturaleza campestre, que desprecia con vehemencia, sino por huir de las trabas y convenciones sociales. No va en busca del aire puro y los árboles verdes sino de la absoluta libertad del campo. En el ventorro, al borde de la carretera o a la sombra del bosque, sin que lo juzguen otras miradas distintas de las de sus dignos compañeros, se entrega a los furiosos excesos de una falsa alegría, hija de la libertad y del alcohol.

»No anticipo nada que no salte a la vista de todo imparcial observador cuando repito que el hecho de que tales objetos hubieran permanecido sin descubrirse durante un período mayor que el que media de un domingo a otro, en un bosquecillo cualquiera de París, deba ser considerado como si fuese un milagro.

»Pero no nos faltan motivos para sospechar que tales objetos fueron dejados en el sotillo en cuestión con el propósito de desviar la atención del verdadero lugar en que se cometió el crimen. Permítame usted, antes que nada, hacerle notar la fecha del hallazgo. Relaciónela con la del quinto de mis recortes en la lista de periódicos que he confeccionado, y verá usted que al descubrimiento siguen casi inmediatamente los urgentes comunicados dirigidos al diario de la tarde.

»Aunque con modificaciones, estos comunicados, procedentes, en apariencia, de distinto origen, tendían todos hacia el mismo fin: el de atraer la atención sobre una pandilla de forajidos, a quienes acusar como autores del atentado, y también sobre los alrededores de la barrière du Roule como lugar en que se cometió el hecho. El que los niños encontrasen estos objetos a consecuencia de dichos comunicados, y luego que se encauzara en este sentido la opinión pública, no es, naturalmente, lo que puede sorprendernos, sino que podría suponerse legítimamente que si los niños no encontraron antes estos objetos es porque todavía no se hallaban en el bosquecillo, porque fueron abandonados en una época posterior: la de la fecha o una muy poco anterior a la de los comunicados, y esto fue hecho por los mismos asesinos, autores también de los comunicados de que se trata.

»Ese bosquecillo es raro, demasiado raro. Su frondosidad es insólita. En el centro de sus murallas naturales hallábanse tres extraordinarias piedras, que constituían un asiento con su respaldo. Este bosquecillo tan artístico encuéntrase en las cercanías, a pocas varas de distancia, de la vivienda de madame Deluc, cuyos hijos tienen la costumbre de inspeccionar cuidadosamente la espesura en busca de cortezas de sasafrés. ¿Sería temerario apostar mil contra uno a que no pasaba día sin que por lo menos cualquiera de

esos muchachos se escondiera en ese verde salón y se creyera rey sentándose en ese trono natural? Quienes no se atrevan a apostar, o no han sido niños nunca o no conocen la naturaleza infantil. Lo repito. Es inmensamente difícil comprender cómo hubiesen logrado permanecer tales objetos en el bosquecillo más de uno o dos días sin que nadie los hubiese descubierto, existiendo, por otra parte, importantes razones para sospechar, a pesar de la dogmática ignorancia de Le Soleil, que fueron dejados allí en fecha relativamente tardía.

»Sin embargo, para creer que esto haya ocurrido de este modo, existen otras razones más poderosas que todas cuantas acabo de exponerle. Permítame que llame ahora su atención con respecto a la colocación tan artificiosa de los objetos. En la piedra superior hallábanse unas enaguas; en la segunda, un chal de seda; en torno, esparcidos, una sombrilla, unos guantes y un pañuelo de bolsillo con el nombre de “María Roget” bordado. Esta colocación, tal como está efectuada, ha debido, naturalmente, idearla un espíritu poco sutil, deseoso de encontrar la que fuera natural. Pero no es en absoluto una disposición realmente natural. Más me hubiera gustado ver esos objetos diseminados todos por el suelo, y pisoteados.

»En el breve recinto del bosquecillo casi hubiera sido imposible que las enaguas y el chal conservaran sobre las piedras su colocación, expuestos a las conmociones de una violencia entre varias personas. Se dice que “había señales de lucha; la tierra aparecía hollada y aplastados los zarzales”; pero tanto las enaguas como el chal yacían como sobre tablas. “Los jirones de ropa que colgaban de las zarzas tenían unas tres pulgadas de ancho por seis de largo. Uno de ellos era parte del volante o borde del vestido, que estaba remendado. Parecían tiras arrancadas”. Sin darse cuenta de ello, aquí Le Soleil emplea una frase en extremo sospechosa. Tal como los describe, estos jirones parecen tiras arrancadas, pero intencionadamente y por una mano. Es un accidente extrañísimo que un trozo de vestido como el del que hablamos pueda ser arrancado enteramente por la acción de una espina.

»Dada la naturaleza del tejido, una espina o clavo que se enganchara en él lo desgarraría en forma rectangular, dividiéndole en dos rasgaduras longitudinales, formando un ángulo recto, y viéndose el sitio por donde se clavó la espina. Pero es casi imposible de comprender que el pedazo se arrancara completamente. Yo no he visto nunca eso, y supongo que usted tampoco. Para arrancar así un trozo de tela es necesario casi siempre que actúen dos fuerzas distintas en sentidos diferentes. Si, por ejemplo, la tela presenta dos bordes, si es un pañuelo y quiere arrancarse una tira, solamente entonces bastará una fuerza única. Pero en el caso de que se trata, se habla de un traje que no ofrece sino un solo lado, y arrancar un pedazo de en medio, que no presenta lado alguno, sería casi milagroso que pudiesen hacerlo varias espinas, y menos aún una sola. Pero incluso cuando la tela presenta un borde,

será necesario que actúen dos espinas, una en dos direcciones distintas y la otra en una sola, y, a pesar de todo, es necesario suponer que no esté ribeteado el borde, porque entonces esto resultaría imposible.

»Ya hemos visto cuán grandes y numerosos obstáculos impiden que la sencilla acción de las espinas arranquen los jirones. No obstante, se nos invita a suponer que no sólo un trozo, sino varios, se han arrancado de este modo. Y uno de ellos era el borde del vestido. El otro, una parte de la falda, pero no el ribete; es decir había sido arrancado por completo por la acción de las espinas, precisamente de la mitad y no del borde de la falda. Digo que estas cosas, plausiblemente, no pueden ser creídas. No obstante, si las consideramos en conjunto, constituyen un motivo menos de evidente sospecha que la única circunstancia, tan sorprendente, de que los asesinos hubieran podido abandonar tales objetos en el bosque, teniendo, como tuvieron la precaución de llevarse el cadáver.

»A pesar de todo, usted no habrá comprendido por completo mi idea, y cree que mi deseo es el de negar que el bosque haya sido el lugar del crimen. Posible es que en él ocurriera algo grave; pero parece más verosímil aceptar que la desgracia haya ocurrido precisamente en casa de madame Deluc. Pero, en definitiva, ésta es una particularidad de secundaria importancia. Nos hemos propuesto descubrir a los autores del crimen y no el lugar en que se cometió. A pesar de su minuciosidad, todos los argumentos que he aportado tienden únicamente a demostrar a usted lo insensato de las afirmaciones tan impetuosas y rotundas de Le Soleil, y, como inmediata consecuencia, llevarle, por el camino más lógico, a otro: a estudiar si el asesinato ha sido o no obra de una banda.

»Aludiendo sencillamente a los raros pormenores que dio el cirujano al declarar en el sumario, yo impugnaría este extremo. Me bastará decir que sus conclusiones, por lo que respecta al número de los supuestos malhechores, han sido ridiculizadas por completo, dada su falsedad y por estar desprovistas completamente de fundamento, según todos los anatomistas más prestigiosos de París. No aseguro que materialmente el hecho no haya podido ocurrir como él dice, pero no encuentro suficientes razones para su conclusión. ¿No existían muchas más para sustentar otra teoría?

»Reflexionemos ahora con respecto a las huellas de la lucha. Preguntémosnos qué es lo que se pretende demostrar con ello. ¿La presencia de una banda? ¿Acaso no prueban mucho mejor aún la ausencia de una banda? ¿Qué clase de lucha lo bastante violenta, lo suficientemente prolongada, para dejar huellas en todas direcciones, hemos de suponer entre una débil joven indefensa y la banda de forajidos a que se alude? Unos brazos vigorosos, oprimiéndola en silencio, hubiesen bastado para que la víctima quedara absolutamente indefensa, pasiva y a su discreción. Advertirá usted que

nuestras razones contra el bosquecillo, supuesto como lugar del suceso, no se dirigen principalmente sino como al lugar de un atentado cometido por más de un individuo. Si supusiéramos un hombre solo, encarnizado en una violación, entonces, y solamente entonces, cabría admitir una lucha de carácter violento y obstinado para dejar tan visibles huellas. Además, hemos indicado ya las sospechas que resultan del hecho de que los objetos reseñados antes hubiesen podido permanecer en el bosquecillo donde fueron hallados.

»Casi parece imposible que estas pruebas del crimen se abandonaran por accidente en el sitio donde fueron descubiertas. Se tuvo bastante presencia de ánimo, y se ha supuesto así, para llevarse el cadáver, y, no obstante, una prueba concluyente, más aún que el cadáver mismo, cuyas facciones pudieron alterarse con rapidez a consecuencia de la descomposición, queda expuesta descaradamente en el teatro del crimen. Me refiero al pañuelo de bolsillo con el nombre de la difunta. Si ello es un accidente, no se debe éste a una banda. Nos lo podemos explicar tan sólo como obra de un individuo. Veamos cómo: Un individuo es quien ha cometido el asesinato. Solo, con el espectro de la difunta, se encuentra aterrorizado ante el cadáver inmóvil. Se ha extinguido el furor de su pasión, y ahora, en su ánimo, comienza a alentar el natural horror del crimen cometido. Su espíritu carece de esta confianza que inevitablemente inspira la presencia de varios cómplices. El asesino está solo con la muerta. Tiembla horrorizado. Sin embargo, es preciso ocultar el cadáver en algún lugar. Lo lleva al río; pero tras de sí deja las huellas del crimen; y como le es difícil, ya que no imposible, transportarlo todo de una vez, podrá regresar luego para recoger lo que no ha podido llevar consigo. Pero en su trabajoso viaje al río, los temores que le asaltaban aumentan. Rodean su camino rumores de vida. Una docena de veces oye, o le parece oír, los pasos de alguien que le espía. Le aterran incluso las luces de la ciudad. Por último, tras largas y frecuentes pausas, llenas de infinita angustia, llega al borde del río, y, tal vez valiéndose de una barca, se libera de su siniestro fardo. Pero ahora, ¿qué tesoro del mundo, qué amenaza de castigo tendría suficiente poder para obligar a este criminal solitario a que regresara, a través de su peligroso y abrumador camino hacia el terrible bosque poblado desde ese instante de lúgubres recuerdos? No vuelve, y deja que sigan su curso las consecuencias. No puede regresar, como quisiera. Su única idea es la de huir con toda rapidez. Abandona para siempre la amedrentadora espesura y escapa como si le amenazara la cólera del Cielo.

»Pero ¿y si supusiéramos una banda de asesinos? El ser varios les hubiera inspirado audacia, en el caso en que sea verdad que la audacia pudo faltar alguna vez del corazón de un miserable empedernido, y se supone que la banda está compuesta de miserables empedernidos. Como digo, su número les habría evitado el terror irrazonado y la turbación que de acuerdo con mi hipótesis acometió al solitario individuo. Si usted quiere, podemos admitir la

posibilidad de una ligereza en uno, dos o tres de estos individuos. El cuarto hubiera tenido en cuenta el descuido. Nada hubiesen podido dejar tras de sí, porque el ser varios les permitía llevárselo todo en una misma vez, sin que tuvieran necesidad de volver.

»Fíjese usted ahora en la particularidad de que en la falda del cadáver descubierto se había desgarrado una tira de arriba abajo, como, de un pie de ancho, y desde el borde de la cintura, pero que esta tira no había sido arrancada, sino que daba tres vueltas alrededor del talle y se ceñía a la espalda por una especie de nudo. Esto fue hecho con el evidente propósito de conseguir un asidero que permitiese el traslado del cadáver. En este caso, ¿una banda de forajidos hubiese tenido que recurrir a tal extremo?

»Tratándose de tres o cuatro hombres, las mismas extremidades de la víctima hubieran facilitado los medios de traslado, no sólo suficientes, sino que, además, hubieran sido cómodos. Se trata, pues, de la invención de un solo individuo, y esto nos lleva a considerar el siguiente hecho: entre el sotillo y el río se ha descubierto que las empalizadas hallábanse caídas y que la tierra conservaba huellas, como si se hubiera arrastrado por ella un objeto pesado. ¿Acaso una banda se habría molestado en derribar una empalizada y arrastrar sobre ella un cadáver, cuando levantándolo pudo hacerlo pasar fácilmente por encima? ¿Una banda de criminales no hubiese evitado arrastrar un cadáver, de no ser que hubiera querido dejar un evidente rastro?

»Una vez llegados a este punto, hemos de volver a una observación de Le Commercial en la que ya antes me había fijado. Este periódico dice: “Un jirón de una de las faldas de la desventurada joven había sido arrancado y ceñido en torno a su cuello y anudado a la nuca, probablemente con objeto de ahogar sus gritos, hecho efectuado, sin duda, por los miserables, que no debían tener siquiera un pañuelo de bolsillo”.

»He indicado ya que el verdadero granuja no deja de llevar nunca pañuelo de bolsillo, pero no me propongo llamar su atención con respecto a esta particularidad. No es por falta de pañuelo, ni aun para el fin que ha supuesto Le Commercial para lo que aquel jirón fue empleado. Lo prueba el pañuelo que se abandonó en el bosquecillo, y lo que demuestra que la intención de impedir los gritos no existió, es que esa tira se ha empleado preferentemente en lo que habría dado mejores resultados para el fin propuesto. Ahora bien: el sumario, al hablar de ella, dice “que se encontró ceñida a su cuello, adaptada de un modo muy flojo y sujeta por un apretado nudo”. Hasta estos términos son vagos, pero difieren esencialmente de los de Le Commercial. La tira era de unas dieciocho pulgadas de ancho, y, plegada y enrollada en sentido longitudinal, debía formar una especie de cuerda bastante fuerte, aun cuando fuese de muselina.

»Mi conclusión es ésta: el asesino solitario, habiendo transportado el cadáver a determinada distancia desde el bosquecillo o de otro lugar cualquiera, valiéndose de la tira anudada en torno a la cintura, vio que el peso, aun a pesar de este sistema, agotaba sus fuerzas. Decidió entonces arrastrar el cuerpo, y ahí están las huellas que lo confirman. Para conseguir este propósito era necesario sujetar algo semejante a una cuerda a una de las extremidades, y preferentemente en torno al cuello, porque la cabeza serviría así para impedir que el cuerpo se arrastrase. Evidentemente, pensó entonces el asesino en usar la tira ceñida en torno a la cintura, lo que, sin duda, hubiera hecho de no haber sido por estar arrollada alrededor del cuerpo por el apretado nudo que la remataba y la idea de que no estaba arrancada por completo del vestido. Le era más fácil sacar una nueva tira de las enaguas, y lo hizo así, anudándola en torno al cuello y arrastrando de esta forma a su víctima hasta el río. Esta tira, cuya facilidad consistía en estar al alcance inmediato de la mano, pero que no respondía sino imperfectamente a esta misión, fue empleada tal como está y demuestra que la necesidad de servirse de ella ocurrió en circunstancias en que no había modo de recuperar el pañuelo; es decir, según hemos supuesto, luego de haber abandonado el bosque, de haber sido en el bosque y entre el trayecto comprendido entre éste y el río.

»Pero dirá usted que la declaración de madame Deluc señala especialmente la presencia de una banda de forajidos en las cercanías del bosque a la hora, o alrededor de la hora, en que el asesinato fue cometido. De acuerdo. Me atrevería incluso a creer que había una docena de bandas como las que ha descrito madame Deluc, y que se encontraban en aquellos lugares hacia la misma hora en que ocurrió la tragedia. Pero la banda que atrajo la señalada animadversión de madame Deluc, aunque su declaración sea un tanto tardía y bastante sospechosa, es la única nombrada por esa digna y escrupulosa dama, banda que comió sus pasteles y se bebió su aguardiente sin preocuparse de pagárselo. *Et hinc illæ iræ?*

»Pero ¿cuáles son los términos concretos de la declaración de madame Deluc? «Una pandilla de granujas apareció, armó un alboroto de mil diablos, bebió y comió sin pagar, siguió el mismo camino del joven y de la muchacha y volvió a la posada al oscurecer, y después vadeó el río precipitadamente».

»Pues bien: esta precipitación pudo parecer mucho mayor a los ojos de madame Deluc, que, con dolor e inquietud, pensaba en su cerveza y sus pasteles robados, cerveza y pasteles por los cuales conservó hasta el último momento la esperanza de que le fueran pagados. De otro modo, y puesto que se hacía tarde, ¿por qué dio tanta importancia a tanta prisa? Nada debe sorprender que una banda aunque esté compuesta por pillos, ponga determinado empeño en regresar apresuradamente, cuando tiene que atravesar un río en frágiles embarcaciones y cuando amenaza la tempestad y la noche se

aproxima.

»He dicho se aproxima porque aún no era de noche. Los castos ojos de madame Deluc se fijaron en la irritante precipitación de los forajidos al oscurecer. Pero, según han contado madame Deluc y su hijo mayor, oyeron por la noche gritos de mujer en las cercanías del ventorro. ¿De qué términos se vale madame Deluc para fijar el momento del día en que esos gritos se produjeron? Según ella, poco después de oscurecer; pero ese poco después de oscurecer es, por lo menos, la noche, y la palabra oscurecer supone aún el día.

»No hay duda alguna, por tanto, de que la banda abandonó la barrière du Roule antes de haberse oído los gritos que casualmente (?) oyó madame Deluc. Aunque, en los numerosos informes del sumario, estas dos expresiones distintas se citen invariablemente, como yo mismo lo hago en nuestra conversación, ningún periódico ni ningún sabueso de la policía ha advertido hasta ahora la gran contradicción en que incurrén.

»Únicamente tengo que añadir un argumento contra esa famosa banda, pero cuyo peso es, cuando menos para mí, absolutamente irresistible. En el caso de ofrecer una buena recompensa y el indulto a todo delator de sus cómplices, ni por un instante se puede pensar que un individuo cualquiera de una banda de malhechores o de una asociación de hombres de cualquier especie no hubiera ya traicionado a sus cómplices desde hacía mucho tiempo. A todo individuo de una banda de esta clase antes le atemoriza la idea de una posible traición que le seduce la tentación de obtener una recompensa. Cualquiera de ellos traiciona para que no le traicionen. En fin, la mejor garantía de un secreto es la de que no se divulgue. Los horrores de estos asuntos tenebrosos sólo son conocidos por uno o dos seres humanos y por Dios.

»Reunamos ahora los hechos, pobres, es verdad, pero positivos, de nuestro largo análisis, ya se trate de un fatal accidente en el ventorro de madame Deluc o de un asesinato cometido en el bosque de la barrière du Roule por un amante o al menos por un amigo íntimo y secreto de la difunta. Este amigo es de rostro cetrino, lo cual, teniendo en cuenta el nudo corredizo de la cintura y el de las cintas del sombrero, delata a un marino. Su amistad con la difunta (joven un poco casquivana, es cierto, pero no abyecta) nos lo denuncia como un hombre superior por un empleo a un simple marino. Por otra parte, los comunicados urgentes, muy bien escritos, que fueron dirigidos a los periódicos, contribuyen de una forma notable a robustecer nuestra hipótesis. El hecho de una fuga anterior, revelada por Le Mercure, nos obliga a hacer de un mismo individuo el marino y el oficial de Marina, ya conocido por haber hecho incurrir en falta a la desventurada.

»Muy oportunamente se nos ofrece aquí otra consideración, que es la que

se refiere a la duración de la ausencia del citado individuo de tez cetrina. Insistamos con respecto a este punto; es decir, a su tez sombría y tostada. Una tez levemente tostada es lo que ha podido, únicamente, constituir el solo punto de recuerdo común existente entre Valence y madame Deluc. Ahora bien: ¿por qué este hombre está ausente? ¿Fue asesinado por la banda? De haber ocurrido así, ¿por qué no es posible hallar más huellas de la muchacha asesinada? Para los dos crímenes se supone el mismo escenario. Pero el cadáver de él, ¿dónde se encuentra? Sin duda alguna, los asesinos habrían hecho desaparecer a los dos del mismo modo. No, no puede asegurarse que el hombre viva todavía y que lo que le impide darse a conocer es el temor de ser acusado como autor del crimen.

»En este momento, tardíamente ya, es cuando podemos suponer que una consideración semejante pese vivamente en él, puesto que un testigo asegura haberle visto con María. Pero este temor no hubiera influido en modo alguno en la época del crimen. La primera intención de un hombre inocente hubiera sido la de denunciar el hecho y ayudar al descubrimiento de los malhechores. Así lo aconsejaría un interés bien entendido. Le vieron con la joven. Cruzó el río con ella en una barca. Hasta a un tonto, la denuncia de los asesinos hubiera parecido el más seguro medio de escapar a las sospechas. En ningún modo podemos suponerle, en la noche fatal del domingo, inocente y no enterado del crimen. No obstante, únicamente en circunstancias imposibles podríamos comprender que, estando vivo, hubiese faltado al deber de denunciar a los criminales.

»¿De qué medios disponemos para llegar a la verdad? A medida que vayamos avanzando los veremos multiplicarse, concretarse. Analicemos ahora la historia, vieja ya, de una primera fuga. Pasemos a enterarnos de la vida de este oficial, como también de las circunstancias actuales que le rodean y de los lugares en que se encontraba precisamente en la época del crimen. Con todo cuidado, comparemos entre sí los distintos comunicados dirigidos al diario de la tarde, en los que se acusaba a una banda de malhechores.

»Hecho esto, cotejemos el estilo y la letra de estos comunicados con la letra y el estilo de los manuscritos que fueron dirigidos al periódico de la mañana en época anterior y que tan enérgicamente insistían con respecto a la culpabilidad de Mennais. Después, comparémoslos con los manuscritos conocidos del oficial. Mediante un interrogatorio más minucioso, intentemos obtener de madame Deluc y de sus hijos, así como de Valence, el conductor del ómnibus, algún informe más concreto con respecto al aspecto físico y costumbres del hombre de la tez cetrina. Mediante varias preguntas formuladas hábilmente, sin duda alguna podrá obtenerse de alguno de aquellos testigos informes relativos a este punto concreto, o bien a otros; informes que los mismos testigos poseen, probablemente sin saberlo.

»Sigamos luego el rastro de la barca que fue recogida por el barquero en la mañana del lunes 23 de junio, y que por descuido del oficial de servicio desapareció sin timón del embarcadero en época anterior al descubrimiento del cadáver. Con la perseverancia y cuidado convenientes seguiremos con toda atención a la barca, porque no sólo el barquero que se hizo cargo de ella podría reconocerla, sino que tenía en su poder el timón. No es posible que nadie, sea quien sea, abandone deliberadamente y sin causa justificada el timón de un barco de vela. Tampoco se publicó aviso alguno con respecto al descubrimiento del mismo. En silencio, fue conducido a las oficinas de Navegación, y desapareció también en silencio. Ahora bien: ¿cómo se explica que el dueño, o el arrendatario de la barca pudiera, sin un anuncio público, en una fecha tan próxima como el martes por la mañana, saber que la barca fue hallada el lunes, de no ser que le supongamos relacionado en algún modo con la Marina, relaciones personales y continuas, resultantes del conocimiento de los intereses más nimios en las más leves noticias locales?

»Al hablar del asesino solitario que arrastraba su fúnebre carga hacia la orilla, he insinuado que debió procurarse una embarcación. Comprendemos ahora que María Roget fue arrojada desde un barco. Lógicamente, ocurrió así el hecho. El cadáver no debió confiarse a las aguas bajas de la orilla. Las señales particulares descubiertas en la espalda y hombros de la víctima denuncian las traviesas del fondo de un barco.

»El hecho de que se haya encontrado el cadáver sin un peso corrobora nuestra idea, puesto que de haber sido arrojado desde la orilla se lo hubieran atado. Podremos explicarnos su falta únicamente suponiendo que el criminal no hubiera tomado la precaución de procurárselo antes de arrastrar el cuerpo de la víctima. Incontestablemente, debió advertir su distracción cuando llegó el momento de confiar el cadáver al río. Pero ya no tenía a su alcance nada con que remediar este error, y prefirió arriesgarlo todo antes que volver a la ribera maldita. Libre una vez de su fúnebre carga, el asesino debió regresar precipitadamente hacia la población. Saltó entonces a tierra en algún muelle desierto; pero ¿podría abandonar la barca en un lugar seguro? Para pensar en semejante tontería se sentía más apremiado que lo corriente. Aun cuando la hubiese amarrado a un muelle, hubiera creído dejar allí una prueba comprometedora contra él. Su resolución más lógica debió de ser la de apartar lo más lejos posible de sí todo lo que guardara la menor relación con su delito. No sólo debió de huir del muelle, sino que procuró que la barca no se quedara en él, y la lanzó, sin duda alguna, a la deriva.

»Continuemos nuestra idea. A la mañana siguiente, el criminal debió de experimentar un horror indescriptible. Hallábase en un lugar adonde, tal vez, su deber le llamaba con frecuencia. Por la noche, sin atreverse a pedir el timón, hizo que desapareciera. Ahora bien: ¿dónde se encuentra esa barca sin

timón? Vamos a descubrirlo, y que sea ella una de nuestras primeras pesquisas. Con la primera aclaración que consigamos se iniciará la aurora de nuestra victoria. Con rapidez, de la que nosotros mismos nos asombraremos, esta barca nos llevará hacia el hombre que la usó en la noche del fatal domingo. La confirmación se aumentará con la propia confirmación, y seguiremos la pista del criminal.

Por razones que no tenemos en cuenta, ni de las que damos razón, pero que saltan a la vista de nuestros numerosos lectores, nos hemos permitido suprimir aquí, del manuscrito que nos ha sido enviado, la parte en que se desmenuza la investigación realizada a consecuencia del indicio aparentemente tan ligero que había descubierto Dupin. Creemos oportuno manifestar tan sólo que el resultado apetecido se logró, y que cumplió el prefecto, aunque no sin repugnancia, los términos de su contrato con el caballero. El artículo de mister Poe concluye así:

«Se comprenderá fácilmente que hablo de simples coincidencias y nada más. Debe bastar cuanto he dicho acerca de este asunto. Mi corazón no posee fe alguna con respecto a lo sobrenatural. Ningún hombre capaz de pensar puede sentirse inclinado a negar que la Naturaleza y Dios forman un todo único. Que Éste, habiendo creado a aquélla, puede a su voluntad gobernarla o modificarla, es cosa también fuera de toda duda. He dicho a su voluntad, porque es una cuestión de voluntad y no de poder, como lógicos absurdos han supuesto. No se trata de que la Divinidad no pueda modificar sus leyes; pero, imaginando una necesidad posible de modificación, la insultamos. Desde el origen han sido creadas estas leyes para abarcar todas las contingencias que puedan contenerse en lo futuro, porque para Dios es presente.

»Repito que hablo sencillamente de estas cosas como de coincidencias. Unas palabras más todavía. En el presente relato se hallará motivo sobrado para establecer un paralelo entre el destino de la desgraciada Mary Cecile Rogers, por lo menos en cuanto ha sido posible conocer, y el de una tal María Roget, hasta determinada época de su historia; paralelo éste cuya minuciosa y sorprendente exactitud se efectúa para confundir la razón. En efecto, todo esto sorprenderá. Pero que ni un solo instante se suponga que al continuar la triste historia de María desde el punto en cuestión, y continuando hasta su desenlace en misterio que la rodeaba, he tenido el interés secreto de sugerir una extensión del paralelo o de insinuar que las medidas que fueron adoptadas en París con objeto de descubrir al asesino de una obrera, o las fondadas en un método de razonamiento semejante, hayan de producir un resultado parecido.

»Porque, por lo que respecta a la última parte de la suposición, hemos de considerar que la más insignificante variación de los elementos de los dos problemas podrían engendrar graves errores de cálculo, desviando absolutamente las dos corrientes de acontecimientos. Del mismo modo que un

error, en aritmética, juzgado aisladamente, puede ser inapreciable, por la fuerza acumuladora de la multiplicación produce a la larga un resultado terriblemente distante de la realidad. Y por lo que se refiere a la primera parte, no olvidemos que este mismo cálculo de probabilidades que he invocado veda toda idea de extensión del paralelo, con un rigor tanto más imperioso cuanto que el paralelo ha sido ya más extendido y exacto. Aquélla es una proposición no normal, que aun cuando pueda parecer resurgir del dominio del pensamiento general, del pensamiento que nada tiene que ver con las matemáticas, hoy sólo ha sido comprendido por los matemáticos. Por ejemplo, nada es hoy más difícil para convencer al lector profano de que si un jugador de dados ha vuelto dos veces el seis, una tras otra, constituya este hecho una razón suficiente para apostar en grande qué a la tercera vez o golpe no volverá a sacar la misma cifra.

»Por lo general, una opinión de esta índole suele, desde luego, ser rechazada por la inteligencia. No puede comprenderse cómo dos golpes ya jugados, desaparecidos en el pasado, pueden influir en el que solamente existe en el futuro. La posibilidad de tener el seis parece ser, precisamente, la que en cualquier momento era; es decir, sometida tan sólo a la influencia de los distintos golpes que pueden volcar los dados. Parece tan perfectamente evidente esta reflexión, que todo esfuerzo llevado a cabo para contrarrestarla se acoge más frecuentemente con una sonrisa burlona que con una cortés condescendencia. El error en cuestión, y es un craso error, fuente en ocasiones de perjuicios, no puede ser criticado dentro de los límites de que aquí dispongo, y los filósofos no lo necesitan. Basta decir tan sólo que este error constituye una parte integrante de una ilimitada serie de sorpresas con las que tropieza la razón a lo largo de su camino, por la propensión funesta de buscar la verdad en los pormenores».

## ELEGANCIAS

Soy, o, mejor dicho, era un gran hombre. Pero no soy el autor de Junios ni tampoco el hombre de la Máscara de Hierro, ya que mi nombre es, según supongo, Robert Jones, y nací en algún lugar de la ciudad de Fum-Fudge.

El primer acto de mi vida fue cogerme la nariz con las dos manos. Al ver esto, mi madre me llamó genio, mi padre lloró de alegría y me regaló un tratado de Nasología. Lo dominé a fondo antes de llevar pantalones.

Desde entonces comencé a presentir mi camino en las ciencias, y no tardé en comprender que todo hombre, mientras sea poseedor de una nariz suficientemente notable, puede, si se deja llevar por ella, alcanzar la dignidad

de un hombre superior. Pero mi atención no se limitó solamente a la teoría pura. Todas las mañanas tiraba dos veces de mi nariz y bebía media docena de copitas.

Alcanzada mi mayoría de edad, me preguntó mi padre un día si quería seguirle a su despacho.

—Hijo mío —me dijo, cuando nos sentamos—, ¿cuál es la principal finalidad de tu vida?

—El estudio de la Nasología, señor —le contesté.

—¿Y qué es la Nasología, Robert?

—Es la ciencia de las narices, padre mío —le dije.

—¿Y puedes decirme —me preguntó— cuál es el sentido de la palabra nariz?

—La nariz, padre mío —contesté, bajando la voz—, ha sido definida de muy diversos modos por un millar de autores —al llegar aquí saqué el reloj—: Ahora son las doce del día, o falta muy poco para que lo sean. Por tanto, disponemos de tiempo, de aquí hasta medianoche, para echar una ojeada a todas. Empezaré, pues. Según Bartholinus, la nariz es una protuberancia, esa giba, esa excrecencia, esa...

—Bien, Robert —me interrumpió el bondadoso anciano—. Me ha aniquilado la inmensidad de tus conocimientos. Sí, por mi alma; estoy realmente aniquilado.

Al llegar a estas palabras cerró los ojos y colocó la mano sobre su corazón.

—Acércate —me dijo; y después, me cogió del brazo—. Desde ahora puede darse por terminada tu educación. Hora es ya de que te lances al mundo, y creo que lo mejor que debes hacer es seguir, lisa y llanamente, a tu nariz. Así, así, así... —y a puntapiés me hizo descender la escalera hasta llegar a la puerta—. Así, sal de mi casa, y que Dios te proteja.

Como yo sentía en mi interior la divina inspiración, consideré este accidente como una suerte. Me pareció que el consejo paternal era bueno, y decidí seguir a mi nariz. Tiré de ella dos o tres veces y redacté un folleto sobre Nasología.

Todo Fum-Fudge se alborotó.

—¡Asombroso genio! —dijo el Quarterly.

—¡Soberbio fisiólogo! —dijo el Westminster.

—¡Hábil muchacho! —dijo el Foreign.

—¡Excelente escritor! —dijo el Edinburg.

—¡Profundo pensador! —dijo el Dublin.

—¡Un gran hombre! —dijo el Bentley.

—¡Alma divina! —dijo el Fraser.

—¡Uno de los nuestros! —dijo el Blackwood.

—¿Quién será? —preguntó mister Bas-Bleu.

—¿Qué será? —dijo la gruesa miss Bas-Bleu.

—¿Dónde estará? —dijo la pequeña miss Bas-Bleu.

Pero yo no presté atención alguna a todo aquel vulgo, y me dirigí al estudio de un artista.

La duquesa de Bendita-sea-mi-alma era el modelo para su retrato; el marqués de Así-y-así cuidaba del perro faldero de la duquesa; el conde de Esto-y-aquello jugaba con el frasco de sales de la dama, y su alteza real No-me-toques inclinábase sobre el respaldo de su sillón.

Me acerqué al artista y le mostré mi nariz.

—¡Oh, hermosísima! —suspiró Su Gracia.

—¡Oh, socorro! —balbució el marqués.

—¡Oh, chocante! —murmuró el conde.

—¡Oh, abominable! —gruñó su alteza real.

—¿Cuánto quiere usted por ella? —preguntó el artista.

—¡Por su nariz! —exclamó Su Gracia.

—Mil libras —dije, sentándome.

—¿Mil libras? —preguntó el artista, pensativo.

—Mil libras —contesté.

—Es muy bella —dijo con éxtasis.

—Mil libras —le dije.

—¿La garantiza usted? —preguntó, volviéndome la nariz a la luz.

—La garantizo —dije, sonándomela fuertemente.

—¿Es el original auténtico? —preguntó, tocándola respetuosamente.

—¡Cómo! —exclamé, torciéndola a un lado.

—¿No se la han copiado nunca? —preguntó estudiándola al microscopio.

—No —repuse, enderezándola de nuevo.

—¡Admirable! —exclamó el artista, aturdido por la belleza de la maniobra.

—Mil libras —dije.

—¿Mil libras? —dijo.

—Exactas —dije.

—¿Mil libras? —dijo.

—Justamente —dije.

—Las tendrá —dijo—. ¡Qué pieza más rara!

Inmediatamente me firmó un talón al portador y tomó un apunte de mi nariz. Alquilé una habitación en la calle Jermyn y dediqué a su majestad la noventa y nueve edición de mi «Nasología», con un retrato de la trompa.

Me invitó a comer el príncipe de Gales, ese perverso libertino en pequeño.

Todos éramos triunfadores y recherchés.

Entre nosotros había un neoplatónico. Citó a Pórfido, a Hamblico, a Plotino, a Próculo, a Hierocles, a Máximo de Tiro y a Siriano.

También había allí un profesor de «perfectibilidad humana». Citó a Turgot, a Price, a Priestley, a Condorcet, a De Staël y el *Ambitious Student in Ill-Health*.

Estaba allí sir Positivo Paradoja. Observó que todos los locos eran filósofos, y que todos los filósofos eran locos.

Estaba allí don Aestheticus Ethix. Habló del fuego, de la unidad y de los átomos; del alma doble y preexistente; de la afinidad y de la antipatía; de la inteligencia primitiva y de la homoomería.

Estaba allí don Teólogo Teología. Disertó sobre Eusebio y Ario. Habló también sobre la herejía y el Concilio de Nicea; sobre el puseísmo y el consustancialismo; sobre Homousios y Homouioisios.

Estaba allí Fricasé de la Rocher de Cancale. Habló de Muriton, de la roja lengua; de las coliflores en salsa veloute; del carnero a la Santa Menegilda; del escabeche a lo San Florentino, y de salsas de naranja en mosa que.

Se encontraba allí Bibulus O'Bumper. Expresó su opinión sobre Latour y el Markbrunnen; sobre el Mosseaux y el Chambertin; sobre el Richbourg y el Saint-George; sobre el Haubrion, el Leonville y el Medoc; sobre el Narsac y el Preignac; sobre el Grave, el Sauterne, el Lafitte y el Saint-Peray. Manifestó su incompetencia con respecto al Clos de Vougeot y se vanaglorió de distinguir a ojos cerrados el jerez del amontillado.

Estaba allí el signor Tintontintino, de Florencia. Habló de Cimabue, Arpino, Carpaccio y Agostino; de las tinieblas del Caravaggio, de la suavidad del Albano, del colorido del Tiziano, de las robustas comadres de Rubens y de las chocarrerías de Jan Steen.

Estaba allí el rector de la Universidad de Fum-Fudge. Dijo que la luna se llamaba Bendis en Tracia; Bubastis, en Egipto; Diana, en Roma, y Artemisa en Grecia.

Estaba allí un Gran Turco de Estambul. No había quién le convenciera de que los ángeles no eran caballos, gallos y toros. Estaba seguro de que existía en el sexto cielo alguien que tenía sesenta mil cabezas, y que la tierra la sostenía una vaca azul celeste con una gran cantidad de cuernos verdes.

Estaba allí el Delfín Poligloto. Nos habló de la suerte que habían corrido las noventa y tres tragedias perdidas de Esquilo; las cincuenta y cuatro oraciones de Isaías; los trescientos noventa y un discursos de Lisias; los ciento ochenta tratados de Teofrasto; el octavo libro de las secciones cónicas de Apolonio; los himnos y ditirambos de Píndaro, y las cuarenta y cinco tragedias de Homero el joven.

Estaba allí Ferdinand Fitz Fósil Feldespato. Habló de los fuegos subterráneos y de las capas terciarias; de los aeriformes, los fluidiformes y los solidiformes; del cuarzo y de la marga; del esquisto y el chorlo; del yeso y la diorita; del talco y la caliza; de la blenda y de la hornblenda; del micasquisto y de la almendrilla; del ciánito y la lepidolita; del hematites y la tremolita; del antimonio y de la calcedonia; del manganeso y de todo cuanto queráis.

Estaba yo allí. Hablé de mí, de mí, de mí y de mí; de Nasología, de mi folleto y de mí. Mostré mi nariz y hablé de mí.

—¡Felicísimo hombre! ¡Hombre milagroso! —exclamó el príncipe.

—¡Soberbia! —dijeron los invitados.

Y, a la mañana siguiente, Su Gracia Bendita-sea-mi-alma me hizo una visita.

—¿Vendrá usted a Almack, linda criatura? —me dijo, dándome una palmada en la barbilla.

—Por mi honor que sí —le contesté.

—¿Con toda su nariz? —preguntó.

—Tan cierto como que estoy vivo —le contesté.

—Entonces, tome esta tarjeta de invitación, mi vida. ¿Podré contar con usted?

—Con todo mi corazón, querida duquesa.

—¿Quién le habla a usted de su corazón? Le digo si irá usted con toda su nariz.

—Sin que le falte un ápice, amor mío —le dije.

Por tanto, me tiré de la nariz una o dos veces y partí para Almack.

Los salones rebosaban de gente.

—¡Ya llega! —dijo uno en la escalera.

—¡Ya llega! —dijo otro un poco más arriba.

—¡Ya llega! —dijo otro, más arriba aún.

—¡Ya ha llegado! —exclamó la duquesa—. ¡Ya ha llegado el amorcito!

Con sus dos manos se apoderó tenazmente de mí y me besó en la nariz tres veces. Una gran agitación conmovió instantáneamente a toda la concurrencia.

—Diávolo! —exclamó el conde Capricornutti.

—¡Dios guarda! —murmuró don Stiletto.

—Mille tonnerres! —profirió el príncipe de Grenouille.

—Tousand teufel! —gruñó el elector de Bluddennuff.

Las cosas no podían quedar así. Me enfadé. Me volví bruscamente a Bluddennuff y le dije:

—Sir, es usted un mamarracho.

—Sir —repuso él, después de una pausa—. Donner und Blitzen!

No esperaba más. Nuestras tarjetas se cambiaron. A la mañana siguiente le rebané la nariz en Chalk-Farm y me fui a casa de mis amigos.

—Bête! —exclamó el primero.

—¡Memo! —exclamó el segundo.

—¡Idiota! —exclamó el tercero.

—¡Burro! —exclamó el cuarto.

—¡Necio! —exclamo el quinto.

—¡Tonto! —exclamó el sexto.

—¡Fuera! —dijo el séptimo.

Todo esto me mortificó grandemente y me fui a ver a mi padre.

—Padre —le pregunté—, ¿cuál es la principal finalidad de mi vida?

—Hijo mío —me contestó—, continúa ahora y siempre el estudio de la Nasología; pero interviniendo en la nariz del Elector has ido más allá de tu fin. Tienes una nariz muy bella, es cierto; pero Bluddennuff ya no posee ninguna. A ti te abuchean, y él se ha convertido en el héroe del día. Comprendo que, en Fum-Fudge, la grandeza de un hombre de moda está íntimamente relacionada con la dimensión de su trompa. Pero, ¡por Dios!, ya no hay rivalidad posible con un elegante que carece completamente de ella.

## MANUSCRITO HALLADO EN UNA BOTELLA

Nada tengo que decir de mi patria ni de mi familia. A ambas me hicieron extraño malos procedimientos y la acumulación de los años. Tuve el beneficio de una educación poco corriente, gracias a mi patrimonio, y la inclinación contemplativa de mi espíritu me hizo apto para clasificar, según un método, todo ese instructivo material reunido y amasado por un estudio precoz. Las obras de los filósofos alemanes me proporcionaron, sobre todo, infinitos goces, no por admiración a su locura elocuente, sino por el deleite que, gracias a mis costumbres de análisis rigurosos, experimentaba sorprendiendo sus equivocaciones. Muchas veces se me ha reprochado el genio agrio y la carencia de imaginación. Me hizo célebre el pirronismo de mis opiniones.

En realidad, me temo que una gran inclinación por la filosofía física haya llenado mi espíritu de uno de los defectos más frecuentes de este siglo, o sea la costumbre de relacionar con los principios de esta ciencia las circunstancias menos susceptibles de semejante relación. Por tanto, nadie menos expuesto que yo a dejarse arrastrar fuera de la jurisdicción severísima de la verdad por los ignes fatui de la superstición. Ante el temor de que la increíble narración que voy a efectuar se considere como el frenesí de una imaginación cruda, y no como la experiencia positiva de un espíritu para el que no existieron nunca imaginativas ensoñaciones, considero oportuno este preámbulo.

Transcurridos muchos años desaprovechados en un largo y lejano viaje, me embarqué en 18..., en Batavia, en la rica y populosa isla de Java, para pasear por el archipiélago de la Sonda. Me embarqué como simple pasajero, ya que no me impulsaba otro móvil distinto de mi nerviosa inestabilidad, siempre tentadora como un mal espíritu.

Aproximadamente, nuestro barco desplazaba las cuatrocientas toneladas. Había sido construido en Bombay y llevaba un cargamento de algodón, lana y aceite de las Laquedivas. También llevábamos algún otro cargamento distinto de éste: azúcar de palma, cocos y unas cajas de opio. El navío había sido groseramente estibado, y, en consecuencia, navegaba mal lastrado.

Durante algunos días navegamos a lo largo de la costa oriental de Java, sin más incidentes que el encuentro de algunos islotes, para engañar la monotonía de nuestra ruta.

Una tarde, apoyado en la borda de la toldilla, observé una nube singularísima aislada hacia el noroeste. Distinguíase tanto por su color como por ser la primera que tuvimos ocasión de ver desde nuestra partida de Batavia. Hasta la puesta del sol la examiné atentamente. Entonces extendióse de este a oeste, dibujando en el horizonte una línea precisa de vapor que asemejaba a una especie de costa muy baja. El aspecto rojo oscuro de la luna y el extraño carácter del mar no tardaron en distraer mi atención. El mar había experimentado un cambio rápido, pareciendo el agua más transparente que de costumbre. Distinguíase el fondo con toda claridad, y, sin embargo, al arrojar la sonda, comprobamos que nos hallábamos a una altura de quince brazas. El aire se hizo intolerablemente cálido y se cargó de exhalaciones espirales parecidas a las que despiden un hierro al rojo.

Cedió toda la brisa con la noche y nos envolvió una calma absoluta. Sin el menor movimiento sensible, ardía hacia atrás la llama de una vela, y un cabello sostenido entre el pulgar y el índice caía recto, sin efectuar oscilación alguna. No obstante, como dijera el capitán que no advertía síntoma alguno peligroso, y como derivábamos hacia tierra, nos tranquilizamos. Se cargaron las velas y anclamos. No se puso vigía de cuarto, y la tripulación, compuesta en su mayoría de malayos, acostóse sobre el puente. No del todo tranquilo, descendí a mi camarote. Tenía el presentimiento de que iba a ocurrir una desgracia. Todos aquellos síntomas hacían temer un simún. Pero cuando se lo dije al capitán, se encogió de hombros y me volvió la espalda sin contestarme. Comoquiera que no pudiese conciliar el sueño, subí a medianoche a cubierta.

Al pisar el último escalón me aterró un rumor profundo, semejante al que produce la rápida evolución de una rueda de molino, y antes de que pudiera averiguar su causa, observé que el navío temblaba, sacudido con violencia. Un golpe de mar lo tumbó de costado, y la ola, al pasar sobre nosotros, barrió la cubierta. El mismo ímpetu del viento contribuyó a salvar el buque, aun cuando se hundió casi completamente en el agua. Comoquiera que quedasen libres sus mástiles, se levantó lentamente, vaciló un momento bajo la violenta presión de la tempestad y, por último, quedóse como había estado.

Me libré de la muerte milagrosamente. Aturdido por el fuerte choque del agua, al volver a mí me encontré entre el timón y el codaste. Penosamente conseguí ponerme en pie, y, al mirar a mi alrededor, supuse que nos hallábamos en una rompiente, en cuyo abismo nos encontrábamos metidos, puesto que el torbellino del mar aquel era espantoso. Oí unos momentos más tarde la voz de un viejo sueco que había embarcado unos minutos antes que el barco abandonara el puerto. A gritos le llamé y, tambaleándose, acudió a mí.

No tardamos en descubrir que éramos los únicos supervivientes del siniestro. Todo lo que se hallaba sobre cubierta, a excepción de nosotros dos, había sido arrojado al mar por la borda. El capitán y los marineros perecieron durante su sueño, porque el agua inundó sus cabinas.

Nada podíamos hacer nosotros solos para salvar a la nave, ni tampoco nos dejaba en ello pensar la seguridad que teníamos de perecer de un momento a otro. Estrujados por el huracán, huíamos. El agua precipitábase por las visibles brechas; pero, no obstante, nos dimos cuenta de que las bombas funcionaban y que el cargamento no había sufrido demasiado. Durante cinco días y cinco noches enteras, en los cuales vivimos de porciones de azúcar de palma, que conseguimos con gran dificultad en el castillo de proa, el barco continuó su huida con una rapidez incalculable ante las corrientes de aire que se sucedían espantosamente, y que, sin igualar el primer ímpetu del simún, eran, sin embargo, mucho más terribles que ninguna tempestad conocida.

Durante los cuatro primeros días nuestra ruta, excepto pequeñas variaciones, fue la de sudeste, en dirección a la costa de Nueva Holanda. Al quinto día aumentó el frío, ya que el viento procedía del norte. El sol, con un amarillento y enfermizo resplandor, ascendió unos grados en el horizonte, sin proyectar una luz franca. No veíase nube alguna, y, sin embargo, enfriábase el viento. Enfriábase y soplaba con violencia. Casi al mediodía despertó nuestra atención el aspecto del sol. En realidad, no despedía verdadera luz, sino una especie de sombrío y triste fulgor sin reflexión, como si estuvieran polarizados todos sus rayos. Antes de que se hundiera en el turgente mar, su fuego central desapareció súbitamente, como si una inexplicable potencia lo hubiese apagado de pronto. Cuando se sumergió en el insondable océano no era más que un disco pálido y plateado.

Esperamos inútilmente la llegada del sexto día, pero este día aún ha llegado para mí; para el sueco no llegó jamás. A partir de entonces, nos envolvieron las más espesas tinieblas. No nos era posible distinguir un objeto a veinte pasos del buque. Una noche eterna nos envolvía, y ni siquiera la aliviaba el resplandor fosforescente del mar, al que los trópicos nos habían acostumbrado. A pesar de que la tempestad continuaba, rabiosa y enfurecida, nos dimos cuenta también de que no sentíamos ninguna apariencia de resaca ni de las cabrillas blanquecinas que nos acompañaron y sacudieron días antes. En torno nuestro, el horror y la oscuridad impenetrable, y el negro desierto de ébano líquido.

Lentamente infiltrábase en el espíritu del viejo sueco un supersticioso pánico, y mi alma hundíase en muda estupefacción. Abandonamos completamente las reparaciones y cuidados del buque, y, abrazados al palo de mesana, mirábamos amargamente la oceánica inmensidad. No teníamos medio alguno para calcular el tiempo. No podíamos formar la más insignificante

conjetura con respecto a nuestra situación. Pero estábamos convencidos de haber derivado mucho más al sur que ninguno de los navegantes anteriores, y nos sorprendía no hallar el natural obstáculo del hielo. Cada minuto parecía ser el último, y cada ola, la postrera que habíamos de ver. En realidad, sólo por un milagro nos libramos de ser absorbidos por la marejada.

Mi compañero hablaba de la ligereza del cargamento y recordaba la excelente cualidad del navío. Pero yo, de antemano, había renunciado a la vida, y melancólicamente me preparaba para morir. Nada podía detener más tiempo de una hora a la muerte, porque a cada nuevo avance del buque, aquel mar negro y prodigioso adquiría un aspecto más lúgubre y fatal.

A veces, a una altura mayor que la del albatros, nos faltaba la respiración, y otras descendíamos vertiginosamente al fondo de un líquido infierno, donde parecía no existir ni el aire ni el sonido.

Nos encontrábamos en el fondo de uno de esos abismos, cuando un repentino grito de mi compañero hirió siniestramente la noche. «¡Vea usted! ¡Vea usted! ¡Dios Todopoderoso!»; me gritó al oído. Una luz roja, de tristes y sombríos resplandores, flotaba sobre la vertiente del inmenso abismo en el que estábamos sepultados y dejaba caer sobre el buque un vacilante reflejo. Levanté la mirada y vi entonces un espectáculo que heló la sangre en mis venas. A una vertiginosa altura, precisamente sobre nosotros, y sobre la misma cresta del precipicio, navegaba un gigantesco buque, que desplazaría tal vez cuatro mil toneladas.

Aunque hallábase encaramado en lo alto de una ola que tendría unas cien veces su altura, parecía de mucha mayor dimensión que un buque de línea o de la Compañía de las Indias. Su inmenso casco era de un negro intenso, que no aclaraba ninguno de los habituales ornamentos de un buque. Una sencilla hilera de cañones devolvía la luz de innumerables faroles de combate que se balanceaban en el aparejo, reflejada en sus superficies pulidas. Pero lo que más agudizó nuestro asombro y horror fue verle navegar con las velas desplegadas en medio de aquel mar sobrenatural y tempestuoso. Durante un momento, momento de supremo horror, vaciló sobre el abismo. Tembló luego, se inclinó y, por fin, se deslizó por la pendiente.

No puedo comprender cómo tuve sangre fría para dominar el espanto. Retrocediendo cuanto pude, esperé impávido la catástrofe que debía aplastarnos. Nuestro barco no luchaba ya con el mar, y hundíase de proa lentamente. Así, pues, el gigantesco y misterioso buque chocó con esa parte del nuestro que hallábase ya bajo el agua, dando como inevitable resultado el brusco lanzamiento de mi cuerpo entre el cordaje de su arboladura.

Cuando caí, la nave tuvo un momento de reposo; viró luego rápidamente, y tal vez por esto, que produjo la confusión natural, hizo que mi presencia

pasara inadvertida. No me costó gran trabajo escapar por la escotilla principal sin ser visto, y pude ocultarme en el rincón más apartado y oscuro de la cala. No sabría decir cómo ni por qué lo hice. Me indujo a ello un vago sentimiento de miedo que se apoderó de mi espíritu ante el aspecto de los nuevos navegantes. No recuerdo a raza ninguna que ofrezca aquellos caracteres de rareza indefinible y que pueda provocar tantos motivos de duda y de desconfianza. Apenas me hube ocultado, sentí un ruido de pasos. Un hombre pasó ante mi escondite. No pude ver su rostro, pero sí observar su aspecto general. Tenía todas las características de un ser débil y viejo. Bajo el peso de los años, doblábanse sus rodillas, y un constante temblor sacudía todo su cuerpo. Con voz débil y cascada, hablaba consigo mismo algunas palabras de un idioma incomprensible, mientras se afanaba en un rincón, revolviendo en una pila de instrumentos de extrañas formas y de cartas marinas en mal estado. Sus gestos y ademanes eran una mezcla singular de la torpeza de una segunda infancia y de la solemne dignidad de un dios. Al cabo de un momento volvió a cubierta, y ya no le vi más.

Se ha apoderado de mi alma un sentimiento que no tengo palabras para expresar, una sensación que se resiste al análisis, que no encuentra traducción posible en los léxicos pretéritos y cuya clave me temo mucho no pueda descifrarse en lo por venir. Para un espíritu como el mío es un verdadero suplicio esta consideración. Tengo el presentimiento de que nunca podré revelar la significación verdadera de mis ideas. No obstante, en cierto modo es lógico que estas ideas resulten indefinibles, puesto que brotan de fuentes inéditas en absoluto. A mi alma se ha incorporado un nuevo sentimiento, una nueva entidad.

Hace mucho tiempo que pisé por primera vez la cubierta de este buque terrible, y los rayos de mi destino, según creo, se concentran cada vez más. ¡Oh gentes incomprensibles! Sin verme, pasan a mi lado sumidos en meditaciones cuya naturaleza no me es posible adivinar. Sería una gran locura por mi parte ocultarme a ellos porque no pueden verme. Hace un momento pasé ante el segundo de a bordo; poco antes, me aventuré hasta el camarote del capitán, en donde conseguí medios para escribir lo que antecede y seguirá a esto. Tengo la intención de continuar este diario de cuando en cuando. Es cierto que no encontraré ocasión alguna de transmitirlo al mundo, pero, por lo menos, lo intentaré. En último caso, guardaré el manuscrito en una botella y la echaré al mar.

Últimamente he hecho algunas observaciones sobre la estructura del barco. Aunque se encuentra muy bien armado, no creo que se trate de un buque de guerra. Tanto su arboladura como su tripulación rechazan esta idea. Sé perfectamente lo que no es, pero me es imposible explicar lo que es. Examinando la extraña y singular forma de este buque, sus colosales

proporciones, su prodigiosa colección de velas, su proa severamente sencilla y su popa de un recargado estilo, creo a veces que la sensación de cosas del todo desconocidas cruza por mi espíritu como un relámpago, y se mezcla siempre a estas sombras flotantes de la memoria el inexplicable recuerdo de antiguas crónicas extranjeras y de siglos muy pretéritos.

Cuidadosamente, he examinado todo el maderamen del buque. Está construido con materiales totalmente desconocidos para mí. Me parecen impropios para el uso al cual han sido destinados. Me refiero a su gran porosidad, considerada independientemente del natural desgaste, consecuente de una larga navegación por estos mares y de la podredumbre de la vejez. Tal vez se encuentre demasiado sutil la observación que voy a hacer; pero me parece que esta madera se parecería demasiado al roble español, si éste pudiera ser dilatado por medios artificiales.

Releyendo la frase anterior, recuerdo el curioso apotegma de un viejo lobo de mar holandés. «Es positivo —decía siempre que dudaban de su veracidad—, como es positivo que hay un mar donde engorda el buque como el cuerpo viviente de un marino».

Hace cerca de una hora he tenido la audacia de deslizarme entre un grupo de individuos de la tripulación. No se han dado cuenta de mi presencia, y aunque me encuentro en medio de ellos, ninguno parece tener el menor sentido de mi estancia a su lado. Como el que por primera vez vi en la cala, todos presentaban el aspecto de hombres viejísimos. Sus rodillas temblaban, débiles; la decrepitud había encorvado sus espaldas; la rugosa piel temblaba con el viento; sus voces eran cascadas y opacas; los ojos destilaban las brillantes lágrimas seniles, y parecían huir con la tempestad sus grises cabellos. En torno suyo, por cualquier parte de la cubierta se encuentran esparcidos instrumentos matemáticos de formas antiquísimas y de empleo desusado.

He hablado más arriba de la curvatura del ala del trinquete. En este tiempo, el barco, navegando con las velas desplegadas al viento, continuaba su terrible curso hacia el sur, sacudido y zarandeado por el más espantoso infierno líquido que haya podido concebir nunca el cerebro humano. He abandonado la cubierta porque no podía permanecer en ella. Sin embargo, la tripulación no parece sufrir lo más mínimo. Considero como un milagro de milagros que el mar no nos haya absorbido para siempre. Sin duda, estamos condenados a bordear eternamente la eternidad, sin hundirnos de forma definitiva en los abismos. Como las golondrinas marítimas, nos deslizamos sobre las olas, mil veces más altas y espantosas que ninguna de las conocidas; y otras olas colosales levantan por encima de nosotros sus crestas como demonios del abismo que no pudieran pasar de simples amenazas y a quienes les estuviera prohibido el destruirnos. He terminado por atribuir esta suerte perpetua a la

única causa natural que pueda legitimar un efecto semejante. Supongo que el buque está sostenido por alguna fuerte corriente o remolino subterráneo.

En su propio camarote, frente a frente, he visto al capitán. Pero, según esperaba, no me ha prestado la menor atención. Aunque, realmente, nada a primera vista hay en él de superior o de inferior al hombre, el asombro que sentí al verle estaba impregnado de respeto y de supersticioso terror. Poco más o menos, tiene mi estatura; es proporcionado y de robusto aspecto. Pero esta constitución no anuncia un vigor extraordinario. Lo más singular es la expresión de su rostro, la intensa, terrible y sugestiva evidencia de la vejez, tan entera, tan absoluta, que conforme le miro más, crea en mi espíritu un sentimiento inefable. Su frente, aunque poco rugosa, parece llevar la huella de un millar de años; sus cabellos grises archivan el pasado, y sus ojos, más grises aún, son como sibilas del porvenir. El suelo de su camarote está cubierto de extraños volúmenes in folio con cantoneras de hierro, instrumentos científicos fuera de uso y antiguos mapas de estilo completamente olvidado. Tiene la cabeza apoyada sobre las manos, y su mirada inquieta y ardiente devora un pergamino que lleva firma y sellos reales. Como aquel marinero que vi por primera vez en la cala, hablaba consigo mismo, murmurando en voz baja algunas sílabas en una lengua extranjera. Aunque me hallaba muy cerca de él, me parecía como si su voz llegase a mis oídos desde una milla de distancia.

Tanto el buque como su contenido están impregnados por el espíritu de otras épocas. Los tripulantes se deslizan como sombras de siglos sepultados. En sus ojos alienta la inquietud de ardientes pensamientos. Cuando, al cruzarse conmigo, iluminan sus manos las luces lívidas de los faroles, siento algo que no sentí jamás, aunque estuvo toda mi vida llena de la locura de las antigüedades, aun cuando me bañé en la sombra de las columnas ruinosas de Balbec, Tadmor y Persépolis; tanto, que mi propia alma concluyó por ser también una ruina.

Cuando miro en torno mío, me avergüenzo de los terrores pasados. Si la tempestad hasta ahora me hizo temblar de horror, ¿qué sensación y qué palabras para expresarla habría de necesitar ahora ante la batalla del viento y del océano, batalla para la cual los vulgares conceptos de tornado y simún no pueden darnos la menor idea? Literalmente, el buque ha quedado hundido en las tinieblas de una noche eterna, en un caos de aguas y de espumas; pero a la distancia circular de una legua, aproximadamente, podemos advertir, por intervalos y bien distintamente, grandiosos bloques de hielo que ascienden hacia el desolado cielo como murallas del universo.

Tal como había supuesto, la nave se halla, indudablemente, sobre una corriente, si así puede llamarse a una marejada que muge y aúlla a través de las glaciales blancuras y que en la parte sur produce el estruendoso rumor mil

veces más precipitado que el de una catarata que cayese verticalmente.

No es posible concebir el horror de mis sensaciones. No obstante, la curiosidad por desvelar el misterio de esta espantosa región es más potente que el terror y me reconcilia incluso con el aspecto odioso de la muerte. Indudablemente, nos precipitamos en busca de un incomunicable secreto cuyo conocimiento no puede alcanzarse sino a costa de la vida. Acaso esta corriente nos conduce al Polo. Por extraña que parezca esta suposición, hay que rendirse a su evidencia.

Sobre el puente, inquieta y estremecida, pasea la tripulación. Todos sus rostros tienen una expresión nueva, más parecida al calor de la esperanza que a la apatía de la desesperación.

Como llevamos desplegadas todas las velas, y el viento nos empuja, hay momentos en que el navío se escapa fuera del mar. De pronto, ¡horror de horrores!, el hielo que nos rodea se abre súbitamente a derecha e izquierda y damos vertiginosas vueltas en inmensos círculos concéntricos en torno a los bordes gigantescos de un grandioso anfiteatro, cuyos muros se prolongan más allá de las tinieblas y del espacio. Pero no me queda ya tiempo para soñar mi destino. Rápidamente, los círculos se estrechan. Nos hundimos en el abrazo cada vez más apretado del torbellino, y a través del horrible mugir del océano y de la tempestad, la nave tiembla, y, ¡oh Dios mío!, se hunde.

El Manuscrito hallado en una botella fue publicado por primera vez en 1831. Muchos años más tarde tuve ocasión de ver los mapas de Mercator, en los cuales se ve al océano precipitarse por cuatro embocaduras en el abismo norte del Polo, siendo absorbido por las entrañas de la tierra; incluso el Polo está representado por una roca negra elevándose a prodigiosa altura.

## **LA ISLA DEL HADA**

La musique est le seul des talents qui jouissent de lui même; tous les autres veulent des temoins, dice Marmontel en sus Contes moraux, que nuestros traductores se obstinan en titular Moral Tales, como burla de su espíritu. Marmontel confunde aquí el placer que se deriva de oír sonidos agradables con la facultad de crearlos. La música, como ningún otro talent, no es capaz de producir un goce completo si no existe una segunda persona que aprecie la ejecución.

Esta facultad de producir efectos, de los cuales no se goce plenamente en la soledad, no le es particular; es común a todas las demás artes. La idea que no ha podido concebir claramente el raconteur, o que en su expresión ha

sacrificado al amor nacional del rasgo de ingenio, es, indudablemente, la idea muy sostenible de que la música de más elevado estilo es la que de modo más perfecto se siente cuando nos encontramos absolutamente solos. La proposición, bajo esta forma, sería admisible desde el primer momento por quienes aman la lira por el amor de la lira y por sus ventajas espirituales. Pero hay un placer al alcance siempre de la humanidad decaída, y es acaso el único que quizá debe aún más que la música a la sensación accesoria del aislamiento. Quiero hablar de la felicidad sentida en la contemplación de una escena de la Naturaleza. Realmente, el hombre que quiere contemplar frente a frente la gloria de Dios sobre la tierra, debe contemplar en la soledad a esta gloria. Al menos por mi parte, la presencia no de la vida humana tan sólo, sino de la vida, bajo cualquier otra forma que la de los seres verdeantes que cruzan por el suelo y no tienen voz, es para el paisaje un oprobio; está en contraposición con el genio de la especie.

En efecto, con toda verdad, me complace contemplar los sombríos valles y las rocas grises, y las aguas que sonrían en silencio, y los bosques que suspiran en afanoso sueño, y las orgullosas y vigilantes montañas que miran desde arriba. Me seduce contemplar todas estas cosas por lo que son: miembros gigantescos de una vasta totalidad animada y sensitiva, un todo cuya estructura —la de la esfera— es la más perfecta y comprensiva de todas las estructuras; cuya ruta transcurre en compañía de otros planetas; cuya docilísima servidora es la luna; cuyo dueño mediatizado es el sol; cuya vida es la eternidad; cuyo pensamiento es el de un dios; cuyo deleite es el conocimiento; cuyo destino piérdese en la inmensidad; para quien somos una noción correspondiente a la que tenemos de los animaculae que infectan el cerebro; un ser, por ende, que consideramos inanimado y puramente material, apreciación muy semejante a la que estos animaculae deben hacer de nosotros.

Nuestros telescopios e investigaciones matemáticas, a pesar de la superchería del clero más ignorante, nos confirman de todo punto en que el espacio, y, por tanto, el volumen, constituye una importante consideración a los ojos del Omnipotente. Las órbitas descritas por las estrellas son las más apropiadas a la evolución sin conflicto del mayor número de cuerpos posible. Las formas de éstos están exactamente elegidas para contener, bajo una determinada superficie, la mayor cantidad de materia, y están dispuestas de modo que puedan recibir una población más numerosa de la que hubiesen podido poseer las mismas superficies dispuestas de otro modo.

Y, a pesar de que el espacio sea infinito, no puede hallarse argumento alguno en contra de esta idea: la de que el volumen tiene valor a los ojos de Dios. Porque, para llenar ese espacio, puede haber un infinito material, y puesto que claramente vemos que dotar la materia de vitalidad es un principio, y, por lo que podemos juzgar, el principio fundamental en las operaciones de

la Divinidad, ¿es lógico suponerlo confinado en el orden de la pequeñez donde diariamente se revela a nosotros y excluirle de las regiones de lo grandioso?

Del mismo modo que descubrimos círculos dentro de círculos, en número sin fin, evolucionando todos en torno a un centro único e infinitamente distante, que es la Divinidad, ¿no podemos suponer analógicamente y del mismo modo a la vida en la vida, a lo menor en lo mayor, y contenido todo en el espíritu divino? En suma: nos equivocamos fatalmente por fatuidad, figurándonos que el hombre, en sus destinos temporales o futuros, es más importante en el universo que ese vasto «cieno del valle» que cultiva y desprecia y al que niega un alma por la razón poco convincente de que no la ve en funcionamiento.

Estas ideas, y otras semejantes, siempre han dado a mis meditaciones entre las montañas y los bosques, cerca de los ríos y del océano, un tinte que no dejarán de llamar fantástico los hombres vulgares. Mis vagabundas excursiones por paisajes de este género han sido muchas, singularmente curiosas y con frecuencia solitarias. Y el interés con que he vagado a través de un valle profundo y sombrío, o contemplando el cielo reflejado en numerosos y lípidos lagos, ha sido un interés sumamente aumentado por el pensamiento de que yo erraba y admiraba solo. ¿Quién es el francés charlatán que, aludiendo a la conocida obra de Zimmerman, dijo: la solitude est une belle chose; mais il faut quelqu'un pour vous dire que la solitude est une belle chose? Como epigrama es perfecto, pero la necesidad no existe.

Durante uno de mis solitarios paseos en una región muy lejana de montañas, entrelazadas con otras montañas, meandros de ríos melancólicos, lagos sombríos y durmientes, me hallé cerca de un arroyuelo en cuyo centro encontrábase una isla. Llegué de pronto, en el mes de junio, mes en el que el follaje es abundante, y me tendí en el suelo, bajo las ramas de un oloroso arbusto de especie desconocida para mí. Me adormecí contemplando el panorama, y me di cuenta de que no podía verlo bien de otro modo, porque tenía el carácter de una visión. A todos lados, con excepción del oeste, donde estaba el sol a punto de desaparecer, elevábanse las verdeantes murallas del bosque. El riachuelo, que efectuaba un brusco desvío, perdiéndose repentinamente de mi vista, parecía no poder escapar de su cárcel, pero hubiérase dicho que hacia el este estaba absorbido por el profundo verdor de los árboles. Acostado como estaba, con la mirada fija en el cielo, me parecía que del lado opuesto caía en el valle, sin intermitencia y sin ruido, una magnífica cascada de oro y púrpura expelida por las fuentes occidentales del cielo.

Aproximadamente en el centro de la estrecha perspectiva que alcanzaba mi mirada, reposaba en el seno del arroyuelo una isla circular de un verde magnífico. La ribera y su imagen estaban de tal modo fundidas que el conjunto

parecía suspendido en el aire... El agua transparente imitaba de tal manera un espejo, que era casi imposible adivinar en qué lugar del tapiz de esmeralda comenzaba su dominio el cristal.

Mi posición me permitía abarcar de una sola mirada los extremos oriental y occidental del islote, y observé en sus aspectos una diferencia singularmente señalada. La parte oeste era un radiante harén de bellezas de jardín. Se abrasaba y enrojecía bajo la pupila oblicua del sol, y sonreía extáticamente a través de todas sus flores. El césped era corto, elástico, oloroso y esmaltado de asfódelos. Los árboles eran ligeros, alegres, rectos, brillantes, esbeltos y graciosos, orientales por el follaje y su forma, con una capa pulida, luciente y de varios colores. Hubiérase dicho que un profundo sentimiento de alegría y de vida circulaba por todas partes; y aunque en los cielos no soplara brisa alguna, parecían agitados por incontables mariposas que se hubiesen podido confundir con tulipanes alados en sus graciosas fugas y vuelos en zigzag.

Al otro lado, en la parte oriental de la isla, todo se hallaba sumergido en la más densa sombra. Una melancolía sombría, pero llena de belleza y de calma, envolvía allí todas las cosas. Los árboles eran de un color negruzco, de forma y actitud lúgubres, retorciéndose como espectros solemnes, traduciendo ideas de tedio mortal y de muerte prematura. El césped tenía allí el tinte sombrío del ciprés, y sus briznas inclinaban lánguidamente las puntas; elevábanse, dispersos, numerosos y toscos montículos, bajos y angostos, no demasiado largos, que tenían aspecto de tumbas, pero que no lo eran, aunque en torno suyo treparan la hiedra y el romero. Sobre el agua caía pesadamente la sombra de los árboles, y allí parecía enterrarse, impregnando de oscuridad las profundidades del líquido elemento. Imaginé que cada sombra, a medida que descendía más y más el sol en el horizonte, separábase a disgusto del tronco que le había dado nacimiento y era absorbida por el arroyuelo, en tanto que otras sombras nacían a cada momento de los árboles, ocupando el lugar de sus predecesoras difuntas.

Una vez húbose apoderado esta idea de mi imaginación, la excitó vigorosamente, y a continuación me perdí en ensoñaciones: «Si hubo alguna vez una isla encantada —me dije—, ésta, a buen seguro, lo es. Es el lugar de cita de las pocas graciosas hadas que sobrevivieron a la destrucción de su raza. Estas verdes tumbas, ¿son, acaso, las tuyas? Sus dulces vidas, ¿se acaban como las de la Humanidad? ¿O es, acaso, su muerte una especie de consunción melancólica? ¿Entregan sus vidas a Dios poco a poco, agotando lentamente su sustancia hasta la muerte, del mismo modo que estos árboles entregan sus sombras una tras otra? Lo que el árbol que se agota es al agua que aspira su sombra y se vuelve más negra que la presa que devora, ¿no sería, tal vez, la vida del hada en relación a la muerte que la rompe?».

Mientras así soñaba, con los ojos semicerrados, en tanto el sol descendía

velozmente hacia su ocaso y corrían torbellinos de viento en torno a la isla, llevando en su seno grandes, resplandecientes y blancas escamas que se habían desprendido de los sicomoros, escamas que una intensa imaginación hubiera podido convertir, gracias a sus múltiples posiciones sobre el agua, en objetos tales que la hubieran deleitado; mientras soñaba de este modo, me pareció que la figura de una de esas mismas hadas en quienes yo había soñado se destacaba en la parte luminosa y occidental de la isla y avanzaba lentamente hacia las tinieblas. Estaba erguida sobre un bote singularmente frágil, y lo movía con un timón fantasma.

Mientras hallóse bajo el influjo de los rayos demorados, su actitud pareció reflejar la alegría; pero su fisonomía se alteró por la pena cuando pasó a la región de las sombras. Lentamente, fue deslizándose sobre el agua. Dio poco a poco la vuelta a la isla y entró en la región de la luz. «El ciclo que acaba de desarrollar el hada —continué, soñando siempre— corresponde a un breve año de su vida. Ha pasado por su invierno y estío. Se ha acercado a la muerte un año. He visto muy bien que cuando entraba en la región de la oscuridad, la sombra se desprendía de ella y era absorbida por el agua tenebrosa, haciendo su negrura aún más negra».

Y de nuevo apareció el bote con el hada; pero en su actitud había más meditación e indecisión, y menos elástica alegría. De nuevo navegó desde la luz a la oscuridad, que se hacía más intensa a cada minuto, y de nuevo su sombra, destacándose, cayó en el ébano líquido y fue absorbida por las tinieblas. Hizo aún muchas veces el circuito de la isla, mientras el sol precipitábase hacia su ocaso. Y cada vez que salía a la luz, había más tristeza en su persona; tornábase más débil y más abatida, y más indistinta, y cada vez que pasaba a la oscuridad destacábase en ella un espectro más oscuro, que era sumergido por una sombra más negra. Por último, cuando el sol hubo desaparecido totalmente, el hada, ahora puro fantasma de sí misma, entró, pobre inconsolable, con su bote, en la región del río de ébano. No puedo decir si volvió a salir alguna vez, porque cayeron las tinieblas sobre todas las cosas, y jamás vi su mágica figura.

## **EL DEMONIO DE LA PERVERSIDAD**

En el examen de las facultades e impulsos de la prima mobilia del alma humana, los frenólogos olvidaron mencionar una tendencia que, aun cuando existe visiblemente como sentimiento primitivo, radical e irreductible, ha sido también admitida por los moralistas que les precedieron. Ninguno en la pura arrogancia de la razón la hemos tenido en cuenta. Hemos permitido que

escapase su existencia a nuestros sentidos tan sólo por falta de credulidad, de fe, ya sea fe en la Revelación o en la Cábala. Jamás se nos ocurrió pensar en ello, precisamente por causa de su carácter de supererogación. No hemos experimentado la necesidad de comprobar esta inclinación, esta tendencia. No nos era posible imaginar su necesidad, ni tampoco adquirir la noción de este *primur mobile*, y aunque hubiese penetrado a la fuerza en nosotros, no habiéramos podido comprender nunca cuál era su misión en la economía de las cosas humanas, temporales o eternas.

No podemos negar que la frenología, y una gran parte de las ciencias metafísicas, han sido concebidas a priori. El intelectual o el lógico pretende, más que el inteligente y observador, comprender los designios de Dios, dictarle sus planes. Después de haber profundizado de este modo y a su gusto en las intenciones de Jehová, y de acuerdo con ellas, ha construido sus innumerables y caprichosos sistemas. En frenología, por ejemplo, hemos empezado estableciendo, y por cierto de una forma muy natural, que era designio de la Divinidad el que el hombre comiera. Más tarde, asignamos al hombre un órgano, de alimentivenes, y este órgano es aquel por el cual la Divinidad obliga al hombre, de grado o por fuerza, a comer. En segundo lugar, decidido ya que por designio de Dios debe el hombre perpetuar su especie, nos vemos forzados a descubrir un órgano de amatividad. Ocurrió lo mismo con los de combatividad y, en suma, con todo órgano que representa una inclinación, un sentimiento moral o una facultad de pura inteligencia. En este orden de los principios de la acción humana, los *spurzheimistas*, con o sin razón, se han limitado a seguir en principio las huellas determinadas por sus predecesores, deduciendo y estableciendo cada cosa con arreglo al destino preconcebido del hombre y fijando como base las intenciones de su Creador.

Mucho más prudente y seguro hubiera sido establecer nuestra clasificación —ya que nos es absolutamente necesario clasificarla— en los actos que el hombre ejecuta habitualmente, y en aquellos que de forma ocasional lleva a efecto, ocasionalmente siempre, antes que fundarla en la hipótesis de que la Divinidad misma es la que obliga a su realización. Si no nos es posible comprender a Dios en sus obras visibles, ¿cómo podremos comprenderle en los impenetrables pensamientos suyos que dan vida a esas obras? Si tampoco nos es posible imaginarle en sus creaciones objetivas, ¿de qué forma habremos de concebirle en sus modos sustantivos y fases de creación?

La inducción a posteriori hubiese obligado a la frenología a admitir, como primitivo e innato principio de la acción humana, un algo paradójico que, a falta de un término más significativo, llamaremos perversidad. Esto, teniendo en cuenta el sentido que aquí le atribuimos, es realmente un *mobile sin causa*, una causa sin *mobile*. Bajo su poder obramos sin una finalidad inteligible. Si esto aparece como una contradicción en los términos, podemos modificar la

proposición diciendo que bajo su influjo obramos por la razón de que no deberíamos hacerlo.

Teóricamente, no puede existir una razón más irrazonable; pero, en realidad, no hay otra más poderosa. En condiciones determinadas, llega a ser absolutamente irresistible para ciertos espíritus. No es mi vida para mí una cosa más cierta que esta proposición. La seguridad del pecado, o del error, que trae consigo un acto cualquiera, es frecuentemente, la única fuerza invencible que nos impulsa, y nos impulsa sola a ejecutarlo. Esta tendencia obsesionante de hacer el mal por el mal mismo no admitirá análisis ni resolución alguna en ulteriores elementos. Es un movimiento radical, primitivo, elemental. Supongo que se dirá que, si insistimos en ciertos actos porque sabemos que no deberíamos insistir en ellos, nuestro proceder no es más que una modificación de aquella que, por lo general, deriva de la combatividad frenológica.

Una simple observación bastaría para descubrir la falsedad de semejante idea. La combatividad frenológica se deduce y resulta de la existencia de la necesidad de defensa personal. Es nuestra protección contra la injusticia. Su principio protege nuestro bienestar. Y, sí, al mismo tiempo que se verifica su desarrollo, se produce exaltadamente en nosotros el deseo del bienestar. De aquí resulta que éste debiera excitarse simultáneamente con todo principio que fuera tan sólo una modificación de la combatividad. Pero en el caso de este algo que llamo perversidad, no sólo no se despierta el deseo de bienestar, sino que, además, parece un sentimiento singularmente contradictorio.

Todo hombre que llame a su propio corazón encontrará al fin y al cabo la mejor respuesta al sofisma de que se trata. Todo el que leal y celosamente consulte e interrogue a su alma, no se atreverá a negar la radicalidad absoluta de la tendencia a que nos referimos, tan característica como incomprensible. Por ejemplo, no hay hombre que, en determinados momentos, no haya experimentado un vivo deseo de atormentar con circunloquios a quien le escucha. Quien habla, sabe de sobra lo que desagrada. Tiene la mejor intención de agradar. Con frecuencia es lacónico, claro y concreto en sus razonamientos. Brota de sus labios un lenguaje tan breve como luminoso. Por tanto, sólo con gran trabajo puede violentarlo. Teme y conjura el mal humor de aquel a quien se dirige. No obstante, le asalta la idea de que podría despertar la cólera si recurriera a determinados incisivos y paréntesis. Basta este simple pensamiento. El impulso se convierte en veleidad; ésta crece y se transforma en deseo; el deseo degenera al cabo en necesidad irresistible y ésta se satisface, con gran pesar y molestia de quien habla, y prescindiendo de todas las consecuencias.

Tenemos una labor, una misión que cumplir, y hemos de llevarla a término rápidamente. Sabemos que su demora es nuestra ruina. La más importante crisis de nuestra vida reclama con perentoriedad la acción y energía

inmediatas. La impaciencia de comenzar la tarea nos abrasa y consume. El saborear anticipadamente el éxito inflama nuestro espíritu. Es necesario que emprendamos hoy mismo esta tarea, y, sin embargo, la diferimos para mañana. ¿Por qué? No hay otra explicación, de no ser la que nos hace dar cuenta de que esto es perverso. Utilicemos la palabra, sin comprender el principio. Llega mañana, y también la ansiedad impaciente de cumplir con nuestro deber. Pero con ella llega asimismo un vivo deseo anónimo de retardar otra vez, deseo indudablemente terrible, porque es impenetrable su naturaleza. Cuando más pasa el tiempo, el deseo es más fuerte. Sólo nos queda una hora para la acción. Esa hora es nuestra. Temblamos ante la violencia del conflicto que se plantea en nosotros. La batalla entre lo positivo y lo indefinido, entre la sustancia y la sombra. Pero si llega la lucha a tal punto, se impone la sombra y nos debatimos vanamente. Suena el reloj. Su campanada es el toque de agonía de nuestra felicidad, y, al mismo tiempo, para la sombra que tan largamente nos ha aterrado, el cántico desvelador, la diana del victorioso gallo de los fantasmas. Huye la sombra. Desaparece. Somos libres. Renace la antigua energía. Ahora trabajaremos. Pero, ¡ay!, es demasiado tarde.

Nos hallamos al borde de un precipicio. Contemplamos el abismo. Sentimos vértigo y malestar. Nuestra primera intención es retroceder ante el riesgo. Pero, inexplicablemente, no nos movemos de allí. Paulatinamente, el malestar, el vértigo y el horror se confunden en un nebuloso e indefinible sentimiento. De forma gradual, insensible, la nube adquiere forma, lo mismo que el vapor de la botella de la que surgía el genio de Las mil y una noches. Pero, al borde del precipicio, de nuestra nube, se levanta, cada vez más palpable, una forma mil veces más terrible que el genio, que cualquier fabuloso demonio. No obstante, es sólo un pensamiento. Pero un horrible pensamiento. Un pensamiento que hiela hasta la propia médula de nuestros huesos y les inculca la feroz delicia de su horror. Sencillamente, es esta idea: ¿cuáles serían nuestras sensaciones durante el transcurso de una caída verificada desde tal altura?

Y por la sencilla razón de que esta caída —este anonadamiento fulminante— implica la más horrible, la más odiosa de cuantas odiosas y horribles imágenes de la muerte y del sufrimiento puede nuestra mente haber concebido, por esta sencilla razón, la deseamos con mayor intensidad. Y porque nuestro raciocinio nos aleja violentamente de la orilla, por esta misma razón nos acercamos a ella con mayor ímpetu. En la Naturaleza no hay pasión más diabólicamente impaciente que la del hombre que, temblando al borde de un precipicio, piensa arrojarse a él. Permitírsele, intentar pensarlo un solo momento, es, inevitablemente, perderse, porque la reflexión nos ordena que nos abstengamos de ello, y por esto mismo, repito, no nos es posible. Si no encontramos un brazo amigo que nos detenga, o si somos incapaces de un repentino esfuerzo para apartarnos lejos del abismo, nos arrojamos a él, nos

aniquilamos.

Si examinamos estos actos y otros semejantes, encontraremos que nacen tan sólo del espíritu de perversidad. Los perpetramos, sencillamente, porque reconocemos que no debíamos perpetrarlos. Ni en uno ni en otro caso existe un principio inteligible, y ciertamente podríamos considerar esta perversidad como una instigación directa del demonio, de no haber reconocido que algunas veces colabora en la realización del bien.

Si me he extendido tanto en todo esto ha sido para contestar en cierta manera a vuestra pregunta, para explicaros la razón por la que estoy aquí, y para ofreceros algo que parezca una justificación cualquiera de los hierros que me encadenan y de la celda de condenados que ocupó. Si hubiese sido menos prolijo, no se me hubiera entendido completamente, o, como el vulgo, me hubierais considerado loco. Comprenderéis ahora fácilmente que soy una de las numerosas víctimas del demonio de la perversidad.

No creo posible que se haya planeado un acto con una deliberación más perfecta. Durante semanas, durante meses enteros, medité en los procedimientos del asesinato. Prescindí de mil planes porque la realización de cada uno traía consigo una probabilidad de revelación. Por fin, leyendo un día unas memorias francesas, hallé la historia de una enfermedad casi mortal que padeció madame Pilau, a causa de una bujía accidentalmente envenenada. Bruscamente, asaltó la idea mi imaginación. Sabía que mi víctima acostumbraba leer en el lecho, y también que la alcoba era pequeña y mal ventilada. Pero no quiero cansaros con pormenores ociosos. No particularizaré en los fáciles ardides por medio de los cuales sustituí, en la palmatoria de su alcoba, la vela que allí había por otra preparada por mí... Por la mañana hallóse muerto al hombre en el lecho, y la resolución del coroner fue la siguiente: «Muerto por visitación de Dios».

Heredé su fortuna, y durante varios años todo marchó perfectamente. Jamás por mi mente cruzó la idea de su descubrimiento. Había destruido personalmente los restos de la fatal bujía, y no dejé el menor indicio que pudiera servir para venderme o hacerme sospechoso de asesinato. No es posible imaginar cuán profunda y magnífica satisfacción dilató mi pecho en la consciencia de mi absoluta seguridad. Durante mucho tiempo me acostumbré a gozar de ese sentimiento, que me proporcionaba un placer más positivo que todos cuantos beneficios puramente materiales conseguí con mi crimen. Llegó, por fin, una época en la cual el sentimiento de gozo se fue transformando, por una gradación casi imperceptible, en una idea que no me abandonaba y triunfaba sobre mí. Triunfaba, precisamente, porque no me abandonaba. Apenas podía librarme de ella un solo momento. Con frecuencia ocurre que el oído se fatiga, o la memoria se obsesiona, por una especie de repique en nuestros oídos del estribillo de una canción vulgar o de algún insignificante

fragmento de ópera. No cesará la tortura, aunque la canción sea excelente, o amable el fragmento de ópera. Del mismo modo, cuando daba por terminadas mis reflexiones sobre mi seguridad, me repetía constantemente y en voz baja esta frase: «Estoy libre».

Un día paseando al azar por las calles, me sorprendió darme cuenta de que estaba murmurando casi en voz alta las acostumbradas sílabas. En un acceso de petulancia, las repetí y les di entonces esta nueva forma: «Estoy libre, estoy libre, sí, siempre que no sea tan estúpido que yo mismo me delate».

Apenas he terminado de pronunciar estas palabras, cuando experimenté en mi corazón la entrada de un frío glacial. Yo tenía ya alguna experiencia con respecto a estos arrebatos de perversidad cuya índole extraña he explicado, no sin esfuerzo, y recordaba perfectamente que jamás había sabido resistir a sus triunfantes ataques. En ese momento, la fortuita sugestión nacida en mí mismo de que yo podía ser lo bastante estúpido para confesar el asesinato que había cometido, surgía ante mí como la misma sombra de quien había asesinado, y me lanzaba hacia la muerte.

Al principio intenté esforzarme en ahuyentar aquella pesadilla de mi espíritu. Anduve enérgicamente, más deprisa, cada vez más deprisa, y terminé echando a correr. Experimentaba un embriagador deseo de gritar con todas mis fuerzas. A cada ola que sucesivamente se producía en mi pensamiento, me acongojaba un nuevo terror, porque, ¡ay!, comprendía muy bien, demasiado bien, que, en aquella situación, pensar era perderme. Aceleré aún más mi paso. Casi a saltos, como un loco, crucé las calles llenas de gente. Por último, la gente llegó a alarmarse y echó a correr tras de mí. Entonces me di cuenta de que mi destino se había consumado. Si me hubiera sido posible arrancarme la lengua, lo hubiera hecho. Pero sonó a mis oídos una voz ruda, y una mano más ruda aún me sujetó por un hombro.

Me volví y abrí la boca para respirar. Durante un instante conocí todas las angustias de la sofocación. Me quedé ciego, sordo, ebrio, y entonces, pensé, algún demonio invisible golpeó en mi espalda con su ancha mano. El secreto que durante tanto tiempo había aprisionado escapó de mi espíritu.

Dicen que hablé. También dicen que me expresé con gran claridad, con extraña energía y apasionada precipitación, como si tuviera miedo de que me interrogasen antes de haber pronunciado las breves, pero importantes frases que me ponían en manos del verdugo y me entregaban al infierno. Una vez he revelado todo lo necesario para la completa convicción de la justicia, caí consternado, desvanecido.

Pero ¿por qué decir más? Hoy arrastro estas cadenas, y estoy aquí. Mañana estaré en libertad. Pero ¿dónde?

## EL RETRATO OVALADO

El castillo en el cual mi criado había decidido penetrar, aun cuando fuese por la fuerza, antes que permitirme, hallándome gravemente herido, pasar una noche al raso, era uno de esos grandes edificios, mezcla de melancolía y grandeza, que durante tanto tiempo han erguido su ceñuda frente por entre los Apeninos, no tanto en la realidad como en la fantasía de mister Radcliffe.

Según todas las apariencias, había sido temporalmente abandonado, y en fecha muy reciente, por su dueño. Nos instalamos en una de las habitaciones más reducidas y menos suntuosamente arregladas. Estaba situada en una apartada torre del castillo. Su decorado era rico, pero ajado y viejo. De sus paredes colgaban tapices y adornábanse con diversos y multiformes trofeos heráldicos, así como con una insólita cantidad de pinturas modernas de gran viveza encuadradas en ricos marcos con arabescos de oro. Tal vez a causa de mi debilidad febril, incipiente en ese instante, sentí un vivo interés por estos cuadros que estaban colgados no sólo de las superficies principales de las paredes, sino también de los numerosos rincones que la extraña arquitectura del castillo hacía necesarios.

Le ordené a Pedro que cerrase los pesados postigos de la habitación, puesto que ya era de noche, que encendiese los brazos de un gran candelabro que se hallaba colocado junto a la cabecera de mi cama, y que descorriese, de par en par, las cortinas de terciopelo negro que también rodeaban mi lecho. Deseaba que se hiciera todo aquello para que, al menos, si no llegaba a conciliar el sueño, pudiese distraerme alternativamente en la contemplación de aquellos cuadros y entregarme a la atenta lectura de un pequeño volumen que habíamos hallado sobre la almohada y que contenía la crítica y descripción de cada uno.

Durante largo rato, muy largo rato, estuve leyendo, y devota, muy devotamente, contemplé los cuadros. Las horas transcurrieron rápida y maravillosamente. Y llegó la profunda medianoche. Me desagradaba la posición del candelabro, y extendiendo la mano dificultosamente, con objeto de no despertar a mi criado adormecido, lo coloqué de modo que sus rayos incidiesen plenamente sobre el libro.

Pero este cambio produjo un efecto completamente inesperado. Los resplandores de las numerosas bujías (porque había muchas) se proyectaron entonces en un nicho de la habitación que hasta ese momento había sido dejado en sombras por una de las columnas de la cama. Distinguí, vivamente iluminado, un cuadro que hasta ese momento me había pasado inadvertido. Era el retrato de una niña que apenas si empezaba a ser mujer. Dirigí una rápida ojeada a aquella pintura, y cerré los ojos. ¿Por qué? En un principio no

pude comprenderlo; pero mientras mis ojos continuaban cerrados analicé en mi espíritu la razón que tenía para haberlo hecho. Fue un movimiento involuntario, para ganar tiempo y pensar, para asegurarme de que mis ojos no me habían engañado, para calmar y dominar mi fantasía y entregarme luego a una contemplación más serena y auténtica. Pocos momentos después, volví a mirar de nuevo fijamente a la pintura.

Ni podía ni quería dudar lo que vi entonces claramente, porque el primer resplandor de las bujías sobre el lienzo había disipado el soñoliento estupor de mis sentidos y me había devuelto de pronto a la vida despierta.

Ya he dicho que el retrato era el de una joven. Reducíase a la cabeza y los hombros, pintados según esa técnica que suele llamarse estilo de vignette, al modo de las cabezas predilectas de Sully. El seno, los brazos e incluso los bucles de sus radiantes cabellos, fundíanse imperceptiblemente en la vaga, pero profunda sombra que servía de fondo al conjunto. El marco era ovalado, magníficamente dorado, y afiligranado con arabescos.

Como obra de arte, no podía encontrarse nada más admirable que la pintura misma. Pero ni la factura de la obra, ni la inmortal belleza de aquel semblante, podían haber sido lo que tan repentinamente y con tal vehemencia me había impresionado entonces, y menos aún que mi fantasía, conmovida en su duermevela, hubiese confundido aquella cabeza con la de un ser vivo. Me di cuenta en el acto que los pormenores del dibujo, el estilo de vignette y el aspecto del marco, hubiesen disipado inmediatamente semejante idea y me hubieran evitado toda otra distracción, aun cuando fuera momentánea. Reflexionando seriamente con respecto a aquello, tal vez durante una hora, permanecí medio tendido, medio sentado, con la mirada fija en aquel retrato. Por último, satisfecho de haber acertado con el secreto real del efecto que producía sobre mí, me acosté completamente de espaldas sobre el lecho.

Había adivinado que el encanto de aquella pintura consistía en una absoluta semejanza con la vida en su expresión, que primero me había estremecido y, finalmente, me desconcertó, subyugándome y anonadándome. Con profundo y respetuoso temor, dejé de nuevo el candelabro en su posición primitiva. Una vez húbose apartado de mi vista el motivo de mi intensa agitación, busqué afanosamente el volumen que contenía el análisis de las pinturas y su historia. Volví las hojas hasta que encontré el número que correspondía al retrato ovalado, y leí el impreciso y singular relato que sigue:

«Era una joven de particular belleza y no menos amable que llena de jovialidad. Pero malhadada fue la hora en que vio, amó, casó y vivió con el pintor. Él, apasionado, estudioso, austero y teniendo ya una esposa en su arte; ella, joven de rara belleza y no menos amable que llena de jovialidad, sólo luz y sonrisa, y juguetona como un cervatillo, amante y cariñosa para todas las

cosas de este mundo. Odiaba solamente el arte, que era su rival; temía sólo a la paleta, a los pinceles y a otros desagradables utensilios que la privaban de la presencia de su adorado. Fue, pues, algo terrible para ella oír al pintor hablar de deseo de retratar también a su joven esposa. Pero ésta era humilde y obediente. Y, dócilmente, posó, sentada, durante largas semanas, en la sombría y alta habitación de la torre, donde filtrábase la luz sobre el lienzo sólo desde arriba. Pero él, el pintor, ponía toda su afición en la obra, que adelantaba de hora en hora y de día en día. Y era él un hombre apasionado, vehemente y caprichoso, que perdíase siempre en fantasías. Tanto, que no quería ver cómo aquella luz, que vertíase tan tristemente en aquella torre solitaria, marchitaba visiblemente, a los ojos de todo el mundo y excepcionalmente a los suyos, la salud y el alma de su mujer. Y, sin embargo, ella no cesaba de sonreírle, sin lamentarse nunca, porque veía que el pintor, que tenía un gran prestigio, experimentaba un ferviente y abrasador goce en su tarea, y afanábase día y noche en pintar a la que tanto lo amaba, pero que a diario desalentábase más y enflaquecía. Y, en verdad, quienes contemplaban el retrato hablaban en voz queda de su semejanza, como de una prodigiosa maravilla y como una prueba no sólo del talento del pintor, sino de su profundo amor por aquella a quien pintaba de forma tan excelsa. Pero hacia el fin, cuando acercábase más la obra a su término, no se dejó a nadie visitar la torre, porque el pintor había enloquecido en el ardor de su tarea, y rara vez apartaba sus ojos del lienzo, ni tan siquiera para mirar el rostro de su mujer. Y no quería ver que los colores que dejaba en el lienzo los arrancaba de las mejillas de la que se hallaba sentada frente a él. Y cuando hubieron transcurrido muchas semanas, y muy poco quedaba por hacer, excepto un toque sobre los labios y una pincelada sobre los ojos, vaciló el espíritu de la mujer, como la llama que va a extinguirse en una lámpara. Y el toque fue dado, y fue dada también la pincelada. Y por un instante quedóse extático el pintor ante la obra que acababa de realizar. Mas un momento después, cuando todavía lo contemplaba, se estremeció de horror, palideció y quedóse despavorido, y gritó en voz alta: “¡En verdad que es la vida misma!”. Y volvió bruscamente los ojos a su amada: ¡Estaba muerta!».

## **EL BARRIL DE AMONTILLADO**

Lo mejor que pude había soportado las mil injurias de Fortunato. Pero cuando llegó al insulto, juré vengarme. Vosotros, que conocéis tan bien la naturaleza de mi carácter, no llegaréis a suponer, no obstante, que pronunciara la menor palabra con respecto a mi propósito. A la larga, yo sería vengado. Éste era ya un punto establecido definitivamente. Pero la misma decisión con

que lo había resuelto excluía toda idea de peligro por mi parte. No solamente tenía que castigar, sino castigar impunemente. Una injuria queda sin reparar cuando su justo castigo perjudica al vengador. Igualmente queda sin reparación cuando éste deja de dar a entender, a quien le ha agraviado, que es él quien se venga.

Es preciso entender bien que ni de palabra, ni de obra, di a Fortunato motivo alguno para que sospechara de mi buena voluntad hacia él. Continué, como de costumbre, sonriendo en su presencia, y él no podía advertir que mi sonrisa, entonces tenía como origen en mí la idea de arrebatarle la vida.

Aquel Fortunato tenía un punto débil, aunque, en otros aspectos era un hombre digno de toda consideración, y aun de ser temido. Se enorgullecía siempre de ser un entendido en vinos. En realidad, pocos italianos tienen el verdadero talento de los catadores. En la mayoría, su entusiasmo se adapta con frecuencia a lo que el tiempo y la ocasión requieren, con objeto de dedicarse a engañar a los millonaires ingleses y austriacos. En pintura y piedras preciosas, Fortunato, como todos sus compatriotas, era un verdadero charlatán; pero, en cuanto a vinos añejos, era sincero. Con respecto a esto, yo no difería extraordinariamente de él. También yo era muy experto en lo que se refiere a vinos italianos, y siempre que se me presentaba ocasión compraba gran cantidad de éstos.

Una tarde, casi al anochecer, en plena euforia del Carnaval, encontré a mi amigo. Me cogió con excesiva cordialidad, porque había bebido mucho. El buen hombre estaba disfrazado de payaso. Llevaba un traje muy ceñido, un vestido con listas de colores y coronaba su cabeza con un sombrerito cónico adornado con cascabeles. Me alegré tanto de verle, que creí no haber estrechado jamás su mano como en aquel momento. Le dije:

—Querido Fortunato, le encuentro a usted muy a propósito. Pero ¡qué buen aspecto tiene usted hoy! El caso es que he recibido un barril de algo que llaman amontillado y tengo mis dudas.

—¿Cómo? —dijo él—. ¿Amontillado? ¿Un barril? ¡Imposible! ¡Y en pleno Carnaval!

—Por eso mismo le digo que tengo mis dudas —contesté—, e iba a cometer la tontería de pagarlo como si se tratara de un exquisito amontillado, sin consultarle. No había modo de encontrarle a usted, y temía perder la ocasión.

—¡Amontillado!

—Tengo mis dudas.

—¡Amontillado!

—Y he de pagarlo.

—¡Amontillado!

—Pero como supuse que estaba usted muy ocupado, iba ahora a buscar a Luchesi. Él es un buen entendido. Él me dirá...

—Luchesi es incapaz, por sí mismo, de distinguir el amontillado del jerez.

—Y, no obstante, hay imbéciles que creen que su paladar puede competir con el de usted.

—Vamos, vamos allá.

—¿Adónde?

—A sus bodegas.

—No, mi querido amigo. No quiero abusar de su amabilidad. Preveo que tiene usted algún compromiso. Luchesi...

—No tengo ningún compromiso. Vamos.

—No, amigo mío. Aunque usted no tenga compromiso alguno, veo que tiene usted mucho frío. Las bodegas son terriblemente húmedas; materialmente están cubiertas de salitre.

—A pesar de todo, vamos. No importa el frío. ¡Amontillado! Le han engañado a usted, y Luchesi no sabe distinguir el jerez del amontillado.

Diciendo esto, Fortunato se cogió a mi brazo. Me puse un antifaz de seda negra y, ciñéndome bien al cuerpo mi roquelaire, me dejé conducir por él hasta mi palacio.

Los criados no estaban en la casa. Habían escapado para celebrar la festividad de Carnaval. Ya, antes, les había dicho que no volvieran hasta la mañana siguiente, y les había dado órdenes concretas para que no estorbaran por la casa. Estas órdenes eran suficientes, de sobra lo sabía yo, para asegurarme la inmediata desaparición de ellos en cuanto volvieran las espaldas.

Cogí dos velas de sus candelabros, entregué a Fortunato una de ellas y le guié, haciéndole encorvarse a través de distintos aposentos, por el abovedado pasaje que conducía a la bodega. Bajé delante de él una larga y tortuosa escalera, recomendándole que adoptara precauciones al seguirme. Llegamos, por fin, a los últimos peldaños y nos encontramos, uno frente a otro, sobre el suelo húmedo de las catacumbas de los Montresors.

El andar de mi amigo era vacilante, y los cascabeles de su gorro cónico resonaban a cada una de sus zancadas.

—¿Y el barril? —preguntó.

—Está más allá —le contesté—. Pero aquí tiene usted esos blancos festones de telaraña que brillan en las paredes de la cueva.

Se volvió hacia mí y me miró con sus nubladas pupilas, que destilaban las lágrimas de la embriaguez.

—¿Salitre? —me preguntó, por fin.

—Salitre —le contesté—. ¿Hace mucho tiempo que tiene usted esa tos?

—¡Ejem! ¡Ejem! ¡Ejem! ¡Ejem! ¡Ejem! ¡Ejem! ¡Ejem! ¡Ejem!...

A mi pobre amigo le fue imposible contestar hasta pasados unos minutos.

—No es nada —dijo, por fin.

—Venga —le dije enérgicamente—. Volvámonos. Su salud es preciosa, amigo mío. Es usted rico, respetado, admirado, querido. Es usted feliz, como yo lo he sido en otro tiempo. No debe usted malograrse. Por lo que a mí respecta, es distinto. Vámonos. Podría usted enfermarse y no quiero cargar con esa responsabilidad. Además, cerca de aquí vive Luchesi...

—Basta —me dijo—. Esta tos no tiene ninguna importancia. No tenga usted cuidado. No me matará. No me moriré de tos.

—Verdad, verdad —le contesté—. Realmente, no era mi intención alarmarle sin motivo, pero debe tomar precauciones. Un trago de este Medoc le defenderá de la humedad.

Y diciendo esto rompí el cuello de una botella que se hallaba en una larga fila de otras análogas, tumbadas en el húmedo suelo.

—Beba —le dije, ofreciéndole el vino.

Llevóse la botella a los labios, mirándome de soslayo. Hizo una pausa y me saludó con familiaridad.

Los cascabeles sonaron.

—Bebo —dijo— a la salud de los enterrados que descansan en torno nuestro.

—Y yo por la larga vida de usted.

De nuevo se cogió de mi brazo y continuamos nuestro camino.

—Estas cuevas —me dijo— son muy grandes.

—Los Montresors —le contesté— era una grande y numerosa familia.

—He olvidado cuáles son sus armas.

—Un gran pie de oro en campo de azur. El pie aplasta a una serpiente rampante, cuyos dientes se clavan en el talón.

—¿Y cuál es la divisa?

—Nemo me impune lacessit.

—¡Muy bien! —dijo.

Brillaba el vino en sus ojos y retiñían los cascabeles. También se caldeó mi fantasía a causa del Medoc. Por entre las murallas formadas por montones de esqueletos, mezclados con barriles y toneles, llegamos a los más profundos recintos de las catacumbas. Me detuve de nuevo, y esta vez me atreví a coger a Fortunato de un brazo, más arriba del codo.

—El salitre —le dije—. Vea usted cómo va aumentado. Como si fuera musgo, cuelga de las bóvedas. Ahora estamos bajo el lecho del río. Las gotas de humedad se filtran por entre los huesos. Venga usted. Volvamos antes que sea muy tarde. Esa tos...

—No es nada —dijo—. Continuemos. Pero primero echemos otro traguito de Medoc.

Rompí un frasco de vino de De Grave y se lo ofrecí. Lo vació de un trago. Sus ojos llamearon con ardiente fuego. Se echó a reír y tiró la botella al aire con un ademán que no pude comprender.

Le miré sorprendido. Él repitió el movimiento, un movimiento grotesco.

—¿No comprende usted? —preguntó.

—La verdad que no —le contesté.

—Entonces, ¿no es usted de la hermandad?

—¿Cómo?

—¿No pertenece usted a la masonería?

—Sí, sí —dije—; sí, sí.

—¿Usted? ¡Imposible! ¿Un masón?

—Un masón —repliqué.

—A ver, un signo —dijo.

—Éste —le contesté, sacando de debajo de mi roquelaire una paleta de albañil.

—Usted bromea —exclamó, retrocediendo unos pasos—. Pero, en fin, vamos por el amontillado.

—Bien —dije, guardando otra vez la herramienta bajo la capa y ofreciéndole de nuevo mi brazo.

Apoyóse pesadamente en él y seguimos nuestro camino en busca del

amontillado.

Pasamos primero por debajo de una serie de bajísimas bóvedas, bajamos, avanzamos luego, descendimos después y llegamos a una profunda cripta, donde la impureza del aire hacía enrojecer más que brillar nuestras velas.

En lo más apartado de la cripta descubriase otra menos espaciosa. En sus paredes habían sido alineados restos humanos de los que se amontonaban en la cueva de encima de nosotros, tal como en las catacumbas de París. Tres lados de aquella cripta interior estaban también adornados del mismo modo. Del cuarto habían sido retirados los huesos y yacían esparcidos por el suelo, formando en un rincón un montón de cierta altura.

Dentro de la pared, que había quedado así descubierta por el desprendimiento de los huesos, veíase todavía otra cripta o recinto interior, de unos cuatro pies de profundidad y tres de anchura, y con una altura de seis o siete. No parecía haber sido construida para un uso determinado, sino que formaba sencillamente un hueco entre dos de los enormes pilares que servían de apoyo a la bóveda de las catacumbas, y se apoyaba en una de las paredes de granito macizo que las circundaban.

En vano, Fortunato, levantando su vela casi consumida, trataba de penetrar la profundidad de aquel recinto. La debilitada luz nos impedía distinguir el fondo.

—Adelántese —le dije—. Ahí está el amontillado. Si aquí estuviera Luchesi...

—Es un ignorante —interrumpió mi amigo, avanzando con inseguro paso y seguido inmediatamente por mí.

En un momento llegó al fondo del nicho, y, al hallar interrumpido su paso por la roca, se detuvo atónito y perplejo. Un momento después había yo conseguido encadenarlo al granito. Había en su superficie dos argollas de hierro, separadas horizontalmente una de otra por unos dos pies. Rodear su cintura con los eslabones, para sujetarlo, fue cuestión de pocos segundos. Estaba demasiado aturdido para ofrecerme resistencia. Saqué la llave y retrocedí, saliendo fuera del recinto.

—Pase usted la mano por la pared —le dije— y no podrá menos de sentir el salitre. Está, en efecto, muy húmeda. Permítame que le ruegue se vuelva atrás. ¿No viene usted? Entonces no me queda más remedio que abandonarle; pero debo antes prestarle algunos cuidados que está en mi mano hacer.

—¡El amontillado! —exclamó mi amigo, no vuelto todavía de su asombro.

—Cierto —repliqué—, el amontillado.

Y diciendo estas palabras, me ataré en aquel montón de huesos a que

antes he aludido. Apartándolos a un lado, no tardé en dejar al descubierto una cierta cantidad de piedra de construcción y mortero. Con estos materiales y la ayuda de mi paleta, empecé activamente a tapar la entrada del nicho.

Apenas había colocado el primer trozo de mi obra de albañilería cuando me di cuenta de que la embriaguez de Fortunato se había disipado en gran parte. El primer indicio que tuve de ello fue un gemido apagado y salió de la profundidad del nicho.

No era ya el grito de un hombre embriagado. Se produjo luego un largo y obstinado silencio. Encima de la primera hilada coloqué la segunda, la tercera y la cuarta. Y oí entonces las furiosas sacudidas de las cadenas. El ruido se prolongó unos minutos, durante los cuales, para deleitarme con él, interrumpí mi tarea y me senté en cuclillas sobre los huesos. Cuando se apaciguó, por fin, aquel rechinamiento, cogí de nuevo la paleta y acabé, sin interrupción, la quinta, sexta y séptima hiladas. La pared se hallaba entonces a la altura de mi pecho. De nuevo me detuve, y, levantando la vela por encima de la obra que había ejecutado, dirigí la luz sobre la figura que se hallaba en el interior.

Una serie de fuertes y agudos gritos salió de repente de la garganta del hombre encadenado, como si quisiera rechazarme con violencia hacia atrás. Durante un momento vacilé y me estremecí. Saqué mi espada y empecé a tirar estocadas por el interior del nicho. Pero un momento de reflexión bastó para tranquilizarme. Puse la mano sobre la maciza pared de la cueva y respiré satisfecho. Volví a acercarme a la pared y contesté entonces a los gritos de quien clamaba. Los repetí, los acompañé y los vencí en extensión y en fuerza. Así lo hice, y el que gritaba acabó por callarse.

Ya era medianoche, y llegaba a su término mi trabajo. Había dado fin a las octava, novena y décima hiladas. Había terminado casi la totalidad de la oncena, y quedaba tan sólo una piedra que colocar y revocar. Tenía que pelear con su peso. Sólo parcialmente se colocaba en la posición necesaria.

Pero entonces salió del nicho una risa ahogada, que me puso los pelos de punta. Se emitía con una voz tan triste, que con dificultad la identifiqué con la del noble Fortunato. La voz decía:

—¡Ja, ja, ja! ¡Je, je, je! ¡Buena broma, amigo, buena broma! ¡Lo que nos reiremos luego en el palacio, ¡je, je, je!, a propósito de nuestro vino. ¡Je, je, je!

—El amontillado —dije.

—¡Je, je, je! Sí, el amontillado. Pero ¿no se nos hace tarde? ¿No estarán esperándonos en el palacio lady Fortunato y los demás? Vámonos.

—Sí —dije—; vámonos ya.

—¡Por el amor de Dios, Montresor!

—Sí —dije—; por el amor de Dios.

En vano me esforcé en obtener respuesta a aquellas palabras. Me impacienté y llamé en voz alta:

—¡Fortunato!

No hubo respuesta, y volví a llamar:

—¡Fortunato!

Tampoco me contestaron. Introduje una vela por el orificio que quedaba y la dejé caer en el interior. Me contestó sólo un cascabeleo. Sentí una presión en el corazón, sin duda causada por la humedad de las catacumbas. Me apresuré a terminar mi trabajo. Con muchos esfuerzos coloqué en su sitio la última piedra y la cubrí con argamasa. Volví a levantar la antigua muralla de huesos contra la nueva pared. Durante medio siglo nadie los ha tocado. In pace requiescat.

## **LA MÁSCARA DE LA MUERTE ROJA**

Durante mucho tiempo, la «Muerte Roja» había devastado la región. Jamás pestilencia alguna fue tan fatal y espantosa. Su avatar era la sangre, el color y el horror de la sangre. Se producían agudos dolores, un súbito desvanecimiento y, después, un abundante sangrar por los poros y la disolución del ser. Las manchas purpúreas por el cuerpo, y especialmente por el rostro de la víctima, desechaban a ésta de la Humanidad y la cerraban a todo socorro y a toda compasión. La invasión, el progreso y el resultado de la enfermedad eran cuestión de media hora.

Pero el príncipe Próspero era feliz, intrépido y sagaz. Cuando sus dominios perdieron la mitad de su población, reunió a un millar de amigos fuertes y de corazón alegre, elegidos entre los caballeros y las damas de su corte, y con ellos constituyó un refugio recóndito en una de sus abadías fortificadas. Era una construcción vasta y magnífica, una creación del propio príncipe, de gusto excéntrico, pero grandioso. Rodeábala un fuerte y elevado muro, con sus correspondientes puertas de hierro. Los cortesanos, una vez dentro, se sirvieron de hornillos y pesadas mazas para soldar los cerrojos, decidieron atrincherarse contra los súbitos impulsos de la desesperación del exterior e impedir toda salida a los frenesíes del interior.

La abadía fue abastecida copiosamente. Gracias a tales precauciones los cortesanos podían desafiar el contagio. El mundo exterior, que se las compusiera como pudiese. Por lo demás, sería locura afligirse o pensar en él.

El príncipe había provisto aquella mansión de todos los medios de placer. Había bufones, improvisadores, danzarines, músicos, lo bello en todas sus formas, y había vino. En el interior existía todo esto, además de la seguridad. Afuera, la «Muerte Roja».

Ocurrió a finales del quinto o sexto mes de su retiro, mientras la plaga hacía grandes estragos afuera, cuando el príncipe Próspero proporcionó a su millar de amigos un baile de máscaras de la más insólita magnificencia.

¡Qué voluptuoso cuadro el de ese baile de máscaras! Permítaseme describir los salones donde tuvo efecto. Eran siete, en una hilera imperial. En muchos palacios estas hileras de salones constituyen largas perspectivas en línea recta cuando los batientes de las puertas están abiertos de par en par, de modo que la mirada llega hasta el final sin obstáculo. Aquí, el caso era muy distinto, como se podía esperar por parte del duque y de su preferencia señaladísima por lo bizarro. Las salas estaban dispuestas de modo tan irregular que la mirada solamente podía alcanzar una cada vez. Al cabo de un espacio de veinte o treinta yardas encontrábase una súbita revuelta, y en cada esquina, un aspecto diferente.

A derecha e izquierda, en medio de cada pared, una alta y estrecha ventana gótica comunicaba con un corredor cerrado que seguía las sinuosidades del aposento. Cada ventanal estaba hecho de vidrios de colores que armonizaban con el tono dominante de la decoración del salón para el cual se abría. El que ocupaba el extremo oriental, por ejemplo, estaba decorado en azul, y los ventanales eran de un azul vivo. El segundo aposento estaba ornado y guarnecido de púrpura, y las vidrieras eran purpúreas. El tercero, enteramente verde, y verdes sus ventanas. El cuarto, anaranjado, recibía la luz a través de una ventana anaranjada. El quinto, blanco, y el sexto, violeta. El séptimo salón estaba rigurosamente forrado por colgaduras de terciopelo negro, que revestían todo el techo y las paredes y caían sobre un tapiz de la misma tela y del mismo color. Pero solamente en este aposento el color de las vidrieras no correspondía al del decorado.

Los ventanales eran escarlata, de un intenso color de sangre. Ahora bien: no veíase lámpara ni candelabro alguno en estos siete salones, entre los adornos de las paredes o del techo artesonado. Ni lámparas ni velas; ninguna claridad de esta clase, en aquella larga hilera de habitaciones. Pero en los corredores que la rodeaban, exactamente enfrente de cada ventana, levantábase un enorme trípode con un brasero resplandeciente que proyectaba su claridad a través de los cristales coloreados e iluminaba la sala de un modo deslumbrante. Producíase así una infinidad de aspectos cambiantes y fantásticos. Pero en el salón de poniente, en la cámara negra, la claridad del brasero, que se reflejaba sobre las negras tapicerías a través de los cristales sangrientos, era terriblemente siniestra y prestaba a las fisonomías de los

imprudentes que penetraban en ella un aspecto tan extraño, que muy pocos bailarines tenían valor para pisar su mágico recinto.

También en este salón erguía, apoyado contra el muro de poniente, un gigantesco reloj de ébano. Su péndulo movíase con un tictac sordo, pesado y monótono. Y cuando la minutería completaba el circuito de la esfera e iba a sonar la hora, salía de los pulmones de bronce de la máquina un sonido claro, estrepitoso, profundo y extraordinariamente musical, pero de un timbre tan particular y potente que, de hora en hora, los músicos de la orquesta veíanse obligados a interrumpir un instante sus acordes para escuchar el sonido. Los valsistas veíanse forzados a cesar en sus evoluciones.

Una perturbación momentánea recorría toda aquella multitud, y mientras sonaban las campanas notábase que los más vehementes palidecían y los más sensatos pasábanse las manos por la frente, pareciendo sumirse en meditación o en un sueño febril. Pero una vez desaparecía por completo el eco, una ligera hilaridad circulaba por toda la reunión. Los músicos mirábanse entre sí y reíanse de sus nervios y de su locura, y jurábanse en voz baja unos a otros que la próxima vez que sonaran las campanadas no sentirían la misma impresión. Y luego, cuando después de la fuga de los sesenta minutos que comprenden los tres mil seiscientos segundos de la hora desaparecida, cuando llegaba una nueva campanada del reloj fatal, se producía el mismo estremecimiento, el mismo escalofrío y el mismo sueño febril.

Pero, a pesar de todo esto, la orgía continuaba alegre y magnífica. El gusto del duque era muy singular. Tenía una vista segura por lo que se refiere a colores y efectos. Despreciaba el decoro de moda. Sus proyectos eran temerarios y salvajes, y sus concepciones brillaban con un esplendor bárbaro. Muchas gentes lo consideraban loco. Sus cortesanos sabían perfectamente que no lo era. Sin embargo, era preciso oírlo, verlo, tocarlo, para asegurarse de que no lo estaba.

En ocasión de esta gran fête, había dirigido gran parte de la decoración de los muebles, y su gusto personal había dirigido el estilo de los disfraces. No hay duda de que eran concepciones grotescas. Era deslumbrador, brillante. Había cosas chocantes y cosas fantásticas, mucho de lo que después se ha visto en Hernani. Había figuras arabescas, con miembros y aditamentos inapropiados.

Delirantes fantasías, atavíos como de loco. Había mucho de lo bello, mucho de lo licencioso, mucho de lo bizarro, algo de lo terrible y no poco de lo que podría haber producido repugnancia. De un lado a otro de las siete salas pavoneábase una muchedumbre de pesadilla. Y esa multitud —la pesadilla— contorsionábase en todos sentidos, tiñéndose del color de los salones, haciendo que la música pareciera el eco de sus propios pasos.

De pronto, repica de nuevo el reloj de ébano que se encuentra en el salón de terciopelo. Por un instante queda entonces todo parado; todo guarda silencio, excepto la voz del reloj. Las figuras de pesadilla quédanse yertas, paradas. Pero los ecos de la campana se van desvaneciendo. No han durado sino un instante, y, apenas han desaparecido, una risa leve mal reprimida se cierne por todos lados. Y una vez más, la música suena, vive en los ensueños.

De un lado a otro, retuércense más alegremente que nunca, reflejando el color de las ventanas distintamente teñidas y a través de las cuales fluyen los rayos de los trípodes. Pero en el salón más occidental de los siete no hay ahora máscara ninguna que se atreva a entrar, porque la noche va transcurriendo. Allí se derrama una luz más roja a través de los cristales color de sangre, y la oscuridad de las cortinas teñidas de negro es aterradora. Y a los que pisan la negra alfombra llégales del cercano reloj de ébano un más pesado repique, más solemnemente acentuado que el que hiere los oídos de las máscaras que se divierten en las salas más apartadas.

Pero en estas otras salas había una densa muchedumbre. En ellas latía febrilmente el corazón de la vida. La fiesta llegaba a su pleno arrebató cuando, por último, sonaron los tañidos de medianoche en el reloj. Y, entonces, la música cesó, como ya he dicho, y apaciguáronse las evoluciones de los danzarines. Y, como antes, se produjo una angustiosa inmovilidad, en todas las cosas. Pero el tañido del reloj había de reunir esta vez doce campanadas. Por esto ocurrió tal vez, que, con el mayor tiempo, se insinuó en las meditaciones de los pensativos que se encontraban entre los que se divertían mayor cantidad de pensamientos. Y, quizá por lo mismo, varias personas entre aquella muchedumbre, antes que se hubiesen ahogado en el silencio los postreros ecos de la última campanada, habían tenido tiempo para darse cuenta de la presencia de una figura enmascarada que hasta entonces no había llamado la atención de nadie. Y al difundirse en un susurro el rumor de aquella nueva intrusión, se suscitó entre todos los concurrentes un cuchicheo o murmullo significativo de asombro y desaprobación. Y luego, finalmente, el terror, el pavor y el asco.

En una reunión de fantasmas como la que he descrito puede muy bien suponerse que ninguna aparición ordinaria hubiera provocado una sensación como aquélla. A decir verdad, la libertad carnavalesca de aquella noche era casi ilimitada. Pero el personaje en cuestión había superado la extravagancia de un Herodes y los límites complacientes, no obstante, de la moralidad equívoca e impuesta por el príncipe. En los corazones de los hombres más temerarios hay cuerdas que no se dejan tocar sin emoción. Hasta en los más depravados, en quienes la vida y la muerte son siempre motivo de juego, hay cosas con las que no se puede bromear. Toda la concurrencia pareció entonces sentir profundamente lo inadecuado del traje y de las maneras del

desconocido. El personaje era alto y delgado, y estaba envuelto en un sudario que lo cubría de la cabeza a los pies.

La máscara que ocultaba su rostro representaba tan admirablemente la rígida fisonomía de un cadáver, que hasta el más minucioso examen hubiese descubierto con dificultad el artificio. Y, sin embargo, todos aquellos alegres locos hubieran soportado, y tal vez aprobado aquella desagradable broma. Pero la máscara había llegado hasta el punto de adoptar el tipo de la «Muerte Roja». Sus vestiduras estaban manchadas de sangre, y su ancha frente, así como sus demás facciones, se encontraban salpicadas con el horror escarlata.

Cuando los ojos del príncipe Próspero se fijaron en aquella figura espectral (que con pausado y solemne movimiento, como para representar mejor su papel, pavoneábase de un lado a otro entre los que bailaban), se le vio, en el primer momento, conmoverse por un violento estremecimiento de terror y de asco. Pero, un segundo después, su frente enrojeció de ira.

—¿Quién se atreve —preguntó con voz ronca a los cortesanos que se hallaban junto a él—, quién se atreve a insultarnos con esta burla blasfema? ¡Apoderaos de él y desenmascararle, para que sepamos a quién hemos de ahorcar en nuestras almenas al salir el sol!

Ocurría esto en el salón del Este, o cámara azul, donde hallábase el príncipe Próspero al pronunciar estas palabras. Resonaron claras y potentes a través de los siete salones, pues el príncipe era un hombre impetuoso y fuerte, y la música había cesado a un ademán de su mano.

Ocurría esto en la cámara azul, donde hallábase el príncipe rodeado de un grupo de pálidos cortesanos. Al principio, mientras hablaba, hubo un ligero movimiento de avance de este grupo hacia el intruso, que, en tal instante, estuvo también al alcance de sus manos, y que ahora, con paso tranquilo y majestuoso, acercábase cada vez más al príncipe. Pero por cierto terror indefinido, que la insensata arrogancia del enmascarado había inspirado a toda la concurrencia, nadie hubo que pusiera mano en él para prenderle, de tal modo que, sin encontrar obstáculo alguno, pasó a una yarda del príncipe, y mientras la inmensa asamblea, como obedeciendo a un mismo impulso, retrocedía desde el centro de la sala hacia las paredes, él continuó sin interrupción su camino, con aquel mismo paso solemne y mesurado que le había distinguido desde su aparición, pasando de la cámara azul a la purpúrea, de la purpúrea a la verde, de la verde a la anaranjada, de ésta a la blanca, y llegó a la de color violeta antes de que se hubiera hecho un movimiento decisivo para detenerle.

Sin embargo, fue entonces cuando el príncipe Próspero, exasperado de ira y vergüenza por su momentánea cobardía, se lanzó precipitadamente a través de las seis cámaras, sin que nadie lo siguiera a causa del mortal terror que de

todos se había apoderado. Blandía un puñal desenvainado, y se había acercado impetuosamente a unos tres o cuatro pies de aquella figura que se batía en retirada, cuando ésta, habiendo llegado al final del salón de terciopelo, volvióse bruscamente e hizo frente a su perseguidor. Sonó un agudo grito y la daga cayó relampagueante sobre la fúnebre alfombra, en la cual, acto seguido, se desplomó, muerto, el príncipe Próspero.

Entonces, invocando el frenético valor de la desesperación, un tropel de máscaras se precipitó a un tiempo en la negra estancia, y agarrando al desconocido, que manteníase erguido e inmóvil como una gran estatua a la sombra del reloj de ébano, exhalaban un grito de terror inexpresable, viendo que bajo el sudario y la máscara de cadáver que habían aferrado con energía tan violenta no se hallaba forma tangible alguna.

Y, entonces, reconocieron la presencia de la «Muerte Roja». Había llegado como un ladrón en la noche, y, uno por uno, cayeron los alegres libertinos por las salas de la orgía, inundados de un rocío sangriento. Y cada uno murió en la desesperada postura de su caída.

Y la vida del reloj de ébano extinguióse con la del último de aquellos licenciosos. Y las llamas de los trípodes se extinguieron. Y la tiniebla, y la ruina, y la «Muerte Roja» tuvieron sobre todo aquello ilimitado dominio.

## **EL DIABLO EN EL CAMPANARIO**

Todos saben de una manera vaga que el lugar más bello del mundo es —o era, desgraciadamente— el pueblo holandés de Vondervotteimittiss. No obstante, como se encuentra a cierta distancia de todas las grandes vías, en una situación, por decirlo así, extraordinaria, probablemente lo haya visitado un corto número de mis lectores. Por esta razón, considero oportuno, para entretenimiento de aquellos que no hayan podido hacerlo, entrar en algunos pormenores con respecto a él. Y esto es realmente tanto más necesario cuanto que, si me propongo relatar los calamitosos acontecimientos por los que últimamente ha pasado su territorio, es sólo con la esperanza de conquistar para sus habitantes la simpatía popular. Ninguno de quienes me conocen dudará de que el deber que me impongo no sea ejecutado con toda la habilidad de que soy capaz, con esa rigurosa imparcialidad, escrupulosa comprobación de los hechos y la ardua confrontación de autoridades que deben distinguir siempre a aquel que aspira al título de historiador.

Gracias a la ayuda conjunta de monedas, manuscritos e inscripciones, estoy autorizado a afirmar positivamente que el pueblo de Vondervotteimittiss

existió siempre, desde su fundación, precisamente en las mismas condiciones en que hoy se encuentra. Por lo que respecta a la fecha de su origen, me es singularmente penoso no poder hablar sino con esa precisión indefinida con que los matemáticos se ven a veces obligados a conformarse con determinadas fórmulas algebraicas. La fecha —me está permitido hablar así—, habida cuenta de su prodigiosa antigüedad, no puede ser menor que una cantidad determinable cualquiera.

Con respecto a la etimología del nombre Vondervotteimittiss, confieso, no sin pena, estar en duda. Entre una serie de opiniones sobre este delicado punto, muy sutiles algunas de ellas, otras muy eruditas y otras lo suficientemente en oposición, no hallo ninguna que pueda considerar satisfactoria. Tal vez la idea de Grogswigy, que coincide casi con la de Kroutaplenttey, deba aceptarse prudentemente. Está concebida en los siguientes términos: Vondervotteimittiss; Vonder lege Donder, Votte mittiss; quasi und Bleitziz, Bleitziz, obsol, pro Blitzen. A decir verdad, esta etimología encuentra, de hecho, bastante confirmación en algunas señales de fluido eléctrico que pueden verse todavía en lo alto del campanario del ayuntamiento.

Sea como fuere, no es mi intención comprometerme en una tesis de esta importancia, y le ruego al lector ávido de informaciones que consulte los Orationculœ de Rebus Præter-Vetoris, de Dundergutz; que vea, también, Bunderbuzzard, De Derivationibus, de la página 27 a la 1.010, infolio, edición gótica, caracteres rojos y negros, con llamadas y firmas, y que consulte también las normas marginales del autógrafo de Stuffundpuff, con los subcomentarios de Gruntundguzzell.

A pesar de la oscuridad que envuelve de este modo la fecha de la fundación de Vondervotteimittiss y de la etimología de su nombre, no cabe duda, como ya he dicho, de que ha existido siempre tal como lo vemos en la actualidad. El más viejo hombre del lugar no recuerda ni la más leve diferencia en el aspecto de una parte cualquiera de él, y, en realidad, la simple sugestión de tal posibilidad sería considerada como un insulto. El pueblo está situado en un valle perfectamente circular, cuya circunferencia mide, poco más o menos, un cuarto de milla, y está rodeado completamente por lindas colinas, cuyas cimas jamás pensaron sus habitantes hollar con su planta. No obstante, éstos dan una excelente razón de su proceder, por cuanto creen que no hay absolutamente nada al otro lado.

Alrededor del lindero del valle —que es completamente liso y pavimentado en toda su extensión con ladrillos planos— hay una ininterrumpida fila de sesenta pequeñas casas. Se apoyan por detrás sobre las colinas, y, por tanto, todas miran al centro de la llanura, que se encuentra justamente a sesenta yardas de la puerta delantera de cada casa. Cada una de éstas tiene a la entrada un jardincillo, con una avenida circular, un reloj solar y

veinticuatro coles.

Las mismas construcciones son tan absolutamente iguales, que es imposible distinguir una de otra. A causa de su extrema antigüedad, el estilo arquitectónico es un tanto extravagante; pero por esta razón, es todavía notablemente pintoresco. Estas casas están construidas con pequeños ladrillos, bien endurecidos al fuego, rojos, con cantos negros, de tal modo, que las paredes parecen un tablero de ajedrez de grandes proporciones. Los remates están vueltos del lado de la fachada y poseen cornisas tan grandes como el resto de la casa en los bordes de los tejados y en las puertas principales. Las ventanas son estrechas y de amplio alféizar, y sus vidrieras están formadas por cristales pequeñísimos y muchos trocitos de madera. El tejado está recubierto por una gran cantidad de tejas de puntas arrolladas. La madera es toda de un color sombrío, totalmente tallada, pero de dibujos poco variados, puesto que, desde tiempos inmemoriales, los tallistas de Vondervotteimittiss no han sabido esculpir más que dos objetos: un reloj y una col. Ahora bien: hay que reconocer que esto lo hacen admirablemente, y lo prodigan con singular ingeniosidad en cualquier sitio que puedan encontrar el cincel.

Las habitaciones son tan parecidas a la parte interior como a la externa, y los muebles son todos de un solo modelo. El piso está pavimentado con baldosas cuadradas. Las sillas y mesas son de madera negra, con patas torneadas, delgadas y finas por abajo. Las chimeneas son largas y altas, y no solamente poseen relojes y coles esculpidos en la superficie de su parte frontal, sino que, además, sostienen en medio de la repisa un auténtico reloj que produce un prodigioso tictac, con los floreros, cada uno de los cuales contiene una col, situados en los extremos a modo de batidores. Entre cada col y el reloj se encuentra, además, un muñeco chino, panzudo, con un gran agujero en medio de la barriga, a través del cual puede verse la esfera de un reloj.

Los lares son amplios y profundos, con retorcidos morrillos. Continuamente arde un gran fuego sobre el que se encuentra una enorme marmita llena de sauerkraut y carne de cerdo, incesantemente vigilada por la dueña de la casa. Ésta es una gruesa y vieja señora, de ojos azules y colorado rostro, que se toca con un inmenso gorro semejante a un pilón de azúcar, adornado con cintas purpúreas y amarillas; su traje es de mezclilla anaranjada, larguísimo por detrás y de estrecha cintura, por otros conceptos demasiado corto, porque deja descubierta la mitad de la pierna. Éstas son un poco gruesas, lo mismo que los tobillos, pero están cubiertas por un lindo par de medias verdes. Sus zapatos, de cuero rosado, están atados con un lazo de cintas amarillas dispuesto en forma de col. En su mano izquierda tiene un pesado relojito holandés, y con la derecha maneja una gran cuchara para el sauerkraut y la carne de cerdo. A su lado se encuentra un gato gordo y

manchado, que exhibe en la cola un relojillo de cobre dorado de repetición, que «los chiquillos» le han atado allí como juego.

En cuanto a estos chicos, los tres están en el jardín, cuidando del cerdo. Todos tienen dos pies de altura, se tocan con tricornios y visten chalecos purpúreos que les llegan casi a los muslos, calzones de piel de gamo, medias rojas de lana, zapatones con gruesas hebillas de plata y largas blusas con grandes botones de nácar. Cada uno tiene una pipa en la boca y un abultado reloj en la mano derecha. Una bocanada de humo, una mirada al reloj; una mirada al reloj, una bocanada de humo. Así están. El cerdo, que es corpulento y perezoso, se entretiene unas veces en mordiscar las hojas que han caído de las coles y otras en querer morderse el relojito dorado que aquellos pícaros han atado también al rabo de este personaje, con objeto de embellecerle tanto como al gato.

Exactamente enfrente de la puerta de entrada, en una poltrona de amplio respaldo forrado de cuero, con patas torneadas y finas, como las de las mesas, se ha instalado el viejo propietario de la casa. Es un viejecillo excesivamente hinchado, con grandes ojos redondos y una enorme doble papada. Su indumentaria se parece a la de los muchachos, y nada más tengo que decir sobre este particular. Toda diferencia consiste en que su pipa es un poco mayor que la de aquéllos, y, por tanto, puede lanzar más humo. Lo mismo que ellos, tiene un reloj, que guarda en el bolsillo. A decir verdad, tiene algo que hacer más importante que vigilar un reloj, y esto es lo que voy a explicar. Está sentado, con la pierna derecha sobre la rodilla izquierda. Tiene semblante grave y conserva siempre uno por lo menos de sus ojos el semblante fijo en cierto objeto muy interesante del centro de la llanura.

Este objeto está situado en el campanario del ayuntamiento. Los miembros del Consejo son todos unos hombrecillos achaparrados, adiposos e inteligentes, con ojos gruesos como salchichas y enormes papadas. Visten trajes mucho más largos, y las hebillas de sus zapatos son mucho mayores que las del resto de los habitantes de Vondervotteimittiss. Desde que resido en el pueblo han celebrado varias sesiones extraordinarias, y han tomado estos tres importantes acuerdos:

«Es un crimen alterar el buen viejo ritmo de las cosas».

«No existe nada tolerable, excepto Vondervotteimittiss».

«Juramos eterna fidelidad a nuestros relojes y a nuestras coles».

Sobre el salón de sesiones se encuentra el campanario, y en el campanario o torre está, y siempre ha estado, desde tiempo inmemorial, el orgullo y maravilla del pueblo: el gran reloj de la aldea de Vondervotteimittiss. Y hacia ese objeto están vueltos los ojos de los viejos caballeros que se encuentran

sentados en poltronas forradas de cuero.

El gran reloj tiene siete esferas, una sobre cada una de las siete caras del campanario, de modo que se le puede observar cómodamente desde todos los barrios. Estas esferas son enormes y blancas, y las agujas, pesadas y negras. En la torre está empleado un hombre cuya sola misión consiste en cuidar de la misma; pero tal función es la más perfecta de las sinecuras, porque desde tiempos inmemoriales el reloj de Vondervotteimittiss jamás ha necesitado de sus servicios. Hasta esos últimos días, la simple suposición de semejante cosa era considerada como una herejía.

Desde los más antiguos tiempos que los archivos registran, las horas habían sonado regularmente en la gran campana, y, en realidad, lo mismo acontecía con todos los demás relojes, grandes y pequeños, de la aldea. Nunca existió lugar comparable a éste en señalar con tanta exactitud y regularidad las horas. Cuando el voluminoso mazo juzgaba llegado el momento de decir: «¡Las doce!», todos sus obedientes servidores abrían simultáneamente sus gargantas y respondían como un solo eco. En resumen, los buenos burgueses estaban encantados con su sauerkraut, pero orgullosos de sus relojes.

Todas las personas que disfrutaban de sinecuras son objeto de mayor o menor veneración, y como el campanero de Vondervotteimittiss poseía la más perfecta de ellas, es el más perfectamente respetado de todos los mortales. Es el principal dignatario de la aldea, e incluso sus mismos cerdos le contemplan reverentemente. La cola de su casaca es mucho mayor. Su pipa, las hebillas de sus zapatos, sus ojos y su estómago son mucho mayores que los de ningún otro viejo caballero de la aldea, y en cuanto a su papada, es no solamente doble, sino triple.

Describo el feliz estado de Vondervotteimittiss. ¡Ay, qué gran lástima que tan delicioso cuadro estuviese condenado a sufrir un día una cruel transformación!

Hace muchísimo tiempo que ha sido aceptado y comprobado por los habitantes más sabios de la aldea un proverbio según el cual «nada bueno puede venir de allende las colinas». Y, en realidad, hay que creer que estas palabras contenían en sí algo profético. Faltaban cinco minutos para el mediodía de anteayer cuando, en lo alto de la cresta de las colinas del lado este, surgió un objeto de extraño aspecto. Semejante acontecimiento era propio para despertar la atención universal, y cada uno de los viejos hombrecillos, sentados en sus poltronas tapizadas de cuero, volvió uno de sus ojos, desorbitado por el espanto, hacia el fenómeno, continuando con el otro fijo sobre el reloj del campanario.

Faltaban sólo tres minutos para el mediodía cuando se comprobó que el singular objeto en cuestión era un pequeño jovencillo que parecía extranjero.

Descendía por la colina con una enorme rapidez, de modo que todos pudieron verle muy pronto fácilmente. Era, realmente, el más precioso hombrecillo que se había visto jamás en Vondervotteimittis. Tenía el rostro negro como el humo, larga nariz ganchuda entre los ojos, que parecían lentejas; enorme boca y magnífica hilera de dientes, que parecía muy interesado en exhibir riéndose de oreja a oreja. Añádase a esto patillas y bigote, y no creo que nada más quedase por ver en su rostro. Tenía la cabeza descubierta, y su cabellera había sido cuidadosamente arreglada con papillotes para rizarla. Componíase su indumentaria de una casaca ajustada y colgante, que terminaba en una especie de cola de golondrina —por uno de cuyos bolsillos dejaba colgar una larga punta de un pañuelo blanco—; de unos calzones de casimir negro, medias negras y unos escaarpines que parecían medio zapatos, cuyos cordones consistían en enormes lazos de raso negro. Bajo uno de sus brazos llevaba un chapeau-de-bras, y bajo el otro, un violín casi cinco veces mayor que él. En su mano izquierda tenía una tabaquera de oro, de donde continuamente cogía pulgaradas de rapé con la actitud más vanidosa del mundo, mientras saltaba descendiendo la colina y dando toda clase de pasos fantásticos. ¡Bondad divina! Era un gran espectáculo para los honrados burgueses de Vondervotteimittiss.

Hablando claramente: el pícaro reflejaba en su rostro, a pesar de su sonrisa, un audaz y siniestro carácter. Mientras se dirigía apresuradamente hacia el pueblo, el aspecto singularmente extraño de sus escaarpines bastó para despertar muchas sospechas; y más de un burgués que le contempló en ese día hubiese dado algo por dirigir una ojeada bajo el pañuelo de blanca batista que colgaba de tan irritante modo del bolsillo de su casaca con cola de golondrina. Pero lo que despertó principalmente una justa indignación fue el hecho de que aquel miserable botarate, mientras ejecutaba tan pronto un fandango como una pirueta, no guardaba una regla en su danza y no poseía ni la menor noción de lo que se llama llevar el compás.

Mientras tanto, los buenos habitantes del pueblo ni habían aún tenido tiempo para abrir del todo sus ojos cuando, exactamente medio minuto antes del mediodía, se precipitó el tunante, como os digo, en medio de aquella buena gente, hizo aquí un chasseur, allí un balancez, y después de una pirouette y un pas-de-zephyr, se dirigió como una flecha a la torre del ayuntamiento, donde el campanero fumaba estupefacto con una actitud de dignidad y temor. Pero el pillastruelo le agarró primero de la nariz, se la sacudió y tiró de ella, le puso sobre la cabeza su gran chapeau-de-bras, hundiéndoselo hasta la boca, y después, levantando su enorme violín, le golpeó con él durante tanto rato y con tal violencia, que, dado que el vigilante estaba muy gordo y el violín era amplio y hueco, se hubiese jurado que todo un regimiento con enormes tambores redoblaba diabólicamente en la torre del campanario de Vondervotteimittiss.

No se sabe a qué desesperado acto de venganza hubiese impulsado aquel indignante ataque a los aldeanos, de no haber sido por el importantísimo hecho de faltar medio segundo para el mediodía. Iba a sonar la campana y era de absoluta y suprema necesidad que todos consultasen sus relojes. Era indudable, sin embargo, que, exactamente en ese instante, el pillo que se había introducido en la torre quería algo que se relacionaba con la campana, y metíase donde nadie le llamaba. Pero como empezaba a tocar, nadie tenía tiempo de vigilar las maniobras del traidor, porque cada uno de los hombres del pueblo era todo oídos contando las campanadas.

—Una... —dijo el reloj.

—Una... —replicó cada uno de los viejos hombrecillos de Vondervotteimittiss, en cada sillón tapizado de cuero.

—Una... —dijo el reloj de su mujer.

Y:

—Una... —dijeron los relojes de los niños y los relojillos dorados colgados de las colas del gato y el cerdo...

—Dos... —continuó la pesada campana.

Y:

—¡Dos! —repitieron todos los ecos mecánicos.

—¡Tres! ¡Cuatro! ¡Cinco! ¡Seis! ¡Siete! ¡Ocho! ¡Nueve! ¡Diez! —dijo la campana.

—¡Tres! ¡Cuatro! ¡Cinco! ¡Seis! ¡Siete! ¡Ocho! ¡Nueve! ¡Diez! —respondieron los otros.

—¡Once! —dijo la grande.

—¡Once! —aprobó toda la pequeña gente.

—¡Doce! —dijo la campana.

—¡Doce! —contestaron ellos, perfectamente satisfechos y dejando caer sus voces a compás.

—¡Han dado las doce! —dijeron todos los viejecillos, guardando de nuevo sus relojes.

Sin embargo, la gran campana no había acabado aún.

—¡Trece! —dijo.

—¡Trece! —exclamaron todos los viejecillos, palideciendo y dejando caer las pipas de sus bocas, mientras descabalgaban sus piernas derechas de sus

rodillas izquierdas—. ¡Trece! —gimotearon—. ¡Trece! ¡Trece! ¡¡Dios santo, son las trece!!

¿Describiré la espantosa escena que se originó? Todo Vondervotteimittis estalló de repente en un lamentable tumulto.

—¿Qué le ocurrirá a mi barriga? —gritaron todos los niños—. ¡Tengo hambre desde hace una hora!

—¿Qué les pasará a mis coles? —exclamaron todas las mujeres—. ¡Deben de estar cocidas desde hace una hora!

—¿Qué le ocurre a mi pipa? —juraron todos los viejecillos—. ¡Rayos y truenos! Debe de estar apagada desde hace una hora.

Y volvieron a chupar sus pipas con gran rabia. Se arrellanaron en sus sillones y aspiraron el humo con tal prisa y ferocidad, que inmediatamente quedó el valle velado por una nube impenetrable.

Mientras tanto, las coles iban adquiriendo tonalidades purpúreas, y parecía que el mismo viejo diablo en persona se apoderase de todo lo que tenía forma de reloj. Los relojes tallados sobre los muebles poníanse a bailar como si estuvieran embrujados, mientras que los que se encontraban sobre las chimeneas apenas si podían contener su furor y se obstinaban en un toque incesante: «¡Trece! ¡Trece! ¡Trece!». Y el vaivén y movimiento de sus péndulos era tal, que resultaba verdaderamente espantoso de ver.

Lo peor era que los gatos y los cerdos no podían soportar más el desarreglo de los relojillos de repetición atados a sus colas, y ostensiblemente lo demostraban huyendo hacia la plaza, arañándolo y revolviéndolo todo, maullando y gruñendo, produciendo un espantoso aquelarre de maullidos y gruñidos, lanzándose a la cara de las personas, metiéndose debajo de las faldas, produciendo la más terrible algarabía y la más tremenda confusión que persona sensata pudiera imaginar. En cuanto al miserable tunante instalado en la torre, hacía evidentemente todo lo posible por lograr que la situación fuera más aflictiva. De cuando en cuando podía vislumbrársele en medio del humo. Continuaba siempre allí, en la torre, sentado sobre el cuerpo del campanero, que yacía de espaldas.

El infame conservaba entre sus dientes la cuerda de la campana, sacudiéndola sin parar con su cabeza, de izquierda a derecha, y produciendo tal barullo, que mis oídos se estremecen aún ahora al recordarlo. Descansaba sobre sus rodillas el enorme violín, que rascaba sin acorde ni compás con sus dos manos, procurando fingir horrorosamente, ¡oh infame payaso!, que estaba tocando la canción de «Juddy O’Flannagan and Paddy O’Rafferty».

Como las cosas habían llegado a tan lamentable estado, abandoné con

repugnancia el lugar, y ahora dirijo un llamamiento a todos los amantes de la hora exacta y del buen sauerkraut. Marchemos en masa hacia el pueblo y restauremos el antiguo orden de cosas en Vondervotteimittiss, expulsando de la torre a aquel bellaco.

## **SOMBRA**

### **(PARÁBOLA)**

Vosotros que me leéis, estáis todavía entre los vivos. Yo, que escribo ahora, estaré, desde hace mucho tiempo, en viaje por la región de las sombras. Porque, en verdad, sucederán extraordinarias cosas. Muchas secretas cosas serán reveladas, y pasarán muchos siglos antes de que se revisen estas notas por los hombres. Y cuando éstos las hayan visto, unos no creerán, otros dudarán de ellas y pocos hallarán materia de meditación en los caracteres que con un estilete de hierro grabo en estas tablillas.

Había sido un año de terror, lleno de sentimientos todavía más intensos que el terror, y para los cuales no hay nombre en la Tierra. Porque habíanse producido muchos prodigios y señales de todos los lados, en la tierra y en el mar. Y las negras alas de la peste habíanse desplegado, amplias. No obstante, quienes entendían en la ciencia de los astros, no ignoraban que los cielos tenían un aspecto de hecatombe. Y para mí, el griego Oínos, entre otros, era evidente que llegábamos a la rotación de esos setecientos noventa y cuatro años en que, entrando en Capricornio, el planeta Júpiter llevaba a cabo su conjunción con el anillo rojo del terrible Saturno. Si no me engaño, el singular espíritu de los cielos ponía de manifiesto su poderío, no sólo sobre la Tierra, sino, además, sobre las almas, pensamientos y meditaciones de la Humanidad.

Una noche nos hallábamos siete en un noble palacio, situado en una sombría ciudad llamada Ptolemais. Y los siete nos sentábamos en torno de unos frascos de purpúreo vino de Chios. Y nuestra estancia no tenía otra entrada que una alta puerta de bronce. Y la puerta había sido decorada por el artífice Corinnos. Y fabricada había sido con extraña hechura, y cerrada por dentro. Había, asimismo, negras colgaduras protegiendo esta triste estancia y privándonos de ver el aspecto de la luna, de las lúgubres estrellas y de las calles sin gente. Pero el presentimiento y el recuerdo del azote no se habían eclipsado de nosotros con facilidad.

Había en torno nuestro, cerca de nosotros, cosas de las cuales no puedo claramente dar cuenta. Cosas materiales y espirituales. Había pesadez en la atmósfera, sensación de asfixia y de angustia. Y, sobre todo, había ese terrible

modo de vivir que sufren las gentes nerviosas cuando están los sentidos vivos y despiertos cruelmente, y adormecidas y tristes las facultades del espíritu. Y un mortal peso nos oprimía. Extendíase sobre nuestros miembros, sobre los muebles de la estancia, sobre los vasos en que bebimos el vino de Chíos. Y parecían todas las cosas oprimidas y postradas en esta dejadez. Todo, menos las llamas de las siete lámparas de bronce que daban luz a nuestra orgía. Prolongándose en delgados filamentos luminosos, permanecían así, y pálidas e inmóviles ardían. Y en la redonda mesa de ébano, en torno a la cual nos hallábamos, y a la que el resplandor convertía en espejo, contemplaba cada uno de los invitados la palidez de su propia fisonomía y el fulgor inquieto de los sombríos ojos de sus camaradas.

No obstante, reíamos violentamente y nos hallábamos de un modo histérico contentos a nuestra manera. Y cantábamos las canciones de Anacreonte, que no son sino locura. Y bebíamos con abundancia, aunque la púrpura del vino nos hiciera recordar la de la sangre. Porque en la estancia hallábase, además, un octavo personaje: el joven Zoilo. Y estaba muerto. Yacía extendido y cubierto con un sudario. Era el genio y demonio de la escena. ¡Ah! No compartía nuestra diversión, aunque su figura, convulsionada por la enfermedad, y sus ojos, en los cuales sólo a medias la muerte había extinguido el ardor de la peste, parecían adquirir tanto interés en nuestra alegría como los muertos son capaces de tomar en la alegría de aquellos que deben morir. Pero aunque yo, Oínos, sintiese fijos en mí los ojos del cadáver, esforzábame, empero, en no comprender la amargura de su expresión.

Y mirando obstinadamente la profundidad del espejo de ébano, cantaba con alta y sonora voz las canciones de Teos, el poeta. Poco a poco cesó mi canto. Y los ecos, continuándose en la distancia por entre las negras colgaduras de la sala, tornáronse débiles, indistintos, y se desvanecieron luego.

Y he aquí que, de las profundidades de esas negras cortinas donde moría el rumor de las canciones, surgió una sombra negra, sin forma. Una sombra negra semejante a la que proyecta la luna junto al cuerpo de un hombre cuando se encuentra en la línea del horizonte más próxima a la Tierra. Pero no era la sombra de un hombre, ni la de un dios, ni la de ser conocido alguno. Y después de haber temblado un instante entre los cortinajes, recta y visible, se fijó al fin sobre la superficie de la puerta de bronce. Pero la sombra era vaga, indefinida y sin forma. No era la sombra de un hombre, ni la de un dios, ni siquiera la de un dios de Grecia, ni la de un dios de Caldea, ni la de un dios de Egipto. Y descansaba la sombra sobre la gran puerta de bronce, y bajo el friso cimbrado. Y no se movía. Y no pronunciaba palabra. Pero se definía y fijaba cada vez más. Y permanecía inmóvil. Y la puerta, en la cual la sombra reposaba, si no recuerdo mal, hallábase junto a los pies del joven Zoilo amortajado. Pero nosotros, los siete compañeros, habiendo visto la sombra

cuando salió de entre las cortinas, no nos atrevíamos a contemplarla con fijeza, sino que bajábamos nuestra mirada y escrutábamos siempre las profundidades del espejo de ébano. Y yo, Oínos, al fin, me aventuré a pronunciar algunas palabras en voz baja y le pregunté a la sombra su morada y su nombre. Y la sombra me contestó: «Soy SOMBRA. Y mi morada hállase al lado de las catacumbas de Ptolemais, y cerca de las llanuras infernales y sombrías que rodean el lago impuro de Caronte». Y entonces, los siete nos incorporamos sobre nuestros asientos, llenos de terror, y permanecemos temblorosos, estremecidos y horrorizados. Porque el timbre de voz de la sombra no era el de un individuo solo, sino el de multitud de seres. Y esta voz, que cambiaba sus inflexiones de sílaba a sílaba, resonaba confusa en nuestros oídos, imitando los acentos conocidos y familiares de miles y miles de amigos desaparecidos.

## SILENCIO

### (FÁBULA)

—Escúchame —dijo el demonio, colocando su mano sobre mi cabeza—. La región de que te hablo es una región lúgubre. Se halla en Libia, junto a las orillas del Zaire. Allí no se encuentra descanso ni silencio.

»Las aguas del río son de un tinte azafranado y enfermizo. No corren hacia el mar, sino que eternamente se mueven, bajo la pupila roja del sol, con un movimiento convulsivo y tumultuoso. A ambas orillas de este río de fangoso cauce extiéndese, en una distancia de muchas millas, un pálido desierto de gigantescos nenúfares. Uno hacia otro, anhelan en esta soledad y dirigen hacia el cielo sus largos cuellos espectrales. A uno y otro lado inclinan sus eternas cabezas. De ellos sale un rumor confuso que se parece al rugido de un torrente subterráneo. El uno hacia el otro suspiran, pero se halla una frontera en su imperio, y ésta es una selva densa, oscura y horrible.

»Como las olas en torno de las Hébridias, los arbustos están allí en perpetua agitación, y, no obstante, no hay viento en el cielo. Y los enormes árboles primitivos se balancean continuamente a uno y a otro lado, con un estrépito impresionante. Y de sus altas copas, gota a gota, se filtra un inacabable rocío. Extrañas flores venenosas se retuercen a sus pies en un agitado duermevela. Y sobre sus cabezas, con un suave rumor, nubes de plomo se precipitan hacia el oeste, hasta que como una catarata se vierten detrás del muro ardiendo del horizonte. Pero, a pesar de ello, no hay fuerte viento y a ambas orillas del Zaire no existe el silencio ni la calma.

»De noche era y caía la lluvia. Y cuando caía, era lluvia; pero, caída ya, era

sangre. Y yo encontrábame en medio de la marisma, y cerca de los nenúfares gigantescos. Y caía la lluvia sobre mi cabeza. Y suspiraban los nenúfares, uno hacia otro, en su desolación solemne.

»Y de pronto, a través del leve velo de la fúnebre niebla, se levantó la luna. Y era roja. Y mis ojos se fijaron entonces en una gran roca gris que se alzaba en la margen del río y a la que el fulgor de la luna iluminaba. Y la roca era gris, y siniestra, y altísima... Y la roca era gris. En su frente de piedra había unos caracteres grabados. Y avancé hacia ella por la marisma de nenúfares, hasta que me encontré cerca de la orilla, para poder leer los caracteres grabados en la piedra. Pero no podía descifrarlos. Me decidí a retroceder, y la luna brilló entonces con un rojo más vivo. Y me volví y miré otra vez hacia la roca. Y miré de nuevo los caracteres. Y los caracteres decían: Desolación.

»Y entonces miré hacia arriba. En lo alto de la roca había un hombre en pie. Y, para espiar sus acciones, me escondí entre los nenúfares. Y el hombre era imponente y majestuoso, y desde los hombros hasta los pies envolvíase en la toga de la antigua Roma. Y su silueta era indistinta, pero sus rasgos eran los de la divinidad. Porque, a pesar del velo de la noche, y de la niebla, y de la luna, y del rocío, los rasgos de su rostro fulguraban. Y era su frente ancha y pensativa. Y nublados estaban sus ojos por las cavilaciones. Y en las arrugas de sus mejillas leía las fábulas del tedio, del cansancio y del disgusto de la Humanidad. Y leía también un gran deseo por la soledad.

»Y sentóse el hombre sobre la roca, y en su mano apoyó su cabeza, y sobre la desolación que le rodeaba paseó su mirada. Contempló los arbustos inquietos siempre, y los grandes y primitivos árboles. Y miró a lo alto, a las nubes y a la luna roja. Y yo, escondido, estaba al amparo de los nenúfares, y observaba los actos del hombre. Y temblaba el hombre en la soledad. Pero avanzaba la noche, y el hombre continuaba sentado sobre la roca.

»Y el hombre apartó del cielo su mirada y la fijó sobre el lúgubre Zaire, y sobre las aguas amarillas, y sobre las legiones pálidas de nenúfares. Y escuchaba el hombre los suspiros de los nenúfares y el murmullo que surgía de las aguas. Y yo hallábame en acecho en mi escondite, y observaba los actos del hombre. Y temblaba el hombre en la soledad. Pero avanzaba la noche, y el hombre continuaba sentado sobre la roca.

»Y entonces me hundí en las simas lejanas de la marisma, y anduve a través del bosque susurrante de nenúfares. Y llamé a los hipopótamos que vivían en las lejanas profundidades de la marisma. Y los hipopótamos escucharon mi llamada, y, con los rinocerontes, vinieron hasta la roca. Y rugieron, sonora y espantosamente, bajo la luna. Y yo continuaba oculto en mi escondrijo y observaba los actos del hombre. Y temblaba el hombre en la soledad. Pero avanzaba la noche, y el hombre continuaba sentado sobre la

roca.

»Y maldije entonces a los elementos con la maldición del tumulto. Y una tempestad horrible se formó en el cielo, donde apenas momentos antes corría un solo de brisa. Y el cielo se volvió lívido bajo la violencia de la tempestad. Y azotaba la lluvia la cabeza del hombre, y se desbordaban las olas del río. Y el río, torturado, saltaba convertido en espuma. Y crujían los nenúfares en sus tallos.

»Y el bosque se agitaba al viento, y se desplomaba el trueno, y centelleaba el relámpago. Y yo estaba siempre oculto en mi escondrijo para observar los actos del hombre. Y el hombre temblaba en la soledad. Y, a pesar de todo, avanzaba la noche. Y el hombre continuaba sentado sobre la roca.

»Y entonces me irrité y maldije, con la maldición del silencio, el río y los nenúfares, y al viento, y al bosque, y al cielo, y al trueno, y a los suspiros de los nenúfares. Y por la maldición fueron castigados y se tornaron mudos. Y cesó la luna en su trabajosa ruta por el cielo. Y el trueno expiró, y no centelleó el relámpago. Y quedáronse quietas las nubes. Y descendieron las aguas de su lecho, y descansaron. Y cesaron de agitarse los árboles, y ya no suspiraron los nenúfares. Y no se elevó el menor rumor, ni la sombra de un sonido, en todo aquel gran desierto sin límites. Y volví a leer los caracteres grabados sobre la roca. Y habían cambiado. Y decían ahora esta palabra: Silencio.

»Y mis ojos se fijaron entonces en el rostro del hombre. Y estaba pálido de miedo. Y levantó apresuradamente la cabeza que tenía entre las manos y se incorporó sobre la roca. Y aguzó entonces los oídos. Pero en todo aquel desierto sin límites se oyó voz alguna. Y los caracteres grabados sobre la roca decían: «Silencio». Y el hombre se estremeció, y volvióse de espaldas, y huyó lejos, lejos, apresuradamente, y ya no le vi más.

Ahora bien: se encuentran bellos cuentos en los libros de magia, en los tristes libros de los magos, en esos libros que están encuadernados en piel. Digo que hay allí magníficas historias del cielo y de la tierra, y del fiero mar, y de los genios que han reinado sobre él, sobre la tierra y también sobre el cielo sublime. Hay, asimismo, gran sabiduría en las palabras que han sido dictadas por las sibilas. Y sagradas cosas fueron escuchadas en otro tiempo por las hojas sombrías que temblaban alrededor de Dodona.

Pero tan cierto como que Alá está vivo, considero a esta fábula, que el demonio me ha relatado cuando se sentó a mi lado en la sombra del sepulcro, como la más maravillosa de todas. Y cuando el demonio hubo concluido su historia, se abismó en las profundidades del sepulcro y comenzó a reír. Y yo no pude reír con él, y me maldijo por eso. Y el búho, que continúa en el sepulcro por toda la eternidad, salió de él, y púsose a los pies del demonio, y le miró a la cara fijamente.

## EL CORAZÓN REVELADOR

¡De veras! Soy muy nervioso. Tremendamente nervioso. Lo he sido siempre; pero ¿por qué decís que estoy loco? La enfermedad ha aguzado mis sentidos, pero no los ha destruido ni embotado. De todos ellos, el más agudo era el del oído. Yo he escuchado todas las cosas del cielo y de la tierra y bastantes del infierno. ¿Cómo, entonces, he de estar loco? Atención. Observad con qué salud, con qué calma puedo contaros toda esta historia.

Es imposible explicar cómo la idea penetró originariamente en mi cerebro. Pero, una vez concebida, me acosó día y noche. Motivo, no había ninguno. Nada tenía que ver con ello la pasión. Yo quería al viejo. Nunca me había hecho daño. Jamás me insultó Su oro no despertó en mí la menor codicia. Creo que era su ojo. Sí, esto era. Uno de sus ojos se parecía al de un buitre. Un ojo azul pálido, con una catarata. Cuantas veces caía ese ojo sobre mí se helaba mi sangre. Y así, lentamente, gradualmente, se me metió en la cabeza la idea de matar al anciano y librarme para siempre, de este modo, del ojo aquel.

Ahora viene la dificultad. Me creeréis loco. Los locos nada saben de cosa alguna. Pero si me hubieseis visto, si hubierais visto con qué sabiduría procedí, con qué precaución, con qué cautela, con qué disimulo puse manos a la obra...

Nunca estuve tan amable con él como durante toda la semana que precedió al asesinato. Cada noche, cerca de las doce, recorría el pestillo de su puerta y la abría, ¡oh!, muy suavemente. Y entonces, cuando la había abierto lo suficientemente para que pasara mi cabeza, introducía por la abertura una linterna sorda, bien cerrada, bien cerrada, para que no se filtrara ninguna claridad. Después metía la cabeza. ¡Oh! Os hubierais reído viendo con qué habilidad metía la cabeza. La movía lentamente, muy, muy lentamente, con miedo de turbar el sueño del anciano. Por lo menos, necesitaba una hora para introducir toda mi cabeza por la abertura y ver al viejo acostado en su cama. ¡Ah! ¿Hubiera sido tan prudente un loco?

Entonces, cuando mi cabeza estaba dentro de la habitación, abría con precaución mi linterna —¡oh, con qué cuidado, con qué cuidado!—, porque la charnela rechinaba un poco. La abría justamente lo necesario para que un hilo imperceptible de luz incidiera sobre el ojo de buitre. Hice esto durante siete noches interminables, a las doce, precisamente. Pero encontraba siempre el ojo cerrado, y así, fue imposible realizar mi propósito, porque no era el anciano el que me molestaba, sino su maldito ojo. Y todas las mañanas, cuando amanecía, entraba osadamente en su cuarto y hablábale valerosamente,

llamándole por su nombre con voz cordial, interesándome por cómo había pasado la noche. Estáis viendo, pues, que había de ser un viejo muy perspicaz para sospechar que todas las noches precisamente a las doce, le observaba durante su sueño.

En la octava noche abrí la puerta con mayor precaución que antes. La aguja de un reloj se mueve más deprisa que lo que se movía entonces mi mano. Jamás como aquella noche pude darme tanta cuenta de la magnitud de mis facultades, de mi sagacidad. Apenas podía dominar mi sensación de triunfo. Pensar que estaba allí abriendo la puerta poco a poco, y que él ni siquiera soñaba en mis acciones o mis pensamientos secretos... A esta idea se me escapó una risita, y tal vez me oyese, porque se movió de pronto en su lecho como si fuera a despertarse. Tal vez creáis ahora que me retiré. Pues no. Su cuarto estaba tan negro como la pez, tan espesas eran las tinieblas —porque las ventanas estaban cerradas cuidadosamente por miedo a los ladrones—, y seguro de que él no podía ver la puerta entreabierta, continué empujándola un poco más, siempre un poco más.

Había introducido mi cabeza y me disponía a abrir la linterna, cuando mi pulgar resbaló sobre el cierre de hierro estañado y el anciano se incorporó en su lecho preguntando:

—¿Quién anda ahí?

Permanecí completamente inmóvil y nada dije. Durante toda una hora no moví un solo músculo, y en todo ese tiempo no oí que volviera a acostarse. Continuaba sentado en la cama, escuchando, exactamente lo mismo que yo lo había hecho durante noches enteras, oyendo a las arañas de la pared.

De pronto oí un débil gemido. Me di cuenta de que se trataba de un lamento de terror mortal. No era un lamento de dolor o tristeza, ¡oh, no!, era el murmullo sordo y ahogado que escapa de lo íntimo de un alma oprimida por el espanto. Yo ya conocía bien ese murmullo. Muchas noches, precisamente al filo de la media noche, cuando todos dormían, irrumpía en mi propio pecho, excavando con su eco terrible los terrores que me consumían. Digo que lo conocía bien. Sabía lo que estaba sintiendo el viejo y sentía piedad por él, aunque la risa llenase mi corazón. Sabía que él continuaba despierto desde que, habiendo oído el primer rumor, se movió en la cama. Sus temores habían ido siempre en aumento. Procuraba persuadirse de que eran infundados. Habíase dicho a sí mismo: «No es nada. El viento en la chimenea. Un ratón que corre por el entarimado», o: «Simplemente un grillo que canta». Sí; procuró calmarse con estas hipótesis. Pero fue todo inútil. Fue todo inútil, porque la muerte que se aproximaba había pasado ante él con su gran sombra negra, envolviendo con ella a su víctima. Y era la influencia fúnebre de su sombra no vista lo que le hacía sentir —aunque no viera ni escuchara nada—,

lo que le hacía sentir la presencia de mi cabeza en su cuarto.

Después de haber esperado largo rato, con toda paciencia, sin oír que se acostara de nuevo, me aventuré a abrir un poco la linterna, pero tan poco, tan poco como si nada. La abrí tan furtivamente, tan furtivamente, como no podréis imaginároslo, hasta que, al fin, un único y pálido rayo, como un hilo de telaraña, salió por la ranura y descendió sobre su ojo de buitre.

Estaba abierto, enteramente abierto y, al verlo, me encolericé. Lo vi con nitidez perfecta. Todo él, de un azul mate y cubierto por una horrorosa nube que me helaba la medula de los huesos. Pero no podía ver ni la cara ni el cuerpo del anciano, como por instinto, precisamente sobre el maldito lugar.

¿No os he dicho ahora que apenas es una hiperestesia de los sentidos aquello que consideráis locura? Entonces, os digo, un rumor sordo, ahogado, continuo, llegó a mis oídos, semejante al producido por un reloj envuelto en algodón. Inmediatamente reconocí ese sonido. Era el corazón del viejo, latiendo. Excitó mi furor como el redoble del tambor excita el valor del soldado.

Me dominé, no obstante, y continué sin moverme. Apenas respiraba. Tenía quieta en las manos la linterna. Esforzábame en conservar el rayo de luz fijo sobre el ojo. Al mismo tiempo, el palpito infernal del corazón era cada vez más fuerte, más apresurado, y, sobre todo, más sonoro. El pánico del anciano debió de ser tremendo. Este latir, ya lo he dicho, volvíase cada vez más fuerte, minuto a minuto. ¿Me oís bien? Ya os he dicho que era nervioso. Realmente lo soy, y entonces, en pleno corazón de la noche, en medio del temible silencio de aquella vieja casa, un ruido tan extraño hizo penetrar en mí un pavor irresistible. Durante algunos minutos me contuve y continué tranquilo. Pero la pulsación hacía cada vez más fuerte, siempre más fuerte.

Creí que el corazón iba a estallar, y era que una nueva angustia se apoderaba de mí: el rumor podía ser oído por algún vecino. Había sonado la hora del viejo. Con un gran alarido, abrí de pronto la linterna y me precipité en la alcoba. El viejo dejó escapar un grito, uno solo. En un momento le derribé al suelo, depositando sobre él el tremendo peso del lecho. Sonreí entonces, complacido, viendo tan adelantada mi obra. Durante algunos minutos, el corazón, sin embargo, latió con un sonido ahogado. A pesar de todo, ya no me atormentaba. No podía oírse a través de las paredes. Por fin, cesó. El viejo estaba muerto. Levanté la cama y examiné el cuerpo. Sí; estaba muerto, muerto como una piedra. Puse mi mano sobre su corazón y estuve así durante algunos minutos. No advertí latido alguno. Estaba muerto como una piedra. En adelante, su ojo no me atormentaría más.

Si insistís en considerarme loco, vuestra opinión se desvanecerá cuando os describa las inteligentes precauciones que tomé para esconder el cadáver.

Avanzaba la noche y yo trabajaba con prisa, pero en silencio. Lo primero que hice fue desmembrar el cuerpo. Corté la cabeza. Después, los brazos. Después, las piernas.

Enseguida arranqué tres tablas del entarimado y lo coloqué todo bajo el piso de madera. Después volví a poner las tablas con tanta habilidad y destreza, que ningún ojo humano —ni siquiera el suyo— hubiese podido descubrir allí nada alarmante. Nada había que lavar. Ni una mancha, ni una mancha de sangre. No se me escapó pormenor alguno. Una cubeta lo hizo desaparecer todo... ¡Ah! ¡Ah!

Cuando terminé todas estas operaciones eran las cuatro y estaba tan oscuro como medianoche. En el momento en que el reloj señalaba la hora, llamaron a la puerta de la calle. Bajé a abrir confiado, porque ¿qué era lo que tenía que temer entonces? Entraron tres hombres, que se presentaron a mí cortésmente como agentes de policía. Un vecino había oído un grito durante la noche y le hizo despertar la sospecha de que se había cometido un crimen. En la delegación había sido presentada una denuncia, y aquellos caballeros —los agentes— habían sido enviados para practicar un reconocimiento.

Sonreí, porque ¿qué tenía que temer? Di la bienvenida a aquellos caballeros.

—El grito —les dije— lo había lanzado yo, soñando. El viejo —añadí— está de viaje por la comarca.

Conduje a mis visitantes por toda la casa. Les invité a que buscaran, a que buscaran bien. Por fin, los conduje a su cuarto. Les mostré sus tesoros, en seguridad perfecta, en perfecto orden. Entusiasmado con mi confianza, les llevé unas sillas a la habitación y les supliqué que se sentaran, mientras yo, con la desbordada audacia del triunfo absoluto coloqué mi propia silla exactamente en el lugar que ocultaba el cuerpo de la víctima.

Los agentes estaban satisfechos. Mi actitud les había convencido. Sentíame singularmente bien. Sentáronse y hablaron de cosas familiares, a las que contesté jovialmente. Pero, al poco rato, me di cuenta de que palidecía y deseé que se fueran. Me dolía la cabeza y me parecía que mis oídos zumbaban. Sin embargo, ellos continuaban sentados y prosiguiendo la conversación. El zumbido hízose más claro. Persistió y volvióse cada vez más perceptible. Empecé a hablar copiosamente, para libertarme de tal sensación. Pero ésta resistió, reiterándose de tal modo, que no tardé en descubrir, por último, que el rumor no nacía en mis oídos.

Sin duda, me puse entonces muy pálido. Pero seguía hablando sin tino, elevando el tono de mi voz. El ruido aumentaba siempre. ¿Qué podía hacer?

Era un ruido sordo, ahogado, continuo, semejante al producido por un reloj

envuelto en algodón. Respiraba con dificultad. Los agentes nada oían aún.

Hablé más deprisa, con mayor vehemencia. Pero el rumor crecía incesantemente. Me levanté y discutí sobre tonterías, con voz muy alta y violenta gesticulación. Pero el rumor crecía, crecía siempre. ¿Por qué ellos no se querían marchar? Comencé a andar de un lado para otro de la habitación, pesadamente, dando grandes pasos, como exasperado por sus observaciones. Pero el rumor crecía incesantemente. ¡Oh Dios! ¿Qué podía yo hacer? Echaba espumarajos, desvariaba, pateaba. Movía la silla en que estaba sentado y la hacía resonar sobre el suelo. Pero el rumor lo dominaba todo y crecía indefinidamente. Hacíase más fuerte cada vez, más fuerte, siempre más fuerte. Y los hombres continuaban hablando, bromeando, sonriendo. ¿Sería posible que nada oyeran? ¡Dios todopoderoso! ¡No, no! ¡Estaban oyendo, estaban sospechando! ¡Sabían! ¡Estaban divirtiéndose con mi terror! Así lo creí y lo creo ahora. Pero había algo peor que aquella burla. No podía tolerar por más tiempo aquellas hipócritas sonrisas. Me di cuenta de que era preciso gritar o morir, porque entonces... ¿Lo oís? ¡Escuchad! ¡Cuán alto, cuán alto, siempre más alto, siempre más alto!

—¡Miserables! —exclamé—. ¡No disimulen por más tiempo! ¡Lo confieso todo! ¡Arranquen esas tablas! ¡Aquí, aquí! ¡Es el latido de su horroroso corazón!

## **LOS CRÍMENES DE LA RUE MORGUE**

Las condiciones mentales que suelen considerarse como analíticas son, en sí mismas, de difícil análisis. Las consideramos tan sólo por sus defectos. De ellas conocemos, entre otras cosas, que son siempre, para el que las posee, cuando se poseen en grado extraordinario, una fuente de vivísimos goces. Del mismo modo que el hombre fuerte disfruta con su habilidad física, deleitándose en ciertos ejercicios que ponen en acción a sus músculos, el analista goza con esa actividad intelectual que se ejerce en el hecho de desentrañar. Consigue satisfacción hasta de las más triviales ocupaciones que ponen en juego su talento. Se desvive por los enigmas, acertijos y jeroglíficos y en cada una de las soluciones muestra un sentido de agudeza que parece al vulgo una penetración sobrenatural. Los resultados obtenidos por un solo espíritu y la esencia de su procedimiento adquieren, realmente, la apariencia total de una intuición.

Esta facultad de resolución está, tal vez, muy fortalecida por los estudios matemáticos, y, especialmente por esa importantísima rama de ellos que, con ninguna propiedad y sólo teniendo en cuenta sus operaciones previas, ha sido

llamada per excellence análisis. Y, no obstante, calcular no es intrínsecamente analizar. Un ajedrecista, por ejemplo, lleva a cabo lo uno sin esforzarse en lo otro. De esto se deduce que el juego de ajedrez, en sus efectos sobre el carácter mental, no está lo suficientemente comprendido.

Yo no intento escribir un tratado en estas líneas, sino que prologo únicamente un relato muy singular, con observaciones efectuadas a la ligera. Usaré, por tanto, de esta ocasión para asegurar que las facultades más importantes de la inteligencia reflexiva trabajan con mayor decisión y provecho en el sencillo juego de damas que en toda esa frivolidad primorosa del ajedrez. En este último, donde las piezas tienen, cada una, distintos y raros movimientos, con diversos y variables valores, o que tan sólo es complicado, se toma equivocadamente, error muy común, por profundo. La atención, aquí es poderosamente puesta en juego. Si un solo instante flaquea, se comete un descuido, cuyos resultados implican pérdida o derrota.

Comoquiera que los movimientos posibles no son solamente variados, sino complicados, las posibilidades de estos descuidos son múltiples; de cada diez casos, nueve triunfa el jugador más capaz de reconcentración y no el más perspicaz. En el juego de damas, por el contrario, donde los movimientos son únicos y de muy poca variación, las posibilidades de descuido son menores, y como la atención queda relativamente distraída, las ventajas que consigue cada una de las partes lo son por una perspicacia superior.

Para ser menos abstractos, supongamos, por ejemplo, un juego de damas cuyas piezas se han reducido a cuatro reinas y donde no es posible el descuido. Evidentemente, en este caso, la victoria, hallándose los jugadores en absoluta igualdad de condiciones, puede decidirse en virtud de un movimiento calculado resultante de un determinado esfuerzo de la inteligencia. Privado de los recursos ordinarios, el analista consigue penetrar en el espíritu de su contrario. Por tanto, se identifica con él, y a menudo descubre de una ojeada el único medio —a veces, en realidad, absurdamente sencillo—, en virtud del cual puede inducirle a error o llevarlo a un cálculo equivocado.

Desde hace largo tiempo se ha citado el whist por su acción sobre la facultad calculadora. Se ha visto que hombres de gran inteligencia han encontrado en él un goce aparentemente inexplicable, mientras abandonaban el ajedrez como una frivolidad. No hay duda que no hay juego alguno que, en relación con éste, haga trabajar la facultad analítica. El mejor jugador de ajedrez del mundo no puede ser más que el mejor jugador de ajedrez. Pero la habilidad, en el whist, implica ya capacidad para el triunfo en todas las demás importantes empresas en las que la inteligencia se enfrenta con la inteligencia. Cuando digo habilidad, me refiero a esa perfección en el juego que lleva consigo una comprensión de todas las fuentes de donde se deriva una legítima ventaja. Estas fuentes no sólo son diversas, sino también multiformes.

Frecuentemente se hallan en las profundidades del pensamiento, y son por entero inaccesibles para las inteligencias ordinarias. Observar atentamente es recordar distintamente.

Y desde este punto de vista, el jugador de ajedrez capaz de intensa concentración jugará muy bien al whist, puesto que las reglas de Hoyle, basadas en el puro mecanismo del juego, son suficientes y generalmente inteligibles. Por esto, el poseer una buena memoria y jugar de acuerdo con el libro son comúnmente puntos considerados como el cumplimiento total del jugador excelentemente. Pero en aquellos casos que se encuentran fuera de los límites de la pura regla, es donde el talento del analista se demuestra. En silencio, realiza una porción de observaciones y deducciones. Posiblemente, sus compañeros harán otro tanto, y la diferencia en la extensión de la información adquirida no se basará tanto en la validez de la deducción como en la calidad de la observación.

Lo principal, lo importante, es saber lo que debe ser observado. Nuestro jugador no se reduce únicamente al juego, y aunque éste sea el objeto actual de su atención, habrá de prescindir de determinadas deducciones originadas al considerar objetos extraños al juego. Examina la fisonomía de su compañero, y la compara cuidadosamente con la de cada uno de sus contrarios. Se fija en el modo de distribuir las cartas a cada mano, con frecuencia calculando triunfo por triunfo y tanto por tanto, observando las miradas de los jugadores a su juego. Se da cuenta de cada una de las variaciones de los rostros, a medida que adelanta el juego recogiendo gran número de ideas por las diferencias que observa en las distintas expresiones de seguridad, sorpresa, triunfo o desagrado. En la manera de recoger una baza juzga si la misma persona podrá hacer la que sigue. Reconoce la carta jugada en el ademán con que se deja sobre la mesa. Una palabra casual o involuntaria; la forma accidental con que cae una carta, o el volverla sin querer, con la ansiedad o la indiferencia que acompañan la acción de evitar que sea vista; la cuenta de las bazas y el orden de su colocación; la perplejidad, la duda, el entusiasmo o el temor, todo ello facilita a su percepción, intuitiva en apariencia, indicaciones del verdadero estado de cosas. Cuando se han dado las dos o tres primeras vueltas, conoce completamente los juegos de cada uno, y, desde aquel momento, echa sus cartas con tal absoluto dominio de propósitos como si los demás jugadores las tuvieran vueltas hacia él.

La facultad analítica no debe confundirse con el simple ingenio, porque mientras el analista es, necesariamente, ingenioso, el hombre ingenioso está, con frecuencia, notablemente incapacitado para el análisis. La facultad constructiva o de combinación con que, por lo general, se manifiesta el ingenio, y a la que los frenólogos, equivocadamente, a mi parecer, asignan un órgano aparte, suponiendo que se trata de una facultad primordial, se ha visto

tan a menudo en individuos cuya inteligencia bordeaba, por otra parte, la idiotez, que ha llamado la atención general entre los escritores de temas morales. Entre el ingenio y la aptitud analítica hay una diferencia mucho mayor, en efecto, que entre la fantasía y la imaginación, aunque de un carácter rigurosamente análogo. En realidad, se observará fácilmente que el hombre ingenioso es siempre fantástico, mientras que el verdadero imaginativo nunca deja de ser analítico. El relato que sigue a continuación podrá servir en cierto modo al lector para ilustrarle en una interpretación de las proposiciones que acabo de anticipar.

Encontrándome en París durante la primavera y parte del verano de 18..., conocí allí a un señor llamado C. Auguste Dupin. Pertenecía este joven caballero a una excelente, es decir, ilustre familia; pero por una serie de adversos sucesos habíase quedado reducido a tal pobreza, que sucumbió la energía de su carácter y renunció a sus ambiciones mundanas, lo mismo que a procurar el restablecimiento de su hacienda. Con el beneplácito de sus acreedores, quedó todavía en posesión de un pequeño resto de su patrimonio, y con la renta que éste le producía encontró el medio, gracias a una economía rigurosa, de subvenir a las necesidades de su vida, sin preocuparse en absoluto por lo más superfluo. En realidad, su único lujo eran los libros, y en París éstos son fáciles de adquirir.

Nuestro conocimiento tuvo efecto en una oscura biblioteca de la rue Montmartre, donde nos puso en estrecha intimidad la coincidencia de buscar los dos un muy raro y al mismo tiempo notable volumen. Nos vimos con frecuencia. Yo me había interesado vivamente por la sencilla historia de su familia, que me contó con todo pormenor, con la ingenuidad y abandono con que un francés se explaya en sus confidencias cuando habla de sí mismo. Por otra parte, me admiraba el número de sus lecturas, y, sobre todo, me llegaba al alma el vehemente afán y la viva frescura de su imaginación. La índole de las investigaciones que me ocupaban entonces en París me hicieron comprender que la amistad de un hombre semejante era para mí un inapreciable tesoro.

Con esta idea me confié sin rebozo a él. Por último, convinimos en que viviríamos juntos todo el tiempo que durase mi permanencia en la ciudad, y como mis asuntos económicos se desenvolvían menos embarazosamente que los suyos, me fue permitido participar en los gastos de alquilar y amueblar de acuerdo con el carácter algo fantástico y melancólico de nuestro común temperamento, una vieja y grotesca casa abandonada hacía ya mucho tiempo, en virtud de ciertas suposiciones que no quisimos averiguar. Lo cierto es que la casa se estremecía como si fuera a hundirse en un retirado y desolado rincón del faubourg Saint-Germain.

Si hubiera sido conocida por la gente la rutina de nuestra vida en aquel lugar, nos hubieran tomado por locos, aunque de especie inofensiva. Nuestra

reclusión era completa. No recibíamos visita alguna. En realidad, el lugar de nuestro retiro era un secreto guardado cuidadosamente para mis antiguos camaradas, y ya hacía mucho tiempo que Dupin había cesado de frecuentar o hacerse visible en París. Vivíamos sólo para nosotros.

Una rareza del carácter de mi amigo —no sé cómo calificarla de otro modo — consistía en estar enamorado de la noche. Pero con esta bizarrerie, como con todas las demás suyas, condescendía yo tranquilamente, y me entregaba a sus singulares caprichos con un perfecto abandono. No siempre podía estar con nosotros la negra divinidad, pero sí podíamos falsear su presencia. En cuanto la mañana alboreaba, cerrábamos inmediatamente los macizos postigos de nuestra vieja casa y encendíamos un par de bujías perfumadas intensamente, y que no daban más que un resplandor muy pálido y débil. En medio de esta tímida claridad, entregábamos nuestras almas a sus ensueños; leíamos, escribíamos o conversábamos hasta que el reloj nos advertía la llegada de la verdadera oscuridad. Salíamos entonces cogidos del brazo a pasear por aquellas calles, continuando la conversación del día y rondando por doquier hasta muy tarde, buscando a través de las estrafalarias luces y sombras de la populosa ciudad esas innumerables excitaciones mentales que no puede procurar la tranquila meditación.

En circunstancias tales, yo no podía menos de notar y admirar a Dupin, aunque ya, por la rica imaginación de que estaba dotado, me sentía preparado a esperarlo, un talento particularmente analítico. Por otra parte, parecía deleitarse intensamente en ejercitarlo, ya que no concretamente en ejercerlo, y no vacilaba en confesar el placer que ello le producía. Vanagloriábase ante mí, burlonamente, de que muchos hombres, para él, llevaban ventanas en sus pechos, y acostumbraba apoyar tales afirmaciones usando de pruebas muy sorprendentes y directas de su íntimo conocimiento hacia mí.

En tales momentos, sus maneras eran glaciales y abstraídas. Quedábanse sus ojos sin expresión, mientras su voz, por lo general ricamente atenorada, elevábase hasta un timbre atiplado, que hubiera parecido petulante de no ser por la ponderada y completa claridad, de su pronunciación. A menudo, viéndolo en tales disposiciones de ánimo, meditaba yo acerca de la antigua filosofía del Alma Doble, y me divertía la idea de un doble Dupin: el creador y el analítico.

Por cuanto acabo de decir, no hay que creer que estoy contando algún misterio o escribiendo una novela. Mis observaciones a propósito de este francés no son más que el resultado de una inteligencia hiperestesiada o enferma, tal vez. Un ejemplo dará mejor idea de la naturaleza de sus observaciones durante la época a que aludo.

Íbamos una noche paseando por una calle larga y sórdida, cercana al Palais

Royal. Al parecer, cada uno de nosotros se había sumido en sus propios pensamientos, y por lo menos durante quince minutos ninguno pronunció una sola sílaba. De pronto Dupin rompió el silencio con estas palabras:

—En realidad, ese muchacho es demasiado pequeño y estaría mejor en el Théâtre des Variétés.

—No cabe duda —repliqué, sin fijarme en lo que decía y sin observar en aquel momento, tan absorto había estado en mis reflexiones, el modo extraordinario con que mi interlocutor había hecho coincidir sus palabras con mis meditaciones.

Un momento después me repuse y experimenté un profundo asombro.

—Dupin —dije gravemente—, lo que ha sucedido excede mi comprensión. No vacilo en manifestar que estoy asombrado y que apenas puedo dar crédito a lo que he oído. ¿Cómo es posible que usted haya podido adivinar lo que estaba pensando?

Diciendo esto, me interrumpí, para asegurarme, ya sin ninguna duda, de que él sabía realmente en quién pensaba:

—¿En Chantilly? —preguntó—. ¿Por qué se ha interrumpido usted? Usted pensaba que su escasa estatura no era la apropiada para dedicarse a la tragedia.

Esto era precisamente lo que había constituido el tema de mis reflexiones. Chantilly era un ex zapatero remendón de la calle Saint-Denis, apasionado por el teatro y que había estudiado el papel de Jerjes en la tragedia de Crebillon de este título. Pero sus esfuerzos habían provocado la burla del público.

—Dígame usted, por Dios —exclamé—, por qué método, si es que hay alguno, ha penetrado usted en mi alma en este caso.

Realmente, estaba yo mucho más asombrado de lo que hubiese querido confesar.

—Ha sido el vendedor de frutas —contestó mi amigo— quien le ha llevado a usted a la conclusión de que el remendón de suelas no tiene la suficiente estatura para representar el papel de Jerjes et id genus omne.

—¿El vendedor de frutas? Me asombra usted. No conozco a ninguno.

—Sí; es ese hombre con quien ha tropezado usted al entrar en esta calle, hará unos quince minutos, aproximadamente.

Recordé entonces que, en efecto, un vendedor de frutas, que llevaba sobre la cabeza una gran banasta de manzanas, estuvo a punto de hacerme caer, sin pretenderlo, cuando pasábamos de la calle C\*\*\* a la calleja en que ahora nos encontrábamos. Pero yo no podía comprender la relación de este hecho con Chantilly.

No había por qué suponer charlatanerie alguna en Dupin.

—Se lo explicaré —me dijo—. Para que pueda usted darse cuenta de todo claramente, vamos a repasar primero en sentido inverso el curso de sus meditaciones desde este instante en que le estoy hablando hasta el de su recontre con el vendedor de frutas. En sentido inverso, los más importantes eslabones de la cadena se suceden de esta forma: Chantilly, Orion, doctor Nichols, Epicuro, estereotomía, los adoquines y el vendedor de frutas.

Existen pocas personas que no se hayan entretenido, en cualquier momento de su vida, en recorrer en sentido inverso las etapas por las cuales han sido conseguidas ciertas conclusiones de su inteligencia. Frecuentemente es una ocupación llena de interés, y el que la prueba por primera vez se asombra de la aparente distancia ilimitada y de la falta de ilusión que parece median desde el punto de partida hasta la meta final. Júzguese, pues, cuál no sería mi asombro cuando escuché lo que el joven francés acababa de decir, y no pude menos de reconocer que había dicho verdad. Continuó después de este modo:

—Si bien recuerdo, en el momento en que íbamos a dejar la calle C\*\*\* hablábamos de caballos. Éste era el último tema que discutimos. Al entrar en esta calle, un vendedor de frutas, que llevaba una gran banasta sobre la cabeza, pasó velozmente ante nosotros y lo empujó a usted contra un montón de adoquines, en un lugar donde la calzada se encuentra en reparación. Usted puso el pie sobre una de las piedras sueltas, resbaló y se torció levemente el tobillo. Aparentó usted cierto fastidio o mal humor, murmuró unas palabras, volvióse para observar el montón de adoquines y continuó luego caminando en silencio. Yo no prestaba particular atención a lo que usted hacía; pero, desde hace mucho tiempo, la observación se ha convertido para mí en una especie de necesidad.

»Caminaba usted con los ojos fijos en el suelo, atendiendo a los baches y rodadas del empedrado, por lo que deduje que continuaba usted pensando todavía en las piedras. Procedió así hasta que llegamos a la callejuela llamada Lamartine, que, a modo de prueba, ha sido pavimentada con tarugos sobrepuestos y acoplados sólidamente. Al entrar en ella, su rostro se iluminó, y me di cuenta de que se movían sus labios. Por este movimiento no me fue posible dudar que pronunciaba usted la palabra «estereotomía», término que tan pretenciosamente se aplica a esta especie de pavimentación. Yo estaba seguro de que no podía usted pronunciar para sí la palabra «estereotomía» sin que esto le llevara a pensar en los átomos, y, por consiguiente, en las teorías de Epicuro.

»Y comoquiera que no hace mucho rato discutíamos este tema, le hice notar a usted de qué modo tan singular, y sin que ello haya sido muy notado, las vagas conjeturas de ese noble griego han encontrado en la reciente

cosmogonía nebulosa su confirmación. He comprendido por esto que no podía usted resistir a la tentación de levantar sus ojos a la gran nebulosa de Orión, y con toda seguridad he esperado que usted lo hiciera. En efecto, usted ha mirado a lo alto, y he adquirido entonces la certeza de haber seguido correctamente el hilo de sus pensamientos. Ahora bien: en la amarga tirada sobre Chantilly, publicada ayer en el Musée, el escritor satírico, haciendo mortificantes alusiones al cambio de nombre del zapatero al calzarse el coturno, citaba un verso latino del que hemos hablado nosotros con frecuencia. Me refiero a éste:

Perdidit antiquum litera prima sonum.

»Yo le había dicho a usted que este verso se relacionaba con la palabra Orion, que en un principio escribíase Urion. Además, por determinadas discusiones un tanto apasionadas que tuvimos acerca de mi interpretación, tuve la seguridad de que usted no la habría olvidado. Por tanto, era evidente que asociaría usted las dos ideas: Orion y Chantilly, y esto lo he comprendido por la forma de la sonrisa que he visto en sus labios. Ha pensado usted, pues, en aquella inmolación del pobre zapatero. Hasta ese momento, usted había caminado con el cuerpo encorvado, pero a partir de ese momento se irguió usted, recobrando toda su estatura. Este movimiento me ha confirmado que pensaba usted en la diminuta figura de Chantilly, y ha sido entonces cuando he interrumpido sus meditaciones para observar que, por tratarse de un hombre de baja estatura, estaría mejor Chantilly en el Théâtre des Varietés.

Poco después de esta conversación, hojeábamos una edición de la tarde de la Gazette des Tribunaux cuando llamaron nuestra atención los siguientes titulares: Extraordinarios crímenes.

«Esta madrugada, alrededor de las tres, los habitantes del quartier Saint-Roch fueron despertados por una serie de espantosos gritos que parecían proceder del cuarto piso de una casa de la rue Morgue, ocupada, según se dice, por una tal madame L’Espanaye y su hija mademoiselle Camille L’Espanaye. Después de algún tiempo empleado en infructuosos esfuerzos para poder penetrar buenamente en la casa, se forzó la puerta de entrada con palanca de hierro, y entraron ocho o diez vecinos acompañados de dos gendarmes. En ese momento cesaron los gritos; pero en cuanto aquellas personas llegaron apresuradamente al primer rellano de la escalera, se distinguieron dos o más voces ásperas que parecían disputar violentamente y proceder de la parte alta de la casa. Cuando la gente llegó al segundo rellano, cesaron también aquellos rumores y todo permaneció en absoluto silencio. Los vecinos recorrieron todas las habitaciones precipitadamente. Al llegar, por último a una gran sala situada en la parte posterior del cuarto piso, cuya puerta hubo de ser forzada, por estar cerrada interiormente con llave, ofrecióse a los circunstantes un espectáculo que sobrecogió sus ánimos, no sólo de horror sino de asombro.

»Hallábase la habitación en violento desorden, rotos los muebles y diseminados en todas direcciones. No quedaba más lecho que la armadura de una cama, cuyas partes habían sido arrancadas y tiradas por el suelo. Sobre una silla se encontró una navaja barbera manchada de sangre. Había en la chimenea dos o tres largos y abundantes mechones de pelo cano, empapados en sangre y que parecían haber sido arrancados de raíz. Sobre el suelo se encontraron cuatro napoleones, un zarcillo adornado con un topacio, tres grandes cucharas de plata, tres cucharillas de metal d'Alger y dos sacos conteniendo, aproximadamente, cuatro mil francos en oro. En un rincón halláronse los cajones de un bureau, abiertos, y, al parecer, saqueados, aunque quedaban en ellos algunas cosas. Encontróse también un cofrecillo de hierro bajo la cama, no bajo su armadura. Hallábase abierto y la cerradura contenía aún la llave. En el cofre no se encontraron más que unas cuantas cartas viejas y otros papeles sin importancia.

»No se encontró rastro alguno de madame L'Esplanade; pero comoquiera que se notase una anormal cantidad de hollín en el hogar, se efectuó un reconocimiento de la chimenea, y —horroriza decirlo— se extrajo de ella el cuerpo de su hija, que estaba colocado cabeza abajo y que había sido introducido por la estrecha abertura hacia una altura considerable. El cuerpo estaba todavía caliente. Al examinarlo, se comprobaron en él numerosas excoriaciones, ocasionadas, sin duda, por la violencia con que el cuerpo había sido metido allí y por el esfuerzo que hubo de emplearse para sacarlo. En su rostro veíanse profundos arañazos, y en la garganta, cárdenas magulladuras y hondas huellas producidas por las uñas, como si la muerte se hubiera verificado por estrangulación.

»Después de un minucioso examen efectuado en todas las habitaciones, sin que se lograra ningún descubrimiento nuevo, los presentes se dirigieron a un pequeño patio pavimentado, situado en la parte posterior del edificio, donde hallaron el cadáver de la anciana señora, con el cuello cortado de tal modo, que la cabeza se desprendió del tronco al levantar el cuerpo. Tanto éste como la cabeza estaban tan horriblemente mutilados, que apenas conservaban apariencia humana.

»Que sepamos, no se ha obtenido hasta el momento el menor indicio que permita aclarar este horrible misterio».

El diario del día siguiente daba algunos nuevos pormenores:

«La tragedia de la rue Morgue. —Gran número de personas han sido interrogadas con respecto a tan extraordinario y horrible affaire (la palabra affaire no tiene todavía en Francia el poco significado que se le da entre nosotros), pero nada ha podido deducirse que dé alguna luz sobre ello. Damos a continuación todas las declaraciones más importantes que se han obtenido:

»Pauline Dubourg, lavandera, declara haber conocido desde hace tres años a las víctimas y haber lavado para ellas durante todo este tiempo. Tanto la madre como la hija parecían vivir en buena armonía y profesarse mutuamente un gran cariño. Pagaban con puntualidad. Nada se sabe acerca de su género de vida y medios de existencia. Supone que madame L'Españayé decía la buenaventura para ganar el sustento. Tenía fama de poseer algún dinero escondido. Nunca encontró a otras personas en la casa cuando la llamaban para recoger la ropa, ni cuando la devolvía. Estaba segura de que las señoras no tenían servidumbre alguna. Salvo el cuarto piso, no parecía que hubiera muebles en ninguna parte de la casa.

»Pierre Moreau, estanquero, declara que es el habitual proveedor de tabaco y de rapé de madame L'Españayé desde hace cuatro años. Nació en su vecindad y ha vivido siempre allí. Hacía más de seis años que la muerta y su hija vivían en la casa donde fueron encontrados sus cadáveres. Anteriormente a su estadía, el piso había sido ocupado por un joyero, que alquilaba a su vez las habitaciones interiores a distintas personas. La casa era propiedad de madame L'Españayé. Descontenta por los abusos de su inquilino, se había trasladado al inmueble de su propiedad, negándose a alquilar ninguna parte de él. La buena señora chocheaba a causa de la edad. El testigo había visto a su hija unas cinco o seis veces durante los seis años. Las dos llevaban una vida muy retirada, y era fama que tenían dinero. Entre los vecinos había oído decir que madame L'Españayé decía la buenaventura, pero él no lo creía. Nunca había visto pasar la puerta a nadie, excepto a la señora y a su hija, una o dos veces a un recadero y ocho o diez a un médico.

»En esta misma forma declararon varios vecinos, pero de ninguno de ellos se dice que frecuentara la casa. Tampoco se sabe que la señora y su hija tuvieran parientes vivos. Raramente estaban abiertos los postigos de los balcones de la fachada principal. Los de la parte trasera estaban siempre cerrados, a excepción de las ventanas de la gran sala posterior del cuarto piso. La casa era una finca excelente y no muy vieja.

»Isidoro Muset, gendarme, declara haber sido llamado a la casa a las tres de la madrugada, y dice que halló ante la puerta principal a unas veinte o treinta personas que procuraban entrar en el edificio. Con una bayoneta, y no con una barra de hierro, pudo, por fin, forzar la puerta. No halló grandes dificultades en abrirla, porque era de dos hojas y carecía de cerrojo y pasador en su parte alta. Hasta que la puerta fue forzada, continuaron los gritos, pero luego cesaron repentinamente. Daban la sensación de ser alaridos de una o varias personas víctimas de una gran angustia. Eran fuertes y prolongados, y no gritos breves y rápidos. El testigo subió rápidamente los escalones. Al llegar al primer rellano oyó dos voces que disputaban acremente. Una de éstas era áspera, y la otra, aguda, una voz muy extraña. De la primera pudo

distinguir algunas palabras, y le pareció francés el que las había pronunciado. Pero evidentemente, no era voz de mujer. Distinguió claramente las palabras “sacre” y “diable”. La aguda voz pertenecía a un extranjero, pero el declarante no puede asegurar si se trataba de hombre o mujer. No pudo distinguir lo que decían, pero supone que hablasen español. El testigo declaró el estado de la casa y de los cadáveres como fue descrito ayer por nosotros.

»Henry Duval, vecino, y de oficio platero, declara que él formaba parte del grupo que entró primeramente en la casa. En términos generales, corrobora la declaración de Muset. En cuanto se abrieron paso, forzando la puerta, la cerraron de nuevo, con objeto de contener a la muchedumbre que se había reunido a pesar de la hora. Éste opina que la voz aguda sea la de un italiano, y está seguro de que no era la de un francés. Duda, en cambio, de que se tratase de una voz masculina, admitiendo que pueda ser la de una mujer. No conoce el italiano. No pudo distinguir las palabras, pero, por la entonación del que hablaba, está convencido de que era un italiano. Conocía a madame L’Espanaye y a su hija. Con las dos había conversado con frecuencia. Estaba seguro de que la voz no correspondía a ninguna de las dos mujeres.

»Odenheimer, restaurateur. Voluntariamente, el testigo se ofreció a declarar. Como no hablaba francés, fue interrogado haciéndose uso de un intérprete. Nació en Amsterdam. Pasaba por delante de la casa en el momento en que se oyeron los gritos. Se detuvo durante unos minutos, diez, probablemente. Eran fuertes y prolongados y producían horror y angustia. Fue uno de los que entraron en la casa. Corrobora las declaraciones anteriores en todos sus pormenores, excepto uno: está seguro de que la voz aguda era la de un hombre, de un francés. No pudo distinguir claramente las palabras que había pronunciado. Estaban dichas en alta voz y con rapidez, con cierta desigualdad, pronunciadas según suponía, con miedo y con ira al mismo tiempo. La voz era áspera, no tan aguda como áspera. Realmente, no puede asegurar que fuese una voz aguda. La voz grave dijo varias veces: “Sacre”, “diable”, y una vez sola “Mon Dieu”.

»Jules Mignaud, banquero, de la Casa Mignaud et Fils, de la rue Deloraine. Es el mayor de los Mignaud. Madame L’Espanaye tenía algunos intereses. Había abierto una cuenta corriente en su casa de banca en la primavera del año... (ocho años antes). Con frecuencia había ingresado pequeñas cantidades. No retiró ninguna hasta tres días antes de su muerte. La retiró personalmente, y la suma ascendía a cuatro mil francos. La cantidad fue pagada en oro, y se encargó a un dependiente que la llevara a su casa.

»Adolphe Le Bon, dependiente de la Banca Mignaud et Fils, declara que en el día de autos, al mediodía, acompañó a madame L’Espanaye a su domicilio con los cuatro mil francos, distribuidos en dos pequeños talegos. Al abrirse la puerta apareció mademoiselle L’Espanaye. Ésta cogió uno de los

saquitos, y la anciana señora el otro. Entonces, él saludó y se fue. En aquellos momentos no había nadie en la calle. Era una calle apartada, muy solitaria.

»William Bird, sastre, declara que fue uno de los que entraron en la casa. Es inglés. Ha vivido dos años en París. Fue uno de los primeros que subieron por la escalera. Oyó las voces que disputaban. La gruesa era de un francés. Pudo oír algunas palabras, pero ahora no puede recordarlas todas. Oyó claramente “sacre” y “Mon Dieu”. Por un momento se produjo un rumor, como si varias personas peleasen. Ruido de riña y forcejeo. La voz aguda era muy fuerte, más que la grave. Está seguro de que no se trataba de la voz de ningún inglés, sino más bien la de un alemán. Podía haber sido la de una mujer. No entiende el alemán.

»Cuatro de los testigos mencionados arriba, nuevamente interrogados, declararon que la puerta de la habitación en que fue encontrado el cuerpo de mademoiselle L’Espanaye se hallaba cerrada por dentro cuando el grupo llegó a ella. Todo se hallaba en un silencio absoluto. No oíanse ni gemidos ni ruidos de ninguna especie. Al forzar la puerta, no se vio a nadie. Tanto las ventanas de la parte posterior como las de la fachada estaban cerradas y aseguradas fuertemente por dentro con sus cerrojos respectivos. Entre las dos salas se hallaba también una puerta de comunicación, que estaba cerrada, pero no con llave. La puerta que conducía de la habitación delantera al pasillo estaba cerrada por dentro con llave. Una pequeña estancia de la parte delantera del cuarto piso, a la entrada del pasillo, estaba abierta también, puesto que tenía la puerta entornada. En esta sala se hacinaban camas viejas, cofres y objetos de esta especie. No quedó una sola pulgada de la casa sin que hubiese sido registrada cuidadosamente. Se ordenó que tanto por arriba como por abajo se introdujeran deshollinadores por las chimeneas. La casa constaba de cuatro pisos, con buhardillas (mansardes). En el techo hallábase, fuertemente asegurada, una puerta de escotillón, y parecía no haber sido abierta durante muchos años. Por lo que respecta al intervalo de tiempo transcurrido entre las voces que disputaban y el acto de forzar la puerta del piso, las afirmaciones de los testigos difieren bastante. Unos hablan de tres minutos, y otros amplían este tiempo a cinco. Costó mucho forzar la puerta.

»Alfonzo Garcio, empresario de pompas fúnebres, declara que habita en la rue Morgue, y que es español. También formaba parte del grupo que entró en la casa. No subió la escalera, porque es muy nervioso y temía los efectos que podía producirle la emoción. Oyó las voces que disputaban. La grave era de un francés. No pudo distinguir lo que decían, y está seguro de que la voz aguda era de un inglés. No entiende el idioma, pero se basa en la entonación.

»Alberto Montani, confitero, declara haber sido uno de los primeros en subir la escalera. Oyó las voces aludidas. La grave era de un francés. Pudo distinguir varias palabras. Parecía que este individuo reconviniere a otro. En

cambio, no pudo comprender nada de la voz aguda. Hablaba rápidamente y de forma entrecortada. Supone que esta voz fuera la de un ruso. Corroboró también las declaraciones generales. Es italiano. No ha hablado nunca con ningún ruso.

»Interrogados de nuevo algunos testigos, certificaron que las chimeneas de todas las habitaciones del cuarto piso eran demasiado estrechas para que permitieran el paso de una persona. Cuando hablaron de “deshollinadores”, refirieronse a las escobillas cilíndricas que con ese objeto usan los limpiachimeneas. Las escobillas fueron pasadas de arriba abajo por todos los tubos de la casa. En la parte posterior de ésta no hay paso alguno por donde alguien hubiese podido bajar mientras el grupo subía las escaleras. El cuerpo de mademoiselle L’Espanaye estaba tan fuertemente introducido en la chimenea, que no pudo ser extraído de allí sino con la ayuda de cinco hombres.

»Paul Dumas, médico, declara que fue llamado hacia el amanecer para examinar los cadáveres. Yacían entonces los dos sobre las correas de la armadura de la cama, en la habitación donde fue encontrada mademoiselle L’Espanaye. El cuerpo de la joven estaba muy magullado y lleno de excoriaciones. Se explican suficientemente estas circunstancias por haber sido empujado hacia arriba en la chimenea. Sobre todo, la garganta presentaba grandes excoriaciones. Tenía también profundos arañazos bajo la barbilla, al lado de una serie de lívidas manchas que eran, evidentemente, impresiones de dedos. El rostro hallábase horriblemente descolorido, y los ojos fuera de sus órbitas. La lengua había sido mordida y seccionada parcialmente. Sobre el estómago se descubrió una gran magulladura, producida, según se supone, por la presión de una rodilla. Según monsieur Dumas, mademoiselle L’Espanaye había sido estrangulada por alguna persona o personas desconocidas. El cuerpo de su madre estaba horriblemente mutilado. Todos los huesos de la pierna derecha y del brazo estaban, poco o mucho, quebrantados. La tibia izquierda, igual que las costillas del mismo lado, estaban hechas astillas. Tenía todo el cuerpo con espantosas magulladuras y descolorido. Es imposible certificar cómo fueron producidas aquellas heridas. Tal vez un pesado garrote de madera, o una gran barra de hierro —alguna silla—, o una herramienta ancha, pesada y roma, podrían haber producido resultados semejantes. Pero siempre que hubieran sido manejados por un hombre muy fuerte. Ninguna mujer podría haber causado aquellos golpes con clase alguna de arma. Cuando el testigo la vio, la cabeza de la muerta estaba totalmente separada del cuerpo y, además, destrozada. Evidentemente, la garganta había sido seccionada con un instrumento afiladísimo, probablemente una navaja barbera.

»Alexandre Etienne, cirujano, declara haber sido llamado al mismo tiempo que el doctor Dumas, para examinar los cuerpos. Corroboró la declaración y

las opiniones de éste.

»No han podido obtenerse más pormenores importantes en otros interrogatorios. Un crimen tan extraño y tan complicado en todos sus aspectos no había sido cometido jamás en París, en el caso que se trate realmente de un crimen. La policía carece totalmente de rastro, circunstancia rarísima en asuntos de tal naturaleza. Puede asegurarse, pues, que no existe la menor pista».

En la edición de la tarde afirmaba el periódico que reinaba todavía gran excitación en el quartier Saint-Roch; que, de nuevo, se habían investigado cuidadosamente las circunstancias del crimen, pero que no se había obtenido ningún resultado. A última hora anunciaba una noticia que Adolphe Le Bon había sido detenido y encarcelado, pero ninguna de las circunstancias ya expuestas parecía acusarle.

Dupin demostró estar particularmente interesado en el desarrollo de aquel asunto; cuando menos, así lo deducía yo por su conducta, porque no hacía ningún comentario. Tan sólo después de haber sido encarcelado Le Bon me preguntó mi parecer sobre aquellos asesinatos.

Yo no pude expresarle sino mi conformidad con todo el público parisiense, considerando aquel crimen como un misterio insoluble. No veía el modo con que pudiera darse con el asesino.

—Por interrogatorios tan superficiales no podemos juzgar nada con respecto al modo de encontrarlo —dijo Dupin—. La policía de París, tan elogiada por su perspicacia, es astuta, pero nada más. No hay más método en sus diligencias que el que las circunstancias sugieren. Exhiben siempre las medidas tomadas, pero con frecuencia ocurre que son tan poco apropiadas a los fines propuestos, que nos hacen pensar en monsieur Jourdain pidiendo su robe-dechambre, pour mieux entendre la musique. A veces no dejan de ser sorprendentes los resultados obtenidos. Pero, en su mayor parte, se consiguen por mera insistencia y actividad. Cuando resultan ineficaces tales procedimientos, fallan todos sus planes. Vidocq, por ejemplo, era un excelente adivinador y un hombre perseverante; pero como su inteligencia carecía de educación se desviaba con frecuencia por la misma intensidad de sus investigaciones. Disminuía el poder de su visión por mirar el objeto tan de cerca. Era capaz de ver, probablemente, una o dos circunstancias con una poco corriente claridad; pero al hacerlo perdía necesariamente la visión total del asunto. Esto puede decirse que es el defecto de ser demasiado profundo. La verdad no está siempre en el fondo de un pozo. En realidad, yo pienso que, en cuanto a lo que más importa conocer, es invariablemente superficial. La profundidad se encuentra en los valles donde la buscamos, pero no en las cumbres de las montañas, que es desde donde las vemos. Las variedades y

orígenes de esta especie de error tienen un magnífico ejemplo en la contemplación de los cuerpos celestes. Dirigir a una estrella una rápida ojeada, examinarla oblicuamente, volviendo hacia ella las partes exteriores de la retina (que son más sensible a las débiles impresiones de la luz que las anteriores), es contemplar la estrella distintamente, obtener la más exacta apreciación de su brillo, brillo que se oscurece a medida que volvemos nuestra visión de lleno hacia ella. En el último caso, caen en los ojos mayor número de rayos, pero en el primero se obtiene una receptibilidad más afinada. Con una extrema profundidad, embrollamos y debilitamos el pensamiento, y aun lo confundimos. Podemos, incluso, lograr que Venus se desvanezca del firmamento si le dirigimos una atención demasiado sostenida, demasiado concentrada o demasiado directa.

»Por lo que respecta a estos asesinatos, examinemos algunas investigaciones por nuestra cuenta, antes de formar de ellos una opinión. Una investigación como ésta nos procurará una buena diversión —a mí me pareció impropia esta última palabra, aplicada al presente caso, pero no dije nada—, y, por otra parte, Le Bon ha comenzado por prestarme un servicio y quiero demostrarle que no soy un ingrato. Iremos al lugar del suceso y lo examinaremos por nuestros propios ojos. Conozco a G\*\*\*, el prefecto de policía, y no me será difícil conseguir el permiso necesario.

Nos fue concedida la autorización y nos dirigimos inmediatamente a la rue Morgue. Es ésta una de esas miserables callejuelas que unen la rue Richelieu y la de Saint-Roch. Cuando llegamos a ella, eran ya las últimas horas de la tarde, porque este barrio se encuentra situado a gran distancia de aquel en que nosotros vivíamos. Pronto hallamos la casa, porque aún había ante ella varias personas mirando a las ventanas con vana curiosidad. Era una casa como tantas de París. Tenía una puerta principal, y en uno de sus lados había una casilla de cristales con un bastidor corredizo en la ventanilla, y parecía ser la loge de concierge. Antes de entrar, nos dirigimos calle arriba, torciendo por un callejón, y, torciendo de nuevo, pasamos a la fachada posterior del edificio. Dupin examinó durante todo este rato los alrededores, así como la casa, con una atención tan cuidadosa, que me era imposible comprender su finalidad.

Volvimos luego sobre nuestros pasos, y llegamos ante la fachada de la casa. Llamamos a la puerta, y después de mostrar nuestro permiso, los agentes de guardia nos permitieron la entrada. Subimos las escaleras, hasta llegar a la habitación donde había sido encontrado el cuerpo de mademoiselle L'Españaye y donde se hallaban aún los dos cadáveres. Como de costumbre, había sido respetado el desorden de la habitación. Nada vi de lo que se había publicado en la Gazette des Tribunaux. Dupin lo analizaba todo minuciosamente, sin exceptuar los cuerpos de las víctimas. Pasamos inmediatamente a otras habitaciones, y bajamos luego al patio. Un gendarme

nos acompañó a todas partes, y la investigación nos ocupó hasta el anochecer, marchándonos entonces. De regreso a nuestra casa, mi compañero se detuvo unos minutos en las oficinas de un periódico.

He dicho ya que las rarezas de mi amigo eran muy diversas, y que Je les menageais: esta frase no tiene equivalente en inglés. Hasta el día siguiente, a mediodía, se negó a toda conversación sobre los asesinatos. Entonces me preguntó de pronto si yo había observado algo particular en el lugar del hecho.

En su manera de pronunciar la palabra «particular» había algo que me produjo un estremecimiento sin saber por qué.

—No, nada de particular —le dije—; por lo menos, nada más de lo que ya sabemos por el periódico.

—Mucho me temo —me replicó— que la Gazette no haya logrado penetrar en el insólito horror del asunto. Pero dejemos las necias opiniones de este papelucho. Yo creo que si este misterio se ha considerado como insoluble, por la misma razón debería ser fácil de resolver, y me refiero al outre carácter de sus circunstancias. La policía se ha confundido por la ausencia aparente de motivos que justifiquen no el crimen, sino la atrocidad con que ha sido cometido. Asimismo, les confunde la aparente imposibilidad de conciliar las voces que disputaban con la circunstancia de no haber sido hallada arriba sino a mademoiselle L’Espanaye asesinada y no encontrar la forma de que nadie saliera del piso sin ser visto por las personas que subían por las escaleras. El extraño desorden de la habitación; el cadáver metido con la cabeza hacia abajo en la chimenea; la mutilación espantosa del cuerpo de la anciana, todas estas consideraciones, con las ya descritas y otras no dignas de mención, han sido suficientes para paralizar sus facultades, haciendo que fracasara por completo la tan traída y llevada perspicacia de los agentes del gobierno. Han caído en el grande, aunque común error de confundir lo insospechado con lo abstruso. Pero precisamente por estas desviaciones de lo normal es por donde ha de hallar la razón su camino en la investigación de la verdad, en el caso en que ese hallazgo sea posible. En investigaciones como la que estamos realizando ahora no hemos de preguntarnos tanto si ha ocurrido como qué ha ocurrido que no había ocurrido jamás hasta ahora. Realmente, la sencillez con que yo he de llegar, o he llegado ya, a la solución de este misterio, se halla en razón directa con su aparente falta de solución según el criterio de la policía.

Con mudo asombro, fijé la mirada en mi amigo.

—Estoy esperando ahora —continuó diciéndome, mirando a la puerta de nuestra habitación— a un individuo que, aun cuando seguramente no ha cometido esta carnicería, bien puede estar, en cierta medida, complicado en ella. Es probable que resulte inocente de la parte más desagradable de los crímenes cometidos. Creo no equivocarme en esta suposición, porque en ella

se funda mi esperanza de descubrir el misterio. Yo espero a este individuo aquí, en esta habitación, y de un momento a otro. Cierto es que puede no venir, pero lo probable es que venga. Si viene, hay que detenerlo. Aquí hay unas pistolas, y los dos sabemos para qué sirven cuando las circunstancias lo requieren.

Sin saber lo que me hacía, ni lo que oía, tomé las pistolas, mientras Dupin continuaba hablando como si monologara. Dirigiánse sus palabras a mí, pero su voz, no muy alta, tenía esa entonación empleada frecuentemente en hablar con una persona que se halla un poco distante. Sus pupilas inexpresivas miraban fijamente hacia la pared.

—La experiencia ha demostrado plenamente que las voces que disputaban —dijo—, oídas por quienes subían las escaleras, no eran las de las dos mujeres. Este hecho descarta el que la anciana hubiese matado primero a su hija y se hubiera suicidado después. Hablo de esto únicamente por respeto al método; porque, además, la fuerza de madame L’Espanaye no hubiera conseguido nunca arrastrar el cuerpo de su hija por la chimenea arriba, tal como fue hallado. Por otra parte, la naturaleza de las heridas excluye totalmente la idea de suicidio. Por tanto el asesinato ha sido cometido por terceras personas, y las voces de éstas son las que se oyeron disputar. Permítame que le haga notar no todo lo que se ha declarado con respecto a estas voces, sino lo que hay de particular en las declaraciones. ¿No ha observado usted nada en ellas?

Yo le dije que había observado que mientras todos los testigos coincidían en que la voz grave era de un francés, había un gran desacuerdo por lo que respecta a la voz aguda, o áspera, como uno de ellos la había calificado.

—Esto es evidencia pura —dijo—, pero no lo particular de esa evidencia. Usted no ha observado nada característico, pero, no obstante, había algo que observar. Como ha notado usted, los testigos estuvieron de acuerdo en cuanto a la voz grave. En ello había unanimidad. Por lo que respecta a la voz aguda, consiste su particularidad no en el desacuerdo, sino en que, cuando un italiano, un inglés, un español, un holandés y un francés intentan describirla, cada uno de ellos opinan como si fuese la de un extranjero. Cada uno está seguro de que no es la de un compatriota, y cada uno la compara, no a la de un hombre de una nación cualquiera cuyo lenguaje conoce, sino todo lo contrario. Supone el francés que era la voz de un español y que «hubiese podido distinguir algunas palabras de haber estado familiarizado con el español». El holandés sostiene que fue la de un francés, pero sabemos que, por no conocer este idioma, el testigo había sido interrogado por un intérprete. Supone el inglés que la voz fue la de un alemán, pero añade que no entiende el alemán. El español «está seguro» que es la de un inglés, pero «considera, por la entonación, tan sólo que lo es, ya que no tiene ningún conocimiento del idioma». El italiano cree

que es la voz de un ruso, pero jamás ha tenido conversación alguna con un ruso. Otro francés difiere del primero, y está seguro de que la voz era de un italiano; pero aunque no conoce este idioma, como el español, «está seguro, por su entonación».

»Ahora bien: ¡cuán extraña debía de ser aquella voz para que tales testimonios pudieran darse de ella, en cuyas reflexiones, ciudadanos de cinco grandes naciones europeas, no pueden reconocer nada que les sea familiar! Tal vez usted diga que puede muy bien haber sido la voz de un asiático o la de africano; pero ni los asiáticos ni los africanos se ven frecuentemente por París. Pero, sin decir que esto no sea posible, quiero dirigir su atención nada más que sobre tres puntos. Uno de los testigos describe aquella voz como «más áspera que aguda»; otros dicen que es “rápida y desigual”; en este caso, no hubo palabras, no hubo sonido que tuviera semejanza alguna con palabras, que ningún testigo menciona como inteligibles.

»Ignoro qué impresión —continuó Dupin— puede haber causado en su entendimiento, pero no dudo en manifestar que las legítimas deducciones efectuadas con sólo esta parte de los testimonios conseguidos (la que se refiere a las voces graves y agudas), bastan por sí mismas para motivar una sospecha que bien puede dirigirnos en todo ulterior avance en la investigación de este misterio. He dicho “legítimas deducciones”, pero así no queda del todo explicada mi intención. Quiero únicamente manifestar que esas deducciones son las únicas apropiadas, y que mi sospecha se origina inevitablemente en ellas como una conclusión única. No diré todavía cuál es esa sospecha. Tan sólo deseo hacerle comprender a usted que para mí tiene fuerza bastante para dar definida forma (determinada tendencia) a mis investigaciones en aquella habitación.

»Mentalmente, trasladémonos a aquella sala. ¿Qué es lo primero que hemos de buscar allí? Los medios de evasión utilizados por los asesinos. No hay necesidad de decir que ninguno de los dos creemos en este momento en acontecimientos sobrenaturales. Madame y mademoiselle L’Espanaye no han sido, evidentemente, asesinadas por espíritus. Quienes han cometido el crimen fueron seres materiales y escaparon por procedimientos materiales. ¿De qué modo? Afortunadamente, sólo hay una forma de razonar con respecto a este punto, y ésta habrá de llevarnos a una solución precisa. Examinemos, pues, uno por uno, los posibles medios de evasión.

»Cierto es que los asesinos se encontraban en la alcoba donde fue hallada mademoiselle L’Espanaye, o, cuando menos, en la contigua, cuando las personas subían por las escaleras. Por tanto, sólo hay que investigar las salidas de estas dos habitaciones. La policía ha dejado al descubierto los pavimentos, los techos y la mampostería de las paredes en todas partes. A su vigilancia no hubieran podido escapar determinadas salidas secretas. Pero yo no me fiaba de

sus ojos y he querido examinarlo con los míos. En efecto, no había salida secreta. Las puertas de las habitaciones que daban al pasillo estaban cerradas perfectamente por dentro. Veamos las chimeneas. Aunque de anchura normal hasta una altura de ocho o diez pies sobre los hogares, no puede, en toda su longitud, ni siquiera dar cabida a un gato corpulento. La imposibilidad de salida por los ya indicados medios, es, por tanto, absoluta. Así pues no nos quedan más que las ventanas. Por la de la alcoba que da a la fachada principal no hubiera podido escapar nadie sin que la muchedumbre que había en la calle lo hubiera notado. Por tanto, los asesinos han de haber pasado por las de la habitación posterior. Llevados, pues, de estas deducciones y, de forma tan inequívoca, a esta conclusión, no podemos, según un minucioso razonamiento, rechazarla, teniendo en cuenta evidentes imposibilidades. Nos queda sólo por demostrar que esas evidentes “imposibilidades” en realidad no lo son.

»En la habitación hay dos ventanas. Una de ellas no está obstruida por los muebles, y está completamente visible. La parte inferior de la otra la oculta a la vista la cabecera de la pesada armazón del lecho, estrechamente pegada a ella. La primera de las dos ventanas está fuertemente cerrada y asegurada por dentro. Resistió a los más violentos esfuerzos de quienes intentaron levantarla. En la parte izquierda de su marco veíase un gran agujero practicado con una barrena, y un clavo muy grueso hundido en él hasta la cabeza. Al examinar la otra ventana se encontró otro clavo semejante, clavado de la misma forma, y un vigoroso esfuerzo para separar el marco fracasó también. La policía se convenció entonces de que por ese camino no se había efectuado la salida, y por esta razón consideró superfluo quitar aquellos clavos y abrir las ventanas.

»Mi examen fue más minucioso, por la razón que acabo ya de decir, ya que sabía era preciso probar que todas aquellas aparentes imposibilidades no lo eran realmente.

»Continué razonando así a posteriori. Los asesinos han debido de escapar por una de estas ventanas. Suponiendo esto, no es fácil que pudieran haberlas sujetado por dentro, como se las ha encontrado, consideración que, por su evidencia, paralizó las investigaciones de la policía. No obstante, las ventanas estaban cerradas y aseguradas. Era, pues, preciso que pudieran cerrarse por sí mismas. No había modo de escapar a esta conclusión. Fui directamente a la ventana no obstruida, y con cierta dificultad extraje el clavo y traté de levantar el marco. Como yo suponía, resistió a todos los esfuerzos. Había, pues, evidentemente, un resorte escondido, y este hecho, corroborado por mi idea, me convenció de que mis premisas, por muy misteriosas que apareciesen las circunstancias relativas a los clavos, eran correctas. Una minuciosa investigación me hizo descubrir pronto el oculto resorte. Lo oprimí y, satisfecho con mi descubrimiento, me abstuve de abrir la ventana.

»Volví entonces a colocar el clavo en su sitio, después de haberlo

examinado atentamente. Una persona que hubiera pasado por aquella ventana podía haberla cerrado y haber funcionado solo el resorte. Pero el clavo no podía haber sido colocado. Esta conclusión era clarísima, y restringía mucho el campo de mis investigaciones. Los asesinos debían, por tanto, haber escapado por la otra ventana.

»Suponiendo que los dos resortes fueran iguales, como era posible, debía, pues, haber una diferencia entre los clavos, o, por lo menos, en su colocación. Me subí sobre las correas de la armadura del lecho, y por encima de su cabecera examiné minuciosamente la segunda ventana. Pasando la mano por detrás de la madera descubrí y apreté el resorte, que, como yo había supuesto, era idéntico al anterior. Entonces examiné el clavo. Era del mismo grueso que el otro, y aparentemente estaba clavado de la misma forma, hundido casi hasta la cabeza.

»Tal vez diga usted que me quedé perplejo, pero si abriga semejante pensamiento es que no ha comprendido bien la naturaleza de mis deducciones. Sirviéndome de una palabra deportiva, no me he encontrado ni una vez “en falta”. El rastro no se ha perdido. No se ha perdido ni un solo instante. En ningún eslabón de la cadena ha habido un defecto. Hasta su última consecuencia he seguido el secreto. Y la consecuencia era el clavo. En todos sus aspectos, he dicho, aparentaba ser análogo al de la otra ventana; pero todo era nada (tan decisivo como parecía) comparado con la consideración de que en aquel punto terminaba mi pista. “Debe de haber algún defecto en este clavo”, me dije. Lo toqué, y su cabeza con casi un cuarto de pulgada de su espiga, se me quedó en la mano. El resto quedábase en el orificio donde se había roto. La rotura era antigua, como se deducía del óxido de sus bordes, y al parecer, había sido producida por un martillazo que hundió una parte de la cabeza del clavo en la superficie del marco.

»Volví entonces a colocar cuidadosamente aquella parte en el lugar de donde la había separado, y su semejanza con un clavo intacto fue completa. La rotura era inapreciable. Apreté el resorte y levanté suavemente unas pulgadas el marco. Con él subió la cabeza del clavo, quedando fija en su agujero. Cerré la ventana y era otra vez perfecta la apariencia del clavo entero.

»Hasta aquí estaba resuelto el enigma. El asesino había huido por la ventana situada a la cabecera del lecho. Al bajar por sí misma, luego de haber escapado por ella, o tal vez al ser cerrada deliberadamente, habíase quedado sujeta por el resorte, y la sujeción de éste había engañado a la policía, confundiéndola con la del clavo, por lo cual se había considerado innecesario proseguir la investigación.

»El problema era ahora saber cómo había bajado el asesino. Sobre este punto me sentía satisfecho de mi paseo en torno al edificio. Aproximadamente

a cinco pies y medio de la ventana en cuestión, pasa la cadena de un pararrayos. Por ésta hubiera sido imposible a cualquiera llegar hasta la ventana, y ya no digamos entrar. Sin embargo, al examinar los postigos del cuarto piso, vi que eran de una especie particular, que los carpinteros parisienses llaman ferrades, especie poco usada hoy, pero hallada frecuentemente en las casas antiguas de Oyon y Burdeos. Tienen la forma de una puerta normal (sencilla y no de dobles batientes), excepto que su mitad superior está enrejada o trabajada a modo de celosía, por lo que ofrece un agarradero excelente para las manos. En el caso en cuestión, estos postigos tienen una anchura de tres pies y medio, más o menos. Cuando los vimos desde la parte posterior de la casa, los dos estaban abiertos hasta la mitad; es decir, formaban con la pared un ángulo recto. Es probable que la policía haya examinado, como yo, la parte posterior del edificio; pero al mirar las ferrades en el sentido de su anchura (como deben de haberlo hecho), no se han dado cuenta de la dimensión de este sentido, o cuando menos no le han dado la necesaria importancia. En realidad, una vez se convencieron de que no podía efectuarse la huida por aquel lado, no la examinaron sino superficialmente.

»Sin embargo, para mí era claro que el postigo que pertenecía a la ventana situada a la cabecera de la cama, si se abría totalmente, hasta que tocara la pared, llegaría hasta unos dos pies de la cadena del pararrayos. También estaba claro que con el esfuerzo de una energía y un valor insólito podía muy bien haberse entrado por aquella ventana con ayuda de la cadena. Llegado a aquella distancia de dos pies y medio (supongamos ahora abierto el postigo), un ladrón hubiese podido encontrar en el enrejado un sólido asidero, para que luego, desde él, soltando la cadena y apoyando bien los pies contra la pared, pudiera lanzarse rápidamente, caer en la habitación y atraer hacia sí violentamente el postigo, de modo que se cerrase, y suponiendo, desde luego, que se hallara siempre la ventana abierta.

»Tenga usted en cuenta que me he referido a una energía insólita, necesaria para llevar a cabo con éxito una empresa tan arriesgada y difícil.

»Mi propósito es el de demostrarle, en primer lugar, que el hecho podía realizarse, y muy principalmente llamar su atención sobre el carácter muy extraordinario, casi carácter sobrenatural, de la agilidad necesaria para su ejecución.

»Me replicará usted, sin duda, valiéndose del lenguaje de la ley, que para “defender mi causa” debiera más bien prescindir de la energía requerida en ese caso antes que insistir en valorarla exactamente. Esto es realizable en la práctica forense, pero no en la razón. Mi objetivo final es la verdad tan sólo, y mi propósito inmediato conducir a usted a que compare esa insólita energía de que acabo de hablarle con la peculiarísima voz aguda (o áspera) y desigual, con respecto a cuya nacionalidad no se han hallado ni siquiera dos testigos que

estuviesen de acuerdo, y en cuya pronunciación no ha sido posible descubrir una sola sílaba.

A estas palabras comenzó a formarse en mi espíritu una vaga idea de lo que pensaba Dupin. Parecíame llegar al límite de la comprensión, sin que todavía pudiera comprender, lo mismo que esas personas que se encuentran algunas veces en el borde de un recuerdo y no son capaces de llegar a conseguirlo. Mi amigo continuó sus razonamientos.

—Habrá usted visto —me dijo— que he retrotraído la cuestión del modo de salir al de entrar. Mi plan es demostrarle que ambas cosas se han efectuado de la misma manera y por el mismo sitio. Volvamos ahora a la habitación. Estudiemos todos sus aspectos. Según se ha dicho, los cajones del bureau han sido saqueados, aunque han quedado en ellos algunas prendas de vestir. Esta conclusión es absurda. Es una simple conjetura, muy necia, por cierto, y nada más. ¿Cómo es posible saber que todos esos objetos encontrados en los cajones no eran todo lo que contenían? Madame L’Espanaye y su hija vivían una vida excesivamente retirada. No se trataban con nadie, salían rara vez y, por consiguiente, tenían pocas ocasiones para cambiar de vestido. Los objetos que se han encontrado eran de tan buena calidad, por lo menos, como cualquiera de los que posiblemente hubiesen poseído esas señoras. Si un ladrón hubiera cogido alguno, ¿por qué no los mejores, o por qué no todos? En fin, ¿hubiese abandonado cuatro mil francos en oro para cargar con un fardo de ropa blanca? El oro fue abandonado. Casi la totalidad de la suma mencionada por monsieur Mignaud, el banquero, ha sido hallada en el suelo, en los saquitos.

»Insisto, por tanto, en querer descartar de su pensamiento la idea desatinada de un motivo, engendrada en el cerebro de la policía por esa declaración que se refiere a dinero entregado a la puerta de la casa. Coincidencias diez veces más notables que éstas (entrega del dinero y asesinato) se presentan constantemente en nuestra vida sin despertar siquiera nuestra atención momentánea. Por lo general, las coincidencias son otros tantos motivos de error en el camino de esa clase de pensadores educados de tal modo que nada saben de la teoría de probabilidades, esa teoría a la cual las más memorables conquistas de la civilización humana deben lo más glorioso de su saber. En este caso, si el oro hubiera desaparecido, el hecho de haber sido entregado tres días antes hubiese podido parecer algo más que una coincidencia. Corroboraría la idea de un motivo. Pero, dadas las circunstancias reales en que nos hallamos, si hemos de suponer que el oro ha sido el móvil del hecho, también debemos imaginar que quien lo ha cometido ha sido tan vacilante y tan idiota, que ha abandonado al mismo tiempo el oro y el motivo.

»Fijados bien en nuestro pensamiento los puntos sobre los cuales yo he llamado su atención: la voz peculiar, la insólita agilidad y la sorprendente falta

de motivo en un crimen de una atrocidad tan singular como éste, examinemos por sí misma esta carnicería. Nos encontramos con una mujer estrangulada con las manos y metida cabeza abajo en una chimenea. Normalmente los criminales no emplean semejantes procedimientos de asesinato. En el violento modo de introducir el cuerpo en la chimenea habrá usted de admitir que hay algo excesivamente exagerado, algo que está en desacuerdo con nuestras corrientes nociones con respecto a los actos humanos, aun cuando supongamos que los autores de este crimen sean los seres más depravados. Por otra parte, piense usted cuán enorme debe de haber sido la fuerza que logró introducir tan violentamente el cuerpo hacia arriba en una abertura como aquélla, por cuanto los esfuerzos unidos de varias personas apenas si lograron sacarlo de ella.

»Fijemos ahora nuestra atención en otros indicios que ponen de manifiesto este vigor maravilloso. Había en el hogar unos espesos mechones de cabellos grises humanos. Habían sido arrancados de cuajo. Sabe usted la fuerza que es necesaria para arrancar de la cabeza aun cuando no sean más que veinte o treinta cabellos a la vez. Tan bien como yo, usted habrá visto aquellos mechones. Sus raíces ensangrentadas (¡qué espantoso espectáculo!) tenían adheridos fragmentos de cuero cabelludo, segura prueba de la prodigiosa fuerza que ha sido necesaria para arrancar un millar de cabellos a la vez. La garganta de la anciana no sólo estaba cortada, sino que tenía la cabeza completamente separada del tronco, y el instrumento para esta operación fue una sencilla navaja barbera.

»Le ruego que se fije también en la brutal ferocidad de tal acto. No es necesario hablar de las magulladuras que aparecieron en el cuerpo de madame L’Espanaye. Monsieur Dumas y su honorable colega monsieur Etienne han declarado que habían sido producidas por un instrumento romo. En ello, estos señores están en lo cierto. El instrumento ha sido, sin duda alguna, el pavimento del patio sobre el que la víctima ha caído desde la ventana situada encima del lecho. Por muy sencilla que parezca ahora esta idea, escapó a la policía, por la misma razón que le impidió notar la anchura de los postigos, porque, dada la circunstancia de los clavos, su percepción estaba cerrada herméticamente a la idea de que las ventanas hubieran podido ser abiertas.

»Si ahora, como añadidura a todo esto, ha reflexionado usted bien acerca del extraño desorden de la habitación, hemos llegado ya al punto de combinar las ideas de agilidad maravillosa, fuerza sobrehumana, bestial ferocidad, carnicería sin motivo, una grotesquerie en lo horrible, extraña en absoluto a la Humanidad, y una voz extranjera por su acento para los oídos de hombres de distintas naciones y desprovista de todo silabeo que pudiera advertirse distinta e inteligiblemente. ¿Qué se deduce de todo ello? ¿Cuál es la impresión que ha producido en su imaginación?

Al hacerme Dupin esta pregunta sentí un escalofrío.

—Un loco ha cometido ese crimen —dije—, algún lunático furioso que se habrá escapado de alguna Maison de Santé vecina.

—En algunos aspectos —me contestó— no es desacertada su idea. Pero hasta sus más feroces paroxismos, las voces de los locos no se parecen nunca a esa voz peculiar oída desde la escalera. Los locos pertenecen a una nación cualquiera, y su lenguaje, aunque incoherente, es siempre articulado. Por otra parte, el cabello de un loco no se parece al que yo tengo en la mano. De los dedos rígidamente crispados de madame L'Esplanade he desenredado este pequeño mechón. ¿Qué puede usted deducir de esto?

—Dupin —exclamé, completamente desalentado—, ¡qué cabello más raro! No es un cabello humano.

—Yo no he dicho que lo fuera —me contestó—. Pero antes de decidir con respecto a este particular, le ruego que examine este pequeño diseño que he trazado en un trozo de papel. Es un facsímil que representa lo que una parte de los testigos han declarado como cárdenas magulladuras y profundos rasguños producidos por las uñas en el cuello de mademoiselle L'Esplanade, y que los doctores Dumas y Etienne llaman una serie de manchas lívidas evidentemente producidas por la impresión de los dedos.

»Comprenderá usted —continuó mi amigo, desdoblando el papel sobre la mesa y ante nuestros ojos— que este dibujo da idea de una presión firme y poderosa. Aquí no hay deslizamiento visible. Cada dedo ha conservado, quizá hasta la muerte de la víctima, la terrible presa en la cual se ha moldeado. Pruebe usted ahora de colocar sus dedos, todos a un tiempo, en las respectivas impresiones, tal como las ve usted aquí.

Lo intenté en vano.

—Es posible —continuó— que no efectuemos esta experiencia de un modo decisivo. El papel está desplegado sobre una superficie plana, y la garganta humana es cilíndrica. Pero aquí tenemos un tronco de leña cuya circunferencia es, poco más o menos, la de la garganta. Arrolle a su superficie este diseño y volvamos a efectuar la experiencia.

Lo hice así, pero la dificultad fue todavía más evidente que la primera vez.

—Ésta —dije— no es la huella de una mano humana.

—Ahora, lea este pasaje de Cuvier —continuó Dupin.

Era una historia anatómica, minuciosa y general, del gran orangután salvaje de las islas de la India Oriental. Son hartamente conocidas de todo el mundo la gigantesca estatura, la fuerza y agilidad prodigiosa, la ferocidad salvaje y las facultades de imitación de estos mamíferos. Comprendí entonces, de pronto,

todo el horror de aquellos asesinatos.

—La descripción de los dedos —dije, cuando hube terminado la lectura— está de acuerdo perfectamente con este dibujo. Creo que ningún animal, excepto el orangután de la especie que aquí se menciona, pueda haber dejado huellas como las que ha dibujado usted. Este mechón de pelo ralo tiene el mismo carácter que el del animal descrito por Cuvier. Pero no me es posible comprender las circunstancias de este espantoso misterio. Hay que tener en cuenta, además, que se oyeron disputar dos voces, e, indiscutiblemente, una de ellas pertenecía a un francés.

—Cierto, y recordará usted una expresión atribuida casi unánimemente a esa voz por los testigos; la expresión *Mon Dieu*. Y en tales circunstancias, uno de los testigos, Montani, el confitero, la identificó como expresión de protesta o reconvención. Por tanto, yo he fundado en estas voces mis esperanzas de la completa resolución de este misterio. Indudablemente, un francés conoce el asesinato. Es posible, y, en realidad, más que posible, probable, que sea él inocente de toda participación en los hechos sangrientos que han ocurrido. Puede habersele escapado el orangután, y puede haber seguido su rastro hasta la habitación. Pero, dadas las agitadas circunstancias que se hubieran producido, pudo no haberle sido posible capturarlo de nuevo. Todavía anda suelto el animal. No es mi propósito continuar estas conjeturas, y las califico así porque no tengo derecho a llamarlas de otro modo, ya que los atisbos de reflexión en que se fundan apenas alcanzan la suficiente base para ser apreciables incluso para mi propia inteligencia, y, además, porque no me es posible hacerlas inteligibles para la comprensión de otra persona. Llamémoslas, pues, conjeturas, y considerémoslas así. Si, como yo supongo, el francés a que me refiero es inocente de tal atrocidad, este anuncio que, a nuestro regreso, dejé en las oficinas de *Le Monde*, un periódico consagrado a intereses marítimos y muy buscado por los marineros, nos lo traerá a casa.

Me entregó el periódico, y leí:

«Captura. —En el Bois de Boulogne se ha encontrado, a primeras horas de la mañana del día... de los corrientes (la mañana del crimen), un enorme orangután de la especie de Borneo. Su propietario (que se sabe es un marino perteneciente a la tripulación de un navío maltés) podrá recuperar el animal, previa su identificación, pagando algunos pequeños gastos ocasionados por su captura y manutención. Dirigirse al número... de la rue... faubourg Saint-Germain..., tercero».

—¿Cómo ha podido usted saber —le pregunté a Dupin— que el individuo de que se trata es marino y está enrolado en un navío maltés?

—Yo no lo conozco —repuso Dupin—; no estoy seguro de que exista. Pero tengo aquí este pedacito de cinta que, a juzgar por su forma y su

grasiento aspecto, ha sido usado, evidentemente, para anudar los cabellos en forma de esas largas guerres a que tan aficionados son los marineros. Por otra parte, este lazo saben anudarlo muy pocas personas, y es característico de los malteses. Recogí esta cinta al pie de la cadena del pararrayos. No puede pertenecer a ninguna de las dos víctimas. Todo lo más, si me he equivocado en mis deducciones con respecto a este lazo, es decir, pensando que ese francés sea un marinero enrolado en un navío maltés, no habré perjudicado a nadie diciendo lo que digo en el anuncio. Si me he equivocado supondrá él que algunas circunstancias me engañaron, y no se tomará el trabajo de inquirirlas. Pero, si acierto, habremos dado un paso muy importante. Aunque inocente del crimen, el francés habrá de conocerlo, y vacilará entre si debe responder o no al anuncio y reclamar o no el orangután. Sus razonamientos serán los siguientes: «Soy inocente; soy pobre; mi orangután vale mucho dinero, una verdadera fortuna, para un hombre que se encuentra en mi situación. ¿Por qué he de perderlo con un vano temor al peligro? Lo tengo aquí, a mi alcance. Lo encontraron en el Bois de Boulogne, a mucha distancia del escenario de aquel crimen. ¿Quién sospecharía que un animal ha cometido semejante acción? La policía está despistada. No ha obtenido el menor indicio. Dado el caso de que sospecharan del animal, sería imposible demostrar que yo tengo conocimiento del crimen, ni mezclarme en él por el sólo hecho de conocerlo. Además, me conocen. El anunciante me señala como dueño del animal. No sé hasta qué punto llega este conocimiento. Si soslayo en reclamar una propiedad de tanto valor, y que, además, se sabe que es mía, concluiré haciendo sospechoso al animal. No es prudente llamar la atención sobre mí ni sobre él. Contestaré, por tanto, a este anuncio, recobraré mi orangután y lo encerraré hasta que se haya olvidado por completo este asunto».

En este instante oímos pasos en la escalera.

—Esté preparado —me dijo Dupin—. Coja sus pistolas, pero no haga uso de ellas ni las enseñe, hasta que yo le haga una seña.

Habíamos dejado abierta la puerta principal de la casa. El visitante entró sin llamar y subió algunos peldaños de la escalera. Ahora, sin embargo, parecía vacilar. Le oímos descender. Dupin se precipitó hacia la puerta, pero en este instante le oímos subir de nuevo. Ahora ya no retrocedía por segunda vez, sino que subió con decisión y llamó a la puerta de nuestro piso.

—Adelante —dijo Dupin con voz satisfecha y alegre.

Entró un hombre. A no dudarlo, era un marinero. Un hombre alto, fuerte, musculoso, con una expresión de arrogancia no del todo desagradable. Su rostro, muy atezado, estaba oculto en más de su mitad por las patillas y el mustachio. Estaba provisto de un grueso garrote de roble, y no parecía llevar otras armas. Saludó, inclinándose torpemente, pronunciando un «buenas

tardes» con acento francés, el cual, aunque bastardeado levemente por el suizo, daba a conocer claramente su origen parisiense.

—Siéntese, amigo —dijo Dupin—. Supongo que viene a reclamar su orangután. Le aseguro que casi se lo envidio. Es un hermoso animal, y, sin duda alguna, de mucho precio. ¿Qué edad cree usted que tiene?

El marinero suspiró hondamente, como quien se alivia de un enorme peso, y contestó luego con firme voz:

—No puedo decírselo, pero no creo que tenga más de cuatro o cinco años. ¿Lo tiene usted aquí?

—¡Oh, no! Esta habitación no reúne condiciones para ello. Está en una cuadra de alquiler en la rue Dubourg, cerca de aquí. Mañana por la mañana, si usted quiere, podrá recuperarlo. Supongo que vendrá usted preparado para demostrar su propiedad.

—Sin duda alguna, señor.

—Mucho sentiré tener que separarme de él —dijo Dupin.

—No pretendo que se haya usted tomado tantas molestias para nada, señor —dijo el hombre—. Ni pensarlo. Estoy dispuesto a pagar una gratificación por el hallazgo del animal, mientras sea razonable.

—Bien —contestó mi amigo—. Todo esto es, sin duda, muy justo. Veamos. ¿Qué voy a pedirle? ¡Ah, ya sé! Se lo diré ahora. Mi gratificación será ésta: ha de decirme usted cuanto sepa con respecto a los asesinatos de la rue Morgue.

Estas últimas palabras las dijo Dupin con voz muy baja y con una gran tranquilidad. Con análoga tranquilidad se dirigió hacia la puerta, la cerró y guardóse la llave en el bolsillo. Luego sacó la pistola y, sin mostrar agitación alguna, la dejó sobre la mesa.

La cara del marinero enrojeció como si se hallara en un arrebató de sofocación. Se levantó y empuñó su bastón. Pero inmediatamente se dejó caer sobre la silla, con un temblor convulsivo y con el rostro de un cadáver. No dijo una sola palabra, y de todo corazón lo compadeció.

—Amigo mío —dijo Dupin bondadosamente—, le aseguro a usted que se alarma sin motivo alguno. No es nuestro propósito causarle el menor daño. Le doy a usted mi palabra de honor, de caballero y francés, que nuestra intención no es perjudicarle. Sé perfectamente que nada tiene usted que ver con las atrocidades de la rue Morgue. Sin embargo, no puedo negar que, en cierto modo, está usted complicado. Por cuanto le digo comprenderá usted perfectamente que, con respecto a este asunto, poseo excelentes medios de información, medios en los cuales no hubiera usted pensado jamás. El caso

está ya claro para nosotros. Nada ha hecho usted que haya podido evitar. Naturalmente, nada que lo haga a usted culpable. Nadie puede acusarle de haber robado, pudiendo haberlo hecho con toda impunidad, y no tiene tampoco nada que ocultar. También carece de motivos para hacerlo. Además, por todos los principios del honor, está usted obligado a confesar cuanto sepa. Se ha encarcelado a un inocente, a quien se acusa de un crimen cuyo autor solamente usted puede señalar.

Cuando Dupin hubo pronunciado estas palabras, ya el marinero había recobrado un poco su presencia de ánimo. Pero toda su arrogancia había desaparecido.

—¡Que Dios me ampare! —dijo, después de una breve pausa—. Le diré cuanto sepa sobre este asunto; pero estoy seguro de que no creerá usted ni la mitad siquiera. Estaría loco si lo creyese. Sin embargo, soy inocente, y aunque me cueste la vida le hablaré con franqueza.

En resumen, fue esto lo que nos contó:

Había hecho recientemente un viaje al archipiélago Índico. Él formaba parte de un grupo que desembarcó en Borneo, y pasó al interior para una excursión de placer. Entre él y un compañero suyo habían dado captura al orangután. Su compañero murió, y el animal quedó de su exclusiva pertenencia. Después de muchas molestias producidas por la ferocidad indomable del cautivo, durante el viaje de regreso consiguió por fin alojarlo en su misma casa, en París, donde, para no atraer sobre él la curiosidad insoportable de los vecinos, lo recluyó cuidadosamente, con objeto de que curase de una herida que se había producido en un pie con una astilla, a bordo de su buque. Su proyecto era venderlo.

Una noche, o, mejor dicho, una mañana, la del crimen, al volver de una francachela celebrada con algunos marineros, encontró al animal en su alcoba. Habíase escapado del cuarto contiguo, donde él creía tenerlo seguramente encerrado. Se hallaba sentado ante un espejo, teniendo una navaja de afeitar en una mano. Estaba todo enjabonado, intentando afeitarse, operación en la que probablemente había observado a su amo a través del ojo de la cerradura. Aterrado, viendo tan peligrosa arma en manos de un animal tan feroz y sabiéndole muy capaz de hacer uso de ella, el hombre no supo qué hacer durante unos segundos. Frecuentemente había conseguido dominar al animal en sus accesos más furiosos utilizando un látigo, y recurrió a él también en aquella ocasión. Pero al ver el látigo, el orangután saltó de repente fuera de la habitación, echó a correr escaleras abajo y, viendo una ventana, desgraciadamente abierta, salió a la calle.

El francés, desesperado, corrió tras él. El mono, sin soltar la navaja, parábase de cuando en cuando, se volvía y le hacía muecas, hasta que llegaba

el hombre cerca de él. Entonces escapaba de nuevo. La persecución duró así un buen rato. Hallábanse las calles en completa tranquilidad, porque serían las tres de la madrugada. Al descender por un pasaje situado detrás de la rue Morgue, la atención del fugitivo fue atraída por una luz procedente de la ventana abierta de la habitación de madame L'Esplanade, en el cuarto piso de la casa. Se precipitó hacia la casa, y al ver la cadena del pararrayos, trepó ágilmente por ella, agarróse al postigo, que estaba abierto de par en par hasta la pared, y apoyándose en ésta se lanzó sobre la cabecera de la cama. Apenas toda esta gimnasia duró un minuto. El orangután, al entrar en la habitación, había rechazado contra la pared el postigo, que de nuevo quedó abierto.

El marinero estaba entonces contento y perplejo. Tenía grandes esperanzas de capturar ahora al animal, que podría escapar difícilmente de la trampa donde se había metido, de no ser que lo hiciera por la cadena, donde él podría salirle al paso cuando descendiese. Por otra parte, le inquietaba grandemente lo que pudiera ocurrir en el interior de la casa, y esta última reflexión le decidió a seguir persiguiendo al fugitivo. Para un marinero no es difícil trepar por una cadena de pararrayos. Pero una vez hubo llegado a la altura de la ventana, cerrada entonces, se vio en la imposibilidad de alcanzarla. Lo más que pudo hacer fue dirigir una rápida ojeada al interior de la habitación. Lo que vio le sobrecogió de tal modo de terror, que estuvo a punto de caer. Fue entonces cuando se oyeron los terribles gritos que despertaron, en el silencio de la noche, al vecindario de la rue Morgue. Madame L'Esplanade y su hija, vestidas con sus camisones, estaban, según parece, arreglando algunos papeles en el cofre de hierro ya mencionado, que había sido llevado al centro de la habitación. Estaba abierto, y esparcido su contenido por el suelo. Sin duda, las víctimas se hallaban de espaldas a la ventana, y, a juzgar por el tiempo que transcurrió entre la llegada del animal y los gritos, es probable que no se dieran cuenta inmediatamente de su presencia. El golpe del postigo debió de ser verosímilmente atribuido al viento.

Cuando el marinero miró al interior, el terrible animal había asido a madame L'Esplanade por los cabellos, que, en aquel instante, tenía sueltos, por estarse peinando, y movía la navaja ante su rostro, imitando los ademanes de un barbero. La hija yacía inmóvil en el suelo, desvanecida. Los gritos y esfuerzos de la anciana (durante los cuales estuvo arrancando el cabello de su cabeza) tuvieron el efecto de cambiar los probables propósitos pacíficos del orangután en pura cólera. Con un decidido movimiento de su hercúleo brazo le separó casi la cabeza del tronco. A la vista de la sangre, su ira se convirtió en frenesí. Con los dientes apretados y despidiendo llamas por los ojos, se lanzó sobre el cuerpo de la hija y clavó sus terribles garras en su garganta, sin soltarla hasta que expiró. Sus extraviadas y feroces miradas se fijaron entonces en la cabecera del lecho, sobre la cual la cara de su amo, rígido por el horror, apenas se distinguía en la oscuridad. La furia de la bestia, que recordaba

todavía el terrible látigo, convirtiéndose instantáneamente en miedo. Comprendiendo que lo que había hecho le hacía acreedor de un castigo, pareció deseoso de ocultar su sangrienta acción. Con la angustia de su agitación y nerviosismo, comenzó a dar saltos por la alcoba, derribando y destrozando los muebles con sus movimientos y levantando los colchones del lecho. Por fin, apoderóse del cuerpo de la joven y, a empujones, lo introdujo por la chimenea en la posición en que fue encontrado. Después se lanzó sobre el de la madre y lo precipitó de cabeza por la ventana.

Al ver que el mono se acercaba a la ventana con su mutilado fardo, el marinero retrocedió horrorizado hacia la cadena, y, más que agarrándose, dejándose deslizar por ella, se fue inmediata y precipitadamente a su casa, con el temor de las consecuencias de aquella horrible carnicería, y abandonando gustosamente, tal fue su horror, toda preocupación por lo que pudiera sucederle al orangután. Así, pues, las voces oídas por la gente que subía las escaleras fueron sus exclamaciones de horror y espanto, mezcladas con los diabólicos charloteos del animal.

Poco me queda que añadir. Antes del amanecer debió de huir el orangután de la alcoba utilizando la cadena del pararrayos. Maquinalmente cerraría la ventana al pasar por ella. Tiempo más tarde fue capturado por su dueño, quien lo vendió por una fuerte suma para el Jardin des Plantes. Después de haber contado cuanto sabíamos, añadiendo algunos comentarios por parte de Dupin, en el bureau del prefecto de policía, Le Bon fue puesto inmediatamente en libertad. El funcionario, por muy inclinado que estuviera en favor de mi amigo, no podía disimular de modo alguno su mal humor, viendo el giro que el asunto había tomado, y permitiéndose unas frases sarcásticas con respecto a la corrección de las personas que se mezclaban en las funciones que a él le correspondían.

—Déjele que diga lo que quiera —me dijo luego Dupin, que no creía oportuno contestar—. Déjele que hable. Así aligerará su conciencia. Por lo que a mí respecta, estoy contento de haberle vencido en su propio terreno. No obstante, el no haber acertado la solución de este misterio no es tan extraño como él supone, porque, realmente, nuestro amigo el prefecto es lo suficientemente agudo para pensar sobre ello con profundidad. Pero su ciencia carece de base. Todo él es cabeza, mas sin cuerpo como las pinturas de la diosa Laverna, o, por mejor decir, todo cabeza y espalda, como el bacalao. Sin embargo, es una buena persona. Le aprecio particularmente por un truco maestro de canto, al cual debe su reputación de hombre de talento. Me refiero a su modo de nier ce qui est, et d'expliquer ce qui n'est pas.

***Freeditorial*** 

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita [freeditorial.com/es](http://freeditorial.com/es)